

AMERICA



88-89

Alfredo Pérez Chiriboga

Agencias y Representaciones
Ofrece a usted, los afamados Licores Franceses

Champagne: WHITE STAR
BRUT IMPERIAL
y DRY IMPERIAL

Whisky Escoces:
KING OF KING

Cognacs Franceses:
HENNESSY, * * *, VO, VSOP, VVXSOP
y EXTRA

Vinos Franceses:
BORDEAUX y BOURGOGNE.

Tintos y Dulces

También conservas francesas, diversas clases

Dirección

Calle Venezuela N° 666

Teléfono: 17—22 y

(Pasaje Drouet)

Mariscal: 70—33 dos llamadas

ING. ARQ.

Vladimir Korolevich

ARQUITECTURA

INGENIERIA

CONSTRUCCIONES

COMERCIO

Y

MANDATO

P. O. Box 31 - 60

Quito - Ecuador



Venezuela 616 altos — Teléfono 18 - 56

QUITO — ECUADOR

M. W E N G E R O W

El Fotógrafo

para todo



y para todos

PASAJE ROYAL — QUITO

MUEBLES

EXTENSO Y VARIADO SURTIDO

ULTIMOS MODELOS, CALIDAD

Garantizada

MATERIALES SELECCIONADOS

M. E. Soto

Almacén: Guayaquil 1582

(FRENTE MINISTERIO DEL TESORO)

Febrero 1948

SOCIEDAD COMERCIAL
“TRANSMARES”

C. A.

GUAYAQUIL 742

Agentes de los afamados productos

LAKESIDE

LEMKE

GEIEY

ESTAMOS PARA SERVIRLE
INFORMES SIN COMPROMISO

LIBRERIA IBERO AMERICANA Y

ALMACEN DE MUSICA

De Antonio Rivadeneira

Compra y Venta de Libros Nacionales.

IMPORTACION DIRECTA DE INSTRUMENTOS Y
ACCESORIOS MUSICALES. METODOS Y TODA CLASE DE
MUSICA PARA PIANO, VIOLIN, CANTO ETC.

Agente exclusivo de los famosos Instrumentos para Banda

HOLTON.

Calle Venezuela y Chile

M e c á n i c a

A R T E A G A

SERVICIO AUTORIZADO DE LA STUDEBAKER
REPARACIONES DE MOTORES — CARROCERIAS
Y GUARDAFANGOS DE VEHICULOS EN GENERAL

MAQUINARIAS E INSTALACION COMPLETA PARA TODA

CLASE DE TRABAJOS DE MECANICA

SE GARANTIZA EL ESmero Y CUMPLIMIENTO

EN TODA OBRA

Carera Juan Larrea N° 132

Teléfono N° 15—87

QUITO — ECUADOR



A M E R I C A

AMERICA

PUBLICACION DEL
GRUPO AMERICA

Comisión directiva:
ANTONIO MONTALVO
AUGUSTO ARIAS
JOSE ALFREDO LLERENA

SETIEMBRE - DICIEMBRE DE 1947

AÑO XXIII

Números 88-89

Talleres Gráficos Nacionales

AMERICA

Revista de Literatura
Número 75

GRUPO AMERICA
Casilla número 75
Quito — Ecuador

Revista de Literatura
Número 75
Quito — Ecuador

C O N T E N I D O

El IV Centenario de Cervantes — *NW*

JOSE RAFAEL BUSTAMANTE

Homenaje a Cervantes en el IV Centenario de su Nacimiento.

JOSE ALFREDO LLERENA

Los Evangelios de Don Quijote

AUGUSTO ARIAS

El Quijote de Montalvo

Libros de los Socios del Grupo América. 1947

ISAAC J. BARRERA

José Joaquín Olmedo

GUILLERMO BUSTAMANTE

Por los Caminos de la Concordia

WILSON CORDOVA

New York. Radiografía de una ciudad tumultuosa

JAIME BARRERA

Reflexiones sobre "Romco y Julieta"

GERARDO CHIRIBOGA

Galápagos

ANTONIO MONTALVO

Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y Espejo.
Homenaje del I. Municipio de Ambato a los consocios Arias, Montalvo
y Martínez.

ALFREDO MARTINEZ

Cenizas de Calcio

GUSTAVO ADOLFO OTERO

Ricardo Jaimes Freyre y el Modernismo en América

JUAN YEPEZ DEL POZO

Biografía de Espejo

FRANCISCO AYORA ESPINOSA

Ante una ilustración de Gustavo Dore

GUSTAVO VASCONEZ II.

Informe Anual de las Actividades del Grupo América.

NN. - **CRONICA:** Directorio del Grupo América para el año de 1948. Exposición Cervantina. Valioso donativo bibliográfico. Agradecimiento. Congratulación a Don José Rafael Bustamante. Nuevos miembros del Grupo América. Sesión comida. Homenaje a los Consocios Gonzalo Zaldumbide y Jorge Carrera Andrade.



CERVANTES

(Retrato de Jáuregui)

EL IV CENTENARIO DE CERVANTES

El mundo de la cultura ha celebrado el IV centenario del nacimiento de Cervantes, con demostraciones que se deben no sólo a la grande influencia del Manco de Lepanto en las letras universales, y a su áurea calidad en las españolas, sino también a las virtudes representativas de la humanidad, que se han quedado perennemente reflejadas en sus páginas, como que los libros de Cervantes comportan un verdadero curso de humanidad y de humanismo, por lo que las criaturas de sus novelas son tan profunda, tan verdaderamente humanas, tan reales o ideales, y tan dotadas de una existencia verídica, así las de las Novelas Ejemplares, como sus inmortales Don Quijote y Sancho que se han paseado por todos los caminos del Universo, saliendo de sus aledaños manchegos, y hasta han podido hablar en todos los idiomas posibles, ofreciéndose, por su neta conformación con los altibajos de la vida, a la vista de los hombres de todas las latitudes, que en esas figuras de paradigma se hallaron muchas veces a sí propios, y al examen de quienes encontraron símbolos puros del existir en el flaco caballero y en su acompañante práctico y también episódicamente soñador, por lo que todo el campo en el que estos personajes se mueven, que viene a ser el de la humanidad misma, se abre a los paisajes cotidianos por donde trajinan los seres de más natural encuentro, al par que, también, a los contornos de lo extraordinario.

Suceso de la cultura universal, singularmente de la hispánica, y por probados derechos filiales de la de los paí-

ses de nuestra América que habla en español, ha sido el de la conmemoración del cuarto centenario del natalicio de Cervantes. Por esto es que en nuestras naciones se han abierto los libros del singular ingenio y se han publicado profusos estudios acerca de su vida y de su obra, alentados, algunos, por la novedad de la interpretación y llenos, casi todos, del afectuoso conocimiento de su letra.

Ecuador no podía faltar a tal homenaje que se le ha rendido especialmente por los pueblos de su idioma, y el Grupo América organizó con tal oportunidad la Exposición del Libro Cervantino, con el apoyo de la Legación de España en esta ciudad. Creemos que este número de recordación ha constituido una nota relevante en nuestro Continente, además de una prueba satisfactoria de como la ciudad de Quito, así en sus bibliotecas públicas como particulares, ha conservado, con una custodia dilecta, ediciones antiguas y modernas, príncipes y sucedáneas, de anaquel y de vitral, de todas las obras de don Miguel de Cervantes y Saavedra, especialmente las de su obra inmortal *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Tal ha sido la impresión de los visitantes a la Exposición organizada por el Grupo América, que atrajo centenares de personas durante los días de la semana cervantina.

Abrió la Exposición, en discurso condigno, el señor Vicepresidente de la República, don José Rafael Bustamante, uno de los escritores ecuatorianos de mayor significado en el cultivo de la frase castellana; pronunciaron conferencias sobre motivos de Cervantes dos de nuestros consocios y discursos alusivos, en los actos de inauguración y clausura, los señores Ministro de España, don Luis Avilés y Ernesto la Orden Miracle, Secretario de la Legación Española en el Ecuador.

Estas páginas representan el homenaje del Grupo América a este gran suceso de la cultura.

HOMENAJE A CERVANTES EN EL IV CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

Discurso pronunciado por el Sr. Vicepresidente de la República, Dr. José Rafael Bustamante, en la inauguración de la Exposición del Libro Cervantino.

Señores:

Este Grupo, que tanto ha trabajado por la difusión de las bellas letras en América, ha tenido por bien diputarme para que inaugure o abra la Exposición del Libro Cervantino, señalada honra que yo agradezco infinito por venir de quien viene y porque me brinda la gratisima oportunidad de decir pocas palabras para expresar con ellas algunos conceptos en homenaje al Príncipe de los Ingenios Españoles y en elogio de su obra inmortal, tan llena de sentido humano como bella y florida en su forma y elocución.

Tenemos que creer, necesariamente, que en el fondo de la naturaleza humana y de la naturaleza en general hay una chispa, una lumbre, un germen, un impulso, un **Elon** que se abre paso al través de las dificultades y resistencias que le opone la inmensidad de la naturaleza bruta y la naturaleza animal. Como el fuego en el fondo de la tierra, como el agua en lo íntimo de la peña y de la roca, también el fervor divino del espíritu humano tiene sus brotes, sus exhalaciones, sus lumbraradas, que rompen la costra dura de lo que llamamos materia inerte o tiniebla instintiva y

nos dan la impresión y la idea de que hay algo prometedor y halagüeño, una virtualidad que crea y traza y dilata nuevas perspectivas, ricas posibilidades, la ilusión de mundos superiores que tiendan a redimirnos y libertarnos de la esclavizadora miseria y limitación de una vida, que si tiene su valor y su dignidad en su breve gozo y en la grandeza de su esperanza y aspiración, aún se arrastra y se fatiga en la guerra, en la impotencia y el dolor. Porque la vida humana, aún más que toda otra vida, es una escalofriante paradoja, una cruel antinomia, una lucha tremenda entre contrarios principios, un abismo abierto entre lo que se es y lo que se quiere ser y lo que se debe ser. Venimos del mundo físico y químico que parece pura mecánica, puro determinismo, pura ecuación y en el movimiento evolutivo van apareciendo cosas nuevas, aspectos sorprendentes, como el fenómeno vital y luego el fenómeno sensible y el pensante. Cada uno tiene su ley, una ley nueva que se superpone a las otras y tiende a someterlas y dominarlas. La tragedia del hombre, el dolor y la angustia humana consisten en que, hallándose en la cima de este movimiento evolutivo, se tambalea inseguro, flaco y trémulo, sin poder afirmar con puño robusto el cetro que le confiere su conciencia de ser superior. La tragedia del hombre está en el contraste que en su espíritu y en su vida forman, de un lado, el poder inmenso, arrollador, pujante de las leyes naturales de los mundos inferiores de cuyo seno el hombre se levanta y, de otro, el poder nuevo que el hombre crea, imagina, concibe o descubre y que, a veces, en su imaginación, cobra ilimitada grandeza, que resulta vana y débil cuando lucha en la realidad con la enorme fuerza de la ley bruta y la ley animal que se le oponen.

Se piensa en todo esto cuando se rememoran vidas como la de Cervantes, por ejemplo, que es la que en estos días estamos recordando. Un hombre pobre, angustiado, enfermo, lleno de tribulaciones, un hombre despreciado, perseguido, aventurero que, sin embargo, siente adentro la fecundidad y riqueza de su ingenio, el manantial de su

bondad, la intrepidez de su heroísmo. Y con obras literarias de singular y extraordinario mérito: "ilustra a su país en la paz" y con la valentía y la sangre contribuye en la guerra a las victorias que también darán lustre y gloria a la nación española. Se reconoce tarde que mereció todas las recompensas debidas "al valor, a la virtud y al talento" y, no obstante, su destino es harto infeliz y lo divide entre la guerra, el cautiverio, la cárcel y la extremada pobreza. Pocos espíritus generosos lo miran con simpatía y lo protegen. El les paga con creces asociando a la inmortalidad de sus obras el nombre de ellos. La fina calidad de su ser moral, impropia para la persecución del oro y de la plata, impropia asimismo para las grandes hazañas de la fuerza, le harán entregarse a esa especie de vicio de las almas selectas; la lectura, la poesía, el divino juego de las palabras, de los conceptos, de las ideas, de los principios. Y mientras la mente se recrea y apacienta en ese mundo irreal, mientras la palabra y la pluma revelan y realzan lo ideal y fantástico de ese nuevo universo, el destino del hombre, del individuo humano corre en la vida real, entre asperezas y brutalidades, para contrastar las cuales no son armas la palabra florida, el bello concepto, la máxima moral, la sentencia justa, la virtud bondadosa, el soplo divino del espíritu, que no sabemos de donde viene ni para qué sirve ni cuándo habrá de lograr la victoria y el imperio. Pobres de quienes fían, a tan flacas armas tan sólo, su suerte y su destino. Serán glorificados después de sus días, será exprimida la virtualidad y belleza de sus pensamientos, a veces como bandera de lucha para dorar y cohonestar los mismos instintos de dominación y poder que se están ocultos y latentes en los bajos fondos de la pasión cruda y primitiva. Pero, advirtámoslo. Por inútil e ineficaz que parezca el empleo de los medios espirituales, es preciso decir que si algún día el espíritu obtiene su predominio, si gana algo, si influye en algo en el correr de los tiempos, las verdaderas ventajas, los triunfos sólidos los conseguirá siempre median-

te los recursos que le son connaturales, que palpitan con su esencia, que poseen su impronta y su virtualidad. Es postiza y extraña, para el combate espiritual, para el predominio del espíritu, la máquina, siquiera sea defensiva o justiciera, tomada y forjada en los mundos inferiores. Si esa máquina es un mal necesario en los rudimentos del vivir, la última batalla, la batalla decisiva la libraré el espíritu, debe librarla con sus solos medios, con los medios puros que participan de su naturaleza, de su fin, de su función, de la dignidad del mundo nuevo a que aspira en horizontes que él habrá de extender y dilatar.

Por eso miramos a Cervantes, como a tantos otros hombres en quienes predominó el ingenio y la bondad, con profunda simpatía, con la simpatía que inspira el hombre abatido y triste en su vida mortal, en su vida real, pero cuya inteligencia, cuya palabra, cuya virtud han quedado flotando al través de los siglos y las generaciones y labran lenta pero seguramente una voz superior, una conciencia superior que signifique un paso, una tendencia, una aspiración de armonía y unidad espiritual en la misma ruda piedra de la naturaleza muerta y de la simple y rudimentaria naturaleza viva.

Y yo creo ver en el pensamiento de Cervantes, en el designio de Cervantes al concebir su personaje inmortal, el Ingenioso Hidalgo, la idea también de que esa caballería andante que nació quizá de nobles impulsos fué bastardeada y deformada, como no podía menos de serlo, hasta volverse ridícula en la realidad y mayormente en los libros de imaginación. Cervantes la ridiculizó en la vida y en la literatura.

"El gobierno feudal, dice la historia, era un estado perpetuo de guerra y rapiña, en que las personas débiles y desarmadas estaban siempre expuestas a los insultos de la fuerza y de la violencia. Aquel celo guerrero y generoso, que empeñó a tanta muchedumbre de caballeros a tomar las armas, para defender a los peregrinos oprimidos en la

Palestina, aquel propio incitó a otros a proteger y vindicar la inocencia en Europa misma, reprimiendo la violencia de los poderosos, libertando los cautivos y vengando a las mujeres, a los huérfanos, a los eclesiásticos y a todos aquellos que no podían por sí mismos tomar armas, para resistir a la fuerza abierta, o para defenderse en combate judicial." Pero de aquí, "de un objeto tan noble en su principio" se originó un fanatismo militar, fecundo en hechos extravagantes y desvariados. La orden de caballería, "orden de una jerarquía superior a todas las demás", cuyos miembros fueron espejo "de valor, humanidad, pundonor y justicia", se convirtió en caballería andante destinada a "entrometerse, a reformar los particulares abusos que les representaba como tales su antojo, su capricho o su pasión."

La caballería andante fué un caso de fanatismo militar que, como todos ellos, al tratar de enderezar tuerfos y deshacer agravios con la lanza y adarga incurria en lo mismo que trataba de corregir. Noble era el intento, grande su sentido de justicia, heroico el valor y el afán y, con todo ello, esa lanza, esa espada, ese ímpetu guerrero les deformaba el espíritu, les llevaba también al atropello y la injusticia. Es la paradoja del hombre, mitad materia y mitad alma, lucha de principios contrarios, teatro de un batallar sin fin. El fanatismo militar, como todo fanatismo es fervor, convicción, dogma, creencia en altas ideas, en sublimes principios; y en cuanto militar, es preponderancia de la fuerza como medio de defender esas ideas y esos principios. Y allí donde la fuerza prima como medio, necesaria y fatalmente, se ha observado ya, "se brutaliza el ambiente y se olvidan cualesquiera otros medios de persuasión". Y, enamorados de este fanatismo militar, los escritores, los literatos se dieron a enaltecerlo en sus obras y, dando rienda suelta a la fantasía, imaginaron y escribieron extraños y descabellados libros que al propio tiempo que estragaban el gusto literario, glorificaban la andante caballería incitando a los hombres a abrazar actividad tan desorbitada y en-

loqueciendo quizá a no pocos, que se dejaron deslumbrar con el brillante relato de aventuras inverosímiles y descomunales hazañas.

Cervantes ironizó con maestría respecto de los caballeros y de los literatos. Y su obra es la más donosa burla del contraste de nobleza y flaqueza, de idealismo y realismo, de fuerza física y de fuerza espiritual que ofrece la vida del hombre, tan grande y tan pequeño, esa frágil caña que piensa, que dijo Pascal.

España, la madre España, que amamos tanto los que llevamos sangre de ella, fervor de ella, cultura de ella en las venas y en el alma, tal vez puede reconocer sus grandes virtudes y sus defectos a guisa de verdaderos símbolos, en el sano y austero espíritu de Cervantes y en el fervor idealista del héroe manchego, siempre nobles en la idea y en el sentimiento, gloriosos muchas veces en la acción y la historia, no siempre socorridos y afortunados en el éxito.

Nuestro homenaje al Príncipe de los Ingenios Españoles y a su obra inmortal es homenaje rendido y ferviente a la España aventurera y generosa, a la España del Cervantes y el Quijote, que nos trajo su civilización y su cultura y, con ellas, el ardor por las grandes ideas y los hechos heroicos.

Declaro abierta la Exposición del Libro Cervantino, no sin rendir cumplidas gracias, a nombre del Grupo América, al Excelentísimo señor Ministro de España cuyo obsequio de valiosos y primorosos libros será el mejor ornato de esta Exposición.

J O S E R A F A E L B U S T A M A N T E

LOS EVANGELIOS DE DON QUIJOTE

Don Quijote y Sancho, los principales protagonistas de la obra de Cervantes, han sido estudiados desde todos los aspectos. Es posible que ya nada nuevo se pueda enunciar acerca de ellos. Deberíamos, sin embargo, acentuar que El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha es un libro identificado con la sustancia misma, con la sangre de la cultura occidental. Como el Ramayana es un libro propio de la cultura de Oriente y Las Mil y Una Noches lo es del pueblo árabe, de la misma manera Las Aventuras de Don Quijote es una obra propia de los pueblos occidentales. Sus raíces van hacia nuestra cultura más hondo que la Divina Comedia. En el Ingenioso Hidalgo Don Quijote hay más claridad y espontaneidad de pensamiento que en El Fausto de Goethe, siendo como éste una suma de sabiduría universal. Muchos de los asuntos teológicos de la Divina Comedia son ya hojas muertas. En cambio, lo que en El Quijote se trata como doctrina, como filosofía, es actual, eterno.

Esta obra de Cervantes es un código de moral, un tratado de estética, un crisol de filosofía. Pero, ante todo, es el más completo y el último de los libros de asuntos caballerescos. Un código, también, que contiene todo lo que la caballería fué y significó para el mundo. Si hubiese sido escrito un siglo antes, Don Quijote habría sido un caballero sin aspecto ridículo alguno. Pero, al tiempo en que vivió Cervantes, ya la caballería andante había perdido su cuerpo material y dejado al mundo solamente la herencia de su espíritu.

La técnica de *El Quijote* es de tal naturaleza que al protagonista, al Ingenioso Hidalgo, se le hace pasar y vivir por todos los momentos de la caballería. De suerte que esta circunstancia permite al autor tratar, a través de la viveza del relato, de todos los aspectos que se refieren a la orden caballeresca.

La caballería andante, hemos de reconocerlo, es algo de lo que más define y caracteriza a nuestra cultura de Occidente. Ella es, a la vez, el punto más emotivo y vital de la religión cristiana.

Después de la caída del Imperio Romano y cuando oleadas de invasores se extendieron por toda Europa, fueron borradas las nacionalidades. Las monarquías se derrumbaron y sólo quedaron pequeños principados. Soldados errantes quedaron por los campos de Europa, con la nostalgia de una autoridad, con el deseo de servir a alguien. Y, naturalmente, se hicieron hombres fuertes y sin ley, asaltables de caminos, y en general, aventureros. Les nació la profesión de la aventura. Pero, entonces, es preciso considerar un acontecimiento paralelo y de trascendental importancia espiritual. El Imperio Romano había caído no sólo por las invasiones, por la desorganización, por el lujo y el vicio, sino por la fuerza revolucionaria del cristianismo. Fuerza espiritual que se había refugiado bajo la tierra, en el fondo de las catacumbas; que había escapado a las persecuciones de los emperadores y que se había extendido por todas las colonias del Imperio Romano. En ella encontraron los caballeros armados un refugio. Por fin asomaba algo que les apartase del camino de fechorías al que se habían dedicado por no haber tenido en qué emplear sus energías, por no haber fronteras, por estar el mundo libre, como recién formándose. El caballero se bautizó. Y desde entonces fué el agente más activo y más noble que ha tenido la religión de Cristo. El caballero organizó la más grande aventura de jinetes de la Europa, que fué la de la Gran Cruzada. Y como al tiempo en que el cristianismo

se extendía doctrinaria y sentimentalmente, surgió también la religión mahometana y la cultura de los árabes y cuando estos dos factores quisieron abarcar hasta Europa, ya estuvieron los caballeros cristianos perfectamente hechos, en materia y espíritu, y ellos detuvieron a los islámicos. Fué una lucha de casi mil años. De no haber sido por la caballería cristiana, los mahometanos habrían ahogado en sangre la Europa y habrían borrado quizás definitivamente la religión de Cristo. A los caballeros se debe la supervivencia de esta religión tan creadora que ha poblado de los más esplendidos templos los Continentes, que ha difundido una moral noble, que ha creado varias literaturas y que ha sido una de las fecundas semillas en las artes plásticas. Es decir, la cultura nuestra es cristiana y quien la ha defendido con su sangre, a través de una edad histórica, ha sido el caballero. Los muros de los templos están hechos con los huesos de los héroes cristianos. El Quijote está compuesto como para demostrar que el contenido de esta cultura cristiana en toda su nobleza, no se ha aplicado todavía totalmente en el mundo. El caballero cristiano tomó por su cuenta la aplicación de la justicia y en vez de tener leyes escritas por las cuales guiarse, prefirió que los principios de la orden de caballería penetrasen en su sangre. Estaban, pues, unidos, en el caballero el principio doctrinario de la justicia y la fuerza que hace cumplir. Pero, al tiempo en que El Quijote fué escrito, ya en plena conformación del Renacimiento, estos dos elementos volvieron a desunirse. Nuevamente se crearon grandes países y se constituyeron monarquías y el individuo, aun' cuando humanista, razonador, analítico a la manera de los griegos, estaba en calidad de un mínimo sumando en la nueva organización colectivista del mundo. La monarquía supone colectivismo fuerte; cada cual se esfuerza, por sí o de mal grado, pero para servir a un todo. Este respaldo moral que tan firmemente se sentía en España llevó a esta nación a conquistar el mundo en tal manera que el sol no se ponía en

los dominios de Carlos V. La caballería andante había quedado sólo como tesis, como herencia del espíritu, pero como realidad material ya era nada. Don Quijote quiere revivirla, cree que la revive, se imagina que triunfa, que se impone; pero el mundo ha cambiado. Han triunfado en verdad las cobardes y viles criaturas, la baja canalla, la gente soez. Pero esta no aceptación de los principios caballerescos que chocan con la realidad de la vida, con la ignorancia de las gentes, que son un veneno de hilaridad, sirve para que aquellos resalten más. Don Quijote, heredero directo del alma de Amadís de Gaula, observa todos los principios de la orden universal a la que pertenece: protege a los humildes, como en el caso del criadito a quien su patrón fustiga amarrándolo a un árbol, en vez de pagarle los salarios que ha reclamado; no conoce el miedo y es capaz de hacer frente a un ejército de gigantes, aun cuando se halle encantado en forma de una serie de molinos de viento; pone en libertad a los cautivos, aun cuando éstos que han sido unos fascinerosos, estropeen a su libertador; es severo en sus costumbres, pues casi nunca se ocupa de tomar alimento, del mismo modo que los caballeros que pasaban hambres, haciendo penitencia en las florestas, alimentados únicamente con el recuerdo de sus ausentes amadas; castiga al cuerpo en beneficio del alma, exactamente como los ejemplares caballeros cuyas vidas sabe de memoria, como el famoso Bertenebros. Es cortés con las damas, y en efecto, tiene un galante y florido lenguaje. Y sobre todo, observa aquel principio que aun ahora se exige, invocando al caballero, aquel principio de la palabra prometida que ha de cumplirse. A todo costo, dejando de lado toda tentación, Don Quijote quiere hacer justicia a la Princesa Micomicona, pero desde luego no quiere aceptar ni la posibilidad de que ella llegue a ser su esposa. Eso habría significado una mancha en la fidelidad que guarda para su Dulcinea del Toboso.

Pero, al mismo tiempo que Cervantes hace una expo-

sición viviente de los principios de la caballería, por medio de las actuaciones de su Don Quijote y de su escudero Sancho Panza, logra envolver a sus protagonistas en el ambiente de encanto y misterio del medioevo, otra de las características que no faltan en los libros de caballería, Castillos, princesas encantadas, gigantes y enanos, la transformación de los seres en otros por efecto de sortilegios. Es decir, ofrece en su inmortal obra todo lo inexplicable y providencial de la Edad Media. El misterio que parecía vivir en los castillos, a la manera de su natural atmósfera.

Don Quijote, como modelo de caballero exalta el amor idealizado. Defiende eso que antes se llamaba amor eterno, platónico, en cualquiera de las historias sentimentales que están incrustadas en El Quijote, como el caso de la pastora Marcela; en el de Zoraida, quien llega a renegar de la religión de su raza; a abandonar a su padre y a los hambres de su mismo pueblo, por el cristianismo y por el amor. Por ese amor que tenía, en su concepción, el requisito indispensable, el supuesto de la indestructibilidad. Don Quijote representa la teoría de que es más bella la mujer distante. Más amada. Así es Dulcinea. Y cuando Sancho le dice que Dulcinea no es sino una labradora, cuando le objetan que es tosca y campesina, Don Quijote contesta que para los demás será lo que quiera, que lo que hace para él es la criatura más hermosa del mundo, criatura de la cual es él un eterno cautivo y por la que hace penitencia, imitando a Beltenebros.



Hemos dicho que El Quijote es un libro propio de nuestra cultura, de la occidental, porque además es un tratado de política. De la buena política. De la que consideramos recta, no maquiavélica; de aquella en que el gobernante no necesita participar de las cualidades del león y de la zorra, como aconsejó Maquiavelo. En los consejos que Don

Quijote ofrece a Sancho no se admite la posibilidad de un arte hipócrita para gobernar. Don Quijote proporciona a Sancho una noble ciencia política para que dirija los destinos de la Insula Barataria. Y le dice que ha de ser indispensable que se conozca a sí mismo, siendo esto lo más difícil que pueda imaginarse, pero de lo cual depende que no se hinche como la rana que quiso igualarse con el buey. Le indica que ha de hacer gala de la humildad de su linaje y que la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

¿No es verdad que estos consejos pueden ser dados hoy mismo a todos los que manejan alguna ínsula? ¿No es verdad que hay tal limpieza de conceptos en esta manera de pensar que a la memoria vienen las ideas socráticas, las típicas ideas occidentales sobre la conducta del hombre culto e inteligente frente a la conducta del ignorante? Si la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale, no es verdad que esto entraña la tesis de que la virtud, el bien, se aprenden, se ganan con el cultivo de la inteligencia; esto es precisamente lo que Sócrates había predicado. La ignorancia es el mal. Y el bien puede alcanzarse por la vía del conocimiento.

¿Por qué los pensamientos que Don Quijote emite sobre la justicia y la política son tan actuales? Será porque tienen esa misma eternidad de los evangelios. Son claros por sí mismos, no requieren de demostración. Véase este consejo: "Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia". ¿Puede predicarse con más pureza la honradez? Es la dádiva la que siempre inclina la vara de la justicia. El juez que obra con misericordia asoma muy rara ocasión, en los siglos: asomó allá, en el siglo primero de la cristiana edad, cuando Jesús, defendiendo a la adúltera, preguntó quien tira la primera piedra; cuando pidió que dejaran que los niños fuesen a él. Ese Misericordioso no aparece sino raramente, en los desolados caminos del dolor humano: cuando el caballero armado de espada y lanza se propone de-

fender a los pobres; cuando San Julián se halla junto a los leprosos, cuando Don Quijote defiende al pequeño Andrés que esta recibiendo azotes, en vez del salario que le debe ser pagado.

Don Quijote enseña a Sancho la recta política: la conducta del alma y hasta la conducta del vivir cotidiano. "Come poco y cena muy poco —le dice— que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago". Le enseña como ha de ir en el caballo; pues "que el andar en el caballo, a unos hace caballeros; a otros caballerizos".

Asuntos hay tratados en este libro de Miguel de Cervantes que hoy suscitan grandes cantidades de libros, que se los aborda en todos los tonos. Que la inteligencia los presenta en varias formas. Que la razón se esfuerza por sembrarlos en el corazón mismo de la sociedad. Nos referimos, por ejemplo, a la necesidad de la paz. En el discurso sobre las armas y las letras, en donde se discute cual padece más: si el soldado que arriesga su vida o el letrado que pasa penurias; donde se discute cuál es menos premiado: si el soldado que muere para que sean premiados los vivos o el letrado que de todas maneras siempre tiene en que entretenerse. Y termina demostrando como las armas y las letras no se oponen sino que se complementan en la vida de la sociedad; pues, las leyes son necesarias, pero con las armas se sustentan las leyes y se defienden las repúblicas y los reinos y de este modo se establece la paz que es a lo único que debe tender el hombre. ¿No es esto lo que dicen los más grandes pensadores, luego de que se hallan absortos ante las ruinas del mundo, ante los daños que han sido causados por las guerras cada vez más universales? ¿No es este pensamiento de Cervantes algo que pertenece a nuestros días? ¿No hay aquí, en ellos, un soplo de eternidad, es decir, un soplo de Evangelio?

Hemos dicho que El Ingenioso Hidalgo de la Mancha es un libro que refleja lo que los hombres de occidente

queremos ser, porque aparte de los aspectos que hemos tocado, es un libro de arte, de belleza en sí. De una belleza que reside en el milagro de un idioma tan estupendamente manejado, capaz de constituir por sí mismo un estilo, un arquetipo clásico. Es un libro de belleza en sí porque los pensamientos vienen en alas de las imágenes, porque su verdad no es dicha directamente, sino que se deja para que en secreto el pensamiento la tome, tras un misterioso recorrido. En algunos capítulos hay tan límpida belleza que es preciso leerlos muchas veces para alcanzar varios sentidos, varios significados que habían estado escondidos. Qué descripción tan magistral, por ejemplo, aquella del capítulo en que Don Quijote cree que los rebaños ovejunos son los ejércitos del soberbio Alifanfarón y del valiente Pentapolin del Arremangado Brazo. Tema es éste que escoge el autor para tejer una fantasía sobre la caballería de Europa, para hacer una descripción de como brillan en el campo los hombres armados. Allí trae a la presencia del lector al caballero de las tres Arabias, al que lleva en su escudo una puerta que se dice fué del templo desplomado por Sansón.



Es Don Quijote otra Biblia, una Biblia de la Edad Moderna. Es el libro de la Europa Occidental y por ende, de la civilización de Occidente; de la civilización que se estructura con el pensamiento y las formas de vida de Grecia y Roma y que se complementa con el cristianismo medioeval aguerrido y con la religión cristiana de todas las posteriores épocas. Es un libro en que se han compilado los evangelios de nuestra época.

Es El Quijote un libro que se puede leer por cualquier capítulo: por el principio o por el fin; en cualquiera circunstancia de la vida. Es un libro hecho con la sustancia de la verdad y una vez leído nos sigue como la sombra al

cuerpo. Un libro para llevarlo escondido, en nuestra intimidad a donde quiera que vayamos, a cuyas páginas podemos acudir para espantar a los enemigos, para ahuyentar a aquellos monstruos del dolor moral que dan dentelladas en cualquier momento sobre nuestro indefenso corazón.

No fué El Quijote un libro totalmente incomprendido por su época. No se captó todo el significado que había en esta fuente de experiencias del mundo y de la vida, pero llegó a interesar al público grande, de manera que el mismo Cervantes vió varias traducciones y ediciones de su inmortal obra. La época estaba preparada para medir la desproporción que había entre los ideales caballerescos, por todos reconocidos y por todos propugnados y la realidad. Un poco más de medio siglo antes de que se plasmara El Quijote, los españoles habían realizado las grandes hazañas de conquistar y colonizar América; en un esfuerzo pocas veces visto en la Historia del Mundo, el imperio español, a base de audacias fabulosas de sus capitanes y soldados, se había impuesto como el más poderoso de los países. Los ejércitos hispanos habían alcanzado victorias en todas partes. Como consecuencia de las conquistas, vino la recolección del oro para las armas del Rey de España. Los barcos que partían de las colonias llevaban oro, atravesando todos los mares, para la Metrópoli y provocaron un recrudecimiento de la piratería, la que se convertía en lucrativa industria. El exceso de oro provocaba una velocidad de la demanda en España y en Europa. La demanda era superior a la oferta y no sólo daba lugar, por tanto, a un constante aumento de los precios, sino que permitía la germinación de los especuladores. Negociantes inescrupulosos amasaban fortunas de la noche a la mañana. Todo eso significaba un mayor distanciamiento de las clases sociales extremas. Surgían los grandes ricos, los potentados. Y al mismo tiempo, se encarnizaba en el pueblo la miseria. Ese era un clima para la corrupción, para el bandidaje, para la lucha sorda, o sea para la destrucción de los principios morales.

Los ideales eran objeto de mofa. Y quizá a eso se deba el que la compilación de los principios doctrinarios de la caballería andante que hay en las páginas del Quijote, esté mojado en un humor de comedia, de hilaridad.

Además el Estado construía obras gigantescas que no eran reproductivas. Faltaban fuentes de trabajo ya que la industria de la aventura en América había empezado a llegar a sus límites. Lo desconocido se tragaba a los héroes. Y los países europeos e Inglaterra habían formado una especie de pacto contra España. Era la natural unificación de los pequeños contra el grande. En ese clima fueron escritas las novelas de Cervantes y El Quijote. Por otra parte, el escritor, el héroe de Lepanto experimentó la más grande de las decepciones, de las desesperanzas, al haber pasado un lustro en presidio de los moros, tiempo en el cual las glorias de la batalla contra el Gran Turco se habían apagado. Inclusive el famoso capitán que salvó al cristianismo del último de sus mortales peligros, don Juan de Austria, había muerto. Los ideales, los sueños, se hicieron pedazos en el alma doliente de Cervantes. Y, así mismo, una putrefacción aumentaba en el seno de España. El Quijote tal vez sea el espejo de toda esta caída.

Acaso sea también la más grande y planificada acusación a su tiempo. Pues, es preciso tener en cuenta que Cervantes pone cierta crueldad en demostrar la pobreza, la falta de sentido económico y práctico de sus dos personajes. El mismo Sancho resulta un ingenuo, cándido, convertido en escudero. Y luego, la circunstancia de que Don Quijote acepte ser "El Caballero de la Triste Figura", un caballero que lleve adentro al peregrino. Y las escenas de la venta, cuando Don Quijote proclama que a los caballeros no se les cobra, cuestión perfectamente extraña y absurda para los patrones de la casa.



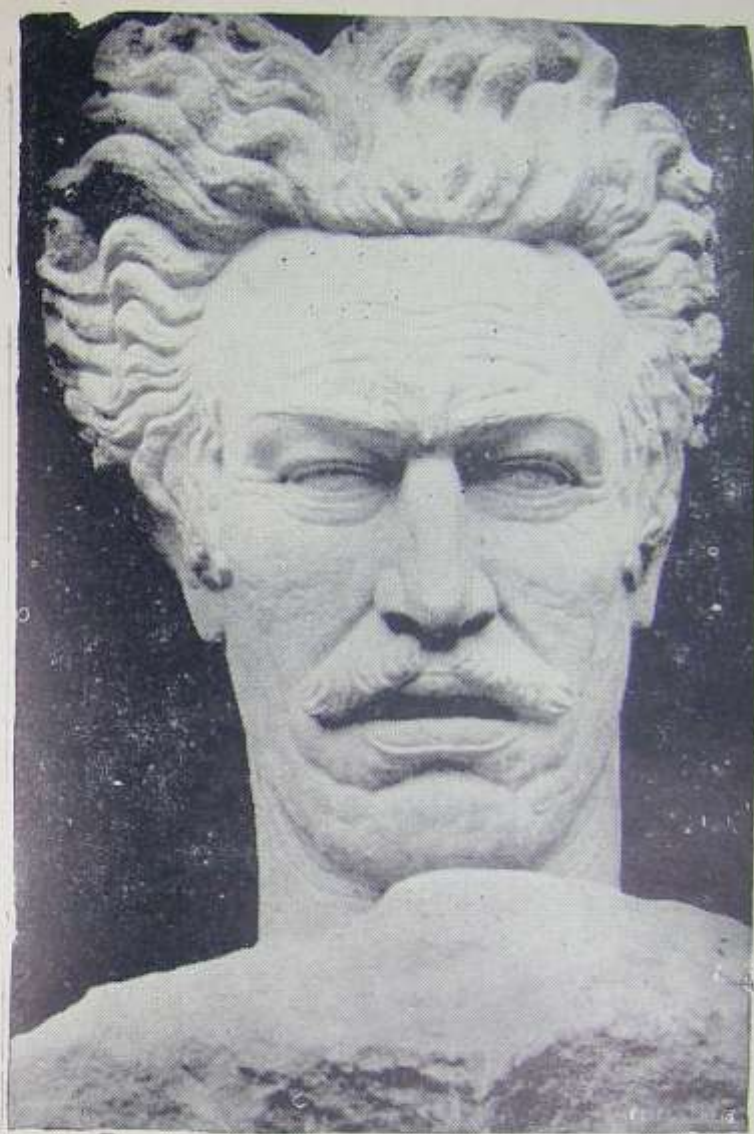
Es una fuente de sabiduría filosófica este famoso libro. Veamos, como hace la diferencia entre lo histórico y lo poético, a través del pensamiento de Sansón Carrasco: "el poeta puede contar o cantar las cosas no como fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir no como debían ser, sino como fueron." ¿Para qué tratar de explicar esta fórmula evidente?

Parece que Cervantes hubiera querido quintaesenciar lo masculino. Y para tal objeto, qué mejor materia que la caballería! El bachiller Sansón Carrasco informa a Don Quijote que los que han ponderado sus hazañas, hacen resaltar su "ánimo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades y el sufrimiento así en las desgracias como en las heridas." Estas son las virtudes fundamentales del caballero y el caballero es el prototipo de lo masculino, el arquetipo del hombre. ¿De dónde vendrá esto de que el hombre deba resistir el dolor sin queja alguna y ponerse cara a cara al peligro? ¿Por qué estos atributos son considerados y sentidos como propios de lo masculino? Seguramente aquí nos hallamos ante un designio de la naturaleza, ante una de las leyes del mundo.

En ninguna otra edad, fuera del Medioevo, se llega a separar y diferenciar tanto las cualidades del hombre de las de la mujer. ¿Qué circunstancia o razón histórica ha situado en la Edad Medioeval este máximo de diferenciación?

Quizá una operación de reacción verificada por la naturaleza misma, frente al desenfreno de los últimos siglos de la Edad Antigua. Pues, la literatura y la historia abundan en documentos sobre las corrupciones de la Roma de los Césares y en general de los pueblos civilizados de aquella época. Los vicios de esos tiempos llegaron aun a amortiguar las naturales diferencias entre lo masculino y lo femenino: Y en la Edad Media adviene lo contrario: una soberbia reacción.

Don Quijote es el último de los grandes paladines.
Un desplazado de la Edad Media hacia la posteridad por el
genio de Miguel de Cervantes.



MONTALVO

(Bronce de Mideros)

EL QUIJOTE DE MONTALVO

"El que no tiene algo de Don Quijote no merece el aprecio ni el cariño de sus semejantes."— JUAN MONTALVO.

El Quijote es libro universal que debe su perennidad a los materiales humanos de que está compuesto. La vigencia de la propuesta aristotélica acerca de que el arte es la imitación de la naturaleza se pone de relieve en todas las grandes obras de la literatura, y las discusiones de las escuelas o la nimiedad de los preceptos, ceden ante la presencia del hombre y sus problemas, en la confesión de la poesía lírica, en el contorno de los hechos trascendentales revelados en la épica y en la historia, con fulgores míticos o claridad documentada; en el accionante decurso de la dramática o en la reviviscencia de la novela o la biografía. En cuanto al Quijote, su realismo es de tal modo patente, como que sus personajes principales son los de dos seres que a nadie parecen ya de invención. Perviven en los estadios humanos y su marcha ha de renovarse siempre, como si recomenzara. Caracterizados a maravilla por la pluma de Cervantes, apuntados sus rasgos somáticos con la precisión del epíteto y la modalidad del gesto, a través de sus aventuras y desventuras, de sus andanzas y vaivenes, de sus meditaciones y reacciones, ya se ofrecieron desde el principio, con su propia estatura, con la iluminación de sus rostros y los trechos de sombra de sus realidades y sus ensueños, a los lápices geniales o mediocres, a las dimensiones huma-

nas de la estatuaria y a la copia reducida de la cerámica. Y así en las estampas como en las esculturas, tienen esa movilidad expresiva que marca el destino accionante de las criaturas.

En antes hablárase del "ingenio lego" o se ponderara, por otros, la virtud infusa de su sabiduría; sostuviérase por estas que Cervantes escribía como hablaba y como pensaba, mientras aquellos se afirmaban en que la "difícil facilidad" de su sencillez había brotado de uno de los más continuados trabajos de la experiencia y del estilo. . . . la verdad es que a los cuatrocientos años de su aparición en el camino de los mortales, el cervantismo comporta todo un curso de eruditos y se advierte en Don Miguel hasta uno de los pre-nuncios de ese conocimiento médico y literario que es el de la Psiquiatría. Así, desde la contemplación simplista del Ingenioso Hidalgo que fué la de la obra destinada a que se abominase de la fábula hinchada de los libros de caballerías, se llegó a la persuasión de que ese libro de caballerías, el mejor de todos, a la vez remate y principio del género, por su calidad cronológica de término y su propiedad genuina de resumen y síntesis del ideal andantesco, se estableció, por su varia y entera complejidad de cualidades, en esa "biblia de la humanidad", la novela por excelencia, en la cual habían cuajado, al parecer sin esfuerzo, todas las condiciones y las características de la novela española de todos los tiempos, superando, en forma magnífica, a los Amadises españoles, y reuniendo, como en un haz de naturales conciertos, así la expresión hispana de lo dramático que se manifestó con rara madurez en La Celestina, como el tipismo de lo picaresco, el aire amatorio y cortesano de lo pastoril y hasta el tema bizantino del viaje y la aventura que Cervantes quiso concretar en la novela de sus postrimerías, **Los Trabajos de Pérsiles y Sigismundo**, la más elaborada de sus creaciones en donde acaso pretendía volcar su anhelo de venirse por tierras de América, magnificando el tipo de la mujer que si alcanza en su Dulcinea del Quijote, el espejis-

mo, alejado adrede, del eterno femenino, se viste de traza bucólica en su primitiva Galatea y cambia de posturas y de modales en los tipos de las novelas ejemplares.

Hondo, largo bucear en la materia del **Quijote**, libro fácil aún para los lectores un tanto desapercibidos, y abierto, no obstante, para toda exploración de los críticos abstingidos y los comentaristas sagaces. Suerte igual, desde luego, la de los libros que, como el **Quijote**, dotados de poderoso aliento de humanidad, tienen que mostrar los lados todos de la vida y por lo mismo las atractivas explicaciones de la biología. Descubrimiento antiguo ya, el del sentido esotérico de las aventuras de Alonso Quijano que viene a dar en **Don Quijote** cuando se había trastocado su visión regular de las cosas con el mundo maravilloso de las hazañas caballerescas, por lo que, desde la advertencia de que en **Don Quijote** y **Sancho Panza** había de verse los dos polos de la humanidad, el idealismo y el materialismo, se llegó hasta las consideraciones acerca del valor filosófico del libro y a sus poco probables y ocultos designios, como el de que fuera una crítica de la Inquisición; **Sancho** el símbolo del pueblo o la política, y **Dulcinea**, el "alma objetiva" de **Don Quijote**. Y así como en el pulso dantesco se quiso ver la concretación de los conocimientos de su época, fundidos de modo maravilloso en el crisol renacentista y figurados en las concepciones de la vida eterna que definen los conceptos del sublime dinámico y matemático, por la fuerza de la fábrica infernal y celeste, y el tiempo suspendido, sin término, que no acaba, que sorprende a la finitud del hombre que burla a su pensamiento de los más dilatados cálculos, se dijo que el **Quijote**, en el plano de su creación, había dado también en uno de esos singulares resúmenes de la sabiduría, como más tarde el poema de Goethe, **El Fausto**, por lo que a Cervantes se le ha visto así en sus disquisiciones médicas, como en su saber de geógrafo; en su inquietud marina de la rosa de los vientos, como en su afilosophado conocimiento de los tiempos y de los hombres. . . Sería de ob-

servarle, más sencillamente, cerca de esa frase que se ha repetido en su elogio y que basta a calificarle humana y gloriosamente. Supo mucho del corazón humano, con sus altibajos circulatorios de miedo y de valor, con sus fenómenos en los cuales puede henchirse de soberbia o apretarse de misericordia, flaco o dilatado, alternativamente, como los dos personajes que, en la opinión de quien buscara la figura dúplice del personaje único Don Quijote-Sancho, insinuada ya en sus polarizados caracteres, concluyera también en que si el hidalgo de la Mancha supo aproximarse en varios momentos de su desigual andanza al pensar regular y positivista de Sancho, éste no dejó de elevarse, en cambio, hasta los delirios, a veces lindantes con la posible perfección de la existencia, del magro Caballero de la Triste Figura. Y esta es, sobre todo, la gran verdad calada por Cervantes en el fondo de todo ser humano, a través de los dos viajeros por la parda llanura. La sola ambición idealista sería insostenible en el ser humano de las más astrales tendencias, y si al ser gravitante y apegado a los contornos de la realidad, se le privase de tal o cual vuelo de Clavileño, de tal o cual ensoñación en alturas de felicidad o de gloria, se habría destruido un señuelo de la tierra, por el cual nos han sido dadas la escala de Jacob, la conseja bienaventurada o la magia del milagro. Y puesto que en nosotros hay, en mayor o menor grado, ese Quijote y ese Sancho, unificados o indisolubles, sucesivos o simultáneos, es por lo que Cervantes nos encanta con la narrativa de su paso por estos eriales o estos valles, y por lo que, desde hace más de tres siglos, estamos bañando con nuestra simpatía, así al enamorado de Doña Dulcinea como al escudero del rucio y de la bota.

No es de hoy, tampoco, aún cuando pueda ser presentada como novedad, por esa condición del originalismo que consiste, como ya se ha dicho, en mirar las cosas como si fuera por la primera vez, la observación de que en el Quijote hay, sobre todo, el personaje colectivo o multitudina-

rio. En este libro se realiza lo que se juzgó como la democratización de la épica, la presencia de las clases populares en la novela, la animación de una época y de un mundo. Todos los tipos españoles están en el Quijote: condes y eclesiásticos, venteros y yangueses, arrieros y maritornes; gentes de Andalucía y Barcelona; moros y cristianos. Pero en tal paisaje, aún es Don Quijote el tipo señero, y Sancho el acólito de primer plano. Tampoco sería posible decir que en los libros maestros de las literaturas antiguas, no se mueva un concurso que explique la presencia de los personajes centrales, y así la Biblia es el pueblo de Israel, por más que sobresalgan Salomón y David gloriosos, el infortunado Job, los angustiados profetas o la sencilla lucidez de los evangelistas. Y en las escuadras de La Iliada están los griegos y los troyanos, cuya fuerza se encarna en el veloz Aquiles y el sereno Héctor, y La Odisea es épica, novela y biografismo, fábula y verdad, poesía y discurso, peligros de afuera y hogareño recinto que se afirma a prueba de luegagos erranzas y tela de nave o lecho, en donde soplan los vientos del regreso con la seguridad fiel de los corazones que desafiaron a la distancia.

Eruditismo que acople cartabones preceptivos, enumeración cronológica de influencias, cotejo de riqueza lingüística, análisis de la gramática de Cervantes, recuentos de transformaciones o evolución de los géneros, por lo que se llegaría a considerar a los libros de caballerías como al puente por el cual, dejados atrás, en el tiempo y la geografía, los héroes de la epopeya, pasa el corcel del andante, en busca democrática de entuertos, están probando, sin sobra de duda, la eternidad del Quijote. Igual nos sería desde luego, y puede que más gustoso, llegar hasta los capítulos del libro inmortal sin tanto saber de los detalles y de los antecedentes, del esoterismo ni de la psiquiatría, por la que hemos de practicar el psicoanálisis al esquizofrénico caballero, o encontrarnos con la regordeta condición de Sancho, elevado, si queréis, a un tipo pícnico, quizá como el de Horacio,

al que a veces se le asemeja, dando categoría a Panza, por su equilibrio tranquilo, su ambición mediocrementemente dorada y su prudente lanzamiento del escudo, en el campo en donde su señor es el torbellino, y en el cual representa estotro el ancestral instinto de conservación que suele ponerse a buen recaudo.

Y así vamos al libro, cuando hemos de buscarlo para la antesala del sueño más que para la tentación de la vigilia. Para entrarnos por sus páginas con el gusto simple de la aventura que destila en nosotros, sin que lo advirtamos enteramente, la filosofía cotidiana. Poco hace, para lectores de lámpara quieta, para colegiales en vacaciones, que sepamos, por ejemplo, cómo pudo originarse el Quijote en la figura de uno de los tipos más singulares de las novelas de Cervantes, en ese difícil Licenciado Vidriera, en antes llamado sencillamente Tomás Rodaja, a quien el mordisco en una fruta maléfica le dió la extraña locura de creerse de vidrio, por lo que se alejaba de vértices duros y lanzaba alaridos cuando los muchachos, que supieron de su manía, le arrojaban menudos proyectiles de piedra. Vidriera, sin embargo, de una lúcida transparencia para reflejar el concepto y hasta para irizarlo, como si adivinara la perfección de lo biseñado. Germen del andante caballero que así diserta a través de sus arriesgados caminos o en los altos de su marcha. Esencia de lo humorístico, que sólo resalta por el contraste entre lo serio y lo cómico, que sonríe sobre el dolor o aprieta la lágrima sobre lo que le parece falsa alegría, que ensaya gestos desmesurados entre vulgares concursos o rompe la solemnidad de un instante con su anacrónica llamada al desatino. Vidriera, cabalgante en su canasta a lomo de cargador, para no romperse, y Don Quijote, rompido y entero, acaso establecen la sucesión de las sinrazones de la razón, o completan la parábola de la invicta filosofía del vencimiento que dijera Unamuno.



De obra tan variamente mensurada e inmensurable por la sencilla razón de que en ella se contiene la propia esencia de la vida, quiso ensayar Don Juan Montalvo la "imitación de un libro inimitable", en los **Capítulos que se le olvidaron a Cervantes**.

¿Imitación verdadera, paráfrasis o páginas que salieron obedeciendo a las incitaciones de la lectura del Quijote y buscándose, acaso en campos nuestros, esa figura de paradigma o de espejo, de concentrada gracia de locuras airadas y de constante ejemplo de victorias quebradas en su vuelo, y de derrotas de cuya materialidad caída, puede elevarse la más vencedora señal de la fe y la perseverancia? Si Montalvo imitó a Cervantes hasta donde le era dable, dentro de su temperamento y sus preferencias, de sus gustos e inclinaciones, de acuerdo con lo que había logrado en el ejercicio de la lengua castellana, noble oficio en él, tocado a veces del arcaísmo peninsular; evocador, en grandes trechos, de los metales clásicos, pero sobredorado de novedad, de viajes hacia una nueva sintaxis que no se aparta de la biología pura del idioma; sostenido en giros de una flexibilidad anunciadora, y matizado de no pocos audaces neologismos, opinamos más bien porque en esos capítulos avanza o progresa, con naturales desigualdades, pero con vigor de conjunto, más bien una continuación del Quijote cervantino, fiel al pensamiento que alentara Montalvo, al suplir lo que a Don Miguel podía habersele pasado por alto. . . Continuación, desde luego, susceptible de volver a los comienzos, de avanzar en otras veces hacia el remate de aventuras que en el original Quijote se quedaron entre los bastidores del tiempo precario, o de conducir al manchego por veredas de algún descubrimiento en las cuales parece filtrarse la luz del paisaje serraniego. De tal modo, casi todos los relatos de los sesenta capítulos que se le olvidaron a Cervantes, encuentran su origen en anteriores episodios

del Ingénioso Hidalgo, o se desarrollan, por lo menos, a partir de la evocación condigna o de la referencia conocida. Por lo que este Quijote de Montalvo, ni distinto ni distante, ha de guiarnos siempre en la impresión de que estuviese circulando por los caminos que ya le conocieron, o que, gracias a Juan Montalvo, nos es posible advertirle en lo que realizaba o pensaba, en sus treguas y en sus acometidas, durante esos trechos ignorados por Cide Hamete Benengeli, sin que pensemos en el mixtificador Avellaneda, ni en la forma, a veces identificable, de su Quijote, ni en su estilo de pesarse en los quilates del siglo de oro.

Pero si el de Montalvo es el propio Quijote, reconocible a todas luces y visible, asimismo, aún en los espacios de sombra que perfilaban su angulosa indumentaria, no deja de ser también, con notable continuidad, su Quijote. No tanto, si bien se examina, como para que haya de dársele un valor de nuevo Quijote de los Andes, ni para que se exagere la frecuencia de las alusiones, ni el placer florentino de ir colgando a los enemigos de los árboles, o castigar o esotrar, fatuos o soberbios, tontos o miserables, con una sonrisa que, por su distención perdurable en el libro, aparezca como sancionadora, o con el desdén montalvico, gesto que, en siendo de ese batallador probado, suele atusarse por lo menos los mostachos de la cólera.

Como quiera que se lo vea, en este libro alza su facha el mismo que anduvo en otro tiempo sin sospechar que sus pasos darían para que se trazase, con prolijidad de cartógrafo, la ruta de Don Quijote, por lo que su realidad se afirma en bien de la creación cervantina y de la taumaturgia del arte que, aparte de escolares explicaciones, consiste en dar a sus criaturas la móvil verdad de la existencia.

Si el Quijote de Cervantes no es fácilmente antologizable, si los comentaristas, recomendando tal o cual capítulo en el que aciertan a ver como más patentes las características del héroe, prefieren remitir al lector al conocimiento indispensable del texto íntegro, y si en los Capítulos de

Montalvo fuera dable ejercitar el gusto de seleccionadores o el corte peligroso de los antólogos, de más arduo empeño resulta aquello de poner de un lado las páginas del complutense y de otro, las de la magnífica imitación del ambateño, para buscarles el punto de la afinidad o la operación difícil del contraste, como quiera que comparar es, sobre todo, diferenciar.

Aquí en Montalvo, como en Cervantes, Don Quijote es el que está en marcha. Imposible imaginarse un Don Quijote tranquilo ni reclinado, salvo en sus encuentros con la tierra madre, en sus caídas a impulsos de los jayanes o los yangüeses o en sus ceremoniosas demostraciones de caballería, ante el gentil continente de las damas. Y como en el libro de Cervantes, en los capítulos olvidados, o recordados más bien por quien gustó de seguir el tema del invicto manchego, el viaje de los dos personajes tiene el mismo ritmo gradual, la misma distancia, el tiento de jerarquías y aproximaciones que va desde la esquelética complexión de Rocinante hasta el trote cansino de Rucio, con lo que los dos cuadrúpedos han dado con su apostura de resistencia y amistad para el hombre, en los dominios de la literatura.

Parécenos el de Montalvo un Quijote menos suelto. La naturalidad del primitivo como que se detuviera en veces en las páginas de más admirable artificio de la prosa de Montalvo. Esto no obstante, sus acciones no han perdido ni la dirección obstinada, ni el empuje de milagro, ni la sublimidad ilusoria que distinguen al Caballero de la Triste Figura. Montalvo sabe manejar el episodio. No le deja trunco ni suspensivo, y cuando ha de cortarlo adrede, es a sabiendas de que su latitud originaria consancio, de que un detallismo de más cuenta, frustraría la ruta del quijotil empeño o el alargamiento de las conversaciones entre Don Quijote y Sancho, restaría alguna viveza al propósito de relatar.

El que en los Capítulos llega a parecer defecto de las divagaciones, resulta, en verdad, una de las cualidades del pensar y del decir montalvino. Encuéntranse aquí, puestos

en boca de Don Quijote o Sancho Panza, verdaderos comienzos de tratado, fragmentos de ensayo, esbozos de disertación a filosofada. El tema del moralista se repite y continúa, y aún sin oído demasiado atento, es posible captar, en varios pasajes de los **Capítulos**, la prosa numerosa de los **Siete Tratados**, y alcanzar, asimismo, lo que pudiera ser una parrafada, deseosa de continuarse, para un ensayo sobre el amor o el valor, sobre el heroísmo o la belleza, en torno de la santidad o acerca de los espinosos linderos de la política, lo que se halla de acuerdo con la definición que Montalvo diera a Don Quijote considerándole como a un discípulo de Platón, a quien basta quitar su aspada vestidura para que quede el filósofo.

Sancho no está en el libro de Montalvo con su voluntad elemental y su condición zafia, aún cuando el escudero sea, aquí como allá, el del tranquilo continente y el ánimo manso y simpático, justamente a prueba de los vaivenes en los cuales ha de seguir a su señor, entre la fe y el asombro y entre la confianza y el desencanto. El Sancho de los Capítulos está muchas veces en un tris de dar también en filósofo y páginas hay en las que surte de Sancho cierta poética insinuación, reconocida por el mismo Quijote, sin que insistamos en la cantera inagotable de refranes que Sancho se lleva cañete adentro, y desde luego labios afuera, en toda oportunidad y según Quijano, con reiterados inoportunos, sobre todo si los refranes se desenvuelven, con su tosca verdad o su crudeza objetiva, allí cuando el Caballero de las Leonas ha de dar el remate de lanza o la incruenta salida a una de las aventuras que añade a la historia de su profesión tan benéfica como desinteresada. Sancho es asimismo discursivo y moralista y en siguiéndole a través de los Capítulos de Montalvo, jamás se le aplicara el conocido calificativo de que es el buen collar. Su enhebramiento de refranes se vuelve de tal modo sistemático, que sería de acudir a él en busca de la más acabada edición del refranero. Estos se pertenecen a la sabiduría popular de to-

das las edades y de todos los climas. Los hay, desde los de la sapiencia de Salomón, hasta algunos de los que han brotado de tierras ecuatoriales, con el olor campero de nuestras comarcas o la malicia inocente de las gentes del lar agrario. Prevalecen los refranes españoles, trasladados a la composición literaria por Juan Ruiz, por D. Íñigo López de Mendoza, por el Racionero de Toledo, y el Infante Juan Manuel, aparte de otros de cepa quevedesca y hasta alguno que luce en boca de Don Quijote y que nos parece extraído de las elaboradas sonrisas de Baltazar Gracián.

En cuanto al estilo que se enseñoera en el relato de estas andanzas del Quijote, olvidadas por Cervantes o más bien retrotraídas, si el concepto general y consagrado le consideró por mucho tiempo como cervantino, conviene señalar importantes rectificaciones de tan universalizado aprecio, sin que por esto se desvirtúe la tendencia cervantesca que guió a Montalvo en su imitación del Quijote, su indudable conocimiento de la lengua de Cervantes; sus penetraciones de tanta hondura y frecuencia en el texto del Quijote hasta el punto de que Montalvo pudiese recitarlo a fragmentos y se apropiara, si vale el término, de esa misma materia a su decir inimitable.

En el estilo de Montalvo hay el ligamen de varias influencias y de múltiples asimilaciones. Se ha dicho que su periodo posee algo de la marcha extensa y musical de la prosa de Cicerón, y si en él resuenan acentos greco latinos, es evidente que resplandece también su conocimiento del siglo de oro español, sin que se le niegue un amable aliento francés. Pero esta misma alquimia es la razón de su estilo, la transfiguración de voces heredadas, la gesta de la forma. Vale el juicio acerca de lo que hay en Montalvo más de quijotil que de cervantino, así como la opinión acerca de que si se quisiera buscar cotejos estilísticos entre el gran escritor ecuatoriano y los prosistas del siglo de oro, Montalvo estaría más cerca de Quevedo que de Cervantes, por su tendencia a emplear palabras compuestas, por su humo-

rismo esencial, por sus raros equívocos, por la gracia de sus personajes, de hallarse más en las palabras que en los gestos, más en los discursos que en las acciones.

Como quiera que fuese, lo de considerarse es que su temperamento de combatiente, de luchador no siempre vencedor, pero nunca vencido, le acercaba más al asunto del Quijote, así como su pasión moralista, su Geometría de un platonismo modernizado, su prédica del bien y de la justicia. Temperamento de burlar al diablo y arrepentirse sabriamente sobre el tronchamiento de Margarita, de resistir y troquelarse para el octogenarismo, habría buscado la imitación del Fausto, y si Montalvo ensayó escarceos en torno de la imitación de Don Juan, en su ensayo de la **Geometría Moral**, y si aludió en veces a la sugestión hipnótica de sus ojos y a cierto varonil dominio, y se pensase o no en su calidad de un don Juan aquirotado, por la ruta del Quijote debía ir, él tan adicto al desfacimiento de los entuertos y a la derrota de malandrines y fallones. Don Quijote se paseó por los caminos de su libro con tanta propiedad como anchura. Y Sancho también, y entrevista, asimismo Dulcinea del Toboso. Y se paseó Don Quijote, a campo traviesa, entre una selva de gerundios, característicos de la prosa de Montalvo. Montalvo, gran señor de la prosa, manejó el gerundio con harta desenvoltura. El gerundio, acción constante, presente, continuada, estaba en este caso perfectamente traído para el incansancio de Don Quijote de la Mancha. Porque Quijano vivió en gerundio, combatiendo, cabalgando, desfaciendo, amando...



Si en la vida del Ingenioso Hidalgo se había encontrado, a poco de la penetración de la crítica psicológica, varios recuerdos autobiográficos que constituyen, en la generalidad de los casos, la médula de las obras perdurables, en los **Capítulos** de Montalvo ha de darse con iguales ras-

tros de sus andanzas por la tierra. Aquí las aventuras de Don Quijote se inician, como tomadas de la misma fuente primigenia, en el momento en que la casualidad haya constante de los pasos andantescos, "quiso que Rocinante tomase por una vereda que en dos por tres los llevó, al través de un montecillo, a un verde y fresco prado por donde corría manso un arroyuelo, después de caer a lo largo de una roca". Don Quijote se halla en soledad y sus palabras de entonces parecen agravadas en triste soliloquio, ya que no han obtenido la respuesta de Sancho. "Tan grande es mi desventura —exclama— que se ha de prolongar más allá de mis días, pues no veo que hacia mi venga doncella ninguna con ninguna carta. Oriana fué menos cruel con Amadís, Onoloria con Lisuarte, Claridiana con el Caballero del Febo: convencidas de su error en el negocio de sus celos, mandó cada cual una doncella a sacar a su amante de las asperezas donde estaba consumiéndose. Para mi no hay doncella, viuda ni paje, que me traiga la cédula de mi perdón, y a semejanza de Leonís, habré de perder el juicio en estas soledades..." Montalvo compuso sus **Capítulos** en la soledad de Ipiales, así como Cervantes escribió su Quijote en la casa de Argamasilla, y cuando hallamos al Hidalgo en la penitencia que a imitación de Beltenebros principia y no concluye, es posible asistir a su propia aventura desolada, por más que descubriera el espectáculo de las **nubes verdes** y la cercanía de algunas amistades le diera, por fin, el aliento de proseguir y aliviar las penalidades del desterrado. Soledad que ha de valer para la maduración de su obra y la vida de sus libros de mayor resistencia, escritos allí, sin referencia de los volúmenes, con datos de su prodigiosa memoria, en cuadernillos cosidos por su mano, sobre la mesa de la casa de su hospedaje, cerca de la ventana que mira hacia la plaza rectangular de Policarpa por donde circulan los ipialenses y los guaneños, esos ecuatorianos andariegos y emprendedores, salidos de la tierra de los primeros Montalvo.

Allí se dió a la cita varia y prodigiosa que florea desigualmente en los **Trotados** y que vuelve frecuentemente eruditos a Don Quijote y Sancho, los mismos que, aun cuando continuasen el camino que sale de los aldeaños manchegos, se han venido en esta vez, como para una nueva afirmación de su ruta de españoles, a los campos de América. Así la fábula inmortal alcanza remozamiento en cuanto el paisaje de sierra se abre a otras perspectivas, y hay que seguir a Montalvo en sus alusiones o en el viaje de sus recuerdos que suelen dar a veces, aquí con cierta buida gracia, en sus conocidos temas de crítica o de polémica. Pero las figuraciones del Quijote se desenvuelven en un continuo acercamiento al modelo español de que proceden, así en la traza de Urganda la Desconocida, como en la atribución que se hace Don Quijote de las hazañas de los grandes caballeros, con lo que se justificaría hasta ese proceso de la contaminación, examinado como uno de los problemas sugestivos de las literaturas comparadas, por el cual se reconocen acciones parecidas entre los héroes notables o se intercambian sucesos verídicos o míticos, entre los personajes de las gestas, ya sean Rolando y el Cid, los Amadisés y Don Quijote.

Los actores tampoco nos parecen diversos, y la explicación de que sean de aquí, justifica la semejanza, si bien el Quijote de Montalvo se mueve entre viajantes ecuatorianos, aún cuando, por despistar o proseguir en su propósito de imitación, acudiese a los nombres de los parajes españoles.

En el Quijote de Montalvo hay el espacio así para la realidad como para la quimera en la que el hidalgo se estiliza y remonta, o flaquea y cae, dando de nuevo en esos regresos simbólicos al polo, misero para él, de la realidad gravitante. Curas hay en esta afortunada imitación, por más que al propio Montalvo se le hubieran olvidado otros capítulos, como el que podía haber tejido con la pintoresca historia del barbero del poblacho, y se piense en que la so-

brina estuvo lejos o no se proyectó mejor en los recuerdos de los no pocos altos de cordura en los que Quijano reposa y razona. Figuras arrancadas de la picaresca como la del ciego fingido que roba sus alforjas a Sancho Panza; religiosos penitenciales como aquellos a quienes interroga Don Quijote acerca de las vías de la perfección espiritual, acaso en una memoria no deliberada de **Las Moradas** de Santa Teresa por la que Montalvo confiesa su admiración en **El Buscapié**; comentario a los milagros, con una demostración de los ex-votos, que no diera, ni con esfuerzo de comparaciones que han servido en la historia de las literaturas para todos los símiles y los paralelos, para ponerlo al lado de alguno de los de Cervantes.

La medida regional, no obstante la prueba de libro que cumple sin quebranto con su empresa continuadora, nos afirma en la presencia de lares y de costumbres ecuatorianos del siglo XIX. De tal modo, caballero y escudero, aun cuando aquel mantenga el señuelo de regias ofertas y este alimente su confianza con promesas de gobernaciones, no han de llegar a la morada de los duques, si bien ha de persistir el quijotil empeño de hallarse frente a los castillos encantados o a los gigantes en desmesura, rivales de su gloria y de su fortuna, interrumpida de propósito, malograda a conciencia, para servir a la causa de los desvalidos. Quijote, en sus nuevas aventuras, llega a una casa enclavada en un medio de ambientes serranos. Se trata de la finca de Don Prudencio Santiváñez y doña Engracia de Borja, en donde se trazarán algunos de los mejores episodios de los Capítulos. En esa casa que Don Quijote tuvo por castillo, es dable conocer a varios personajes que forman un grupo de caracteres tan logrados como llenos de animación, en los que se vería algunos de los que, con la natural transformación del tiempo y de las circunstancias, pudieran señalarse en nuestra época o fueran representativos de la sociedad, formando, con su desigual apostura, sus gustos y sus maneras, ese conjunto de diversidad y sin embargo de

equilibrio. En tal estancia revive Don Quijote, con bastante aproximación, las épocas de sus más aireados días y se dijera que aquí es cuando está el hidalgo más en vena de conversación y en trance de una felicidad que se mezcla, para ser la de su destino, con altibajos de sonrisa y de cólera, de frustrada ambición y de gusto de vencer a sus fingidos adversarios. Porque lo son, si atendemos a las bromas criollas que sufre por entonces, con un corazón en el que no se ha quebrado, ni por un momento, la resistencia que se ha de dar a ese verbo recio, siguiendo a Montalvo quien distingue sabiamente la obligada mediocridad de padecer, el tributo que se paga por el hombre a la física común del padecimiento, de esa superior función del espíritu, corona de caballeros, andantescos o no, que se teje con las espinas vencedoras del sufrimiento.

La casa de Don Prudencio Santiváñez y de doña Encracia de Borja, es de las que se pertenecen al pro de las familias en las cuales el azuleo del linaje no está oscurecido con las corrientes de la petulancia. Montalvo, con breve oportunidad, siembra su libro de comentarios, y apunta, por eso, que Don Prudencio pertenecía a la excepción de aquellos que no cumplen con las condiciones excelentes del señorío. "Gran señor que se une a sus criados para matraquear a un huésped, no corresponde a los favores de la fortuna, ni sabe guardar sus propios fueros", escribe Montalvo añadiendo que "Don Prudencio Santiváñez era un filósofo, bien así de natural como de educación. Sobre esto, era de suyo hombre muy bueno, incapaz de hacer figa de nadie, y tan compasivo que no hubiera tocado con la desgracia, si no para remediarla, si le fuera posible." Pero si no aventuras de las de los caminos, a Don Quijote le ocurren entonces, según el propio decir montálvico, cosas que se justifican por el mismo gusto de "llevarle el genio", darle ocasiones a su profesión y excitarle a que tratase de ella con la verbosidad pomposa con que solía dilatarse en esa gran materia. "En este castillo nos alojaremos esta no-

che, dijo a su criado: debe de ser su dueño gran señor que recibirá mucho contento en verme llegar a su casa. Ruégote, Sancho, que si hablas, sean discretas tus razones y te vayas a la mano en lo de los refranes. Quien bien quiere, bien obedece; y si me quieres, trátame como sueles. Sancho, Sancho, en la boca del discreto lo público es secreto, y no diga la lengua lo que pague la cabeza". A Panza, como lo expresa Don Juan, "más le gustaba llegar a casas grandes, donde comía a su gusto, dormía sin cuidado y no se le manteaba, que a ventas donde los mojicones nocturnos menudeaban más de lo que él había menester". Y sin embargo, Don Quijote, en plan de adelantada cordura, no fuera tal si no se diera de narices con los perfiles de lo extraordinario, ni Sancho justificara su arriesgado escudismo, de no hallarse en intrincados lances, siquiera para la explicación consiguiente de pasos que no alcanzaran tales contornos de ser mirados con una lógica simple, que deje a su suerte propia el volteo común de los molinos de viento, por lo que ese capítulo de Cervantes tendrá el simbolismo perdurable de una de las parábolas más eternas y sugestivas de todos los tiempos.

Deben de ser figuras conocidas las que se esbozan en estos capítulos: Don Alejo de Mayorga, más libertino que liberal; Don Zoilo erudito a la violeta, en el tipo descrito por el clásico, y otros de los que forman el conjunto de tertulios que fatigarán el destino ilusorio de Don Quijote. Conversaciones ocurren aquí más que incidentes, y si estos se desenvuelven, para dar razón a la inquieta existencia de Quijano, preparados están por bromistas camperos, de aquellos que en un tiempo vivían en las haciendas, más por el placer de cambiar o darse baños pastoriles para su fatiga citadina, que por entender de la conciencia de la Geórgica o de **Los Trabajos y los Días** que gustaran al viejo Hesiodo. Así sucede, por ejemplo, que los conversadores inciten a Don Quijote a salir de su soledad, siguiéndole el hilo al caballero andante que no puede pasar sin su dama, o que en

noche estrellada, de esas de luz infantil que sugieren la juvenilidad del mundo, diserte Don Quijote, como para proseguir su antiguo discurso sobre las armas y las letras, famosa expresión de la propia dualidad cervantesca, añadiéndose aquí comentarios acerca de las humanidades "que pueden muy bien hermanarse con las armas, según nos lo dá a conocer el emblema del valor y la sabiduría, encarnado en esa gran divinidad que ora se llama Palas, ora Minerva". Eruditismo que en estos capítulos le coge al Quijote, justificándose así la compañía montalvina y dando la oportunidad para la evocación de esos dos soldados españoles, poetas sobre todo, Garcilaso y Ercilla, aquel amigo de los recintos de la égloga para disfrazar ajenos y propias amores, y estotro cronista de batallas que conociera, para dar los octosílabos de sus octavas reales a la loanza de Caupolicanes y Colocolos.

O, en otros episodios, Mayorga o el Marqués de Huarhuigsa, nobles acriollados o contertulios ligeros, le ofrecen oportunidades para que se agrande la historia de sus pasos y el fogoso caballero se remonte en los recuerdos de acontecimientos parecidos en el memorial de los libros de caballerías, y busque el cotejo o el contraste, por lo que el libro de Montalvo resulta también uno de los más afortunados inventarios de literatura tan peregrina y profusa, y acaso, de entre ellos, uno de los de mayor amenidad y conocimiento cernido. Por eso hay el encuentro con el ermitaño que invita a Don Quijote a la vida desasida, camino estático de la purificación, con toda su fácil paradoja, o se borda en escaramuza heroica su contienda con el Caballero del Águila o, desprendiéndose de romances moriscos, se pone frente a su prurito de caballero libertador, el caso de la nueva cautiva que le parece el de Don Gaiferos y Melisendra, robada y encerrada en una torre, y que sale una noche a llorar su cuita en una ventana, "cuando ve a dicha un caballero pasar....".

Pero se le ocurre que la cautiva es Dulcinea. "Dulcinea está allí, yo aquí, robada y encerrada ella, errante y des-

consolado yo. Y para que todo sea uno, pienso no entrar la fortaleza por fuerza de armas, sino, como el otro sutil enamorado, hago que mi dama se descuelgue sobre mí y puesta a horcajadillas sobre las ancas de mi caballo, que me sigan Hipógrifo y Rubicán." Tales las palabras de Don Quijote, antes de que "vea cara a cara a su señora" y a Sancho se le alcance la realidad de ese engaño, sin que las narices de la falsa Dulcinea, pudieron dar de lleno en el corazón de Don Quijote, dejándole malferido, puesto que a la sorpresa de su escudero, opone la razón de que esa es la obra de un mago su enemigo y de que "solamente uno como Frisón es capaz de semejantes trasmutaciones." Para Don Quijote, si Brandabrando había cedido en la batalla y quemado después la fortaleza, poco faltaba para llegar al convencimiento de que tan grande audaz había dado sólo en la jactancia de tener en cautiverio a Dulcinea, para concluir, en uno de sus regresos a la realidad, observando que en esas circunstancias, y al término de sus fatigas, le "haría muy bien al caso un ala de pollo."

Ni aquí, como en el libro de Cervantes, su espejo ejemplar, se ha roto la ilusión fortaleciente. Ni los más ásperos filos de la duda logran quebrar su animosa constancia, y está, como en sus días de la Mancha, alimentado por la misma fe que si le puso entonces en el aviatorio Clavileño, aquí hubo de depararle el globo encantado en el que viajaba la mágica Zirfea. Fe sin apagamiento, hasta frente a las representaciones de comedia del maestro Peluca, sobre asuntos de Lanzarotes y Amadisés, y, para contradecir a Don Quijote, sobre los de la propia Dulcinea en los cuales la del Toboso está en un tris de morir ejecutada por el terrible Cuaja, cuando intervienen en la acción, saliéndose de su lugar de espectadores, Don Quijote y el Bachiller Sansón Carrasco, quien ante la explicación del ventero de que esas no eran cosas de veras sino ficciones agradables, concluye en que esa Dulcinea "no debe ser la suya, supuesto que anda en tales pasos" a lo que replica

Don Quijote, con la entereza de su pecho enamorado: "Ni la mía tampoco. Pero basta que se llame Dulcinea para que yo castigue rigurosamente el menor agravio irrogado a su persona."



La ruta de Don Quijote y Sancho se continúa en los Capítulos con recomienzos o prosecuciones, con algunos pasos adelantados, y, como ya se ha visto, aún cuando en el breve margen que estas apuntaciones permiten, con viajes que, hechos a la Sierra Morena, trazados parecen más bien por las veredas ecuatoriales.

Aquí, las promesas de Don Quijote a Sancho se tocan hasta con el horizonte de calificados oficios eclesiásticos y las conversaciones se aligeran, sembradas de refranes.

"En la primera ciudad a donde lleguemos —dice Don Quijote— te hago tonsurar, y si tienes capellanías, a dos tirones te ves cura de Tordesillas o canónigo de Toledo.— Quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cubija, señor Don Quijote: uno que anda al servicio de vuesa merced no puede parar en menos. Viénesme a deseo, huélesme a poleo: ¿a vuesa merced he oído que Maripapas hubo en Roma?— Como Marisanchas en tu pueblo, respondió Don Quijote: pudieras haber dicho papisas. Si, señor; y se llamaba Juana la más notable de ellas.— Sea, dijo Sancho, que el tiñoso por pez vendrá.— Válate el diablo, Sancho excomulgado, ¿a que viene el tiñoso en el asunto que tratamos?— Viene a que todos somos unos, y con el mazo dando y a Dios llamando; y que así como hubo en Roma una papisa Juana, así ha de haber en el Toboso una obispa Dulcinea. Si la mujer del Alcalde es alcaldía, y la del testigo, testigo, la del obispo ha de ser por fuerza obispa. Y a quien Dios se la dió San Pedro se la bendiga; que yo con la mía me contento, aunque regaña y aconseja más que un abad. Pero a mujer brava, soga larga; y holgad gallinas,

que es muerto el gallo.— Si por algo quisiera yo sobrevivirte, repuso Don Quijote, sería por grabar sobre tu loza en indelebles caracteres ese epitafio que parece hecho para ti:

“Y es tanto lo que habló
que aunque más no ha de hablar,
nunca llegará el callar
a donde el hablar llegó...”

En otras veces la pluma montalvina que contornea el paisaje, insinúa el gesto o se pierde en la divagación amable, guiada por el tacto ya conocido del tratadista o por el fervor no raro de sus escapadas poéticas, ensaya, puesto que de Don Quijote se trata, algún elogio de la locura, no a la manera de Erasmo, si no en breve párrafo que afirma el contenido sentencioso de quien se propuso desarrollar en los sesenta capítulos, como en los **Tratados** y en la **Geometría**, una intención moralista;

“Si vivimos contentos —escribe Montalva— merced a un engaño, ningún bien nos hacen con sacarnos de él y volvernos a la realidad, madre de sinsabores y dolores. ¡Felices los locos, si no propenden al mal y su locura rueda en una órbita sonora y luminosa! ¡Oh, docura!, tu eres como la pobreza, heredad fácil de cultivar, no sujeta a la envidia y la venganza de ruines y perversos. El demente cuyo desvarío es agradable, es más feliz sin duda que el hombre cuerdo cuyas verdades son su propio tormento y el de sus semejantes. El sabio no resucitaría a un muerto ni curaría a un loco, aun cuando lo pudiese, a menos que no quisiese burlarse de ellos o hacerles un mal, porque sabe que la locura y la tumba son dos abismos donde caen y se desvanecen todos los dolores del hombre.”

Ni se han modificado sus antiguas mañas, ni sus gustos han sufrido transformación, y este es el placer de seguirle, en viejas y nuevas aventuras que corresponden a las líneas de su temperamento y que ruedan fáciles en el episodio en el que se ha de contener una acción completa, con

principio, medio y fin, según las enseñanzas del viejo Aristóteles, observándose que lo que puede estar o no estar en un todo, sin que haga falta a su término, ya no es parte de ese todo. Y así, si Sancho prosigue en su muelle tendencia, y cree que a mala cama colchón de vino, por echársele al colete una buena porción de Rivadavia, para dejarse caer tranquilamente a un lado o al otro, Don Quijote, acordándose de su invitación a la bucólica y de la batalla que mantuvo con el Caballero del Bosque, despoja de su cuerno a un angustiado pastor, embocándola al punto para "dar en él un sonido ronco e intercandente que le deja de todo en todo satisfecho", explicando a Sancho de seguidas las virtudes de tan preciado instrumento y su cumplido oficio en las aventuras que se le ofrecían ya, como al filo de sus discursos:

"Esta es una pieza curiosísima, amigo Sancho: con ella te metes de hoz y de coz en medio del más numeroso ejército, y si el brazo te falta, das con este cuerno un estallido que espanta y pone en fuga a tus contrarios, quienes, traspasados de terror, se despeñan por derrumbaderos y precipicios. Este es el cuerno con que Astolfo libró de las mujeres homicidas a Marfisa, Aquilante y Sansoneto, cuando la sanguinaria Orontea había resuelto la perdición de esos andantes. Ahora mismo puede llegar la ocasión de utilizar este buen cuerno, si es que me falta la espada, en la aventura que se nos viene a las manos..."

Aquí, como en el Quijote original, tras de los golpes y manteos, acuden los días de reposo o se dora la campiña con el sol de los venados y hay, a la postre de arriesgados lances, de troles penumbrados con las alforjas vacías, de muchas intemperies y zozobras, la mesa en donde las viandas que entran y salen dan el centésimo testimonio de la sobriedad de Don Quijote y el apetito de Sancho; los torneos aderezados en aparato caballeresco y aún los bailes de pasada elegancia, como el que se organiza en la casa de doña Engracia de Borja y del que Montalvo resulta un

descriptor tan justo como pintoresco, en capítulo que ha de repetirse más tarde en sus cuadernos de **El Espectador**, cuando en la nostálgica fiesta de París enumera a las bellas de América, dejando su galante preferencia para la bogotana Estela Pombo. Baile, el de doña Engracia, en el que don Quijote se retrae de la danza, meditativo y ajuijado, puesto que piensa en la circunspección de su edad y su categoría, y se mantiene, por eso, en una esquina de la sala, "grave, alto, casi adusto".

Dignidad que no le abandona, como en el lema de los que no dieron jamás su brazo a torcer, y que se pone de resalto en cualquiera de los Capítulos, como en su encuentro con hasta ocho mozos de mulas, uno de los cuales le pregunta: "Amigo sabréis decirnos si la venta del Moro se halla lejos de aquí?", obteniendo la respuesta del manchego, erigida así en los términos como en las vocales: "Un caballero andante no es amigo. El que se llama Don Quijote de la Mancha sabe a cuales preguntas responde con la boca, a cuales con la espada. Aunque si he de juzgaros por vuestra catadura, primero sois notario que hombre de armas. . ."

Ni le faltan aventuras que pudieran equipararse con las de sus primeras andanzas salidas del genio cervantino, ya que si allí se las arregla con el león, en desigual encuentro que sería celebrado por el Cid Campeador, ese como remoto antecedente suyo en la nobleza de la fazaña, aquí ha de habérselas con un elefante, y si otras ya se rebautizaron con los nombres de El Caballero del Cisne, del Unicornio, de la Serpiente, del Basilisco, Don Quijote habría ganado el de El Caballero del Elefante, si uno de los ganapanes que conducía al paquidermo, fastidiado ya de las bromas heroicas de Don Quijote, cuando este, encomendándose a su señora y a espuela batida Rocinante, partía a estrellarse contra la "imposible mole" no le hubiera acicateado, diciéndole: "dale Chilintomo", para que el elefante bordeara la trompa en forma de parábola, dando al fin con caballero y caballo sin sentido a doce pasos, a poco de lo cual Sancho

Panza hubiera llorado sobre el difunto, de no sentirle "me-
nearse suavemente" y exclamar después, "con voz de bal-
bucir":

"No me pesa la mi muerte
porque yo morir tenía;
pésame de vos, señora,
que perdís mi compañía."

Rematándose tan movida escena con el acto de fe de
Sancho, quien le grita al oído: "Vuesa merced no está muer-
to. Si a mi no me cree, aquí está Rocinante que no me de-
jará mentir"

Pero "Don Quijote no quería estar ileso por nada
de este mundo; con tal de verse malferido en buena gue-
rra, se hubiera dejado morir sin argumento. Figurándose
que la batalla había sido terrible y que estaba cosido a lan-
zasas, iba recorriendo en su memoria las aventuras de los
mejores coballeros, según cuadraban con su situación, y
decía:

"Desde allí hubieron llegado
van el cuerpo a desarmare:
quince lanzadas tenía,
cada cual era mortale."

Pensaba Don Quijote que el suyo era caso de muerte,
y bien por real enfervorizamiento, bien porque el delirio le
pareciese convenir a su situación, mirando suavemente a
su escudero, siguió diciendo:

"Ya se parte el pajecico,
ya se parte, ya se va . . ."



Si los Capítulos estuvieron sembrados de alusiones ha-
sido la interrogación de cuantos penetraron en este libro
póstumo, y hasta se dijo de la falta que para su cumplida
arlaración hacían en este Quijote las anotaciones oportu-
nas que no hubieran dejado perder la dirección de los ve-

nablos que Montalvo sabía disparar con certeza. Existieron o no alusiones en los personajes de la casa de Don Prudencio Santiváñez; fuera un su enemigo en los campos de la polémica ese doctor Mostaza que hasta tiene un simbolismo nominal en el que precisa reparar, y se refiriera o no el episodio del franciscano guitarrero a quien Don Quijote obliga subir a la grupa de su caballo, a otros paseos históricos, ejemplares y castigadores, ordenados por García Moreno, lo cierto es que en los sesenta capítulos aparece un solo nombre propio, el de Ignacio de Veintimilla, a quien Montalvo presenta, con cierta crueldad dantesca, ante la vista de Don Quijote y Sancho, a la salida de un bosque, pendiente de un árbol y en calidad de ajusticiado.

Vale leer, a este propósito, el único comentario que Juan Montalvo escribió para sus **Capítulos** y que aclara el problema de las alusiones en la imitación del libro inimitable:

"Don Quijote encontró ya un bandido colgado en un árbol. En las varias ocasiones que he repasado estos Capítulos, he cambiado o suprimido todo lo que pudiera parecer imitación de otras escenas de Cervantes: ahora no me es posible; y sin ánimo de imitar, dejo en pie este pasaje, por fuerte necesidad de la justicia. Tenía yo que imponer a ese malandrín un castigo digno de su vida, y nada más puesto en razón que hacerlo ahorcar. La Santa Hermandad estaba facultada para la ejecución inmediata de los delincuentes excepcionales en donde los echara mano, sin llevarlos a Peralvillo, que era el ahorcadero general. "Le perseguiré más allá de la tumba, decía Sir Philipp Francis, hablando de un Ministro perverso, y le cubriré de infamia en la eternidad misma." Sir Philipp Francis tenía en la memoria la ferviente recomendación que Polibio hace a las generaciones venideras, de no dejar un instante en reposo la sombra de Marco Antonio e ir agarrochándola hasta el fin de los siglos. Vayan estos ejemplos para los que, probablemente, pensarán que me propaso en la aplicación de los le-

yes inmortales de la moral y la justicia. Como quiera que sea, el criminal se queda en su picota, y esta no es imitación directa del **Quijote**, pues ahorcados en árboles se hallan muchos en las novelas clásicas españolas de los siglos décimo-sexto y décimo-séptimo. En el **Persiles**, de Cervantes mismo, vuelve el lector a tropezar con un ahorcado en un árbol. Los autores, jueces terribles, a las veces, suelen castigar a los malvados con infamia perpetua: cosa justa y debido."



Hacia el término de los **Capítulos** está trazada de mano maestra la batalla caballeresca entre el genuino y el falso Don Quijote, en encuentro cuerpo a cuerpo y con las armas de cortar, como si fuera en la liza griega o en los mejores combates de los héroes del Medievo. Allí, cerca de las orejas de lobo del caído Bachiller Sansón Carrasco, en donde se sigue al mixtificador, si Sancho tiene el alma parada, se afirma Don Quijote en que la muerte de su adversario se ha hecho según todas las reglas andantescas.

Y aquellos caminos se aproximan a la desembocadura que toca a todos los viajes terrenos. El capítulo antepenúltimo, de las menos parecidas a los de Cide Hamete Benengeli, se abre en el punto en el que "no a mucho andar llegaron a unos escombros donde el musgo, cabellera de los ruinas, está sobresaliendo entre hierbas silvestres y plantas espinosas". Don Quijote está en vena elegiaca, como si sobre esas "difuntas piedras" soplara el augurio de sus postimerías, y aún cuando Sancho no fuese el Fabio del poema clásico, junto a él desenvuelve apesaradas o varoniles reflexiones sobre la marcha de los tiempos y la destrucción de las ciudades, sin que por demasiado distantes se le pasaran por la cabeza los versos de Virgilio en donde se refiere bellamente a la muerte de los mismos escombros. . . .

"¿Oyes cómo la corneja rompe este silencio con su grito fatídico? interroga Don Quijote. Es el habitante de las ruinas, triste como la muerte. Vámonos Sancho; el corazón

se me está llenando de una tristeza que no es la mía"...

Don Quijote, como en la historia de Cervantes, se halla en la víspera de su final y, como para propiciar su recogimiento, cae, a media noche, en un convento de franciscanos en donde ha de encenderse para su duelo, alimentado sin embargo por esa alegría insita que anima a todas las criaturas de Cervantes, la cera de bien morir, aun antes de que sobre la mirada de los viajes y las aventuras, se extiendan las sombras crepusculares. En el día anterior ha fallecido un fraile octogenario y los continuos dobles, ensayan con su "triste campaneo" una como penumbra funeraria en el alma de Don Quijote, el cual, sin poder ocuparse en "obras más ruidosas", según era su vocación y genio, se dispone a escribir su testamento y "tenerlo prevenido para el trance inevitable". A imitación del Cid Ruy Díaz explaya entonces "su voluntad en verso" y surgen los octosílabos castellanos, como prueba musicada de la poesía de Montalvo:

Item: mando no dispongan
que me lloren plañidéras:
al llanto ajeno renuncio,
si me llora Dulcinea.
Rocío serán sus lágrimas
que mis lauros humedezcan:
las compradas poco valen,
yo ambiciono las sinceras.

.....
Item: mando que mis armas
en mi tumba se suspendan;
ni ella tenga otros adornos
que mi coraza y mis grebas.
Coronas para la virgen,
la lira para el poeta,
para los sabios el libro,
cada cual tiene su emblema.
En vida y en muerte al héroe,

su espada le representa:
 la mía cuélguese al árbol
 que mi sepulcro sombrea.
 En las edades venturas
 dirán con respeto al verla:
 Esta fué una muy gloriosa,
 nadie a tocarla se atreva.
 La mano que la empuñaba
 la meneó con destreza:
 al oprimido, al inerme
 socorrer era su tema.
 Pura bondad con el bueno,
 con el malo, cosa horrenda.
 Al postrado le levanta,
 allí su tuerto endereza.
 Si un soberbio da en sus manos,
 le castiga la soberbia.
 A su sombra puesta en salvo,
 la viuda se contempla:
 Huerfanillo, ese es tu padre;
 ese es tu hermano, doncella.
 Mi capacete, mi yelmo,
 mis brazales, mi babera,
 mis manoplas, mi loriga,
 póngahse dentro la reja.
 Y si la gloria me prende
 una lámpara perpetua,
 arderá junto a la llama
 que de mis armas se eleva... "

©

No se le diera del atrevido, del sandio ni del mal intencionado, diérasele más bien del ingenio admirable que, dejando aparte la tan amarga como interesante tentativa de Avellaneda, pudo completar, en estos trigos de América, la imitación más acabada del Ingenioso Hidalgo Don

Quijote de la Mancha y ofrecernos varias de las más excelentes páginas de la lengua castellana, al propio tiempo que uno de los más perspicaces estudios del libro de Cervantes, en su prólogo de **El Buscapié**.

Aleación de la conciencia de la propia estimativa en la que debía tenerse autor de tanta nota, con un modesto ademán, que nos parecería esencial, de no asomarse, en el saber de su destino futuro, a las difíciles ventanas de la inmortalidad, hallamos en los doce capítulos de **El Buscapié**. Montalvo advierte, adelantándose al tiempo, lo que habría de ocurrir, no sólo con su obra póstuma, si no también con la mayor parte de sus libros. "Muchos habrá —escribe— que tengan en poco estos capítulos sin haberlos leído: esto nos causa desde ahora menos pesadumbre que si jueces competentes y enterados del caso nos condenan al olvido." Pero este ensayo suyo, consagrado allende los mares, pese a las envidias lugareñas que vienen a ser el infaltable ingrediente para la misma conformación de las glorias absolutas o relativas, aún sin la excelencia de los sesenta capítulos, ya sería inolvidable si se hubiera quedado solamente en las páginas de **El Buscapié**, elogio el más completo de la lengua castellana y de los escritores del siglo de oro; paseos de observaciones que dejan el sabor reconfortante de la cuasia, por los sepulcros de los escritores ilustres, en donde el sol no se pone nunca, porque allí se cumple el que a la cesación de la vida física, suceda su verdadero nacimiento a la posteridad; retratos móviles del ingenio infortunado; visita de saber al campo de las literaturas comparadas; disquisiciones gramaticales; tratado, que se espacia a fragmentos, acerca de la imitación y la originalidad, con tal acopio de ejemplos como para dar en el problema que viene a resolverse en el fondo común de la naturaleza humana, principio de aciertos parecidos y de expresiones semejantes... Discernimiento feliz entre la risa producida por Avellaneda y la sonrisa erásmica, toque superior del Quijote de Cervantes, gracia de su ironía, flor de su tristeza andariega; su contradolor y antidoto... Y nada he-

mos de decir ya de su examen de la estatua bifronte del Quijote, la de la dualidad humana, ni de su conocimiento copioso de anotadores y comentaristas, ni de la profusa erudición que va diluyendo en los **Capítulos**, sin que sintamos la fatiga de tan luengos o remontados paseos...

Fuesen las escenas de su Quijote, como el autor lo declara, no casos ficticios ni ocurrencias no avenidas, más antes acontecimientos reales y positivos, con lo que se aproxima en un todo al modelo cervantino, si hemos de concluir en la ya no nueva afirmación de que el Quijote es un biografismo magnificado del propio Miguel de Cervantes, si merece admiración por ese lado, no ha de lograrla menos por lo que este libro se justifica plenamente en su dictado de ensayo o estudio de la lengua castellana. Lo es, y en la más amplia de las formas. Montalvo no solamente la conoce y ejercita como pocos escritores españoles, si no que, en virtud de ese mismo saber, dáse a los giros novedosos, a la sintaxis audaz, a las nuevas modalidades, en fin, que han de salir de la biología de la lengua, pero suponiendo no sólo la destreza del creador, si no, sobre todo, la posesión de todos los miembros y funciones de aquella. Y como le acompaña en la ruta de su Quijote una memoria admirable del Romancero, al propio tiempo que su hidalgo, sin excedente cansancio, apunta, en casi todas las conversaciones con su escudero, el error lingüístico, la construcción defectuosa, las flaquezas de la concordancia, los defectos labradores de la fonética.

Montalvo supo hacerse digno de ese glorioso Cervantes, a quien, como Dante a Virgilio, hubo de tomar por guía para su "viaje por las regiones de la gran lengua de Castilla", mientras, para el comienzo de su imitación del libro inimitable, apropiado ya del metal clásico, ajustaba la frase invocativa, "Y agora, mi buena señora, me acorred, pues que me es tanto menester", llamando en su ayuda, como un Quijote entero, a la Dulcinea ignota.

A U G U S T O A R I A S



En el acto inaugural de la Exposición del Libro Cervantino: Sr. Dn. Ernesto La Orden, Secretario de la Legación de España; Don Gustavo Vázquez Hurtado, Secretario General del Grupo Américo; Sr. Dn. Juan Pablo Muñoz, Sr. Dn. José Rafael Bustamante, Vicepresidente de la República, Sr. Dn. Luis Exbalime Dávalos; Excmo. Sr. Dn. Luis Avilés, Ministro de España; Sr. Miguel Olavarrieta, Encargado de Negocios de la República Dominicana.

JOSE JOAQUIN OLMEDO

La separación de los Estados del Sur era una consecuencia de las agitaciones que culminaron en Colombia con la dictadura de Bolívar. Nada valieron las gestiones del Congreso Admirable por devolver la paz a los pueblos convulsionados, ni los esfuerzos del vencedor de Ayacucho, por resolver con gran alteza de miras el problema político, si los Generales consentían en alejarse de los puestos civiles para que la república siguiera los eventos de su organización bajo la vigilancia del ejército, que se habría convertido así en el agente de una segunda y más gloriosa libertad. Ira, ambición, patriotismo, todos los elementos que forman el medio en que se desenvuelve la vida de los pueblos, se pusieron en tensión para destruir la república creada por Bolívar. Bolívar ya no era el Libertador sino el caudillo ambicioso que quería sojuzgar a la república; y los Generales que acechaban ávidos la oportunidad para reclamar su parte de botín, se aliaron con los anhelos que eran pregonados por los ideólogos que querían encontrar la perfección republicana que estimaban obstada por el guerrero poderoso todavía.

Junto con las noticias de la dictadura asumida por el Libertador llegaban a los confines de la extensa República informaciones acerca de la salud declinante del Padre de la Patria, de los decretos reaccionarios que se dictaban en la capital bogotana, mientras los jefes departamentales se insubordinaban con insolencia, como Páez, en Venezuela, o trabajaban hábilmente para no perder el mando, co-

mo Flores, en Quito. Para estas Provincias había, además, las circunstancias anotadas ya sobre el descontento con que se padecía la dominación de la oficialidad y de la tropa llegadas desde el Norte. Nuestras provincias esperaban con ansia el día en que pudiera intentarse la separación. Otra cosa sería conservar el culto para Bolívar; si él se contentara con mandarnos, el Sur se habría sentido feliz.

Era tan angustiosa la situación de estas Provincias que apenas se supo que en el Norte había amagos de separación, se comenzó a gestionar activamente también la de Quito. Venezuela se separó el 6 de Mayo de 1830 y en Quito se proclamaba la erección de la nueva República el 13 del mismo mes. Páez en Venezuela se declaró enemigo de Bolívar, en tanto que en el Ecuador el nombre venerado se pronunciaba en primer término. Bolívar era llamado a Quito en los días amargos en que se le negaba en Colombia, y uno de los primeros Decretos del Congreso que se reunió en Riobamba fué para proclamar al Libertador Bolívar, Padre de la Patria y Protector del Sur de Colombia.

Esta separación apresurada daba fin a cualquier esperanza que pudiera abrigarse respecto del restablecimiento de la nación bolivariana. Arrojado Bolívar del poder, ninguno de sus otros tenientes era capaz de sostener la empresa extraordinaria de organizar una República que asumiera desde los primeros momentos un puesto respetable en el movimiento internacional del mundo. La emulación regionalista; la ambición desatentada de tantos guerreros heroicos; la desmoralización en que habían quedado los pueblos después de varios años de lucha, todo tendería a la fragmentación irremediable.

En Quito no existían los guerreros nacionales que aspiraran al mando del nuevo Estado. Además, no se sabía si la separación sería consentida sin amagos de reconquista, y para eso era indispensable mantener el ejército veterano que guarnecía nuestras plazas principales, y al mando de ese ejército a un experto General para hacer frente

a cualquiera emergencia. Aún más, pueblo el nuestro de incipiente formación democrática, se inclinaba sin mayor discrimen del lado de la fuerza, mientras los que podían raciocinar se sentían atraídos por la simpatía de que se encontró rodeado el General Flores desde los primeros momentos. Hay que agregar que la gente más encopetada de Quito estaba de su lado, atada con lazos de amistad o de parentesco.

El 13 de Mayo de 1830, los miembros del Cabildo y las personas notables de Quito se reunieron en el salón de la Universidad y acordaron unánimemente constituir al Ecuador como Estado libre e independiente, encargar del mando civil y militar al General Juan José Flores y convocar a Congreso Constituyente. Las ciudades de Guayaquil, Cuenca y Loja se adhirieron al movimiento de Quito, con lo que se determinó la posición de las otras ciudades y pueblos que no tardaron en suscribir actas de contenido igual al de las demás.

Las elecciones se efectuaron sin mayor tardanza y el 14 de Agosto de 1830, el Congreso se reunió en la ciudad de Riobamba. Habían sido elegidos veinte Diputados, entre los cuales figuraba, por Guayaquil, José Joaquín de Olmedo. El Congreso dictó la Constitución que había de regir al nuevo Estado y eligió al General Flores para Presidente y a Olmedo para Vicepresidente.

Un amago de revolución para defender la unidad de la Gran Colombia se esfumó al llegar la noticia de la muerte de Bolívar ocurrida en Santa Marta el 17 de Diciembre. La nueva República marcharía sin más contradicciones hasta que otras inconformidades señalaran las características de perpetua agitación que habría de retardar el crecimiento organizado de esta República. El Vicepresidente Olmedo renunció el cargo a poco de constituida la República alegando la dificultad de trasladar su domicilio a la ciudad de Quito.



José Joaquín de Olmedo es el ecuatoriano más ilustre de este tiempo; cantor de las guerras emancipadoras; ciudadano austero; de intachable honorabilidad y de conducta ejemplar. No fué hombre de acción, pero su ecuanimidad serena sirvió más en la dureza del tiempo en que le tocó actuar, que cualquier procedimiento que intentara como medio eficaz para la conducción de ideas o para rectificar los torcidos rumbos que a la República daban los políticos y los militares. Y por eso se encontró mal avenido con ellos, aunque era demasiado sensible para no dejarse influir de aquellos personajes que con valor permanente o con figuración de actualidad, llegaban a perturbarlo en su retiro en busca de su adhesión, que dió en ocasiones solemnes, con alteza de miras, con brillantez de ideas, con solemnidad de intención, bien que, a veces, su sincera espontaneidad tuviera que ser rectificadada y contradichada para mantenerse incólume en su íntima rectitud.

El personaje que llegaba a convertirse en el sustituto legal del caudillo que asumía el mando de la República desde la Presidencia del Estado, traía ya en su abono una cantidad de obra realizada y que había merecido la alabanza entusiasta de muchos y la crítica negativa de otros. Era el poeta de la Guerra Magna, como llamamos en América a la de nuestra independencia. La victoria de Junín había resonado de un extremo a otro del continente americano, en el que no faltaron poetas de consideración que se dedicaron a glorificar los mismos hechos. Frescos estaban todavía los laureles que coronaban su sien y que reverdecieron al obtener el aplauso de los hombres superiores de América, entre los cuales se contaba el gran venezolano Andrés Bello.

Era el gran poeta, considerado también como uno de los ciudadanos de mayor competencia para asistir al nacimiento de las nuevas naciones que se independizaban. Y este contacto con la realidad de la política no podía me-

nos de revestirse de irreverencia para con su alta situación intelectual: La jefatura de la Junta de Gobierno de Guayaquil, la actitud que asumió en el debate abierto sobre la incorporación de Guayaquil a la Gran Colombia, el traslado al Perú para tomar parte en el Congreso Constituyente de esa nación, la carta posterior de ciudadanía que le concediera esa República para acreditarlo en la representación diplomática enviada a Inglaterra, hasta la circunstancia literaria del apareamiento del inca Huaynacápac en el Canto a Junín, sirvieron de motivo para que se tratara de menospreciar al hombre al considerarlo como inestable de opinión y sin arraigo patriótico para la República ecuatoriana.

En todo caso se trataba de un personaje de gran calidad y la nueva República, que buscaba afanosamente hombres que pertenecieran a este suelo y que tuvieran las cualidades que hacen falta para sobresalir, tenía que combatir el complejo de inferioridad creado con la nueva situación de hallarse al mando del Estado que se organizó para asegurar su independencia, en manos de un extraño, por muchos argumentos que se plantearan para justificar la Presidencia del venezolano Flores, exaltando los pocos valores dignos de esta exaltación. Y Olmedo era un ciudadano de máximas cualidades, indudablemente.

Olmedo nació en Guayaquil el 19 de Marzo de 1780.

Guayaquil fué en todo tiempo uno de los puertos principales del Pacífico, circunstancia que determinó que, en el régimen territorial que forzosamente había de imponerse con arbitrariedad al legislarse desde España, diera a los Virreinos del Perú y de Santa Fe atribuciones especiales respecto de una ciudad tan importante para la comunicación del Pacífico en ese tiempo: en lo comercial estaba sometida al Consulado de Lima y en lo militar al Virreinato de Nueva Granada. Esta indeterminación, no solamente tenía que producir confusiones administrativas, sino que también las mismas relaciones ciudadanas serían indecisas, según los intereses que se defendieran.

Hay que anteponer esta situación jurídica desprendida de la legislación colonial, para comprender la actitud que asumirían hombres de tanta notoriedad como La Mar, Rocafuerte y Olmedo, en los comienzos de la organización republicana, como las actividades que se desarrollaron en torno de Guayaquil independiente en 1820 para procurar la anexión fija y permanente en la nueva estructura que tomaban las naciones de la América meridional, al desaparecer los Virreinos y al proyectarse organizaciones nuevas que saldrían a la vida independiente una vez que la guerra se terminara por influjo de los libertadores que acudieron del Norte y del Sur.

La vida de un guayaquileño de aquella época tenía que reflejar los antecedentes dejados por la legislación colonial y las cavilaciones que se suscitaron cuando se trató de la organización de las Repúblicas que brotaban de la emancipación. Ya veremos como se manifestó esta complejidad de procedencia política, en actos que emanaron de parte de ecuatorianos que se vieron en el caso de resolver con propia iniciativa la posición que estaban obligados a adoptar, cuando esa indeterminación no era de carácter patriótica sino de resolución reflexiva de hombres que asumieron el papel de forjadores de ideales, tanto como de organizadores de naciones.

Olmedo comenzó su instrucción en Guayaquil para pasar luego al Colegio de San Fernando de Quito y trasladarse después al Colegio de San Carlos y a la Universidad de San Marcos de Lima, organizaciones culturales en las que se distinguió como estudiante y cobró fama de apto para las letras y de versificador fácil en las oportunidades en que la literatura ejerce su representación natural por acatamiento de los demás. La primera poesía que se conoce de las compuestas por Olmedo, lleva el año de 1802; pero seguramente correrían ya en el círculo de sus amigos varias estrofas que lo acreditarían como favorecido de las Musas y dispuesto a las excelencias de la poesía. Además de los

versos de ocasión que compuso, debieron conocerse poemas destinados a exaltar los sentimientos amorosos de un joven prendado de la belleza —"amó cuanto era amable, amó cuanto era bello—". La amistad amorosa o las imaginaciones inspiradas por la amistad. La imagen que brota frente a la naturaleza o la inspiración que corre en las horas de ensoñación apacible, de ilusiones que se vuelven esperanzas, de recuerdos que se tornan en gratas ensoñaciones. El verso juvenil es confidencia o es murmullo; tiene mucho de corazón y de fuente.

En Lima pasó el mayor tiempo de sus años de aprendizaje; allí compuso sus primeras poesías y obtuvo los honores de juventud que tanto influyen en la vida de los hombres. Tomó parte en certámenes filosóficos, dictó un curso de Derecho Civil en el Colegio de San Carlos y obtuvo el título de profesor en la cátedra de Digesto de la Universidad de San Marcos. Era un tiempo en que América permanecía aún bajo la administración colonial y en que las naciones no se habían separado, unificadas por la acción poderosa transmitida desde la península española. Este enraizamiento de Olmedo en el medio en el que creció su juventud es explicable a tal grado que ha habido historiadores de la literatura peruana que han tratado de situar a Olmedo como perteneciente a esa República. En su juventud, allá en Lima, se inició en la poesía; pero su obra mayor sería producida en su propia patria.

En 1808 regresó Olmedo a su ciudad nativa, seguramente al saber de la grave enfermedad de su padre. No alcanzó a despedirse de su progenitor. Después de siete meses de estancia en Guayaquil se trasladó a Quito con el fin de incorporarse en el cuerpo de Abogados de la Capital de la Audiencia, como muestra de la decisión que traía de permanecer ya definitivamente en el territorio en que debía ejercitar sus actividades profesionales que quedarían legalizadas así. Pero su decisión no pudo cumplirse, pues que en 1810 el Obispo de Huamanga, el Dr. José Silva, su

pariente y protector, al ser nombrado miembro de la Junta Central de Sevilla, designó para su Secretario a Olmedo. Y con él partió a España. Debió irse con la satisfacción que siente todo joven de visitar otros países, pensando en las posibilidades que ofrece un viaje.

Olmedo había permanecido en Guayaquil desde Agosto de 1808 hasta el 6 de Julio de 1810 en que se embarcó con dirección a España y por la vía de México. No se conoce ningún documento que haga saber la actitud observada por Olmedo en los eventos de la revolución de Quito; no debió ser favorable a la revolución, si se toma en cuenta que acaba de lamentar la prisión de los reyes españoles en composición lírica de tanta pujanza como **El árbol** en que se mostraba lleno de admiración por la realeza, por los caros reyes, por los dioses de España, ofendidos por el capitán audaz que no respetaba a los monarcas ni hacía diferencias entre los Evangelios o el Corán. El amor a España y el amor a los reyes llevaron al poeta a la exaltación frenética de buscar el puñal de Bruto y predecir la guerra y la venganza. Predijo, porque su Musa, pacífica y tranquila, se guarecería de la tempestad que se aproximaba a la sombra del árbol del desierto. No había llegado todavía la época de participar en las batallas.

Y sin embargo, el poeta debió presentir que también la tempestad se acercaba a estas playas, y, acaso, huyendo de ella consintió en alejarse de la patria para servir sus caros ideales en la misma península, en la tierra de su padre. El viaje se efectuaba en ese tiempo por Acapulco, puerto mexicano que vió pasar a muchos ecuatorianos que partían con dirección a España. Pero en México recibieron la noticia de la disolución de la Junta de Sevilla y regresaron a Guayaquil en espera de nuevas informaciones que indicaran la conducta que había de observarse en adelante. En efecto, antes de disolverse la Junta de Sevilla, había convocado a Cortes, y la Municipalidad de Guayaquil eligió a Olmedo para su representante, representación que aceptó,

dirigiéndose otra vez a España en Setiembre de 1810. No llegaría sino el año siguiente a Cádiz.

Su paso por México se ha señalado en la obra poética de Olmedo con el **Impromptu** pronunciado en el banquete que ofreciera al diputado guayaquileño el Virrey-Arzbispo de México, Francisco Javier Lizana y Beaumont en la residencia veraniega de Tacubaya. Olmedo trasladó al papel su improvisación que se conserva todavía en el archivo que guarda cuidadosamente la familia del poeta. Estas estrofas hacen saber como el crédito literario de Olmedo era conocido en el mundo de las letras americanas, pues que, ese prestigio, debió acompañarlo en el viaje y motivar los honores que recibía a su paso.

Cuando los americanos concurrían a las Cortes españolas, en los críticos momentos de la invasión napoleónica, los colonos llevarían su ardiente amor a la patria de sus mayores, la decisión de luchar contra los franceses, quienes después de quitar el trono a los reyes de España intentarían adueñarse de las posesiones de ultramar. Pero llevarían también el recuerdo de las preocupaciones que existían en los criollos y mestizos de América y en las razones que se alegaban para buscar la emancipación de las colonias que bien podían seguir gobernadas por sus propios medios. La revisión de estos problemas, que agitaban tanto a los americanos, debió encontrar nuevas perspectivas, mirados a la distancia, con la comprobación de la exactitud de muchos reparos y hasta con el calor creado en torno de las ideas de patria y libertad tan vigorosamente defendidas por los españoles.

Mejía, abogó por la libertad de imprenta, se pronunció contra la inquisición y habló de la comprensión que merecían los descendientes de los españoles que habitaban en la lejana América. Olmedo llegó después, cuando ya se efectuó el movimiento de Quito, sin que haya quedado constancia de ninguna inclinación a la causa americana, como puede alegarse en favor de Rocafuerte. Sin embargo, al

considerar desde la distancia de la península ibérica los motivos de queja que se alegan en favor de la independencia, no dejó de pensar que la esclavitud a que había sido sometido el indígena para provecho exclusivo del conquistador, primero, del latifundista, después, tenía que desaparecer a la llegada de los nuevos ideales con que España misma se aprestaba a mantener sus derechos. Y habló contra las **mitas**, terrible explotación que había desaparecido legalmente, pero que persistía como abuso tolerado por el sistema administrativo que existía en las colonias. El discurso sobre las **mitas** se pronunció el 12 de Agosto de 1812, y en el mismo año Rocafuerte lo hizo publicar en Londres.

La suerte que corrieron las ideas de libertad que circularon en las Cortes españolas de ese tiempo, es bastante conocida. El **deseado** rey que volvía del cautiverio para subir al trono valerosamente defendido por el pueblo español, miró con desagrado cuanto se había hecho en las Cortes. Rey criado en la tradición del absolutismo no alcanzaba a comprender que el mundo había entrado en un nuevo período, en una nueva época y, que los reyes, para mantenerse con la herencia tenían que sujetar su procedimiento a nuevas normas. Además, la historia nos presenta a este Fernando VII como a hombre de pocos alcances intelectuales.

La Constitución dictada era una ofensa para su realeza y los españoles que en dictarla habían tomado parte fueron perseguidos. Rocafuerte huyó a Francia, Olmedo regresó a Guayaquil. Mejía quedaba sepultado en Cádiz. Olmedo tenía que ponerse a salvo, más que otro diputado, porque, como Secretario de las Cortes, recibió también el nombramiento de miembro de la Diputación permanente que debía funcionar hasta la reunión de la próxima asamblea y que quedaba encargada de dar curso a las leyes y decretos dictados en las sesiones que se declaraban clausuradas. En esta virtud Olmedo tuvo que suscribir el decreto por el que se intimaba al rey a jurar la Constitución.

Oculto por varios meses pudo embarcarse para regresar a América en 1815.

De regreso en Guayaquil, a fines de 1816, contrajo matrimonio en la misma ciudad, en marzo del año siguiente. Había llegado el tiempo en que los hombres plantan su tienda para permanecer en ella indefinidamente, aunque el propósito tenga que alterarse al primer encuentro con la realidad circundante. Entregado al cariño del hogar, buscó el trabajo que había de rimar con sus aspiraciones y emprendió en la traducción de la Primera Epístola del **Ensayo sobre el hombre** de Alejandro Pope. Se dedicaba a gozar en paz de las bienandanzas de la suerte, sin atender a que cuanto sucedía en el mundo conspiraba contra la tranquilidad.

Quito había sido sojuzgada, pero la revolución americana estalló en los cuatro puntos cardinales, y lo mismo se combatía en México como en Argentina, en Venezuela o en Chile. Un hombre de excepcionales condiciones se encendió con la luz de su propio genio para convertirse en el héroe de una gran parte de este continente. Si San Martín era un brillante Capitán que sabía de las reglas de la guerra, el General Bolívar hizo todo su aprendizaje en los campamentos de voluntarios en que prestó sus servicios por la causa de la emancipación, como tantos millares de soldados. Bolívar fué el gran estratega formado al contacto con los acontecimientos, y en una guerra en la que se levantaron tantos guerreros a disputar una primacía, la brillantez de su talento, la rápida concepción de los planes más audaces, la valentía sin límites para ponerse al frente de tantos valientes, lo convirtieron en el jefe. Y de este modo, mientras San Martín conducía sus ejércitos, sabiamente, desde las pampas argentinas hasta la capital del Virreinato del Perú, Bolívar combatía con denuedo, vencía y era vencido; aparecía en las Antillas fugitivo o entraba en Santa Fe atravesando victorioso los Andes.

El ruido de tantas batallas llegaba a todos los rinco-

nes de América, y no era, por lo mismo, el momento de adormecerse en las blanduras del amor ni en la felicidad del hogar. Los hombres ardían de impaciencia y no atinaban con el camino que debían seguir en esa campaña de significado americano. Guayaquil se preparaba para tomar parte en la lucha. Y antes que los hombres, los sentimientos, las convicciones iban asumiendo aspectos nuevos, interpretaciones que no se aceptaban años antes, convencimientos que brotaban de las circunstancias, del ambiente, de algo multitudinario e informe, pero que obligaba a todos. Y así no era extraño saber que las viejas adhesiones monárquicas se vestían de nuevo patriotismo. Era la suerte de América lo que se había puesto en juicio y sobre lo que era preciso decidir. Olmedo se había detenido morosamente en su felicidad temporal, pero no podía prescindir de ponerse en contacto con la sociedad que lo rodeaba en la que se hablaba de ideas y de hombres, de conceptos y de sentimientos: Libertad y Patria; Bolívar y San Martín. Todo el antiguo sistema político caía en pedazos y la decisión para los americanos no era dudosa.

Las poesías compuestas en este tiempo describen sus ardientes anhelos de paz: tenía la mujer amada para pensar en ella, y a los amigos, cuando la vista se extendía fuera de la casa en que habitaba o cuando el despacho de asuntos de familia lo llevaban fuera de la ciudad natal, como cuando se dirigía a Lima en donde componía una silva para saludar a un amigo en el nacimiento de su primogénito, pensando en la dicha que lo esperaría en su hogar. Pero apenas libre de estas afectuosas conmemoraciones, el pensamiento general que penetraría a todos los lugares, sería el de la revolución en la que era urgente participar, por honor y por patriotismo.

El día de la decisión llegó para Guayaquil: el 9 de Octubre de 1820, patriotas guayaquileños proclamaron la independencia de la ciudad. He aquí el gran acontecimiento del que no se vería libre el poeta, sino cuando cesaran las

actividades guerreras de Colombia. Había que constituir un gobierno para la administración de la provincia y poner a la cabeza de ella a un ciudadano que tuviera el respeto del pueblo y la convicción de la causa. Sí, la convicción; el antiguo afecto por la monarquía se había ido tornando en patriotismo americano, después de la experiencia con el rey deseado y al contacto con la efervescencia en que se mantenía el espíritu público en América. El mismo Olmedo nos dirá más tarde que se vió constreñido a acudir a la llamada de una voz imperiosa que le señalaba el puesto que debía ocupar en la emergencia. Olmedo formó en la Junta de Gobierno organizada para la revolución, asumiendo primeramente el cargo de Jefe Político, y el de triunviro, en compañía de Ximena y Roca, después.

Y así se efectuó el tránsito de la vida pacífica y sedentaria a la de ingente actividad, cargada de responsabilidades. Había que redactar los reglamentos a que se sujetaría la vida pública, y reunir tropa, disciplinar cuadros, empujarlos a la guerra, y nombrar funcionarios y capitanes que sirvieran en todo ello. Dos años de intenso trabajo corrieron casi exclusivamente a su cargo. La revolución de Guayaquil tenía que extenderse a la Sierra: la Nación formó en todo tiempo este conjunto de costa y sierra situados en la misma latitud; desde el litoral subieron a la sierra las migraciones milenarias, cuando no llegaban por el camino abierto en las selvas amazónicas. Los hombres de Quito acudían a la costa cuando los corsarios atacaban sus ciudades. La administración era común, a pesar de las discordancias con que se organizaba a las lejanas colonias desde la Metrópoli.

Los ejércitos que formó la Junta de Gobierno de Guayaquil tenían el propósito de invadir la sierra, no solamente para eliminar a un enemigo que podría volverse una constante amenaza para la seguridad del puerto, como para buscar la integridad territorial existente en todo tiempo. Pero las particularidades administrativas anotadas, expli-

can también que al saber de la revolución efectuada en Guayaquil, los dos Capitanes que se aproximaban libertando pueblos, San Martín y Bolívar, acogieran la oportunidad no únicamente con criterio legalista, sino con el de estadistas y regidores de pueblos que consideraban la importancia de la ciudad y trataban de anexarla al Perú, el primero, a Colombia, Bolívar.

También en Guayaquil divergían las opiniones según el alcance político de sus mantenedores o según las inclinaciones nacidas de antecedentes históricos. Había defensores de la autonomía —“una masita de nación entre dos estados—” según el concepto de Sucre; los que se inclinaban al Perú, y quienes se declaraban por Colombia, esto es, por el territorio de la Audiencia. Olmedo tenía vinculaciones con el Perú, pero parece que sostenía el estado autónomo.

San Martín comenzó por mandar agentes a Guayaquil; pero solamente Bolívar pudo enviar una división de su aguerrido ejército a defender a la ciudad y a extender el movimiento libre hasta Quito. Sucre recibió tan importante cometido. Llena de heroica voluntad y valor fué la campaña que culminó en Pichincha. Solamente quedaba la cuestión cargada de preocupaciones, sobre la decisión última de la ciudad en su organización definitiva. Bolívar, que esperó pacientemente hasta cuando consideró razonable, apresuró la declaración, violentando los procedimientos. El Procurador Síndico expresó la adhesión de la ciudad a la República de Colombia, mientras la Junta hacía preparativos para la reunión en que se decidiría de tan arduo problema. Bolívar aceptó la adhesión, en tanto los miembros de la Junta se retiraban desairados y ofendidos. Bolívar reparó la descortesía enviando a un edecán a presentar excusas a Olmedo, cuyo “genio” confesó respetar.

Pero Olmedo no quedó conforme con el corte que se había dado al difícil asunto, en el que tanta responsabilidad le incumbía; dejó una carta de queja y de explicación

a Bolívar y partió para Lima. Al salir de la ría se encontró con San Martín que venía a conferenciar con el general colombiano. La conferencia de Guayaquil ha sido motivo de especulaciones de historiadores y políticos, aún cuando quedan documentos que demuestran que de nada secreto ni reservado se trató en ella. Olmedo que había esperado en la Puná al General argentino, se incorporó a su comitiva y con él partió a Lima.

Como era de esperarse, en la ciudad virreinal se le recibió con muestras de jubilosa complacencia, y mayor fué la satisfacción cuando el poeta consintió en ser elegido para Diputado por el Departamento de Puno. Se debatía en estos momentos una cuestión que debía justamente preocupar a todos los pueblos libertados y en reorganización, sobre la Patria que habían de reconocer. Olmedo perteneció a la comisión redactora de la primera Constitución peruana y redactó la Exposición de Motivos.

Debió ser un período de debate interior y de angustia para un hombre que había dado muestras ya de juicio sereno y de reflexiva conducta. El despecho pudo obrar en los primeros días, aunque pronto debió comprender el error cometido, que tendría que enmendarlo a la brevedad posible, con toda franqueza y con la mayor sinceridad. Y así ocurrió, cuando al retirarse el General San Martín para volver a su Patria, aceptó, cuando no influyó, en la decisión de la Constituyente peruana de llamar al único caudillo que estaba en condiciones de salvar a esa República que, apenas nacida, se encontraba ya con la amenaza de la reacción española que sólo podía detenerse ante un Capitán invicto, como Bolívar. Y aceptó la comisión de trasladarse a Quito, en donde se encontraba el Libertador para pedirle concurreniera con su genio a salvar al Perú.

No fué sólo el cumplimiento de una comisión, sino el reconocimiento del error; el poeta se inclinó ante el genio y Bolívar se complació con el regreso del hombre llamado a dar el mayor esplendor a las armas colombianas. Desde

esta hora no habrá discrepancias, y la admiración del poeta será irrestricta y el respeto del héroe para con el poeta honrará la amistad de estos dos hombres superiores, unidos por lazos forjados al calor de las contradicciones, pero también de una depuración del deber largamente reflexionada por los dos personajes.

Bolívar trasladó sus huestes al Perú y Olmedo se reintegraba a su ciudad natal, a esperar los acontecimientos, a recibir los partes de las victorias que circularían por todos los países. El Perú quedaría independizado completamente y América habría asegurado su posición de libre, porque todos los ejércitos españoles estarían eliminados del continente americano. Los **Ayacuchos** volverían a España a pregonar la fama de estas tierras y demostrar como los vencidos del Perú eran los capitanes venturosos en España.

A Guayaquil fueron llegando las noticias de la campaña memorable en la que sólo el genio de un hombre señalado por el destino, como era Bolívar, podía salvar del fracaso. Vencer, fué su lema venturoso y luchando otra vez contra todos los elementos, triunfó en Junín, con la famosa carga de caballería en que la fuerza en la cual se fundaba el orgullo español quedó abatida; jinetes y corceles, sables y lanzas en combatir de centauros, cosecharon nuevos laureles para la gloria de Bolívar.

El ánimo de los habitantes de estas naciones se encontraba tenso, vigilante, hambriento de gloria, frenético de entusiasmo. El anuncio de una victoria debía ser solaz estrepitoso de los pueblos; sonar de campanas, himnos en las iglesias, fiestas en los hogares; risa y júbilo en las calles. Los hombres se sentirían dispuestos para las grandes empresas, listos para nuevas campañas, prontos para concurrir a reemplazar las bajas de los combatientes. En este ambiente de esplendor y de gloria, el grito de la calle debió convertirse en cántico en labios del poeta. Y Olmedo, al recibir la noticia de la victoria obtenida en los campos de

Junín requirió, no la espada, sino la pluma que había de convertirse en arsenal que consagrara las victorias.

Sabemos por el mismo poeta que, desde 1820 en que aceptó el gobierno de la revolución guayaquileña, su trato con las musas quedó interrumpido. Las musas, son, escribe, "nimiamente delicadas y celosas"; pero el acontecimiento era demasiado resonante para que no despertara en el poeta la conciencia del deber que tenía para con las glorias obtenidas por los combatientes en esta última jornada. Y volvió a su gabinete de trabajo, y como acostumbraba, trazó el plan que había de desenvolver en el canto que se propuso componer. La facilidad es una asechanza que el destino tiende a los escritores; la inspiración no es un trance continuado, sino la vibración consciente llena de luminosidad para escudriñar los secretos del arte.

Apenas trazó el plan y formuló la intención, sin llegar a ponerse en obra, que fué demorando un día y otro, esperando el momento en que se sintiera con la disposición de emprender en el trabajo. Y así estaba, remolón y difícil, cuando otra vez sonaron las campanas del júbilo: se había lidiado una nueva batalla y ahora con caracteres de definitiva. El Virrey del Perú y los Generales que estaban a sus órdenes, capitularon en Ayacucho. Apenas pasaron pocos meses, de agosto en los campos de Junín, hasta diciembre en los de Ayacucho. La guerra se terminaría, seguramente, y la victoria era así una embriaguez y una esperanza. La paz vendría a restañar las heridas abiertas, los soldados se reintegrarían a sus hogares, y los pueblos comenzarían a organizarse para el orden y el trabajo.

La espera de Olmedo se interrumpió, y despertó **lanzando un trueno**, como escribirá después de pocos días al Libertador. El plan comenzó a realizarse y el 31 de Enero de 1825 tenía compuestos 50 versos. Las cartas que se han publicado sobre esta creación, nos dan a conocer como el poeta avanzaba cuidadoso, sin entregarse en brazos de la improvisación: pesaba, medía, aquilataba, establecía el

orden armonioso, dando valor a cada verso y significado propio a cada palabra. Pensó escribir 300 versos y llegó a los 824 en la primera redacción y a los 900 en la redacción definitiva. "No estoy contento con mi composición, escribía. Pensaba dejarla dormir un mes para limarla y poderle siquiera 300 versos, porque su longitud es uno de sus vicios capitales". Esta preocupación por la lima, por la perfección, nos descubre al poeta en toda su significación y nos pone en contacto con la obra de arte, que ya sale premiosa y libre desde los primeros momentos, o es la labor angustiada, penosa en veces, de quien lucha con las ideas y con las palabras hasta llegar a satisfacerse con la obra.

Desde este momento ya no se presentarían vacilaciones en la conciencia del ciudadano, respecto de su nacionalidad: era colombiano porque Guayaquil formaba parte de la Audiencia de Quito y ésta del Virreinato de Nueva Granada. La ecuatorianidad de Olmedo quedó así completamente definida, tanto que para aceptar la representación del Perú en las Cortes de Londres y París, obtuvo primeramente permiso del Gobierno de su Patria, de la Gran Colombia. La comisión debió ser cumplida cual correspondía a la preparación del personaje que supo vencer las dificultades que se suscitaban para tratar en nombre de una nación que no se consolidaba todavía.

Terminada su misión regresó a la Patria, en navegación larga y cansada por el Cabo de Hornos. Corría el año de 1828 en que tuvieron lugar los tristes acontecimientos que se terminaron con el triunfo obtenido por el Mariscal de Ayacucho en los campos de Tarqui. Guerra dolorosa, en que el Perú invadía la tierra de sus libertadores y las tropas estaban al mando de un guerrero ilustre, ecuatoriano, que venía a hacer la guerra en el Ecuador. Olmedo no desembarcó en el Callao, a pesar de la amistad que le ligaba al Mariscal La Mar: estaba en guerra con Bolívar, con su pa-

tria, y la amistad debía dar paso a la actitud que convenía a la convicción del ciudadano.

No se conservó mucho tiempo la integridad de la república creada por Bolívar. Acontecimientos penosos siguieron a la invasión peruana; en el Sur de Nueva Granada se levantaron guerrilleros que desconocieron a Bolívar; en Bogotá se afiló el puñal del asesino que por fortuna no llegó a hundirse en el pecho del Padre de la Patria. El heroico Córdova caía miserablemente en el Santuario. Bolívar salía desterrado y enfermo. La Gran Colombia se fragmentaba y sus restos se repartieron los Tenientes más avisados de esa hora.

¿Cual fué la actitud de Olmedo en ese periodo de confusión y de angustia? Se sabe que reprobó el proyecto de la Constitución Boliviana y que se negó a aceptar el Ministerio de Relaciones de la Gran Colombia que, desde Bucaramanga, le ofreció el Libertador. Días aciagos se ha dicho que fueron éstos que no estuvieron libres ni siquiera de la impulsividad dominadora del Libertador que se revistió de la dictadura para contener la revolución y el descontento que aparecían en toda la extensión de la gran república. Se legisló contra la libertad en los sistemas educacionales, en la actividad periodística, en la organización democrática. Todo fué en vano, y el Libertador enfermo con la contradicción y con el convencimiento de que con la emancipación habíamos perdido todas las posibilidades del orden, de la paz, del desenvolvimiento normal de las instituciones, se alejó del poder y se encaminó al destierro, mientras Venezuela, su tierra natal, lo proscribía de su suelo. No alcanzó a salir de Colombia y murió en Santa Marta.

Antes de que se extinguiera esta preciosa vida, ya Venezuela se separó airadamente: ni Bolívar ni los granadinos. Los Estados del Sur estuvieron listos para constituirse en la República del Ecuador. En el camino de Bogotá a Quito, caía asesinado el Mariscal de Ayacucho, un venezo-

lano menos, al decir de una procaz gaceta bogotana de ese tiempo, y un posible remplazante menos de Bolívar. La Nueva Granada se constituía también por su propia cuenta.

Días aciagos, negros, en que todas las suspicacias encontraban acogida, en que se temían los mayores peligros, en que la animadversión de los antiguos hermanos cobraba aspectos de encono. Y el Ecuador quedaba a cargo de un general venezolano, y la guarnición de tropas estaba compuesta de combatientes de la gran guerra llegados desde las tierras lejanas de los libertadores.

Hemos dicho en otra parte que era muy vivo el sentimiento nacionalista que se despertó en los habitantes de los territorios de Quito quienes consideraban urgente liberarse de los libertadores. Bolívar era un Dios, pero la situación de los nacionales ante la intemperancia de esas tropas, engreídas por las magnas proezas realizadas, era de tal manera desesperada que la oportunidad para la separación se recibió con júbilo. Y ya se sabe que cuando se busca una transformación política no se repara en medios; después llegan los arrepentimientos cuando la revisión es imposible. Esto mismo debió ocurrir en el Ecuador; alegría por la separación, alegría irreflexiva que no paraba mientes en que pronto se crearían prevenciones contra los jefes y oficiales, colombianos antes, extranjeros desde ahora. Este sería el gran problema que tardaría en dilucidarse hasta el año 45.

Olmedo, el cantor de Bolívar, era entonces Prefecto del Guayas y se sumó, sin ninguna resistencia, a la transformación de 1830. Elegido Diputado por Guayaquil, concurre al Congreso Constituyente que se reunió en Riobamba el 14 de Agosto del mismo año; formó parte de la comisión organizada para la redacción del texto constitucional, y al crearse el Poder Ejecutivo, el General Flores fué nombrado Presidente y Vicepresidente Olmedo, cargo del que se desprendió muy pronto para trasladarse a Guayaquil, como

renunciaria más tarde la Gobernación del Guayas por desacuerdos con el Ministro de Hacienda, García del Río.

Desde este tiempo hasta la muerte acaecida en los primeros meses de 1847, participaría en política activa del país. **Floreano** fué, a pesar de su estrecha amistad con Rocafuerte; **floreano** después de Miñarica; pero cuando el General venezolano provocó la expedición de una nueva Carta Política que diera mayores oportunidades para el mando, el pueblo se indignó con aquella Constitución que se la calificó con el nombre de "Carta de Esclavitud" y preparó el ambiente revolucionario que había de manifestarse en Guayaquil el 6 de Marzo de 1845. El Gobierno provisional se compuso de un triunvirato en el que se encontraba Olmedo. Los floreanos lo tacharon de tráfugo, pero en realidad era el personaje lleno de una gran modestia, de una gran timidez, pero también de una conciencia irreductible en el cumplimiento de los deberes que formaban parte de su convicción.

Durante el lapso comprendido de 1830 a 1845 su concurrencia a las Legislaturas fué una permanente lección de civismo; las palabras que entonces pronunció deben recogerse devotamente para propagarlas como máximas de política, como expresiones de un ciudadano austero y virtuoso que cumplía con las obligaciones contraídas con grave y honda responsabilidad, con reflexiva entereza, con meditación reposada de quien desempeña el trascendental encargo recibido al entrar en servicio de la Patria. Las democracias de América estaban en la infancia en esos días, y ya sonaban las voces desesperadas de quienes miraban con angustia la creciente demagogia que había de ahogar los mejores propósitos. Para combatir esa demagogia proponía en la Asamblea de Riobamba que los períodos presidenciales no pasaran de cuatro años, a fin de que la alternabilidad prudente diera garantías de sosiego a los pueblos impacientes y a las ambiciones desatentadas, y evitar la incertidumbre que se crearía al establecerse que al frente del

Gobierno sólo durara dos años un mandatario, conforme lo quería Fernández Salvador, con apoyo del presbítero Fita.

Fué postulado en la Convención de Cuenca para la Presidencia; largamente contendieron los convencionales quienes al fin se decidieron por Roca: la vara del mercader venció a la lira del poeta, según la frase lapidaria de Roca fuerte. Acaso fué mejor así, si se toma en cuenta la edad en que se encontraba entonces Olmedo, su carácter pacífico y bondadoso y el estado de insubordinación que primaba en el país el cual se amoldaba difícilmente al régimen impuesto por la República.

Murió retornando mansamente al seno de la religión el 19 de Febrero de 1847, cuando iba a cumplir 67 años de edad. La irreligiosidad de que se le culpaba procedería del ambiente de la época y de su contacto con las doctrinas filosóficas que imperaban en el viejo mundo. Pero Olmedo, como todos los hombres que proceden de la civilización cristiana, tiene los mismos principios de moral, aún cuando descuide de los ritos puramente formalistas. Además, un hombre que se muere y que contempla la angustia religiosa de los que deja, ¿qué más puede hacer que permitir la legalización de su conciencia con las ceremonias acostumbradas por la Iglesia?

No creemos que sea un punto de discusión en la vida de un hombre, que fué bueno, ni en la de los que fueron malos y tuvieron el miedo al más allá.



De las poesías de Olmedo se han hecho varias ediciones, unas por el mismo autor y otras que han seguido después y que coleccionaron composiciones proporcionadas por el propio Olmedo al argentino Gutiérrez, o encontradas por el peruano Corpancho o recogidas por el ecuatoriano Clemente Ballén. El jesuita Francisco Váscónez dió cuenta de nueve composiciones que andaban desperdigadas en revistas, periódicos y hojas sueltas. De esta manera ha ido

creciendo la obra del poeta, hasta la última edición que ha corrido a cargo de un hombre de estudio de tan alta capacidad y trabajo como el P. Aurelio Espinosa Pólit, S. I., quien ha examinado prolijamente los papeles que los descendientes de Olmedo conservan en el archivo de familia. El P. Espinosa no sólo nos ha dado la colección completa y el texto más cuidado, sino que, con esta ocasión ha escrito un prólogo que servirá de base para todo estudio posterior que se haga del cantor de Junín. Esta edición de la Casa de la Cultura, que lleva la fecha de 1945, agota la obra poética y anuncia el aparecimiento de un segundo volumen que contendrá la producción en prosa que no ha sido coleccionada antes y de la cual muy poco se conoce, por lo mismo.

La edición última contiene 83 composiciones y hay la constancia de 6 más cuyos títulos se conservan y que se espera encontrar alguna vez. Una obra completa tiene la importancia de facilitar un material para formular con mayor seguridad el juicio que merece la concepción intelectual de su autor, y aún cuando Olmedo es de aquellos poetas que ha conocido la literatura castellana, que fueron excelentes en una obra, en medio de muchas que escribieron durante su vida, el conocimiento total dará mayores elementos para penetrar en la psicología del poeta y en su representación durante el tiempo en que le tocó escribir.

En dos partes completamente delimitadas se divide la obra poética de Olmedo. En la primera es el cantor fácil y amable, de tono menor, que escribe para su propio deleite, para expresar sus sentimientos de amistad y aún de amor en estrofa suave y galana que recuerda al poeta español Meléndez de gran notoriedad en ese tiempo, si no supiéramos la dedicación que desde sus años mazos puso en el estudio de los poetas latinos, de Horacio, principalmente, de quien tradujo una oda y de quien los eruditos encuentran frecuentes reminiscencias. La frase en estos versos, cuando no son de circunstancias, sino que pintan sus íntimos afec-

tos o expresan sus amorosos sentimientos, es blanda, cariñosa, delicada. No juega con las palabras, se extravía pudorosamente, sin afectación, pero con mucha galanura. Es el romance el metro preferido en estas composiciones que se las lee aún con agrado:

Adiós, sé delicado
y calles, que la dicha
de amar y ser amado,
entre las almas finas,
crece con el misterio,
mengua con la noticia.

El P. Espinosa ha prestado un gran servicio al renombre del poeta al publicar aquellas composiciones que Olmedo dejaría intencionalmente reservadas del conocimiento del público. La poesía lírica es una confesión y es un murmurio que debe llegar solamente a oídos de la persona amada o que sirve para desfogar sentimientos, para descargar cavilaciones. Así debieron quedar esas composiciones que al ser conservadas en el archivo de familia, nos permiten a la distancia en que hoy estamos de la época en que se escribieron, penetrar en el ambiente social y en la sensibilidad del autor.

El **Retrato**, que dedicó a su hermana Magdalena, nos pone en comunicación, más que ningún otro documento, con el joven lleno de ilusiones y de esperanzas, que era en el comienzo del siglo XIX. Esta nota egotista, por sencillez, en este caso, nos comunica lo que el estudiante Olmedo, separado de su familia para estudiar en la Capital del Virreinato, sentía acerca de su posibilidad de supervivencia y de la actitud que guardaba ante la vida. No es el lienzo ni tampoco el pincel los que sirven para la perduración de una memoria, sino el relato de los méritos y conocimientos. No quiere retratarse para los demás, pero entrega su confesión a la hermana ausente que tal retrato había pedido. La descripción importa sobre todo por las ano-

taciones intimas que dejó en uno y otro verso. Después de referirse a la boca, a la nariz, los dientes, los ojos y hasta a las cucarañitas de su cara, asienta que sobre todo vaga por el rostro un aire modesto que encubre sus defectos. El retrato y los modales, añade, van al par de su genio, porque son blandos, dulces, sin arte, lo mismo que sus versos. Modestia amable que se completa cuando expresa cuales son sus preferencias y sus gustos:

Junto a mi pocos libros,
muy pocos, pero buenos:
Virgilio, Horacio, Ovidio;
a Plutarco, al de Teyo,
a Richardson, a Pope,
y a tí oh Valdés! oh tierno
amigo de las Musas,
mi amor y mi embeleso!

Y luego formula un voto; pide que al pie de su retrato se ponga un letrero que diga:

"Amó cuanto era amable
amó cuanto era bello."

Voto que ha sido cumplido por el Municipio de su ciudad natal al colocar al pie del retrato que del poeta se conserva en el Museo Municipal, el dístico copiado.

Este retrato se componía en Lima por el año de 1803. En 1842 compondría un soneto en la muerte de su hermana. Se cierra así la expresión de un gran afecto. Los catorce endecasílabos nos comunican el grito que, herido con la muerte de la hermana a la que tanto amó, levantó hasta los cielos:

- ¿Y eres tú, Dios? ¿A quién podré quejarme?
inebriado en tu gloria y poderío;
ver el dolor que me devora impio
y la mirada de piedad negarme.

Manda alzar otra vez por consolarme
la grave losa del sepulcro frío,
y restituye, oh Dios, al seno mío
la hermana que has querido arrebatarme.

Yo no te la pedí. Qué ¿es por ventura
crear para destruir, placer divino,
o es de tanta virtud indigno el suelo?

¿O ya del coro absorto en tu luz pura
te es menos grato el incesante trino?
Dime, ¿faltaba este ángel a tu cielo?

Versos al parecer blasfemos, pero que transparentan una profunda fe religiosa, como si existieran sufrimientos que necesitaran de la voz altisonante, casi irrazonable, para buscar adecuación al estado de dolor que los producen.

Con motivo de este soneto se ha dicho que hay un verso de Víctor Hugo que se parece al de nuestro poeta. Puede ser verdad; la apropiación inconsciente de algo que llenó un vacío que hubo en nuestro propio pensamiento y que encontramos expresado en otro escritor, es un fenómeno frecuente. La anotación debe servirnos antes para recordar que Olmedo fué hombre de su tiempo, que vivió enterado de cuanto se producía de notable en el campo de las letras. Tradujo con gran maestría al inglés Pope; se sirvió de un tema de Chateaubriand para una canción india, y con este soneto estaríamos en presencia de ese dominador del verso que fué Hugo, el de la barba florida; sin que por ello abandonara el estudio preferente de los clásicos, cuyas obras lo acompañaban en sus viajes por los territorios montuosos y selváticos por los que atravesaba para trasladarse a una finca o a una población perdida en el recodo de un río y a la sombra de árboles centenarios.

Se creyó que había escrito poco; pero el estudio detenido que ha efectuado el P. Espinosa, demuestra que publicó poco, porque ocultó modestamente las composiciones líricas, y porque en las de mayor aliento trabajó hasta que-

dar satisfecho de su redacción, como aconteció con el Canto a Bolívar del que es preciso escribir más detenidamente, por la importancia que tiene en la literatura de América. Los acontecimientos han pasado, pero subsiste el espíritu de aquella época, como que estamos todavía discutiendo sobre el valor de los héroes y la oportunidad de las guerras de emancipación. Olmedo llenó su tiempo y no solamente fué un heraldo anunciador de los acontecimientos que iban a seguirse a las victorias, sino la voz más sonora y más propia para dictar el mensaje del deber que asumía el Nuevo Mundo al obtener su emancipación.

La correspondencia que se ha conservado de Bolívar, el héroe, y de Olmedo, el poeta, nos va conduciendo paso a paso por las incidencias de la composición del Canto; el cuidado con que lo compuso Olmedo, trazándose por anticipado un plan preciso; el tiempo que gastó en escribirlo; la preocupación constante que le hacía pulir una y otra vez aquellas estrofas que debían ser la expresión del pensamiento americano y la glorificación más completa de los dos hechos culminantes de la campaña del Perú, que puso remate a la guerra de emancipación de la América meridional, al mismo tiempo que se rendía el más gallardo homenaje a la gloria del guerrero colombiano y a sus principales Tenientes. Mucha literatura patriótica se produjo entonces y se ha seguido escribiendo después; pero bastaría el canto de Olmedo para que la intervención lírica encontrara la más completa consagración. En la citada correspondencia se adivina el método de la composición del poeta, y en las cartas de Bolívar se admira la seguridad crítica de ese hombre extraordinario que fué Bolívar, que señalaba defectos o que amenguaba la grandeza de los sucesos, calificándolos de una pobre farsa. El tiempo le había dicho ya su palabra fatal, sobre la endebles de los hechos humanos.

Los puntos que sirvieron para las observaciones al Libertador han sido los mismos que, en una u otra forma, se

han mantenido por los críticos que han venido después. Olmedo unió las dos victorias, la de Junín y de Ayacucho, bajo una sola advocación, la de Bolívar, quien era en efecto, la chispa conductora del fuego sagrado que impelía a la acción, no solamente a sus soldados, sino a los hombres todos de ese tiempo, y juntó los dos episodios por medio de un arbitrio que permitía enlazar el pensamiento vital americano con episodios de su historia. La aparición de Huainacápac, el Soberano más célebre del Incario, daba sentido trascendente a la revolución libertaria. Ciertamente que no era la reivindicación de la raza vencida, pero el resultado último, a través del mestizaje, que era al agente de la acción, tenía que ser ese, el de la vitalización de la tierra americana como primer elemento de una nueva organización civilizada. No importaba que el Libertador tuviera sus antepasados en Vizcaya, porque el contacto de las generaciones con América, había transformado su naturaleza étnica, porque el hombre procede más por los afectos esenciales que produce el ambiente, que por el recuerdo histórico. Y en el ejército de Bolívar iban hombres de toda condición y de todas las razas, las que formarían el conglomerado racial de este continente.

El Canto, enlazado con este episodio central, tomaba preocupaciones poemáticas y permitía dar una extensión y una intención que acaso se encontraría limitada, de otro modo, a la descripción de las batallas y a la glorificación del héroe a quien el poema estaba dedicado.

El Canto comienza con la revelación del trance en que se encuentra el poeta:

El trueno horrendo que en fragor revienta
y sordo retumbando se dilata
por la inflamada esfera,
al Dios anuncia que en el cielo impera.

Y el rayo que en Junín rompe y ahuyenta
la hispana muchedumbre,

que, más feroz que nunca, amenazaba,
a sangre y fuego, eterna servidumbre,
y el canto de victoria
que en ecos mil discurre, ensordeciendo
el hondo valle y enriscada cumbre,
proclaman a Bolívar en la tierra
árbítro de la paz y de la guerra.

Introducción apropiada al tema que se tratará en el Canto; la misma silva en que predomina el endecasílabo da una contextura más recia a la estrofa y la reviste de mayor solemnidad. Se ha dicho que en estos versos hay una reminiscencia horaciana; puede ser verdad. Pero la adecuación es tan perfecta que la convierte en parte esencial del poema, que desde ese momento toma una entonación que se mantendrá en los 900 versos de la versión definitiva.

La primera parte, dedicada a la victoria de Junín, es la glorificación de Bolívar. En torno del héroe se han repartido las varias figuras que componen el cuadro, todas señaladas con características inconfundibles, pero guardando la distancia debida para que sobresalga en su mayor gloria el personaje central. Bolívar se ha revestido de una grandeza extraordinaria; sólo el genio, la perseverancia, la fe en el destino, pudieron convertir esa campaña destinada al fracaso, en el triunfo rutilante que quebrantó la fuerza de la caballería española llamada a rechazar a los ejércitos libertadores.

¿Quién es aquel que el paso lento mueve
sobre el collado que a Junín domina?
¿que el campo desde allí mide, y el sitio
del combatir y del vencer desina?
¿que la hueste contraria observa, cuenta,
y en su mente la rompe y desordena,
y a los más bravos a morir condena,
cual águila caudal que se complace
del alto cielo en divisar la presa
que entre el rebaño mal segura paze?

Quién el que ya desciende
 pronto y apercebido a la pelea?
 Preñada en tempestades le rodea
 nube tremenda; el brillo de su espada
 es el vivo reflejo de la gloria;
 su voz un trueno, su mirada un rayo,
 ¿Quién, aquel que al trabarse la batalla,
 ufano como nuncio de victoria,
 un corcel impetuoso fatigando,
 discurre sin cesar por toda parte...?
 ¿Quién sino el hijo de Colombia y Marte?

La figura central se ha trazado así de mano maestra; las demás estrofas servirán para señalar pormenores o para llenar brillantemente los espacios. Pero el Bolívar de Olmedo será más auténtico que el de toda su iconografía. Está idealizado por la poesía, pero también realizado por la intuición admirable del bardo llamado a buscar los secretos escondidos en el corazón del héroe.

Y para unir los episodios aparece el Inca, llegado a un conjuro de la videncia y de la voluntad. Hará más de América el acontecimiento, que recibirá así un baño de sustancialidad que ya tenía, pero que era preciso sacarlo a relucir para conocimiento de todos, para comprensión de nosotros mismos. El Inca aparece en los campos de Junín.

Cuando imprevisto, veneranda sombra,
 en faz serena y ademán augusto
 entre cándidas nubes se levanta.
 Del hombro izquierdo nebuloso manto
 pende, y su diestra áureo cetro rige;
 su mirar noble, pero no sañudo;
 y nieblas figuraban a su planta,
 penacho, arco y carcaj, flechas y escudo.
 Una zona de estrellas
 glorificaba en derredor su frente
 y la borla imperial de ella pendiente.

La figura legendaria se dibuja con nitidez e imponencia. Es el pasado de América el que deja oír su voz. La alegoría tiene un sentido claro que se anuda con el pasado y con el presente. Es el alma de América que contempla la batalla y que asume la dignidad sacerdotal concedida a los vates, a los seres inspirados que atraviesan con la mirada el espacio y que se sirven del vaticinio para cumplir la función máxima concedida al genio de todas las épocas.

"Las legiones atónitas oían" los secretos del destino revelados por el bardo y puestos en labios del monarca indígena, nacido en los palacios cañaris. Y la voz augural se calló de pronto porque desde el alto lugar en que se encontraba penetró en la distancia y en el tiempo, para contemplar al joven y animoso Sucre, depositario del rayo de Bolívar.

Como torrente desde la alta cumbre
al valle en mil raudales despeñados,
vendrán los hijos de la infanda Iberia,
soberbios en su fiera muchedumbre,
cuando a su encuentro volará impaciente
tu juventud, Colombia belicosa,
y la tuya, oh Perú! de fama ansiosa,
y el caudillo impertérrito a su frente.

La aparición del Inca ha sido materia de discusión de críticos y preceptistas. Bolívar apreciaba así este recurso poético: "Ud. ha trazado, escribía a Olmedo, un cuadro muy pequeño para colocar dentro un coloso que ocupa todo el ámbito y cubre con su sombra a los demás personajes. El Inca Huainacópac parece que es el asunto del poema: él es el genio, él la sabiduría, él es el héroe, en fin. Por otra parte, no parece propio que alabe indirectamente a la religión que le destruyó; y menos parece propio aún que no quiera el restablecimiento de su trono para dar preferencia a extranjeros intrusos, que, aunque vengadores de su sangre, siempre son descendientes de los que aniquilaron su imperio: este desprendimiento no se lo pasa a usted na-

die. La naturaleza debe presidir a todas las reglas, y esto no está en la naturaleza. También me permitirá usted que le observe que este genio Inca, que debía ser más leve que el éter, pues que viene del cielo, se muestra un poco hablador y embrollón, lo que no le han perdonado los poetas al buen Enrique en su arenga a la Reina Isabel, y, ya usted sabe que Voltaire tenía sus títulos a la indulgencia, y, sin embargo, no escapó de la crítica."

El caso de mayor interés dentro de toda literatura es esta discusión entablada entre el poeta y el héroe. Bolívar se muestra con la gallardía genial con que se revistió en todos sus actos, y su crítica tuvo atisbos y penetraciones admirables; pero buena parte de las observaciones críticas del hombre extraordinario tiene que desoírse ante la realización del poema. "La naturaleza debe presidir a todas las reglas"; pero en el caso referido el sentimiento de libertad iba unido a la rememoración histórica. Lucha de ideas políticas e indudable transformación racial de la que había de nacer un pueblo que se apoyará en dos tradiciones diversas para plasmar un mundo nuevo.

Las cartas cruzadas entre Bolívar y Olmedo son las piezas más interesantes y de importancia de la literatura americana. A las cartas de Bolívar siguieron muchas críticas; preceptistas limitados trataron de encerrar el arte en fórmulas rígidas y se encolerizaron al saber que un poeta, consagrado por la fama, obtuviera los laureles a pesar de haber transgredido a las reglas. Pero todas las críticas no han conseguido opacar el brillo de la magnífica ejecución. Los géneros literarios cambian de vestidura y ahora tal vez se escribiría el epinicio en diferente forma; pero a través de los tiempos y de los gustos de cada época, el canto de Olmedo conservará todo su prestigio, y esos versos serán los más hermosos de los que se escribieron para cantar la victoria de mayor resonancia en América, de esta América que se consagraba a la libertad por obra de sus héroes. Es una oda, a pesar de su extensión; "es propiamente, dice Me-

nández y Pelayo, lo que los italianos llaman un *carne*, un poema corto, mixto aquí de lírico y épico, como las *Silvas* de Bello son mezcla de lo lírico y lo didáctico. El tono que domina en el vate del Guayas es la efervescencia del raptó pindárico, pero con él alternan largas y precisas narraciones de los sangrientos choques de Junín y de Ayacucho, sin omitir rasgos de esfuerzo individual, nombres de jefes y oficiales."

El maestro de la crítica española manifiesta que no corresponde con exactitud el título de *Victoria de Junín* dado a la composición, que debe llamarse tan solamente *Canto a Bolívar*, con lo que desaparecerían muchos motivos de reparo por parte de preceptistas remilgados que encuentran que falta unidad a este poema. La importancia del Canto ha hecho que los críticos de mayor consideración de América y de España se ocupen en esta obra poética y la analicen minuciosamente, tanto en el plan de conjunto, como en las partes de que se compone. Se ha hecho hincapié en la clasificación del poema al que no se sabía cómo llamarlo, se ha manifestado que la aparición del Inca era recurso poco apropiado para esta clase de composiciones; se han desmenuzado las semejanzas con otros poemas, y, por último, se le ha querido privar de la originalidad por haberse encontrado versos e imágenes del Canto que podían tener inspiración en los poetas latinos.

Olmedo pertenecía a la generación en que los estudios clásicos se cultivaron con empeño, no sólo por afán humanista, sino como el remedio contra la decadencia literaria de los poetas de ese tiempo. La reacción clásica fué general en Europa, y en España se le adoptó como reacción al culteranismo que perduraba en versificadores estafalarios y confusos. A esta escuela pertenecieron ingenios verdaderamente notables que tenían forzosamente que encontrar proséjitos: Nicasio Gallego y el gran maestro Lista. Olmedo tuvo la base clásica en su educación; además, recibió la influencia de la literatura civil que predominaba en España

cuando se guerreaba contra los franceses, y en sus viajes por Europa, su natural romanticismo sintió revivir al contacto con las obras de los grandes poetas románticos de Francia.

Olmedo fué un perfecto representante de la época en que le tocó vivir: hizo estudios humanísticos como se podían hacer en América, en que el escolasticismo se despachaba íntegramente en Latín. El estudio de los autores del Lacio lo ocupaba con delectación en el vivir pausado a que obliga la naturaleza de América. Además aprendió lenguas modernas para estar al tanto de la literatura de los países cuyo conocimiento precisaba a los hombres civilizados.

La agitación de la época turbó la tranquilidad bonancible, y él, el hombre tímido y pegado a los libros, que quería tan solamente poseer "un huerto, un jardín, un río, pocos y buenos libros, pocos y buenos amigos... y embotada la curiosidad de noticias políticas. . . .", tuvo sin embargo, que tomar parte en esa política que iba a tocar a sus puertas y a exigir de su ciudadanía el fatigoso cumplimiento del deber. Ya hemos visto como se desempeñó en las tareas que se le asignaron, y como la apacibilidad de su carácter se transformó al influjo de los acontecimientos. El hombre recogido en el silencio, salió a la palestra, embocó la trompa épica y transformando el sosiego de su espíritu en ansia batalladora, dijo de los héroes, de la guerra, de las armas, con mayor vigor y varonía de la que él mismo pudo suponer de su temperamento, hasta convertirse en el cantor de la libertad en grado máximo.

Y volvió después a sus meditaciones y a su silencio, para dialogar con los libros o a lo sumo con algún amigo lejano con el que se trataba por medio de una correspondencia epistolar que nos sirve para comprender de mejor manera la psicología del poeta. Puede leerse ahora la correspondencia mantenida en los años de 1823 a 1825 entre Olmedo y el doctor Joaquín Araujo, inteligente sacerdote con el que mantenía una gustosa correspondencia sobre cuestiones que interesaban a estos dos personajes del mundo in-

telectual de entonces. Las cartas conservan el diálogo de dos hombres de estudio, que hablan de sus autores favoritos y que se prestan mutuamente libros. Los libros escasean en aquella época y pasan de mano en mano, atravesando aun las distancias que separaban entonces a las poblaciones de la República. Olmedo vive en el puerto al que llegan algunos libros, pocos, "uno que otro que se compra es regularmente de las pequeñas librerías que traen los extranjeros para su uso; los capitanes de buques, especialmente". Los últimos libros llegados pertenecen al Marqués de San José. Olmedo tiene algunos libros de los que habla con delectación y que ofrece y envía a su amigo, que vive en la serranía, en la hermosa y pequeña ciudad de Ambato, que será la cuna de uno de los grandes literatos de América, de Juan Montalvo.

Olmedo habla de sus libros y de los autores que son de su preferencia, con el cariño profesado por los bibliófilos y los hombres de estudio. Cuenta a su amigo que cuando tiene que emprender en penosos viajes por las poblaciones de la costa y del interior, por la necesidad de arreglar sus intereses, en la posada en que descansa, extrae del bolsillo un pequeño Horacio y sumergido en su lectura, olvida las incomodidades y vuelve deleitosa la soledad en que se encuentra.

Horacio y Virgilio son sus autores favoritos; como ellos, amó el apartamiento y la soledad, y se recreó con la hermosura del verso perfecto. Cuando compuso el Canto a Bolívar, su docto corresponsal ha mencionado la Eneida. Olmedo replicaba nervioso: "No, amigo; yo me conozco. La Eneida es un río, del cual no merece mi poema ser tenido ni por una gota; y cuando más se podrá reputar como un grano de arena de la ribera por donde corre."

Los estudios que ha publicado el eminente jesuita Aurelio Espinosa Pólit con ocasión del aparecimiento en la colección de clásicos ecuatorianos del volumen I de las Obras Completas de Olmedo, tienen que considerarse como los más acabados que sobre la poesía de nuestro autor se han

compuesto hasta ahora. Todos los problemas que se derivan de un análisis detenido de esta producción literaria, después de examinar las apreciaciones y críticas que se han escrito por diversos literatos de España y de América, han merecido una revisión ajustada a las reglas más estrictas del buen gusto, de la erudición y del saber del humanista quiteño. Después de examinar la factura del Canto a Bolívar, agota el tema con el estudio del problema poético, el único, dice, verdaderamente importante. "Quien quiera llegar a sentir y apreciar todo lo que es (el Canto), debe tratar de vivirlo; debe tomarlo para una lectura corrida y sonora, dos condiciones indispensables. Lectura ininterrumpida, pues las partes se sostienen unas a otras, se completan con elementos inseparables de un todo vivo, no es cada una lo que es sino en función de las demás. Lectura oída y musical, porque el canto, la armonía, el glorioso estruendo es aquí instrumento activo de unidad, es "mente que agita la mole", alma que vivifica. El verso no es adorno fabricado y sobrepuesto; el verso es la lengua en que sin esfuerzo, sin tanteo, sin traba ni detención, habló en aquel "momento de los milagros" que había predicho Olmedo, alada y gozosa, risueña y feliz la inspiración."

Años después de escrito el magnífico Canto, compuso otro epinicio: celebró la victoria de Miñarica, campo de muerte en que cayó sacrificado por los sicarios de Flores lo más granado de la población serrana de ese tiempo. En realidad no se comprende como dos ecuatorianos eminentes, Rocafuerte y Olmedo, se complacieran con los resultados de esa batalla. El **Canto de Miñarica** se ha dicho que es más perfecto que el anterior, porque se evitaron las faltas de composición anotadas por los críticos, y porque la seguridad de la frase, la maestría del verso, la madurez del estilo, revestían con mayor boato la sustancia épica de aquel poema. Puede ser; pero hasta ahora suena con amargura la misma opinión del cantor cuando en 1840 escribía a Fernández Salvador, para decirle que no es bueno cantar

las guerras civiles y que con todo su corazón quisiera borrar algunos versos de aquella composición. (1)

(1) En un lejano estudio del Canto a Bolívar habíamos escrito que Olmedo, el hombre de la paz y de las virtudes domésticas, fué por inexplicable caso de bovarysno cumplido, un cantor guerrero y el que con mayor plenitud y acierto pintó de manera imborrable e inolvidable la grandeza épica de aquellos días de gloria. El P. Espinosa, en el luminoso estudio puesto al frente del volumen publicado por la Casa de la Cultura, rechaza aquel bovarysno y expresa que "el caso de Olmedo es llanamente el caso de la repentina y triunfante actuación plenaria de un cúmulo de fuerzas latentes, no sospechadas ni por su propio dueño, fuerzas latentes que no podían entrar en acción sino mediante el apremio violento de sucesos extraordinarios, y con el concurso, también extraordinario de circunstancias propicias para tal actuación." He aquí expresado maestramente aquello que quisimos encerrar con el calificativo del filósofo Gaultier, como teoría de actividad individual y social o de fenómenos morales. El bovarysno en su uso metafísico es un principio de explicación universal, ha escrito Palante.— Carlos Bello el hijo del ilustre caraqueño, escribía a su padre en 1846: "Conoci a Olmedo; está muy anciano y tiene un aire y unas maneras que demuestran una excesiva cortedad, que, al leerse el Canto a Bolívar, no era de presumirse en su autor".— En el texto hemos procurado explicar la aplicación que la palabra tuvo en aquel lejano estudio.

POR LOS CAMINOS DE LA CONCORDIA

El señor Secretario General ha tenido a bien designarme entre los socios que deben sostener el VI ciclo de conferencias del Grupo América. Tan honroso como pertenecer al Grupo, prestigiado por ilustres personalidades, es para mí de grato esta oportunidad de hablar entre vosotros, todos espíritus de alta cultura y de bien acusado relieve intelectual. Gustoso acato, pues, lo dispuesto y os ruego me dediquéis, por unos pocos minutos, vuestra benévola atención.

No creáis que voy a hablaros de literatura, por más que ella, en estos trágicos momentos de angustia universal, que subsiste a pesar de la terminación de la guerra y frente a los estragos causados por las pasiones desatadas que trataron de convertir en cenizas todo el orbe, sea, más que nunca, el obligado refugio de las almas pacíficas y amantes de la belleza que en el cultivo del arte se redimen de las mezquindades de la vida.

Comprendo que vuestros espíritus estén hondamente preocupados por graves problemas de orden político, económico y social que no encuentran solución, y que, por afectar a todos los hombres y a todos los pueblos, tienen al mundo en inquietante expectativa; pero, por lo mismo, y porque también yo participo de esa justa preocupación y deseo vivamente que, por fin, después de este sucederse lamentable de conflictos entre las naciones, después de la injusti-

ficable regresión de los hombres al salvajismo de la guerra, en pleno siglo XX, amanezca para la humanidad una larga era de concordia, quiero hablaros acerca de una labor —labor de apaciguamiento de los ánimos, de desarme espiritual, si queréis— que, iniciada por las madres en la santidad del hogar, continuada, luego, por los maestros en la austeridad del aula, debe ser sostenida y generalizada por la intelectualidad, en la conferencia, en el periódico, en el libro, si aspiramos a que no se repita otra hecatombe o a que la reciente guerra, mal extinta, no encienda de nuevo su hoguera de exterminio.

PANORAMA DE POST-GUERRA

Se cumplió en Abril último el primer aniversario del grito anunciador de la victoria. Grito que, como un "Hosanna", resonó en todos los confines de la tierra, después de que a lo largo de seis interminables años, en cuatro continentes, pueblos de todas las razas se entregaron a la matanza, por imponer su voluntad de dominación, los unos; por defender su libertad, los otros; pero todos animados de un loco afán de aniquilamiento mutuo, como si la especie misma quisiera desaparecer de la superficie del globo.

Nunca la guerra había contado con más eficaces elementos de destrucción; jamás los inventos del hombre habían llegado a un grado tal de perfeccionamiento y capacidad en el modo de dar muerte a nuestros semejantes. Por tierra, por mar, por aire, ante el asombro de los astros; enfureciendo más el convulso oleaje de las aguas oceánicas; haciendo trepidar a su paso las moles enhiestas de las cumbres serenas, de norte a sur y de oriente a occidente, la famélica figura de la Muerte paseó su embriaguez asesina, sin piedad de la inerme inocencia del niño que ofrece al sol la aurora jubilosa de su sonrisa; inmisericorde ante el anciano —barro en trance de volver al polvo—, cuyos ojos sombríos, al mirar la vida, tienen la infinita triste-

za de las caricias finales; violando el respeto que inspiran los hospitales de sangre, donde la carne humana, destrozada por el plomo, envenenada por los gases, enloquecida de espanto, es recogida ¡oh cruel sarcasmo! para que, luego de recibir la solícita atención de la ciencia médica, vuelva a los campos de batalla a consumir su sacrificio; empujando, en fin, su impetu demoledor, como un alud, sobre las maravillosas obras de arte en las que el genio perpetuó su divina interpretación de la belleza eterna.

Hace más de un año ya que miles de seres, después de sufrir los inenarrables horrores de la guerra, tanto en el ensangrentado suelo de la lucha como en los campos de tortura y concentración de prisioneros; lo mismo en las ciudades indefensas como en las fortalezas inexpugnables —porque en todas partes se dejaba sentir el hálito helado de la muerte— lanzaron el frenético grito del triunfo, cuando los ejércitos aliados abatieron a las potencias del Eje, casi sobre los escombros del mundo.

Tras la victoria, se creyó que la ansiada paz vendría a unir a todos los hombres en el abrazo de confraternidad que borra rivalidades, destierra rencores, echa un manto de olvido sobre las diferencias surgidas dentro del convivir social, internacional e intercontinental. Se esperó que, una vez aplacada la fiebre homicida, con los pavorosos daños morales y materiales de su obra mortífera por delante, los hombres todos considerarían a la guerra como el atentado más nefando contra la humanidad y harían, **in mente**, el juramento inviolable de nunca más empuñar el arma del guerrero. Pero, he aquí que, al año apenas de haber cesado las hostilidades entre los países beligerantes, —tiempo verdaderamente corto para la reconstrucción de tantas ciudades arrasadas, pero suficiente, cuando hay buena voluntad, para que entre los Estados acuerden la forma de establecer una paz duradera, surge la desconfianza entre las mismas potencias que sofocaron la conflagración, porque parece que una de ellas, a su vez, pretende proclamarse la Señora del

Mundo, poniendo en juego procedimientos totalitarios análogos a los que Hitler y Mussolini pusieron en práctica para sojuzgar y extorsionar a los pueblos débiles.

Rusia, finalizada la guerra, a la que entró por detener el paso del invasor, más no por defender principios democráticos proscritos de su sistema de gobierno, se ha crecido en ambiciones, y da la impresión de que se atribuye, en más de la cuenta, la victoria sobre Alemania. Para concertar la paz, Rusia no llega, no quiere llegar, a un franco entendimiento con los Estados Unidos y la Gran Bretaña, y repetidas veces su representante en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas hurta el bulto a fin de no asistir a las discusiones en que había de tratarse de la evacuación de tropas rusas de territorios del Irán. Churchill, esa gran figura de la política inglesa, que cada día va ganando más la confianza de su pueblo y que junto a Roosevelt ha sido el más convencido apóstol de la libertad, con una clara visión del momento, al comentar la situación mundial, ha anotado "que sólo un entendimiento con Rusia podrá evitar una nueva catástrofe". Empero, el resultado de la 1ª Conferencia de los Cuatro Grandes, reunida en París, está indicando cuán grandes son los obstáculos que interceptan el camino de la paz, precisamente debido a la terquedad opuesta por el Canciller de Stalin, a todo avenimiento.

Las naciones de regimenes democráticos cuyos pueblos aman la libertad más que a la vida y por ella luchan y se sacrifican, tienen motivos más que suficientes para temer al comunismo, porque, de ser auténticas las revelaciones que un diplomático uruguayo, el Dr. Lauro Cruz Gavenola, hace en su libro "Rusia por dentro", después de haber sido, hasta hace poco, un entusiasta admirador y defensor de los Soviets, según la información que dió la prensa en días anteriores y que no ha sido rectificada, el comunismo, en su más desnuda y escalofriante realidad, es éste: "Rusia es la tierra del terror —dice—. Stalin es el todopoderoso y su

palabra es ley, pero la policía secreta es la que reglamenta la vida cotidiana de todos y en todas sus fases, la que decide del destino de todas las gentes, la que deporta a Siberia, la que encierra en las prisiones, la que quita el abrigo o los libretines de racionamiento, la que destituye de los empleos y es, en fin, señora de vida y muerte. La ley se aplica cuándo, cómo y a quién la policía quiere." La muy autorizada opinión del Dr. Angel Ossorio, expuesta en su magnífico libro "El mundo que yo deseo", llega a la conclusión de que en la política soviética ni siquiera hay comunismo. "Lo que hay en Rusia —dice este escritor español que acaba de morir— y se pretende llevar a otros países no es un comunismo, sino un monopolio de Estado para la producción y el comercio. El Estado lo hace todo, lo paga todo y lo vende todo; pero no hay ni puede haber nada común". Y a nuestro entender, es todo esto y mucho más lo que existe en Rusia. Es la absorción total del individuo y de sus actividades por parte del Estado, con la absoluta anulación de la libertad.

Es imposible no ver lo que se muestra a los ojos, claro, desnudo, inocultable. Esto es, la amenaza de este totalitarismo integral, llamado talvez erróneamente comunismo, que gravita sobre el mundo, como una mole oplastante, tan terrorífica como los efectos de la bomba atómica. Sólo así se explica el que la Gran Bretaña y los Estados Unidos, potencias aliadas y victoriosas, estén tomando medidas de seguridad y defensa, a raíz mismo de su triunfo. Por un lado, Inglaterra resuelve el reclutamiento de 250.000 hombres para reforzar su ejército en aire, mar y tierra y, ahora, el partido laborista da su voto a favor de la conscripción militar en tiempo de paz para salvaguardar a ésta, modificando su política. Por otro lado, los Estados Unidos prorrogran también por un año más el mismo servicio de conscripción. Además, la Junta Interamericana de Defensa aprueba en Washington resoluciones que no tienen otra significación que la de mantener en pie de guerra a un ejército

unificado, compuesto de todas las Fuerzas Armadas de las 21 Repúblicas americanas para el evento, nada improbable, de un ataque al Hemisferio.

Alemania, Italia, el Japón, países vencidos, bajo el control directo y estrecho de los vencedores, sin esperanza de una reacción inmediata, no constituyen, por lo pronto, un peligro.

Entonces, ¿cuál el motivo del recelo, para qué las precauciones, tanto de la Gran Bretaña como de los Estados Unidos?

Realmente, en el mapa político del mundo no se alcanza a ver otro Poder amenazante que el Poder Totalitario de la Rusia Soviética, que se halla en pleno ejercicio dentro de las zonas que están bajo su influencia, y que se filtra por América, merced al numerosísimo personal de sus misiones diplomáticas que hace una intensa y activa labor de propaganda.

¿Puede haber un panorama más desconsolador y desconcertante, a la vez, para la pobre humanidad que jadea en busca de equilibrio y de rumbo, que éste, que se extiende ante su vista con una nueva amenaza para su tranquilidad?

SIN PAZ

Guerra y paz. Dos términos antitéticos, dos conceptos antagónicos, dos estados que se repelen. A todos nos horroriza la guerra. Todos amamos la paz. No obstante, cada cual, a su manera y por diversos caminos, quiere estar por encima de los otros, sin cuidar de elevarse, preferentemente, sobre sí mismo, abatiendo su egoísmo, aplastando su orgullo. Cada uno lucha por subyugar a su semejante, por someterle a su voluntad, por esclavizarle. Pocos llegan a dominar sus pasiones, a sofrenar sus instintos, a ser ellos, únicamente, dentro de los límites de acción y posesión que les señalan el derecho y la justicia. Van escaseando los

hombres que saben respetar el ajeno "yo", que vale tanto o más que el suyo propio. En cambio, los hombres del ultraje a la dignidad humana, los que no reconocen otra ley que su capricho, los que creen que el mundo es del audaz sin otra bandera que la mala fe, éstos surgen numerosos para azote del bien y del honor.

Se ha dado en llamar a la América "el Continente de la Paz". Efectivamente, ésta parecía tener su sede augusta bajo los claros cielos del Nuevo Mundo, a cuyo resplandor se abrían, para los pueblos hijos de Washington, Bolívar y San Martín, sendas de comprensión y consideración recíprocas. Por desgracia, para nosotros los ecuatorianos, que llevamos todavía fresca y sangrante en nuestros pechos la herida abierta por el hermano del sur, en la disputa de los territorios amazónicos que históricamente y por derecho nos correspondían, América se halla desconceptuada en este sentido.

No hace mucho, las relaciones amistosas entre la República Argentina y los Estados Unidos sufrieron un grave enfriamiento, y, mutuamente, los dos países buscaron la manera de hacerse daño, creando una corriente de opinión desfavorable. La República Oriental del Uruguay no podía proveerse de artículos de primera necesidad en el abundante granero de la República del Río de la Plata, porque el Gobierno argentino, siguiendo una política de presión, cuya finalidad se la comprende, había prohibido la exportación de trigo y otros productos a los mercados uruguayos, mientras los exportaba, en considerable volumen, a los países de ultramar.

Los Estados se vigilan, se acusan, se zahieren, los unos a los otros, presos del recelo y la inquietud. Ahí está España, presionada por todos lados. Presión que estaría bien, hasta conseguir que el pueblo español legitime su gobierno, si esa presión fuera ejercida únicamente por los países democráticos, tratándose, como en efecto se trata, de un régimen dictatorial, extremadamente tiránico, simpatizante

del nazismo. Pero, lo que pasa es que las naciones menos calificadas para hacerlo —porque ellas si constituyen un peligro—, valiéndose de la infeliz Polonia que hoy soporta la vergüenza de tener un gobierno títere, instrumento y esclavo de la influencia roja, son las que más insistentemente la acusan a la patria de Cervantes de ser una amenaza para la paz mundial.

Si en el horizonte internacional se dejan sentir estos quebrantos de la armonía, ¿qué se puede decir acerca de la vida interna de los Estados? No hay pueblo que esté conforme con su suerte; no hay Gobierno que tenga estabilidad porque las revoluciones están a la orden del día; no hay ley que satisfaga las desmedidas ambiciones de los unos, ni deje de constituir un atropello a la rigidez individualista de los otros.

El egoísmo es la pasión avasalladora que va a seguir dirigiendo los destinos de los pueblos. El ansia de dominación, de expansión, de conquista, parece que va a continuar imperando como la vida misma. De nada va a servir la experiencia dolorosa y aleccionadora de lo que son las guerras. Sobre el suelo sembrado de cadáveres, pisoteando hasta el recuerdo de su inútil holocausto, los pueblos que sobreviven a la catástrofe van a proseguir disputándose la posesión de la tierra y la hegemonía política y económica del mundo.

¿Este es el programa de paz que ofrecen a la humanidad las Potencias victoriosas como epílogo de la guerra?

Con sobrada razón el Presidente cesante del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, señor Hafes Afifi, denunció enfáticamente que el mundo ha sido defraudado en sus esperanzas.

EL FANTASMA DEL HAMBRE

No podía faltar. Como la sombra al cuerpo, el hambre viene tras la guerra. Es su consecuencia inmediata e

inevitable. Y más todavía en guerras que, como la reciente, alcanzan proporciones inverosímiles, y en las cuales, por fuerza, tienen que tomar parte todos los hombres capaces de coger las armas. Carne de cañón, los labriegos son los primeros en ser enganchados para llevarlos al combate, en tanto que los campos de labor quedan abandonados al esfuerzo insuficiente de mujeres y ancianos, con mengua progresiva de la normal producción. Por eso, en las naciones que el flagelo fué más intenso y prolongado, el fantasma del hambre ya ha hecho su aparición fatídica, y la gente que no murió con sus carnes perforadas por las balas está muriendo, con agonía lenta y angustiosa, por falta de alimentos.

Tiernos niños escuálidos prendidos con avidez al seno exhausto de sus madres cadavéricas, las cuales, junto al muro de su casa en ruinas apenas pueden sostener entre sus brazos desfallecientes al fruto, mal abrigado, de sus amores; hombres momificados por la desnutrición, incapacitados para toda actividad, de cuyas manos descarnadas cae la herramienta del trabajo porque el músculo ha perdido su vigor para cualquier esfuerzo; muchachas primaverales que, ganadas de la anemia, sienten mustiarse sus encantos y hacerse humo sus ilusiones, como flores bajo la helada, porque el pan, que es luz en las pupilas, gracia en las formas, alegría en los semblantes, durante largos y amargos días no ha pasado por sus labios empalidecidos a causa del ayuno forzoso. Cuadros así, de patética realidad, de conmovedora crudeza, tienen, necesariamente, que ofrecerse a diario en las ciudades donde sus habitantes no encuentran otro camino por ahora ¡y quién sabe hasta cuándo!, que el duro camino de la infelicidad y la pobreza.

Felizmente, una verdadera cruzada humanitaria se está llevando a cabo por todos los ámbitos de la tierra y encabezada por espíritus generosos de la talla de un Herbert Hoover y un Eduardo Santos, quienes, ante el nuevo martirio que aflige a poblaciones enteras, en Europa y en Asia,

han tomado sobre sus hombros la misión nobilísima de mover a compasión el sentimiento nacional de muchos Estados a fin de que éstos cooperen, en alguna forma, al alivio de tanta necesidad mendicante, cuyo clamor nos llega cada día en las páginas informativas de la prensa.

Por cuanto, toda alteración de la normalidad en el vivir de los grandes centros productores repercute enseguida en la vida de las naciones de débil economía y de industria incipiente, aún en los países que no tomaron parte activa en el conflicto bélico se ha vuelto abrumadora la creciente carestía de las cosas. Es ya una lucha diaria, que no tiene trazas de entrar en un halagador período de tregua, ésta de asegurar el sustento cotidiano. A tal extremo va llegando esta situación que los Gobiernos, acuciados por el grito desesperado de los pueblos, han procedido, como último recurso, al racionamiento de los víveres. Y lo peor de todo es que no hay sólo carestía, fenómeno que bien puede ser resultado de otras causas distintas de las que originan la escasez, sino que la disminución misma de productos se ha agravado con la mortandad de trabajadores, en primer lugar, y, en segundo lugar, debido al éxodo permanente de los mismos hacia actividades urbanas de fácil acomodo y de mínimo esfuerzo, que, a la postre, despuebla los campos.

La paz depende también del bienestar corporal. No se puede hacer abstracción de las necesidades fisiológicas al tratarse del equilibrio y placidez espirituales. Una vida sana, alegre, bien nutrida, rebosa, casi siempre, de pensamientos y propósitos nobles y elevados. El crimen se incuba en el pecho del inconforme; nace en la imaginación del necesitado; y el hambre es la que, muchas veces, pone el puñal en la mano del delincuente y subleva a las multitudes, llevándolas a actos de terror y desesperación.

Yo soy hombre del campo. Vivo en él. Y a sus labores he dedicado todas mis energías. En la contemplación de la naturaleza, maestra y guía por excelencia, he aprendido tantas bellas cosas que nunca me enseñaron los libros.

Mi obsesión es la siembra. Ya en el cálido seno de la tierra como en el palpitante corazón del hombre, veo yo el surco propicio para que toda semilla germine y fructifique. El buen éxito está en la bondad de las semillas y en que el sembrador sepa escoger, al seleccionarlás, únicamente semillas de bondad.

Ahora, en este momento crítico, en que la humanidad no tiene paz y carece de pan, creo ver más claro y eficaz el gran remedio para muchos de los males que le aquejan. Vuelve a mis labios, con la misma fe y con igual sinceridad que entonces, la frase que pronuncié, en un día ya lejano, cuando se me preguntó sobre las medidas que convenia tomar para hacer frente a la aflictiva crisis económica del Ecuador: "El retorno a la tierra", dije yo, convencido de que la tierra es la fuente suprema de todo bien.

Hoy que la humanidad padece de hambre y desnudez, al final de la más horrenda de las guerras, el hombre tiene, forzosamente, que reconstruir el mundo a base de una labor perseverante, titánica y entusiasta, en los campos de producción. En los países cuyas tierras de pan llevar fueron abandonadas y cuya economía ha sufrido un verdadero descalabro, para que vuelva la prosperidad; y en las naciones que se mantuvieron al margen del conflicto, para secundar la caritativa campaña de socorro a los pueblos faltos de las indispensables subsistencias.

Y, consecuente con mi convicción, ni mi mano se cansa de sembrar la tierra ni mi palabra desiste de amonestar al campesino:

Sembrador: no desmayes: siembra más cada día,
ponte en pie con el alba, centuplica tu afán.
Cada espiga que cojas será luz de alegría.
Piensa: si abunda el trigo no ha de faltar el pan.
Sembrador: nunca es tarde: extiende tu cultivo,
apresta la herramienta y agiliza las manos;
la abundancia precede a la rama de olivo;
si no hay hambre en el mundo todos serán hermanos!

EDUCAR LOS SENTIMIENTOS ES SENTAR LAS BASES DE LA CONCORDIA

Estamos en el siglo llamado "de las luces". De un extremo a otro de la tierra se difunde la civilización. Adonde llegan los rayos del sol, allá va la cultura. El entendimiento humano hace, de continuo, mayor acopio de conocimientos; abarca la historia del universo, desde su génesis hasta nuestros días; avanza hasta el pronóstico de los sucesos que vendrán. La sabiduría, en horas de infatigable investigación, abre nuevos horizontes a la ciencia y descubre maravillas en el campo experimental. El poder creador del hombre moderno verdaderamente le asemeja a un Dios, y como a tal le tuvieran los hombres de épocas pretéritas si les fuera dado el ver desde sus tumbas seculares los prodigios que realiza. Pero, en un paralelismo que asombra, los inventos se multiplican en forma inusitada, ya para bien, ya para daño de la humanidad. Si por un lado se descubre la penicilina, por otro lado se inventa la bomba atómica. Olmedo decía que era placer de los dioses crear para destruir. Empero, preferible sería ser menos divinos para ser más humanos.

La enseñanza, en estos últimos tiempos, se ha concretado, exclusivamente, a ilustrar la inteligencia —así son de amplios y recargados los programas de estudios—, descuidando, con marcada intención en algunos planteles, la formación del individuo como ser moral. No se educan los sentimientos con sentido de humanidad; no se modela el corazón para que, en lo posible, sea albergue del amor; no se disciplina el carácter para hacer de él la mano severa que conduzca por sendas de rectitud; no se cultiva el respeto a la dignidad humana.

La insigne educadora, Gabriela Mistral, con ese don certero de enfocar las cosas y comprenderlas, elevándolas, a través de su claro juicio, a la categoría de grandes verdades, nos dice lo siguiente, a este respecto: "Sin intención

moral, con las lecturas escolares los maestros formamos sólo retóricos y diletantis; creamos ocios para las Academias y los Ateneos, pero no formamos lo que nuestra América necesita con una urgencia que a veces llega a parecerme trágica: **generaciones con sentido moral, ciudadanos y mujeres puros y vigorosos e individuos en los cuales la cultura se haga militante, al vivificarse con la acción.**"

Lo que aconteció en la Alemania totalitaria nos da una cabal idea de la orientación con que marcha en algunos países la educación de las juventudes. A raíz de la celebración del Tratado de Versalles, y con la intención preconcebida de burlarlo, Alemania comenzó a preparar a las nuevas generaciones para la guerra. La exaltación del egoísmo nacional; la confianza en un poder ilimitado para someter a los pueblos; la divinización de la fuerza, considerada ésta como factor único y decisivo en la lucha por la existencia, debieron ser los temas capitales abordados sistemáticamente desde la cátedra para llevar a las mentes juveniles el convencimiento de que Alemania tenía que ser la dueña del mundo. Desde la niñez, el alemán entretiene su tiempo en simulacros de guerra, y en las escuelas, los trabajos manuales no tienen otra aplicación práctica que en la juguetería que imita máquinas, barcos, armas, etc., para el combate. Y de esta manera es como, ya adulto, llega a considerarse un nuevo Bayardo, en cuanto a bravura y heroísmo.

No es de sorprender, por lo tanto, el extraordinario espíritu de disciplina y la organización perfecta del ejército alemán, si se toma en cuenta que no hubo paso, acto, ni aspiración de los súbditos de Hitler que no fueran encaminados, con el máximo fervor, al objetivo de la guerra.

He aquí, pues, cómo, mediante la educación, el pueblo que fracasó en 1918, con el Kaiser Guillermo II a la cabeza, en su intento de conquistar toda la Europa, vuelve, inmemore de su pasada derrota, a emprender la hazaña criminal de diezmar a la humanidad, en 1939.

Por lo mismo que el niño es como la cera que se la puede modelar al gusto del artifice; por lo mismo que su docilidad permite hacer de él lo que los padres y los maestros quieren que sea, ya que ellos son los artistas iniciadores en la formación de esa como ánfora espiritual que es su vida, y que llevar puede en sí el destructor fuego del mal como alojar puede, igualmente, la áurea estrella del bien, la sensatez aconseja obrar, y obrar a fondo, en sus tiernos sentimientos para que, después, su vida de hombre se dirija por rutas de honestidad, practicando el respeto a los demás sin descuidar su propia estimación, dignificándose en el continuo valerse por sí mismo; y siendo siempre un valor positivo en el mantenimiento de la paz.

Pero, naturalmente, esta obra no ha de circunscribirse a determinado país ni a señalado continente. Para que tenga toda la eficacia que se desea, ha de ir con un sello de universalidad, como bien se decía, hace días, en un artículo de periódico. Porque, nada ganariamos si, dividiendo al mundo con una nueva línea ecuatorial, conforme sean sus tendencias democráticas o totalitarias, en el occidente los pueblos continuaran siendo pacifistas y en el oriente quedaran agresivos y guerreros. Y, entonces, ante el inevitable ataque de éstos, que sobrevendría tarde o temprano, los pueblos pacifistas se verían obligados a tomar las armas en su legítima defensa, y la paz nuevamente desaparecería.

Si aspiramos a un mundo mejor donde el mutuo entendimiento rija los actos de los hombres; si queremos vivir una vida de relación, armoniosa, tranquila, fecunda en beneficios colectivos y comunes, no queda otra salida que preparar desde hoy al hombre de mañana: educando sus sentimientos dentro del amor a la paz; realizando el único proselitismo aceptable, el proselitismo de la concordia; haciendo de la escuela el crisol purificador en el que queden la escoria de los odios latentes y el limo de las pasiones bastardas.

LA ETICA INTELLECTUAL, GARANTIA DE PAZ

El hombre civilizado, conforme adelanta su grado de cultura, va dejando más en abandono el uso de la fuerza para ceder terreno al imperio del espíritu. En todos aquellos casos en que un criterio opuesto surge frente al suyo, es con las ideas, es con los razonamientos como ha de librar la batalla, en una como gallarda esgrima de respaldos de la inteligencia.

Todo intelectual, sea cual fuera el plano en que actúe, ocupa siempre la tribuna del pensamiento, y su palabra, pronunciada o escrita, indefectiblemente va hacia las multitudes, a formar opinión, portadora de una enseñanza que oriente y estimule.

El intelectual, cuya capacidad comprensiva tiene un más extenso radio de acción que la de la generalidad de las gentes, y capta más fácilmente la verdad y discierne mejor lo bueno de lo malo, debe obrar, por lo mismo, con un alto sentido ético para ser un perfecto civilizado; es decir, un hombre de conciencia, adornado de todas aquellas superiores cualidades espirituales, con firme respaldo moral, nacidas del esmerado cultivo del propio ser y que le colocan por encima del rebaño anónimo. Lema suyo han de ser, por lo tanto, la expresión ponderada de las ideas; la leal consecuencia entre las palabras y los actos; la ecuanimidad en las actitudes, puesto que es, en cierto modo, consejero y conductor; y, sobre todo, la ética en los conceptos, ya que su labor, de plena responsabilidad, ha de tender a elevarle moralmente a cumbres de perfeccionamiento.

Mientras más alto es el puesto que ocupa un intelectual dentro de la sociedad, más obligado se encuentra a reprimir todo arrebató del espíritu que signifique grito descomedido e insolente de la pasión. Si maestro, porque es su deber primordial el educar con el buen ejemplo y es toda una generación puesta en sus manos confiadamente para la formación de la personalidad, la que le escucha. Si

Primer Magistrado de la Nación, porque es al pueblo al que gobierna y conduce a quien se dirige, y la palabra airada e insultante, lejos de convencer y moderar, lastima la altivez y provoca la rebeldía.

Repugnan ciertas expresiones que pecan de descorteses y destempladas. La polémica, que debe ser un elegante duelo en el que se crucen, como espadas diamantinas, claras razones, agudas frases ingeniosas, profundos pensamientos, hermosas verdades, va descendiendo, por la fogosidad incontrolada de algunos pensadores, al terreno de la reyerta donde salen a relucir palabras que golpean el rostro como bofetadas y apreciaciones que hieren el pecho como dardos.

Triste es reconocer que hay intelectuales que ponen su inteligencia al servicio de las peores causas. Esos son los intelectuales sin moral que tienen francas las puertas de la impudicia y expeditos los caminos de la perfidia para andar por el mundo de la espiritualidad manchándolo con el fango de sus intenciones, mientras llevan en el fondo de su alma el veneno del rencor y de la envidia y en la mano la tea de la discordia. Y es, precisamente, a este desarme espiritual al que me he querido referir, y al que hay que proceder cuanto antes, como contribución de nuestra parte para ver de afirmar la concordia entre los hombres, porque las armas del talento, cuando no son manejadas con sabiduría, con prudencia y honradez, son las primeras en abrir los fuegos de la guerra.

Gloriémonos, en todo caso y con justo motivo, de que sea nuestra palabra, encendida de fervor cordial; de que sea nuestra admonición oportuna y persuasiva, las que eviten un conflicto; las que desvían el golpe del puñal de la traición; las que lleven a la reconciliación generosa a los corazones enemigos; pero, por más que se trate de liberar a un pueblo de la opresión de un tirano, no exclamemos regocijados con el inmenso Juan Montalvo, cuyos odios fueron tan grandes como sus talentos: "Mi pluma lo mató".

No la equiparemos con la daga del asesino o la pluma de la cual nos valemos para cantar alabanzas a la patria y a la madre. No la mojemos en el precioso jugo de la vida, derramado criminalmente, para hacer el panegirico de la caridad cristiana. Ni escribamos con ella, con malsana delectación, el aleluyo de la venganza. Sirvanos, sí, y en buena hora, su enacerada punta para abrir surcos fecundos en la tierra de promisión del corazón humano en donde sembraremos semillas de amor para cosechar frutos de paz.

Quito - 1946.

G U I L L E R M O B U S T A M A N T E

NEW YORK. RADIOGRAFIA DE UNA CIUDAD TUMULTUOSA

A MANERA DE PROLOGO

Se recuesta la claridad somnolienta del invierno. La empinada cumbre del rascacielo donde me encuentro, animada de un suave e imperceptible vaivén, con su mirador que abraza la visión interminable de la ciudad nocturna, que se incendia con el fuego de sus millones de chispas fosforescentes enquistadas en sus entrañas... y que deshoja y nos guiña insinuante las luces de sus ventanales y escaparates entreabiertos a la curiosidad de un mundo despreocupado y múltiple, me hace soñar, por obra de extraña asociación de la fantasía, en el recuerdo acariciante del "origen de las cosas", que arrullaba los sueños de mis años y de todos los años primeros...

A través del espacio nebuloso de hierro y de acero llegábame el ruido mixtificado de la confusión, que a su vez confundió mi espíritu.

Y me decía: era aquí, en este reducto equilibrado, incoloro, de semblante imperturbable y fría mirada... en esta cúspide al parecer sin término... donde no crecen los árboles de frutas dionisiacas... ni corren manantiales de leche... ni se precipitan cascadas de miel... ni se absorbe el perfume de tentador manzano... ni se percibe la caricia erótica de pétalos tejidos de terciopelo y seda... era en esta enrarecida cumbre, a donde apenas llego un le-

ve eco, un algodónado rumor de la desgracia y la amargura, de la miseria y la felicidad que se esparcen abajo... allá... muy abajo... entre los hombres minúsculos... en este tope rectilíneo y soberbio... enemigo de la carne, el demonio, el pecado... aquí, en este vértice atrevido —por newyorquino, atrevido, o por atrevido, newyorquino... apático deshumanizado e inhumano... monótono... y sin embargo grandioso... aquí, en este remache audaz del ingenio humano, en el corazón de la Tierra... y al parecer tan distante de sus agradables contagios... era éste el escondrijo ideal, continuaba dictándome la sinrazón—, donde nuestros parientes cercanos —Eva y Adán, aquellos hijos de la Nada—, ni por asomos hubieran transgredido la "ley divina", que prohibía responder las llamadas melifluas de la dulce y traicionera serpiente... y era en este desértico mirador, pero no en el lujurioso y atractivo Jardín de las Delicias —desafiante y provocador de suyo—, el nido donde el Dios de las resoluciones debía acomodarlos... Y de esta manera, los primeros compañeros, origen de todas las descendencias, permanecerían hasta hoy intocables e intocados, rumiando, sin duda alguna, una curiosa, vacua y estéril felicidad... una felicidad desconocida, constante, y que hubiera perdurado desde aquel comienzo, —en que el barro se hizo carne—, hasta la consumación de las centurias...



Pero gracias a esta suprema y talvez intencionada equivocación, me hallo, como decía, en una de esas elevaciones, ideales para la captación del conjunto topográfico de la urbe newyorquina. Desde luego no pienso permanecer interminablemente jugando con las nubes. Para el fin que me propongo tendremos que bajar al valle ciudadano; en ocasiones me escurriré por los atajos, descenderé a bien fabricados precipicios y retornaré por cualquier sen-

da que me brinde la montaña de cemento armado. Ya bajaremos, oportunamente, a la tierra firme: a esa roca pétrea de Manhattan; ya caminaremos por los enrevesados callejones de Brooklyn o nos adentraremos en las peligrosas callejuelas del Bronx— que exhala sudor de negro y blande el puñal del blanco. Ya transitaremos por los barrios de bueno y mala estirpe; y si llega el apremio de hermanar los de talles típicos, podríamos intentar el abrazo de lo inconjugable, de un Park Avenue, sea el caso, con una franja multicolor del Harlem.

No obstante, me veo forzado a mencionar lo inevitable, la esencia imprescindible de New York, su símbolo arquitectónico: el rascacielo.

El paradigma de la pujanza bravia, arrolladora —típicamente norteamericana— del siglo XX, constituye, efectivamente, esa obra del ingenio moderno de las construcciones. Yo creo que, a semejanza de la denominación que con frecuencia damos a ciertas etapas históricas por el tipo de arquitectura que ha predominado en ellas —supongamos, estilo medioeval, renacentista, bizantino—, así mismo identificaremos en el devenir de la Historia al Nuevo Mundo, a la Humanidad Atómica, por medio del rascacielo, porque es éste la representación más cabal y perfecta del mismo: de este mundo febril en que vivimos, constantemente sobreexcitado por la codicia, la ambición y las urgencias inaplazables de la vida—urgencias que por cierto, en ocasiones, las creamos sin tener necesidad de ellas; del Mundo Nuevo, **demasiado rascacielo**, si se me permite la expresión, que no se detiene un instante, ni quiere pensar, ni anhela soñar, en la altura inalcanzable de ese otro firme y al por infinito edificio de la cultura y el universo espirituales.

Me permitiréis que en este aparte haga una pequeña digresión. Siempre son odiosas las comparaciones, ni entre los hechos ni entre los acontecimientos históricos. Cada individuo no es sino el resultado de varios factores, y todo hecho, la consecuencia de diferentes condiciones y circuns-

tancias. Es suficientemente conocida la comparación, tan manoseada y que no cabe hacerla, entre New York o los Estados Unidos —aclarando que Estados Unidos de Norteamérica no constituye por entero a New York ni éste es del todo esa Nación—, y los maduros países de Europa,—horriblemente devastada de estos días. Nótese que intencionalmente he mencionado a New York, porque este puerto —ciudad, vértice, ángulo y centro convergente de todos los hombres que ansian el desesperado renacimiento de un nuevo amanecer—, es también, en la actualidad, el más visitado por el ciudadano y el apátrida de las más diversas médulas racistas y continentales.

Infortunadamente nunca he traspasado las fronteras del Atlántico para hurgar el delicado museo europeo y otear sus horizontes inconfundibles. Las horas íntimas decurridas al calor de vehementes lecturas, son los instantes exclusivos en que, asido del equipaje de mi imaginación, he podido pasear por las arterias del Viejo Continente. Pero aún así, carente de la impresión visual, fotográfica, y por ende definitiva, es inconducente y sin ninguna trascendencia, efectuar las mencionadas comparaciones, muchas veces odiosas entre América y Europa; y menos aún arribar a conclusiones verdaderamente infantiles o preferenciales sobre las diversas condiciones de vida de uno y otro Continente.

Europa y América, sobre todo Norteamérica, la de la inmensidad de acero, la de las estepas sembradas de industrias y envuelta por el humo espeso que arrojan las bocas de sus fábricas, la del congénito e indomable espíritu pacífico, —y que no obstante acaba de batirse en todas las latitudes, como si fuera la heredera legítima del cruce de mil sangres guerreras; Norteamérica y Europa, digo, no pueden ni deben ser colocadas en los platillos de una balanza, como para que el fiel de nuestra decisión pronuncie una absurda, risible e inapelable sentencia valorativa.

Europa y Norteamérica son dos frutas con sabores di-

ferentes. Sus árboles son diversos a través de su nacimiento, su adolescencia, su juventud y su madurez. No hablemos ni de vejez, ni de ancianidad y menos de muerte. Por que Europa, de conformidad con lo que palpamos todos los días —no sabríamos francamente que afirmar—, se halla talvez en trances de ancianidad, vive la agonía de una muerte que no merece, o se encuentra definitivamente despertando y encaminándose por los senderos luminosos emitidos por la aurora de una paz duradera, que ojalá la autocracia de los "nouveaux riche" de allende el Cáucaso no la malogren muy pronto.

Norteamérica es un tronco vigoroso y gigantesco. Los brazos musculosos del Tío Sam abrazan a medio globo terrestre. Por supuesto que su imprescindible ejemplo sería New York —Meca y crisol donde se está fraguando una raza nueva. Henry Hudson nunca pudo imaginar en el año 1609, que la marejada del río que lleva su nombre, con el correr de los tiempos, sería la desembocadura real o imaginaria donde en fuerza de la inmigración se confundirían las aguas evocadas y románticas del Danubio con las del Támesis, las crecientes del Nilo con las sagradas del Eufraates, las apacibles del Sena con las turbias del Yangtsekiang o el Dnieper: todas se abrazan en las ondas tranquilas de este Hudson, seguras de sí mismas, porque marchan perseguidas y bajo las miradas vigilantes y acogedoras de la Matrona de la Libertad— Hada emigrada de la campiña francesa en razón de su tradicional galantería.

¿Pero Europa? Europa es un árbol macilento, mas su aspecto y su expresión son otros: todo él se halla cubierto y recubierto de una vegetación característica: es el musgo con sabor a siglos, a experiencia y emoción; es la hiedra de sus centurias que abarcan la Antigüedad, el Medioevo, el Renacimiento, y la Epoca Moderna. Su follaje es tupido, enrevesado, difícil de llegar a su corteza resquebrajada. La sombra de sus hojas multiformes ha visto crecer a centenares de generaciones: apenas una de ellas emigró un Agosto

de 1492 del Puerto de Palos rumbo a las Indias; y después de sufrir penalidades físicas y sinsabores morales, al divisar en el confín del horizonte el dibujo semiobscurto de la Guahanani, exclamó: ¡Tierra! Esa Tierra, esa América nuestra, que sin embargo de que aparenta haber cumplido la mayor edad, actúa con frecuencia a semejanza de esas niñas "debutantes" de los grandes salones, que no aciertan a no se deciden a quién dirigir la flecha enamorada de sus miradas; o que, mitad confundidas, mitad avergonzadas, alteran el ritmo de su baile primero...



Es la hora de que con los pies bien clavados en la tierra nos diluyamos en el trafagar de la Gran Ciudad. Bajemos de nuestro observatorio a codearnos con judíos, negros, católicos y protestantes; y a esclavizarnos ante el despotismo matemático de la luz verde y el detenerse rojo. Confundámonos en las cinco secciones en que se divide la ciudad, a los acordes de la música despilfarrada del "jazz" que hiere nuestra paciencia e invitanos al movimiento e intranquilidad.

New York posee una estructura compleja; por ello es tarea impropia y casi imposible el que logre obtener plenamente una síntesis que abarque el conjunto de todos sus recodos, y de cada una de sus arterias, y menos aún, a pulsar los intrincados movimientos de sus sistoles y diástoles. Cabría averiguar si la imaginación humana ha descubierto algún cristal sutil, —un lente particular: delicado y lúcido, pero a la vez de enorme potencia—, que sea capaz de fotografiar, de radiografiar en sus minúsculos detalles —los que, por cierto, se ocultan a la mirada superficial del transeúnte o del turista, satisfecho tan sólo con masticar la Vía Blanca del Broadway nocturno; o que se pasma ante el fortín cremoso— marmóreo de los murales del Rockefeller Center, pregoneros de la fama del indio Rivera; o que se

decepcione, una vez más, de la miseria devaluada de sus contados peniques, cuando ilusionadamente se adorna y se engalana con las joyas y fantasías de todos los géneros que, al par que prudentemente exhibidas, son artísticamente presentadas en los escaparates lujosos que encierran esa pesadilla de dólares que se llama la Quinta Avenida; cabría indagar, repito, pero estimo que no he podido encontrar ese lente nítido y mágico que descubra a aquel New York, único y todopoderoso, pero que también ubique al barrio sucio y miserable, cuyas piltrafas salpican las veredas de la Avenida Tercera, mientras ruge el "elevado" y los remolcadores del East River entristecen el ambiente con sus lamentos de trastienda.

Una de las características, quizá la más relevante de New York, es la de ser una metrópoli esencialmente tumultuosa; un puerto imponderablemente agitado y no obstante ponderadamente ordenado. ¿Qué es lo que contribuye a la presentación de este notable contraste? Es obra única y exclusivamente debida a la autodisciplina de los nueve millones de habitantes estables y flotantes que la congestionan: que trafican día y noche, bien por entre los agujeros de sus nubes, como por entre los embudos de los "subterráneos"; ora por sus puentes orgullosos, —que parecen ser los grandes, armados y despóticos caballeros de la Edad Moderna—, como por las profundidades saqueadas de los ríos que la circundan. Porque New York, para acomodar a tanta población, se ha visto obligada a invadir los terrenos del aire, de la tierra y de las aguas.

En el momento actual, New York, —York la Nueva—, constituye por varios conceptos el eje de grandes inquietudes universales, el centro del comercio mundial, el blanco de las más variadas aspiraciones humanas de otros Continentes. En un tranquilo lugar de Long Island, en Flushing, donde en 1939 vimos desfilar dizqué el Mundo del Futuro, un Mundo de paz y armonía generales, por el que marchaban de brazo el ciudadano de hongo y el hombre de "ove-

rall", tiene su asiento la Asamblea de las Naciones Unidas, que se rompa a diario la cabeza por arreglar, cada Estado a su manera, la tranquilidad de su pueblo. Por cierto este hecho es suficiente para darle a New York una nueva característica de universalidad, lo cual no quiere decir que con esta afirmación dejemos de valorizar los eternos signos y revelaciones de otras metrópolis de sólida consistencia material y espiritual.

Hoy, New York, ciudad por muchos conceptos dura, de interiores impenetrables, es el barómetro que señala con sus movimientos la tempestad y la calma de las grandes cosas, de lo sorprendente, de lo extraordinario e insuperable.

Y por ser así, atropelladora, absorbente, múltiple, aprendí a creer en el valor de ciertas pequeñas —grandes— cosas y costumbres estereotipadas usuales en aquel ambiente. Creí, valga el ejemplo, —porque tenía que hacerlo o en su defecto reventar—, en el valor sacramental de Nuestra Señora de la Santa Vitamina, como en la santidad virginal y respetable de la Cola —no de la Coca-Cola, a quien también se rinde veneración y se le ofrecen tributos—, sino en el Señor Coronado de la Cola, Caballero de la Suma Paciencia, árbitro de todos los menesteres, ¡insoportable e imposible Ciudadano de la Cola!, que constituye el "sésamo ábrete" de todas las mamparas, newyorquino por excelencia, sin cuya práctica, esta ciudad que es de suyo una Meca tumultuosa, se convertiría automáticamente en una Torre doblemente confusa e inentendible que la de Babel.

No todos los visitantes de New York han podido soportar con paciencia y adaptarse a sus costumbres especiales, que no son sino el resultado de su aglomeración popular y del sentido comercial que ha desarrollado en gran escala, a lo que se agrega su "typical american way" o sea "su típica manera de ser" o su "típica manera de vivir".

No puedo resistirme a transcribir a este respecto los versos humorísticos que Jardiel Poncela, con la gracia y la finura españolas tan propias de él, escribió ante la contemplación de la soberbia ciudad.

Dice así:

Una ciudad con dos ríos.
Chinos, negros y judíos
con idénticos anhelos.
Y millones de habitantes,
pequeños como guisantes,
vistos desde un rascacielos.
En el invierno, un cruel frío
que hace llorar. En estío,
un calor abrazador
que mata al gobernador
—que es siempre un señor con lentes—
y a los doce o trece agentes
que llevaba alrededor.
Soledad entre las gentes.
Comerciantes y clientes.
Un templo junto a un teatro.
Veintitrés o veinticuatro
religiones diferentes.
Agitación. Disparate.
Un anuncio en cada esquina.
"Jazz—Band". Jugo de Torgate.
Chicle. "Whisky". Gasolina.
Circuncisión. Periodismo:
diez ediciones diarias,
que anuncian noticias varias
y todas dicen lo mismo.
Parques con una caterva
de amantes sobre la hierba
entre mil ardillas vivas.
Masas con fama de activas.
pero indolentes y apáticas.
"Estrellas", actrices, "divas"
y máquinas automáticas.
Oficinas sin tinteros:

con "Kalamazoos", ficheros,
con nueve timbres por mesa
y con patrones groseros
y caras de aves de presa.
Espectáculos por horas.
"Sandwichs" de pollo y pepino.
Ruido de remachadoras.
Magos y adivinadores
de la suerte y del destino.
Hombres de un solo perfil,
con la nariz infantil
y los corazones viejos;
el cielo pilla tan lejos,
que nadie mira a lo alto.
Radio. Brigadas de asalto.
Sed. "Coca-Cola". Sudor.
Limpiabotas de color.
Cemento. Acero. Basalto.
"Garages" con ascensor
Prisa. Bolsa. Sobresalto.
Y dólares. Y dolor:
un infinito dolor
corriendo por el asfalto
entre un "Chevrolet" y un "Ford".
Nueva York.

El conocido filósofo y escritor chino Lin Yutang, en su divulgada obra "Amor e Ironía", dedica un capítulo especial a "Lo que le gusta en América" —en Norteamérica, diríamos nosotros—, y realiza un análisis minucioso y detallista, que revela un sutil y agradable don de observación, acerca de sus impresiones personales sobre varios aspectos de la vida común newyorquina; no sin antes aclarar que "quizás estos gustos y antipatías estén todos equivocados. Quizás, después de una estada más larga, uno revise sus opiniones, o incluso comience a gustar de lo que detestaba y a detestar de lo que le gustaba... No necesito que los

psicólogos me hablen de la ley del hábito, diciéndome que la mente humana es capaz de despreciar lo discordante una vez que se ha vuelto familiar, y eventualmente de mirar todo como si fuese razonable por el hecho de ser costumbre. . . . Los gustos y antipatías personales son cosas de las que no hay que dar razones. . . . Me gusta más que nada, en Nueva York las rocas de granito del Central Park, tan bellas en su rugoso ritmo como cualquiera de las que se encuentran en las altas cúspides de las montañas; después las ardillas, con su bella piel tan limpia; y en tercer lugar, los hombres y mujeres que son capaces de compartir conmigo el deleite que producen esas ardillas. Nadie hay, sospecho, que comparta conmigo el deleite de las rocas, esa silentes, inmutables rocas. . . . Me gustan los sandwiches calientes pero no me gusta la compañía que me rodea cuando los como. Me gusta más que nada un vaso de jugo de tomate, pero detesto el beber jugo de tomate rodeado por botellas de **Bromo Seltzer**, paquetes de **Ex Lax**, cajas de aspirina y una montaña de sales de baño, esponjas, inyecciones **Schick**, tostadores eléctricos, cepillos de dientes, pastas dentífricas, **rouge** a prueba de besos y brochas de afeitar. . . . Me gusta cuanto concierne a la radio, excepto sus programas. . . . Los americanos tienen mala música, pero buenos receptores. . . . Igualmente, me extasio ante los anuncios de liquidaciones, que son la mejor parte de los programas, porque son la única parte sincera de ellos. . . . Me agradan las almibaradas peras Burbank y las fragantes manzanas americanas, y las voces ricas, resonantes, de los americanos, y cuanto es vital, rico, saludable. Y detesto el diluido caldo de mariscos, las melodías afeminadas y los robustos universitarios americanos que cantan tonterías seudosentimentales con voces seudosuaves, rimando inevitablemente "tul" con "azul"; y todo cuanto sea afectado, modelado, fabricado, hecho de medida. . . . Me gusta ver madres jóvenes de rostro puro, con sus andadores, y mujeres jóvenes que se extienden sobre el pasto para hacer una siestita, con el rostro cubierto apenas

por diarios; y todo lo que habla de alegría de vivir. Pero detesto ver a hombres y mujeres acostados sobre el pasto y besándose en público... Siento una profunda conmiseración hacia los negros de aspecto serio que andan por ahí de guantes, con su civilización... Me gusta la sonrisa de las dulces damas de Nueva Inglaterra, que hablan con acentos celestiales, y detesto el aspecto de la gente en los subterráneos, moviendo constantemente sus mandíbulas hacia arriba y abajo sin que nunca surja humo de ellas... Aprecio los sentimientos que mueven a los Magnates de Sopa y a los Reyes del Embutido y a las Herederas de la Cerda a importar castillos ingleses y franceses enteros, piedra por piedra, pero tengo otra opinión acerca de los edificios para oficinas inspirados en fábricas y en las casas para habitación inspiradas en edificios para oficinas. En realidad, veo en ellos solamente a directores comerciales trabajando en edificios de fábricas y a hombres y mujeres residiendo en edificios para oficinas: pero nunca he visto una sola familia americana viviendo en un verdadero hogar en el centro de Nueva York".

He aquí señalado a salto de matas algunos de los gustos y antipatías del célebre publicista chino, los que si bien pueden "estar equivocados", revela en todo caso un admirable espíritu de observación que logra dibujar lo trivial con mano maestra.



Hasta hace pocos años el artista consumado adquiría su consagración definitiva en la Opera de París, en la Scala de Milán o en el Albert Hall de Londres para no citar sino a tres centros representativos de la exquisita cultura europea. Pero la Guerra, ¡ah, la Guerra! ¡la maldita y azotadora Guerra! ¡la mil veces destructora catástrofe!, arrasó con su funebre cortejo, materia, cultura y libertad europeas. Por esta lógica razón el artista, el científico, etc., se han visto

compelidos a dirigir sus ojos a Norteamérica y especialmente a los diferentes círculos de esas cien metrópolis en una que es New York.

Este es su definitivo y gran valor: la forma amplia que abre sus puertas y brinda sus oportunidades a los perseguidos y despreciados de otras culturas y latitudes; perfil esencial, pose característica reflejados en el cosmopolitismo, traducido a su vez, con manifiesta peculiaridad, en el colorido mosaico de sus inmigrantes llegados de apartados rincones del planeta.

Se comprende que debido a esta circunstancia el idioma que se habla en la ciudad de New York es lo más detestable. ¿Que usted no lo conoce y que este pequeño detalle impide la realización de sus viajes? ¡Mi querido amigo, pero si usted no necesita de él para desenvolverse a las maravillas en esa ciudad. . . ¡Y si usted, ¡hombre de Dios!, pronuncia un pésimo inglés, que avergonzaría a cualquier bisnieto de Shakespeare— aún de un Shakespeare norteamericano; de un inglés que sepa a tabaco y goma de mascar, a "perro caliente" y a mostaza envasada, ¡láncese, amigo mío!, ¡láncese sin ningún temor: la ciudad es suya. . .!

Pero repito, New York no es la esencia de los Estados Unidos de Norteamérica. Es más, existen innumerables ciudadanos de ese país a quienes repele vivir en la ciudad de los sorprendentes contrastes. El "bostonian" de tradicional linaje o el hombre del Oeste o Medio Oeste, no dejarían el refinado salón de la aristocrática ciudad, la ondulada displicencia del San Francisco pecador o la quietud conservadora de su rancho para radicarse en New York, sino talvez a costa de grandes compensaciones.

No obstante esta urbe fabulosa, ¡como quisiera darme a comprender!, es única y alucinante. Mientras Washington—la ciudad sembrada en un bosque—, a las ocho de la noche bosteza malhumorada "de no tener que hacer"; mientras Los Angeles, picaresco, mentiroso, hecho de celuloide, de yeso y de cartón, que vive del "close up", del galón joven

y la mujer sofisticada de Hollywood Boulevard, se extiende hacia todos los lados; mientras New Orleans delinea su vida, calor y frutos de semilla francesa a lo largo del Padre de las Aguas; y mientras ese moderno Paraíso Perdido de Miami es una deliciosa y azucarada postal turística de mallet playera que ciñe las formas perfectas —estupendamente graciosas—, de las "misses", tostadas y millonarias, que semi se recuestan bajo la sombra tropical de las clásicas palmeras; New York, en cambio, se extiende hacia las cuatro dimensiones: perfora las nubes hacia arriba, taladra sus rocas hacia abajo y se hunde en las aguas que bordean su bahía.

Estas características amplias de la ciudad que intenta radiografiar, han influido decididamente en el inconfundible tipo newyorquino, en el desenvolvimiento de sus sentimientos, de proceder, y de saborear las cosas; en lo frondoso, admirable y envidiable de su tolerancia, de su respecto irrestricto hacia las ideas ajenas, y en la libertad de sus procedimientos y vida, "vida amplia, llena de alegría, pródiga en satisfacciones, cuya realidad no existe sin el preciado don de la libertad individual". Una libertad en sus procedimientos, que en ocasiones participa hasta de un reprochable que-me —importismo de la vida ajena, preferible, desde luego, al demasiado **importismo**, peculiar de la ciudad— aldea o de la aldea con pujos de gran ciudad.



Tales son los rasgos fundamentales que nos revela la radiografía física y mental de una babilónica ciudad tumultuosa. Capítulo aparte, examen detenido, discriminación independiente, merecería de sobra cada uno de los aspectos mencionados tarea más adecuada para el especialista en la materia antes que para un anónimo diletante de la fotografía.

Necesitaríamos, sea el caso, de varias cuartillas para

pintar los múltiples y diversos espectáculos que simultáneamente presenta el moderno New York, gracias a la captación hábil, judaica, que ha hecho de la aristocracia artística e intelectual de valores y refugiados de ultramar. Los gustos y las tentaciones espirituales más extraños y exclusivos, más extravagantes y exigentes, tienen firme asidero y desarrollo en sus fronteras.

Rodzinski, Brailowski, Toscanini, Rubinstein, se hallan ahí para deleite de oídos musicales; Milstein, Appelbaum, Garbusova, Stern, Heifets, Rosauska, Tucker, Rau, y muchos otros, entre los solistas. Bailarinas matemáticas y conjuntos de baile de todos los géneros. La Opera —edificio sucio y desagradable en su fachada recubierta por el tradicional polvillo newyorquina—, pero en cuyo escenario se acoplan a maravilla las voces más cotizadas y finas. El teatro clásico, el drama, la comedia ligera o la opereta picaresca: todos estos espectáculos de espectáculos, recalco, existen ad-infinitum; se hallan al alcance de todas las apreciaciones, y, lo que merece subrayarse de manera especial, de todas las posibilidades económicas, aspecto trascendental para el desenvolvimiento cultural de un pueblo.

Si a esto agregamos exposiciones y exhibiciones periódicas de diversa índole, museos antiguos y de arte moderno; carreras de especies de toda la escala animal, distracciones y espectáculos deportivos que se van turnando con las llamadas de las estaciones, a cuya lista, por especial recato, no agrego los de la vida nocturna, podríamos concluir que falta tiempo y... bueno... dinero... mucho dinero... para conocer los innumerables recovecos de la inmensa City, que al primer encuentro parece uniforme, glacial y pesada, pero que a medida y conforme decurren las semanas, se nos va descubriendo, va perdiendo su vergüenza de virgen improvisada y adquiriendo calor y agilidad; se nos va regalando más, y más, y más, hasta que es por entero nuestra, parte de nuestra propia vida, testigo de inquietudes, confidente y amada, difícil de olvidarla en otros climas.

Un compatriota me escribía hace poco desde esa ciudad: "Tres semanas de New York me dejaron en la carne inefables rumores. Nunca ha estado tan bien la Isla de Acero y luz con su clima de pecados evadidos de todas las razas, encantadora substancia para amasar otra humanidad, cuyo símbolo fuera la soledad y cuyo cartel trajera una proyección de Broadway volcada, con las piernas de las mujeres y el dolor de los sexos viendo al cielo".



Aparece el "Fin". Nuevamente se encienden las luces parpadeantes. Quedan fijos en mi recuerdo un prólogo, un intermedio y el desenlace: el de unos aventureros holandeses que por allá en los comienzos del siglo XVII adquieren la isla de Manhattan a los nativos por la bicoca de veinticuatro dólares entregados en especies; un bimotor que se estrella con el rascacielo de 40 Wall Street; y un presupuesto municipal, mil novecientos cuarenta y siete, de quinientos ochenta millones de dólares, valor efectivo a recaudarse en el año II de la Era Atómica.

En las Alturas Andinas de Quito, a 7 de Marzo de 1947.

REFLEXIONES SOBRE "ROMEO Y JULIETA"

Esta tragedia es, indudablemente, la obra más conocida de Shakespeare. Es un romance de color de rosa, tocado con alguna pincelada de rojo, y es sabido que estas historias amorosas, con algo o mucho de dolor en medio de su trama, son alimento preciado de la humana curiosidad. Vuelan por el aire, como hojas de árboles llevadas por vientos fuertes, y llegan a los más apartados parajes a contar, en corros iluminados por lumbre de hogar, incidentes y accidentes varios y amables ante gentes de oído ávido que suspiran hondamente de vez en cuando.

Se puede ignorar **Troilo y Cresida**, se puede no saber la existencia de Otelo, el celoso moro, o de Yago, o de Shylock. Pero no se puede ignorar la cabellera flotante de Julieta ni el caminar melancólico de Romeo. Son dos personajes de la legendaria galería de amantes célebres, que discurren en el Eliseo, al lado de Petrarca y de Laura, o de Eloísa y Abelardo.

Sin dudar ni por un momento del general conocimiento de esta tragedia, hay que resumirla en sus líneas principales, no sólo porque así volveremos a disfrutar del idilio, ni porque refrescaremos sus particularidades, sino porque conviene al plan de este trabajo que abramos otra vez las páginas en que Shakespeare puso todo el ardor de su juventud.

Es obra de juventud de Shakespeare, pero no es una

invención suya. El rastro de este idilio puede encontrarse en romances griegos del Siglo V, en tempranas novelas italianas traducidas luego al francés, de donde pasaron a Inglaterra. Arthur Brooke tomó el asunto como tema central de su poema "**Romeus and Juliet**", y se repitió luego en otros varios libros.

En España, Lope de Vega escribió una obra de teatro titulada "**Castelvines y Monteses**", y Francisco de Rojas, "**Los Bandos de Verono**".

El tema no fué inventado por Shakespeare. Existía como asunto de actualidad en la literatura europea de la época. Y es curioso observar que habiéndose publicado "**Romeo y Julieta**" hacia 1597 en Inglaterra, más o menos por el mismo tiempo se publicaba en Italia una "**Historia de Verono**", por Girolamo della Corte, que cuenta el episodio de dos amantes en esa ciudad, con los contornos generales de la tragedia shakesperiana, asignando al capítulo histórico la fecha de 1303, cuando Verono estaba regida por Bartolomeo della Scala.

Hoy en día, los turistas que viajan por las ciudades italianas, pueden ver fácilmente en Verono el sepulcro de los amantes, el palacio de Julieta, el célebre balcón de la despedida, etc., que constituyen tal vez el motivo de atracción más seductor de la ciudad.



En la llanura lombarda, al Norte de Italia, se levanta, fresca, brillante y pequeña, la linda ciudad de Verono, a orillas del Adigio. Se conservan allí ruinas romanas y restos de pasados esplendores. Como muchas ciudades de Italia, Verono fué también en una época, república independiente regida por príncipes opulentos que vivían en lujosos palacios y se cubrían con vestidos de seda recamada.

En un momento dado de su historia, se encuentran dominando socialmente la pequeña ciudad, dos familias riva-

les: Montesco la una y Capuleto la otra, ambas con sus familiares, sus clientes, sus amigos, y ambas celosas de sus propias dignidades y de su rango.

El hijo de Montesco es Romeo, joven de hermoso porte y de trato amable. Capuleto no tiene hijo varón, sino una hija, Julieta, gentil y bella. Montesco tiene un sobrino, Benvolio y Capuleto otro, Teobaldo. Amigo de Montesco es Mercutio, de agudo ingenio, y pretendiente de Julieta es Paris, sobrino del Príncipe de la ciudad.

Están, además, los criados de las dos casas, y el ama de Julieta, deslenguada y vieja, y Fray Lorenzo, de la orden de San Francisco, a quien acuden los amonetes para confiarle sus cuitas.

Con estos elementos se forma la tragedia:

Romeo anda enamorado. Los bellos ojos de una amada esquiva le tienen absorto y aislado. Pasea por los campos, dialoga con las estrellas, huye de sus amigos.

Por casualidad, un día los mozos Montescos descubren que Capuleto prepara una fiesta de máscaras y deciden ir a ella, más como un reto de bravos que como una diversión. Arrastran en su aventura a Romeo, a quien insisten en curar su mal de amor.

Y van los tres: Romeo, Mercutio y Benvolio, al baile de gala en casa de Capuleto. Medrosos al principio, se mueven por las calles adyacentes y por los jardines, sin atreverse a llegar a la puerta. Romeo ha soñado algo en la noche anterior y Mercutio, para levantar su ánimo, lanza deliciosas bromas. Al saber del sueño de Romeo, exclama en una carcajada:

"Sin duda te ha visitado la reina Mab, nodriza de las hadas. Es tan pequeña como el ágata que brilla en el anillo de un regidor. Su carroza va arrastrada por caballos leves como átomos, y sus radios son patas de tarántula, las correas son de gusano de seda, los frenos de rayos de luna; huesos de grillo e hilos de araña forman el látigo; y un mosquito de oscura libra, dos veces más pequeño que el insecto-

que la aguja sutil extrae del dedo de ociosa dama, guía el espléndido equipaje. Una cáscara de avellana forma el coche elaborado por la ardilla, eterna carpintera de las hadas. En ese carro discurre de noche y de día por cabezas enamoradas, y les hace concebir vanos deseos, y anda por las cabezas de los cortesanos, y les inspira vanas cortesías. Corre por los dedos de los abogados, y sueñan con procesos. Recorre los labios de las damas, y sueñan con besos. . . ."

Romeo califica de impertinente este discurso, que es una muestra de los vastos tesoros que hay en las obras de Shakespeare. Este discurso sobre la reina Mab, nodriza de las hadas, inspiró, siglos después, una de las páginas más bellas de Rubén Darío. Una página que empieza así: "La reina Mab, en su carro hecho de una sola perla, tirado por cuatro coleópteros de petos dorados y alas de pedrería, caminando sobre un rayo de sol, se coló por la ventana de una bohardilla donde estaban cuatro hombres flacos, barbudos e impertinentes, lamentándose como unos desdichados. . . ." Los cuatro hombres eran artistas, y expusieron sus tristezas y sus anhelos a la reina Mab. La página de Darío termina de esta manera: ". . . Y desde entonces en las bohardillas de los brillantes infelices, donde flota el sueño azul, se piensa en el porvenir como en la aurora, y se oyen risas que quitan la tristeza, y se bailan extrañas farandolas al rededor de un blanco Apolo, de un lindo paisaje, de un violín viejo, de un amarillento manuscrito."

Pero nos hemos apartado del tema. Dejamos a Romeo y sus amigos entrando audazmente en casa de Capuleto. Los salones brillan en sus oros y en sus cristales a la luz de millares de hachones. Los invitados bailan, conversan, comen. El señor y la señora de Capuleto derrochan atenciones y vigilan a su hija, la bella Julieta, que sobresale entre las damas por su gracia y juventud. Romeo, que camina apartado, no puede dejar de ver a la niña bella, y describe así su hermosura: "El brillo de su rostro afrenta al del sol. No merece la tierra tan soberano prodigio."

Se acerca Romeo a Julieta y le expresa su admiración. Y desde aquí se adivina ya lo que pasará en adelante. Romeo y Julieta llegan a amarse. Y a pesar de toda la enemistad familiar que pesa sobre ellos, abrumándolos, resuelven unir sus vidas. Fray Lorenzo casa secretamente en su celda a los dos primogénitos de familias enemigas.

El mismo día, después de la ceremonia secreta, en una calle, Mercutio, amigo de Romeo, riñe con Teobaldo, sobrino de Capuleto. Romeo llega e intenta separarlos; por debajo de su brazo, Teobaldo alcanza de una estocada y mata a Mercutio. Romeo, casado ya y empeñado en volver la armonía a las dos familias, pierde la cabeza y se bate con Teobaldo, a quien mata en el mismo sitio en que cayó su amigo.

El escándalo ha atraído gente, guardias, familiares de Capuletos y Montescos, y al Príncipe de la Ciudad, quien juzga el caso inmediatamente: Teobaldo mató a Mercutio y Romeo mató a Teobaldo; la sangre ha sido pagada, pero Romeo debe sufrir castigo: será desterrado de Verona.

Julieta, joven desposada, conoce las dos noticias: la muerte de su primo Teobaldo a manos de Romeo, y el destierro de éste fuera de Verona. Su reacción primera ante la muerte de su primo es de cólera: "¿Conque Romeo derramó la sangre de Teobaldo? ¡Alma de sierpe, oculta bajo capa de flores! ¿Qué dragón tuvo jamás tan espléndida gruta? Hermoso tirano, demonio angelical, cuervo con plumas de paloma, cordero rapaz como un lobo, materia vil de forma celeste, santo maldito, honrado criminal, ¿en qué pensabas, naturaleza de los infiernos, cuando encerraste en el paraíso de ese cuerpo el alma de un condenado? ¿Por qué encuadernaste tan bellamente un libro de tan perversa lectura? ¿Cómo en tan magnífico palacio pudo habitar la traición y el dolor?"

Pero inmediatamente reacciona la enamorada: "¿Cómo he de decir mal de quien es mi esposo? Mató a mi primo, porque si no, mi primo le hubiera matado a él. ¡Atrás

lágrimas mías, tributo que erradamente ofrecí al dolor, en vez de ofrecerle al gozo! Vive mi esposo, a quien querían dar muerte, y su matador yace por tierra. ¿A qué es el llanto " Lo que hace sufrir ahora a Julieta es el destierro: "Esta palabra desterrado me pesa más que la muerte de diez mil Teobaldos."

A pesar de la reciente muerte y del duelo en la familia Capuleto, los padres de Julieta se apresuran a formalizar el compromiso matrimonial de Julieta con París. Romeo pasa una noche de amor con su esposa, y se despide cuando el canto de la alondra anuncia el día; marcha a Mantua, donde cumplirá el exilio.

Mientras tanto, el problema se agrava: Capuleto ha concertado la boda de su hija con París para un día muy próximo. Julieta, casada con Romeo, no puede acceder a los deseos de su padre, y desesperada, va a ver a Fray Lorenzo. El buen fraile no halla otra solución que suministrar a Julieta una bebida hipnótica que la hará dormir, con apariencias de muerte, durante 42 horas. (Aparecieron los venenos italianos que salpican la historia de ese país durante la Edad Media!) La muchacha debe tomar el veneno antes de la boda, y como para todos habrá muerto, será enterrada con la solemnidad debida. Fray Lorenzo y Romeo velarán y esperarán hasta que despierte, y Romeo se la llevará. Julieta acepta, vuelve a su casa, se muestra obediente con su padre, y en la víspera de la boda toma el bebedizo. Al descubrirse su muerte, luto desesperado invade la casa de Capuleto y la ciudad de Verona.

En Mantua, Romeo recibe noticias por medio de su criado. Julieta ha muerto, es todo el aviso. Romeo decide marchar inmediatamente a ver a su amada en la tumba. "Esta noche descansaremos juntos", piensa, mientras acude a la tienda de un herbolario en busca de veneno. El emisario de Fray Lorenzo no pudo salir de Verona a causa de una cuarentena debida a la peste, y no ha podido entregar su mensaje.

Por la noche, en el panteón de los Capuletos, acuden a visitar la fresca tumba, primero Paris, que trae flores y que, al oír pasos, se oculta; luego Romeo, que levanta la loza sepulcral. Ante esta profanación, Paris sale y quiere impedirlo; se baten y Paris cae muerto. Romeo entonces, dirigiéndose a Julieta inanimada, bebe el veneno mortal, mientras dice: "Recibe tú la última mirada de mis ojos, el último abrazo de mis brazos, el último beso de mis labios." Lo hace como lo dice y muere en el momento en que llega Fray Lorenzo y cuando Julieta despierta de su letargo. Al ver muerto a Romeo, ella toma la daga inerte del cinto de él y se la clava en el corazón. El cadáver de Julieta descansa, así, sobre el de Romeo. Ante esta doble muerte, Montescos y Capuletos se reconcilian y termina la tragedia de Shakespeare.



Fijémonos bien en la esencia de esta obra. Es un amor de dos jóvenes. Un amor hondo y vigoroso, que sería igual a otros tantos amores juveniles que han tenido lugar antes y después de la tragedia de Verona, si no fuera por el fondo sangriento que lo hace resaltar con características especiales. Un amor que juega sus sentimientos y sus palabras encantadoras ante un paisaje coloreado de sangre, de odio, de venganzas.

Es el odio que existe entre las dos familias, cuyos hijos se aman, lo que realza, vuelve doloroso, agudiza, el valor trágico de esta obra de teatro. Contra la tesis del amor se ha puesto la antítesis del odio, en un juego psicológico muy frecuente en las obras de Shakespeare, en las que vemos, por ejemplo, al intelectual Hamlet simulando locura, a la mujer de Macbeth impulsando al crimen, al amante Otelo matando el amor.

El odio entre Montescos y Capuletos torna imposible el amor de Julieta y Romeo. El odio separa, el amor une. Las dos categorías están en oposición absoluta, y son el recurso que aprovecha Shakespeare para componer una tra-

gedia de contornos deliciosos y terribles, en que brilla el acero ensangrentado de las espadas al lado de las cálidas trovanzas amorosas. Sin el telón de fondo del odio, el amor sería un episodio corriente, vulgar, sin atracción para una obra de teatro.

Es, pues, el odio, elemento central e indispensable en "Romeo y Julieta." Tanto o más importante e indispensable que el mismo amor. ¿De dónde procede este elemento de típico sabor italiano y medioeval? Hay un odio, pero ¿de qué ha nacido este odio?

El prólogo dice así, en su escueta explicación:

"En la hermosa Verona, donde acaecieron estos amores, dos familias rivales igualmente nobles, habían derramado, por sus odios mutuos, mucha inculpada sangre. Sus inocentes hijos pagaron la pena de estos **rencores**, que trajeron su muerte y el fin de su triste amor. . . ."

Hay, entonces, un rencor entre las dos familias; un resentimiento arraigado y viejo que ha nacido de alguna ofensa. No se sabe, en todo el curso de la obra, cuál es el agravio que produjo el resentimiento. Aquello está olvidado seguramente por las mismas familias interesadas. Lo importante es que existe en esa sociedad un motivo de pelea, una causa de alteración, ocasiones múltiples para desenvainar y batirse con hombres de la otra familia, que son hombres enemigos sin discusión alguna.

El Príncipe de Verona, el poder moderador e imparcial, amonesta así a los enemigos, en el primer escándalo callejero a que asistimos:

"Por tí, anciano Capuleto, por tí Montesco, tres discordias civiles provocadas por palabras vanas, han turbado por tres veces el sosiego de nuestras calles, y han obligado a los viejos ciudadanos de Verona a abandonar sus decorosos adornos para empuñar con sus viejas manos artesanas igualmente viejas y corroidas por la paz, con qué departir vuestro odio infecto. . . ."

Lo cual indica que el odio entre las dos familias se ha

extendido hasta formar, entre los buenos habitantes de la pequeña ciudad, dos partidos o bandos rivales, cada uno bajo los estandartes de las dos familias. Dos partidos enemigos que turban la paz de la ciudad, y que hacen gritar a los hombres de pueblo, a ese **popolo minuto** que apenas tenía significación social, "Mueran Capuletos y Montescos". Es que era un asunto de aristocracia, una discusión de nobles, lo mismo que fué preocupación de clases altas, sin ocupación, el arte, las letras, todo ese humanismo que sirvió de base y de sostén al Renacimiento.

Cuando Romeo ve por primera vez a Julieta, después de elogiar su belleza y de anular el antiguo amor de su corazón, se preocupa por saber quién es; al conocer que es una Capuleto, exclama con dolor: "Oh, cara es la cuenta. Mi vida he de entregar a mi enemigo". Y cuando Julieta, después de cambiar las primeras palabras con Romeo, descubre que es un Montesco, dice: "Mi único amor nacido de mi único odio. Harto pronto le ví sin concerle, y harto tarde le conocí! Prodigioso engendro del amor es para mí, que tenga yo que amar a un enemigo odiado."

El odio reina, pues, como amo y señor en esta vida veronesa. Tres veces ha alterado la paz de la ciudad, dice el Príncipe. No debe ser, por tanto, odio de muy vieja edad. Pero es suficiente, es odio, y un odio italiano. El Mediterráneo ha sido testigo, desde el principio de las edades, de historias de odio, lo mismo en las azules costas que vigila el Vesubio, que en las soleadas playas de Génova; lo mismo en las riberas de color de esmeralda sobre el Adriático, que en las escarpadas tierras de Córcega. Ese odio permanente y hereditario entre familias, que engendra lucha y muerte, que lega a los hijos la obligación de pelear, ha dado origen a la institución italiana de la **Vendetta**, y material precioso al poeta inglés para extraer de su cantera la gema rara con la que sabrá adornar una bella y trágica farsa.

El odio produce muerte, y la sangre derramada exige venganza. Es un proceso vindicativo, de cuya esencia dan

la clave las palabras de la señora de Capuleto, cuando delante del cadáver de Teobaldo, no quiere ver sino ese hecho, ignorando la muerte de Mercutio, y dice: "Oh, Principe! un Montesco ha asesinado a mi deudo. Si sois justo, dadnos sangre por sangre. . . Si Romeo mató a Teobaldo, que muera Romeo!"

Estamos, por consiguiente, frente a un claro e interesante fenómeno de venganza colectiva. La venganza puede ser individual o colectiva, y de hecho la evolución natural de la venganza individual desemboca en la venganza colectiva.

Hablemos, pues, de la venganza como fenómeno psicológico y social, a fin de situar en su justo valor esto que hemos llamado el telón de fondo idilio shakespérianos. De los amores entre Romeo y Julieta hemos llegado al estudio de la venganza, y el paso no será, creo yo, ni fastidioso ni ingrato, a pesar de toda la sordidez espiritual que se encierra dentro del vocablo.

Según Alimena, una de las primeras manifestaciones de la vida, una de las manifestaciones más espontáneas y necesarias, está constituida por la reacción contra el mal, por la defensa contra el ataque ajeno; esta reacción, esta acción en contra, instintiva, es la venganza. El mal debe ser castigado con el mal. La sangre debe ser pagada con la sangre. Ojo por ojo, diente por diente. La ley del Talión, que han conocido todos los pueblos en su primera etapa del vivir.

El profesor Ley, estudiando la génesis psicológica de la venganza, coincide con este criterio cuando concreta su opinión diciendo que la venganza es una manifestación fundamental de los instintos de conservación y de defensa. Pero es Durkheim quien apunta un concepto más breve y preciso, al decir que la venganza es el instinto de conservación exasperado por el peligro. Teobaldo, en la fiesta de Capuleto, al notar la presencia ofensiva de Romeo, pronuncia estas palabras que se ajustan completamente a la defi-

nición: "Mis carnes se estremecen en la dura batalla de mi repentino furor y mi ira comprimida. Me voy, porque esta injuria que hoy paso, ha de traer amargas hieles." Ya sabemos lo que trajo esa exasperación: la muerte de Mercutio al día siguiente, y la del mismo Teobaldo a manos de Romeo.

Ya el viejo y barbado judío Spinoza, en sus especulaciones de Amsterdam, sentenciaba solemnemente: la venganza se engendra por el odio y procede de los males inferidos o de los daños sospechados. En todo este proceso teatral que estamos analizando, hay una semilla de odio lanzada como manzana de discordia entre las familias. Un daño inicial dió origen a ese odio y a la venganza, y se mata constantemente, en las calles, a la luz de la luna o en pleno día, para evitar posibles males y ofensas.

Pero no es una venganza individual lo que fermenta y se agita en la tragedia de Shakespeare. Romeo y Benvolio no son más que representantes de una familia, la de los Montescos; Julieta y Teobaldo lo son de los Capuletos. El odio existe entre Montescos y Capuletos, es decir, entre dos colectividades humanas, entre dos tribus que habitan dentro de los muros que ciñen la ciudad de Verona. Es la venganza por representación, de que habla Max Scheler, la venganza de sangre, que puede ser gentilicia, racial o familiar, y en la que se considera que el grupo mismo como tal, Capuleto o Montesco en el caso presente, es el autor de la ofensa o de la defensa, siendo el miembro de cada grupo solamente un órgano, el instrumento de un tácito mandato superior. Shakespeare nos presenta no sólo a los familiares animados de esta conciencia, sino aun a los criados, a los infelices analfabetos que deben hacerse descifrar la lista de individuos para convocar a una fiesta. Estos hombres se han identificado también con la causa, con el odio, con la venganza y sentimientos de sus señores, se baten igual que ellos por las calles con los criados de la casa enemiga.

He aquí como hemos estudiado las fases normales del

fenómeno. La primera forma de reacción contra la injuria es la mano misma del ofendido que se levanta para castigar al ofensor. Esta reacción es en realidad un acto reflejo, en el que casi no interviene la inteligencia. Contestar la injuria con la injuria, inmediatamente, es acto que escapa al control cerebral. Contestar la injuria ofreciendo la otra mejilla, es acto de sublimación intelectual de que únicamente son capaces los dioses, y los dioses de nuestra época. Porque los dioses anteriores reaccionaban como hombres normales y para confirmarlo nos basta con recordar la manera en que Vulcano castigó la infidelidades de su amada esposa, Venus.

Se contesta la injuria con la injuria, inmediatamente, ejercitando así un acto de venganza. Pero la venganza no se termina en ese punto por regla general. No se detiene en la persona del ofensor ni se limita a la del ofendido. Se establece una verdadera solidaridad criminal familiar, entre las que podríamos llamar familia activa y familia pasiva. La venganza la ejercen el ofendido y su familia contra el ofensor y la suya, y alcanza hacia atrás a los muertos y hacia adelante a los sucesores. La venganza se transforma así en una acción colectiva, de grupo, de familia. El grupo elemental es la familia. La ofensa inferida a un miembro del grupo es causa de la acción de todo el grupo. La familia tiene una autoridad y unos súbditos; la autoridad está representada por el padre de familia, el cual es el representante de ella y el portador viviente del odio y de la venganza.

Cada vez que se promueve una riña entre las dos familias de Verona, son los ancianos Montesco y Capuleto los que, al final, asumen la dirección de la contienda. En la primera algazara que contemplamos en la obra de Shakespeare, llegan los esposos Capuleto, y el jefe de la familia dice arrogante: "¿Qué voces son éstas? Dadme mi espada", recibiendo la contestación burlona de su mujer: "¿Qué es-

pada? Lo que te conviene es una muleta?" Capuleto insiste, sin apreciar el sentido del humor de la señora: "Mi espada, mi espada, que Montesco viene blandiendo contra mi la suya tan vieja como la mía".

El acto individual se ha convertido en patrimonio de grupos. El duelo entre Teobaldo y Mercutio es, en realidad, un duelo entre Montescos y Capuletos, un duelo entre dos familias poseedoras de algo que es más fuerte que el sentimiento de cada persona en particular: la venganza familiar. El ofendido comienza por vengarse solo, sin autorización ni ayuda de nadie. Después le acompañan los suyos, los parientes, los amigos. Mercutio no es pariente de Montesco, es amigo solamente de Romeo; Teobaldo no es sobrino de Capuleto. Sin embargo, entre ellos existe el odio supremo que acompaña a las dos familias. La familia no sólo es heredera de los bienes del que sucumbe, es heredera también de su derecho a la venganza; y heredera forzosa, heredera a ciegas, por sobre toda otra consideración social o política.

Habíamos dicho que la reacción elemental que da nacimiento al acto vindicativo es como un movimiento reflejo que escapa al control de la inteligencia. Podríamos añadir que la venganza es un mecanismo anti-intelectual que se mueve en el terreno de la violencia, ese terreno en el cual, la acción y la voluntad, al no encontrar o al destruir todo obstáculo anterior, torna infantil a la persona y la somete al juego de impulsos contradictorios, pues la omnipotencia objetiva engendra una impotencia subjetiva, según anota Guyau, con frase aplicable a los tiranos y a los déspotas.

La venganza, además, es estéril, pues sólo despierta sentimientos de horror y repugnancia y no corrige desbordamientos delictuosos posteriores. Por eso esta venganza particular encuentra pronto el freno de la autoridad pública. En los grupos políticos, precisamente, el poder nace por

la necesidad de evitar todo aquello que debilita y coloca en situación inferior a un grupo frente a otros grupos. La venganza es una de las causas de esta debilidad, pues siendo fuente de odios y discordias, elimina miembros útiles para la colectividad deprimiendo la fuerza del grupo. El poder político procura primero establecer la equivalencia entre la agresión y su respuesta mediante la ley del Talión, y después se hace cargo de las ofensas privadas para castigar de acuerdo con leyes establecidas. Así nace la vindicta pública, o sea, la venganza del poder constituido.

El Príncipe de Verona, en la obra de Shakespeare, dice en cierto momento: "Rebeldes, enemigos de la paz, derramadores de sangre humana! ¿No queréis oír? Humanas fieras que apagáis en la fuente sangrienta de vuestras venas el ardor de vuestras iras, arrojad en seguida a tierra las armas fratricidas, y escuchad mi sentencia. . . Si volvéis a turbar el sosiego de nuestra ciudad, me responderéis con vuestras cabezas." Es el poder público poniendo coto a la violencia particular, para evitar en lo posible el debilitamiento de la fuerza humana de la ciudad de Verona. Y cuando destierra a Mantua a Romeo, por haber matado a Teobaldo, es el poder público haciéndose cargo de la ofensa e imponiendo la pena correspondiente.

Castigar el mal hecho, imponer una pena, despojar al particular de su derecho a la venganza, son funciones del poder público que han ido estableciéndose con el correr de los tiempos. Y son funciones que han conducido a la estructuración de la justicia, que los romanos definieron como la capacidad de dar a cada uno lo que es suyo. Forma de justicia es también la reacción individual de pagar mal con mal; forma de justicia es, por consiguiente, la venganza. Pero es una justicia primitiva, apasionada, interesada, egoísta, que está ligada a una ofensa, es verdad, pero que se acompaña de otros ingredientes, como el menos-

cabo del propio valer, que convierten el sentimiento en resentimiento, según Max Scheler.

Es necesario que el hombre vaya despojándose de todos estos elementos primitivos, inhibiendo sus instintos, atormentando sus reflejos, para que en la lucha entablada pueda vencer el poder público y opoderarse de la venganza. La acción pública en este sentido, es la fuente de la justicia, elemento de civilización y cultura entre los hombres. La justicia penal contemporánea pugna cada vez con más fuerza por romper los lazos que le atan con su pasado oscuro y sangriento, y por eliminar toda idea de venganza, de retribución, de pena en sus actos. Mientras más culto, más huye el hombre de la violencia y menos esclavo es de sus instintos, y llegará un momento en que la palabra misma "venganza" desaparezca del léxico, si el mundo evoluciona hacia climas de convivencia pacífica, de confianza en la autoridad, de tranquilidad objetiva.

En nuestra época, sin embargo, hemos visto reflorar la venganza, y con ella la violencia, por obra de regímenes políticos que desconocieron leyes e implantaron absurdas teorías de superioridad racial. Ha sido una explosión de ese resentimiento de que habla Scheler, un resentimiento que utiliza la venganza y se inspira en la cobardía y la crueldad. La función de la cobardía en este proceso ha sido analizada sutilmente por el ensayista francés, Montaigne, quien dijo: "Matarlo es bueno para evitar la ofensa futura, no para vengar la ya hecha. Es más una acción de temor que de bravura, de precaución que de valor, de defensa que de ataque. . . . No es contra él, es por tí mismo por lo que te deshaces de él."

Y cuando Romeo, al ver a sus pies el cadáver de su amigo Mercutio, lleno de impulso homicida, dice: "Huye de mí dulce templanza. Sólo la ira guía mi brazo. Teobaldo, ese mote de **infame** que tú me diste, yo te lo devuelvo

ahora, porque el alma de Mercutio está desde las nubes llamando la tuya, y tú o yo, o los dos, hemos de seguirle forzosamente", está hablando con labios manchados de venganza, pero es Julieta la que, al saber que Romeo mató a Teobaldo, coincide con Montaigne en la cabal definición del hecho: "Vive mi esposo, a quien querían dar muerte y su matador yace por tierra. ¿A qué es el llanto?" Ella sabía que la muerte se produjo en defensa propia más que para vengar otra muerte anterior; que se mató para no morir; que sencillamente se evitó una ofensa futura más que vengar una ofensa consumada.

Es la justicia pública la que puede librar a los hombres de este temor, pues en ella se descarga el resentimiento que originaba la venganza. En nuestros tiempos hemos asistido a una extraña conversión de las ideas de justicia y de derecho. Partiendo de la frase: Todo para el Estado, nada sin el Estado, nada fuera del Estado, las dictaduras totalitarias convirtieron al hombre en súbdito, y edificaron construcciones jurídicas sobre bases de raza y sangre. La justicia fué lo útil para el Estado. El derecho procedía de la voluntad de poder, y hablaba del "dominio de las almas y de los cuerpos por el Estado", o de "la protección de la sangre y el honor", o de "la pureza de la sangre como condición necesaria para el mantenimiento del pueblo". El derecho, así, dejó de proteger para perseguir, y fué el arma mejor para eliminar al disidente, al hereje, en un perfecto acto de venganza. Esperemos que, aplacados los dioses de la guerra y exterminados los dictadores, el manto protector de hombres que es el derecho vuelva a extenderse de nuevo sobre la humanidad. "La ciencia criminal bien entendida —decía Carrara— es el supremo Código de la libertad, que tiene por objeto sustraer al hombre de la tiranía ajena y ayudarlo a librarse de la tiranía de sí mismo y de sus propias pasiones".

Con el regreso del derecho, la venganza irá perdiendo terreno y evolucionando con la humanidad. La venganza se racionalizará y acabará por anularse como manifestación del instinto de conservación. La venganza puede dominarse, dice Séneca, y al ser dominada deja paso a la reflexión y a la crítica, y muy rara vez los fenómenos primitivos resisten el análisis de la crítica; apenas si quedan como elementos de un arqueopsiquismo que sirven solamente como datos para fundamentar la reconstrucción de un proceso. Sobre los cadáveres aun palpitantes de Romeo y de Julieta, Montesco y Capuleto se dan la mano, en señal de reconciliación, bajo la amarga frase del Principe que dice: "Tardía amistad y reconciliación, que alumbra un sol bien triste".

Va a finalizar este embrión de ensayo. ¿Se podía hablar de la venganza al tratar de Romeo y Julieta? Ciertamente que sí. Pero la empresa debe haber dejado un amargo sabor en la boca. ¿Por qué teníamos que manchar la tersura del poema con unas reflexiones grises acerca de la venganza?

La culpa la tiene —si es que hay culpa— un reciente libro que acabo de leer. Una obra del profesor español Mariano Ruiz Funes, titulada "**Actualidad de la venganza**". Es don Mariano Ruiz Funes un profesor español que tuvo cátedra en la Universidad de Murcia y que ahora, arrojado sobre las playas americanas por la tempestad fascista de su patria, enseña lo que sabe en México, así como Jiménez de Asúa enseñaba en la Argentina. Es Jiménez de Asúa quien ha prologado el libro, y por allí hay un párrafo que dice: "Derrotada nuestra República Mariano Ruiz Funes, al igual que tantos miles de españoles, buscó refugio en suelo americano: en La Habana primero y en México bien pronto. Allí vive ahora, honrado por nuestros compatriotas y por los intelectuales mexicanos. Explica en las

universidades de aquel magnífico país, lee incansablemente y escribe obras como ésta que ahora se publica en la República Argentina".

Mientras leía esta "**Actualidad de la Venganza**", algo dentro de mí trabajaba insensiblemente, en forma paralela al estudio, relacionando aquellos conceptos con el paisaje humano de la obra de Shakespeare. Al final, creí poder hacerlo, juzgué que tenía algún interés y me puse al trabajo. Naturalmente, todo el material ha salido del libro del profesor español, a quien he pedido en préstamo, desvergonzadamente si queréis, un poco de sus cosas, pues que no soy un sabio que pueda poner etiqueta de propiedad sobre ningún fardo de ideas o conceptos. Estudié un libro, encontré que sus palabras podían aplicarse para ilustrar un poema y emprendí la tarea, tijera en mano. Eso es todo.

Pero entonces me asalta una duda. He creído ilustrar un poema. ¿Era necesario esto? ¿Era necesario explicar lo evidente? "**Romeo y Julieta**" de Shakespeare lo contiene todo en sus páginas, lo explica todo. El poeta inglés no dejó nada librado a la casualidad o a la sabiduría de sus públicos. Aun más: es posible que ni siquiera haya pensado en su público: compuso sus obras, acabadas, perfectas, por el placer de hacerlo así. Y en la que nos ocupa, hasta hizo morir a los protagonistas, previendo tal vez la observación de Thomas Hardy, quien dice, como si no dijera nada, que fué un acierto y una suerte que murieran, porque así el romántico idilio se hizo eterno; que si los protagonistas hubieran llegado a la vejez, quizás habrían visto morir el amor, habrían vivido en un infierno de celos y de cálculos mezquinos. Y de venganzas también, porque aquello, sin motivo inmediato alguno para terminar, habría subsistido hasta quien sabe cuándo.

Pero es hora ya de callar. Habéis perdido un poco de tiempo y dejado cosas de mejor importancia por ésta. No

está mal, sin embargo, perder el tiempo de vez en cuando: le hace sentirse a uno millonario, acaso por la circunstancia de que nos enseñaron que el tiempo es oro. Pero tampoco debe perderse con exceso. Lo dicho dicho está y el punto final acaba de ser estampado. Suspirad con alivio.

J A I M E B A R R E R A B.

G A L A P A G O S

EL HOMBRE, LA TIERRA Y EL PAISAJE

Os ruego tener presente que no se trata de una conferencia. Mis modestos conocimientos no dan para élla. Mi presencia audaz en esta tribuna, por la que han pasado altísimos valores del pensamiento y la intelectualidad ecuatoriana y continental, obedece, disciplinariamente, a disposición imperativa del "Grupo América" y de la "Sociedad Graduados del Mejía", prestigiosas entidades a las que me honro en pertenecer.

Se trata apenas de una sencilla charla de periodista —y de mal periodista para vuestro tormento— que va a fatigar vuestra amable atención por unos minutos, con el relato de lo que pudo ver, apreciar, escuchar y sentir durante una reciente visita al Archipiélago de Galápagos, visita por cierto abreviada y quebrantada, en su original itinerario, por ciertas contingencias que, luego, someramente os haré conocer.

Fuimos a Galápagos porque la "Sociedad Graduados del Mejía", persiguiendo su afán constante de hacer por exaltar el sentimiento de patria por todos los confines del país, y eslabonar a los ecuatorianos de todas las regiones en un solo y grande amor a una bandera y en un ceñido abrazo fraternal, estimó que nada sabíamos de cierto acerca de la realidad humana de esos hermanos que viven olvidados en aquel horizonte, casi perdido en la lejanía del poniente; en esas Islas que llamaron "Encanta-

das", cuyas playas atempera con sus frías aguas la Corriente de Humboldt y acarician tibiamente las brisas encontradas del infinito Mar Pacífico.

"Id a ver —se nos dijo— ¿cómo viven esos compatriotas? . . . ¿Qué hacen? . . . ¿Qué tienen? . . . ¿Qué les hace falta? . . . Y, sobre todo, ¿en qué forma les podemos servir?" . . .

Este afán sincero y fervoroso de servicio nos llevó. No fuimos los "Mejías" a descubrir nada; ni a estudiar su geografía, ni su historia, ni su fauna, ni su flora, ni sus minas; ni con interés alguno comercial. Por si acaso alguno sospechara, declaro que tampoco hemos ido a buscar tesoros fabulosos de piratas y, si alguno de nuestros compañeros talvez los ha encontrado, eso lo tiene guardado para él sólo.



Vengo de Galápagos. . . . Y esta afirmación no os cause asombro, porque sencillamente estuvimos muy a punto de no volver. Baste decirnos que para dar comienzo a nuestras peripecias, nos tocó en suerte ser azotados por la cola de un ciclón, sacudidos y zarandeados por un airado mar —por cierto con resentimiento amargo del equilibrio estomacal de la mayoría de nuestros compañeros y aún de los mismos marineros— y navegar sobre olas huracanadas, bailando la conga de la tormenta, con 30 toneladas de agua en la centina, escorada la nave peligrosamente y con las bombas de achicar el agua empeñadas infernalmente en negarse a funcionar.

Con este movido —y extravertido— comienzo, lógico era que el regreso lo hiciéramos a forzada máquina, en la heterogénea compañía de chivos, cerdos, perros y gatos, bultos de "oloroso" bacalao, ebrios agresivos y peste de viruela a bordo. Esto último nos daba perspectivas poco gratas de retornar al dulce hogar con la fisonomía

apolillada y el riesgo de que, en casa, nos equivocaran con el "cipo" Weiser.

Esto como liminar y contra-portada. En el medio pondré cuatro días de nadar tranquilamente en una bella ensenada de Puerto "América", la que, luego, descubrimos, con nervioso sobresalto, que había estado cuajada de tiburones, de cuya abundancia os dirá elocuentemente el hecho de que, más tarde, pescáramos 17 de estos voraces **cazones**, en menos de media hora y con un solo anzuelo. Un episodio edificante también tuvimos al habernos frente a un viejo lobo de mar, cuyo plácido sueño tuvimos la osadía de violar. Los ladridos roncos y estentóreos que lanzara el barbudo mamífero marino, fueron más que suficientes para tirar a un oficial, con todo y uniforme, al mar, y creed que el gesto feroz de ese pinnípedo, airado al verse perseguido, no podremos fácilmente olvidar. Tampoco se borrará de la mente de algunos camaradas la caricia punzante de los erizos, que les dejara los pies prácticamente como alfileros.

Estas curiosas incidencias, naturalmente, sirvieron para matizar la jira y darla un gustillo de sabor local. Lo que si poco tuvo de risible, antes bien hizo perder un palpito a la entraña, fué el accidente ocurrido en la negrura de la noche y en el que estuvo en peligro de perder la vida el compañero doctor González Hidalgo. . . . Y, me callo lo demás, pues estoy evadiendo el objetivo. Lo que quería con el recuento demostrar, es que, para los ecuatorianos, aún mediado el siglo XX, el viajecito a Galápagos constituye, todavía, una aventura; y, en nuestro caso, una peligrosa aventura. En cambio, los amigazos rubios —y esta es una de las muchas paradojas que iré anotando—, van y vienen **de y a** las Islas con más facilidad que los quiteños se trasladan de Alfaro a Carolina o terminan un paseo en automóvil con una visita inesperada al hospital. Con decirnos que los norteamericanos, que gozan sus vacaciones panamericanistas en la Isla de Seymour, se trasladan en avión

a Panamá hasta para sacarle punta al lápiz. Y de allá vienen diariamente, en un cuatrimotor pujante, a pescar langosta, y, de paso, se pescan una gran **merluza**, en el sentido español de estos vocablos.



Y ésto me trae el recuerdo los piratas. . . . Destino, irredento destino, ha sido el de Galápagos, al correr de los cuatro siglos desgranados de su más o menos conocida historia, desde aquel diez de Marzo de 1535 en que en ellas celebrara la primera misa un purpurado hispano, el tercer Obispo de Castilla del Oro, Fray Tomás de Berlanga. Cuatro siglos, digo, que las encantadas islas han sufrido la bota del pirata.

Y conste que muchos de ellos, de los verdaderos piratas, merecerían, a mi juicio, la inmortalidad del bronce. Y, cómo no; si hay un Ambrosio Cowley, que en 1684, da nombres a las islas que hasta hoy perduran, pese a decretos de Congresos y a rebautizos aduladores y fatuos. . . . Si hay un Capitán Davis, que es el primero en armar allí un astillero para carenar sus naves corsarias; si hay un William Dampier, que da al mundo las primeras noticias detalladas sobre el clima y la naturaleza, la fauna, la flora y la vida de seres extraordinarios en Galápagos; si hay un Woodes Rogers, corsario y relatista, que ya en 1718 escribe, en su "Viaje Alrededor del Mundo", páginas maravillosas sobre las Islas Encantadas, que despiertan curiosidad científica en las naciones cultas de Europa.

Y así por el estilo, otros hombres de alfange y garfio, que durante dos siglos hacen de las Galápagos su refugium peccatorum, restañando en ellas sus heridas, carenando en ellas sus naos averiadas; escondiendo en ellas sus botines y tesoros.

Yo consideraría a estos valientes y feroces filibusteros, los "pioneers" de la civilización en esas apartadas islas.

Y, a decir verdad, fueron piratas que de las Islas nada se llevaron; al contrario, dejaron escondidas en sus playas misteriosas y en sus espesas soledades, joyas y monedas relumbrantes, fruto del botín de sus depredaciones sangrientas en los siete mares.

En cambio, no podrá decirse lo mismo de otros piratas, —estos sí de garra—, que han ido a las Galápagos con botas y entorchados, y que, —con honrosas excepciones— según declaración categórica y unánime de todos los colonos con quienes hemos conversado, en vez de ver por el progreso, el bienestar y el mejoramiento económico de quienes pueblan el Archipiélago, los han extorsionado, les han arrebatado sus productos, les han obstado en sus faenas lícitas bajo fementidos pretextos; han saqueado sus chacras y chozones, violado sus mujeres; han casi liquidado los millares de caballos, de vacunos, de chivos y de puercos, que multiplicaron, en el decurrir de un siglo, de aquellas primitivas parejas soltadas allí por ese Noé del Siglo XIX, que llamó José de Villamil y por la preocupación honrada de aquel benefactor de las Islas, que fué Antonio Gil.

A la Comisión de "Mejías" se informó públicamente que existen en el Ministerio de Defensa Nacional infolios voluminosos de acusaciones concretas y documentadas; pliegos firmados de reclamos y quejas contra algunos Jefes Territoriales que asolaron Galápagos; y se nos remitió a los Juzgados de Guayaquil y Quito, para que nos informáramos de juicios civiles y criminales, seguidos contra esas malas autoridades y peores ciudadanos, por delitos contra la propiedad y el pudor de colonos y colonas.

Historias y relatos detallados de esta rapacidad andan de boca en boca entre los colonos; y aún ha llegado a oídos de los visitantes de la base seymouriana, con notoria vergüenza para el prestigio ecuatoriano. Cualquier residente de las Islas dirá a quien quiera oírle, datos, nombres y apellidos, fechas y números de estas vergonzosas actuaciones.

Particularmente de uno, en especial, de estos altos oficiales empeñado en denigrarse, corre la siguiente mordaz exageración:

"Erase un tal Jefe con tal inmoderado afán de enriquecerse a la "arranchada", que llegó a ser casi patente su deshonestidad. Cierta vez un buque X intentaba tomar puerto en el de Baquerizo Moreno, a cuya entrada, como un punto de referencia, sabiamente colocado por la naturaleza, se levanta una curiosa roca que los ingleses han llamado "Five Fingers", por la exactitud del simil con los cinco dedos de una mano humana, y que los criollos denominan con un nombre, también muy apropiado, pero inmenconable. Es imperativo para los marinos localizar la tal piedra para enfilar la nave en el canal que ha de llevarla segura al puerto. Cualquier desvío significa la destrucción y la muerte, como ocurrió, no hace mucho, con un magnífico vapor australiano, cuyos restos allí pueden ser vistos.

"En el atardecer —siguiendo el hilo de este popularizado cuento—, caía tan espesa la neblina y era tan negra la cerrazón, que el piloto del navío de la historia no pudo, tras largas horas de fatigoso intento, localizar la roca de los "Cinco dedos". Y, entonces, exclamó airado: "Maldita sea, ya el jefecito se llevó la piedra...."

Por suerte, debemos aclarar paladinamente que no todos los Jefes Territoriales fueron de esa calaña. Oficiales dignos han habido que se han preocupado con responsabilidad patriótica y genuino celo funcional de su deber, de dar a las Islas progreso y civilización. Almacenes de subsistencias de piedra, madera y cemento, hospitales, escuelas, caseríos más adecentados, etc., han construido. Censo de la población, protección a los colonos, distribución de justicia, preocupación porque el gobierno central dicte leyes para el mejoramiento de Galápagos; afán porque los productos de chacreros y pescadores sea pagado al legítimo precio, y defensa práctica para que la ganancia del colono no se quede en manos de explotadores, etc., son

parte de la obra realizada por algunos honorables Jefes Territoriales. Estos reciben a diario la gratitud y bendición de los colonos; aquéllos la execración de todos los ecuatorianos.



También han ejercitado en las Galápagos despótico dominio y acción de piratería incontenida, ciertos hombres con alma patibularia y corazón inhumano, férreos de voluntad, irreductibles en la acción; admirables en la iniciativa, pero crueles y malvados. . . . Muchos huesos humanos que blanquean aún al sol, bajo los aguacateros y los guayabales —cuando los míseros despojos no se los han comido los cerdos y los perros— diciendo están dolorosamente de la criminal actuación de algunos capataces cayeneros.

Cierto que alguno de esos tiranuelos realizó obra estupenda que llama a la admiración. Allí está para probarlo esa Hacienda de "Progreso", su magnífico Ingenio de Azúcar, las extensas plantaciones de riquísimo café, los canterones de cañaverales, las dehesas, etc., que hasta hace unos veinte años eran orgullo de San Cristóbal. Allí el muelle de "Baquerizo Moreno", dejado por el mismo Manuel Julián Cobos, el constructor de mayores iniciativas y asombrosas realizaciones, al par que el más sanguinario y despiadado que han conocido las islas.

Construido hace más de setenta años, sobre pilones de madera de "matasarnos", árbol peculiarísimo del Archipiélago, el muelle de San Cristóbal es el único que merece el nombre de tal en las Galápagos. Por sobre su plataforma se hallan todavía tendidos los rieles de acero que pusiera Manuel J. Cobos, para conducir sus productos desde "Progreso" hasta el navío. Y esos 200 metros de rieles que aún existen, son una acusación latente contra la ambición mezquina de otros piratas que, venidos a las Islas después

de que Cobos fuera asesinado en 1904, han destruido y destrozado toda la valiosa obra que él dejara. El ingenio se ha desmantelado, trapiches y calderos se han trasladado a la hacienda "Los Alamos" que el señor Lorenzo Tous posee en el litoral ecuatoriano; ingenio, trapiches y calderos que llegaron a producir más de dos mil quintales de buena azúcar por zafra, en época de Cobos. Intencionadamente se ha abandonado los cultivos y destruido los cañaverales; se ha dejado materialmente destruir los cafetales que otrora dieron riquísimo cacacolillo y buenas ganancias. Y la misma triste suerte han corrido todas las obras que en el batallar de medio siglo levantara con su acción y su terrorismo Manuel J. Cobos.

Obra estupenda y admirable en realidad la dejada en Chatam por ese hombre complejo, tenaz forjador de progreso y torturador de hombres. Cuarenta y tres años han transcurrido desde aquel 15 de Enero de 1904, en que Cobos cayera sin vida bajo el machete asesino del colombiano Elías Puertas. Pero allí quedan aún los testimonios de su obra, como monumento a su memoria.

La Hacienda "Progreso" queda a unos seis kilómetros de distancia de la playa de "Baquerizo Moreno" en la isla de San Cristóbal. Se llega a ella por un camino tortuoso y sembrado de pedrones desiguales y peligrosos. Unas veinte casuchas miserables forman ahora el poblado, en el que, anteriormente, una colmena humana de más de trescientos hombres activamente trabajaba, haciendo fructificar la tierra y resoplar la máquina. Allí conocimos el sitio donde se desarrollaron los sangrientos sucesos de aquel aciago 15 de Enero, y vimos el túmulo de ladrillos y cemento que guardara los restos mortales de Manuel J. Cobos y de Leonardo Reina, Jefe Territorial, victimados ambos por la explosión vengativa de los trabajadores. Los despojos fueron, dos años después de los luctuosos hechos, trasladados a Guayaquil y en ese abandonado túmulo, que hoy cubren los helechos y el musgo de los años, sólo una cruz de tosco

y retorcido "matasarno" señala el episodio de la tragedia.

Constructores de las Galápagos, dignos también de elogiosa recordación, José de Valdizán, el hispano encariñado con las Islas, que dió su esfuerzo y empeños a la segunda colonización de la Floreana y en el empeño perdiera la vida, cayendo bajo el puñal asesino de su enemigo Lucas Alvarado, en los sangrientos episodios del 23 de Julio de 1878. Y, con veneración, Galápagos recuerda el nombre de Don Antonio Gil, patricio respetable que donde quiera estuvo, dejó su corazón y su buena huella, con recuerdos perennes de su bondad y de sus valiosas obras. "Santo Tomás" en la Isabela, y la isla toda, son vivo y admirable ejemplo de lo que Galápagos debe a la personalidad y acción constructiva de este noble hombre.



Descendientes de los ecuatorianos continentales que llevara Cobos, son, en abultado número, los actuales colonos de San Cristóbal. Y aún sobreviven unos ocho o diez que con él trabajaron y presenciaron los macabros hechos. Otros son relacionados, amigos y comprovincianos que llegaron a las Islas atraídos por los primeros. También forma el núcleo humano actual, unos cuantos descendientes de los primitivos y originales colonizadores, de esos 80 soldados del Batallón "Flores", a quienes se cambiara la pena de muerte por la de "castigo" con residencia "por vida" en las Galápagos. Llamo la atención el hecho, que no deja de ser curioso, que es el hombre de la serranía el que con mayor fervor se desplaza a colonizar el Archipiélago: muchísimos son tungurahueses; cuencanos, riobambeños, ibarreros, carchenses, unos pocos, de Guayaquil, Los Ríos y Manabí, los menos.

En la Isla Isabela es donde existen las poblaciones más nutridas de colonos; desgraciadamente muchos están considerando el éxodo, trasladándose a otras islas o abando-

nando del todo esos lugares, amedrentados y aburridos por la presencia y depredaciones de los penados, de los que, luego, hablaremos.

La Santa Cruz, isla primorosa, ubérrima de producción y edénica de paisajes, mantiene también, tanto en sus playas como en sus chacras, un nutrido contingente de colonos, anotándose aquí la presencia y actividades de numerosos extranjeros, dedicados exclusivamente a la pesca, riqueza positiva y estupenda de Galápagos y capaz élla sola de rendir mayor dinero que todos los tesoros legendarios, que, allí se dice, dejaron los piratas, enterrados. Estos pescadores son noruegos en la proporción más acentuada, quedados de la organización de pescadores e industriales que se estableciera en Santa Cruz en 1928-29 e instalara allí una soberbia fábrica de preparar y envasar conservas de pescado, cuyo producto llegó a tener buena acogida y gran demanda por su calidad inmejorable. Por desgracia para ellos y mayormente para las islas, no se supo dar a la sociedad una administración bien organizada; el fruto de las ventas fué gastado en francachelas y parrandas y fracasó la organización. Aún se observan en Santa Cruz los restos de maquinarias, edificios, envasadoras, latas vacías, etc., despojos de esa fracasada empresa.

En cambio la riqueza pesquera, abundantísima y valiosa de las Galápagos, beneficia hoy casi exclusivamente a los pesqueros que proceden de puertos de California. Millares de toneladas de atún, de bacalao, de aceite de tiburón, de langostas enormes y sabrosísimas, se llevan los pesqueros furtivos anualmente a las "canneries" de California, cuyas fábricas, según estadísticas publicadas por ellos mismos, consumen el 95% del pescado de Galápagos, pesca que representa muchos millones de dólares. Mientras que los pescadores ecuatorianos apenas pueden recoger unos pocos quintales, ya por falta de embarcaciones, ya por falta de gasolina para sus motores.—

La piratería de la pesca que se ejercita a diario en

las Galápagos es conocida por todos; la contemplan indignadas las guarniciones territoriales, pero nada pueden hacer, por falta de lanchas veloces que pudieran dar alcance y poner a raya a esos piratas. El Ecuador pierde millones de sucres anuales por la falta de control de la pesca en las Galápagos. Hasta el Perú percibe anualmente muchos miles de dólares con la pesca clandestina que hacen sus barcos en aguas de esas islas ecuatorianas.

En Santa Cruz se cultivan las tierras con verdadero amor. Las chacras se encuentran a unos 400 metros de elevación sobre el nivel del mar y situadas de dos a cuatro horas de camino desde la playa; un mal sendero polvoriento del trajín cotidiano del hermano hombre y del hermano burro, lleva a esos lugares. Los residentes en Santa Cruz son trabajadores excepcionales; a la agricultura se dedican los unos; a la pesca los otros, van y vienen diariamente de la playa a las chacras y entre ellos existe una especie de táctica cooperativa, al sistema del trueque de productos. Las zonas altas de Santa Cruz son de tierra exuberante, de buena capa de humus vegetal y productivo. Sus tierras son cultivables en siquiera un 45% del área insular, pues de los 200 metros para abajo, la vegetación consiste solamente de "lechosos", algarrobos y matasarnos, buenos los dos primeros para leña; el último como madera incorruptible para usos marinos, con valor inapreciable.

Excelentes piñas, ricas papayas, sabrosísimos bananos, naranjas exquisitas, jugosos obos, son entre otras las frutas que producen esas chacras, la guayaba cunde las tierras con una prodigalidad que constituye un problema; "la maldición de Galápagos" llaman los moradores de allá a los guayabales. Hoy se utilizan únicamente para alimentar cerdos. Pero como en el Brasil y Cuba, podrían ser de utilización industrial beneficiosa, en la forma de "carne", "pasta" y crema de guayaba; productos éstos que tienen enorme demanda en los mejores mercados. Frutos óptimos, de calidad privilegiada y tamaño excepcional, de esas isle-

ñas tierras, son: la yuca, coles, zanahoria blanca y amarilla, lechugas, berengena, rábano, calabacín, cebollas blancas y paitañas, tomates, aguacates, el ñame o bimbe, el camote, el otoy y otros más; pero francamente en calidad insuperable y en tamaños que, de expresar en centímetros y kilos, os dejarían asombrados. No los menciona en tal detalle, por temor a que me tildéis de exagerado como un antioqueño, o lleguéis a pensar acaso que el guarapo destilado por los colonos había hecho en nosotros la visión quintuplicada.

Actualmente se ha aclimatado en las islas una clase de patata tropical, de gran tamaño y excelente calidad, que está produciéndose en tres cosechas al año. El colono Luis F. Cando nos aseguró haber cosechado, de una siembra de ocho quintales, doscientos de esa papa tropical, en cuatro meses. Su problema consiste ahora en saber qué hacer con esa papa, pues su mercado está limitado a treinta o cuarenta quintales. —Señaló así una nueva paradoja de las cosas y los hechos en Galápagos—.

Es digno de anotarse, con referencia a la producción agrícola de Galápagos, que allí vimos en un metro cuadrado de terreno, la patata creciendo junto al plátano, el café con la cebolla, el camote, la yuca, el ciruelo y el maíz, todos juntos, hermanados simbólicamente los productos típicos de la serranía con los productos indígenas de los bajos tropicales. Indudablemente es el clima de las Islas, considerado sin igual en el mundo, el que produce estos interesantes fenómenos.

Posiblemente a causa de esos fenómenos telúricos y a los vientos del Pacífico, que azotan las Islas en todas las horas del día y de la noche, en la dirección de la Rosa de los Vientos, es la aparente incapacidad de los árboles para desarrollar hacia lo alto. Las plantas, sólo con alguna excepción, llegan a la talla arborecente, especialmente en determinadas zonas. Las islas están cubiertas en kilómetros infinitos de arbustos achaparrados; las ramas se ex-

tienden y multiplican contorsionadas, retorcidas, siempre hacia los lados, abarcando áreas de sombra de seis y siete metros a la redonda. Hemos dicho ramas, pero no dijimos hojas. Estas son escasas en la vegetación de dichas zonas insulares. Los árboles forman una urdimbre de ramazonas leñosas, grices, como si fueran esqueléticos brazos de brujas milenarias, con manos alargadas y sarmentosas y uñas de rapiña alargándose para retorcernos el cuello.

Y en la franja de 200 a 300 metros de extensión que rodea las Islas, desde la playa rocosa y basáltica, hasta las tierras de cultivo, levantan su figura desmedrada y hierática millones de "lechosos", cactus, tunas y espinos, surgiendo del centro de la pura roca, de la piedra volcánica, de la lava negra, de la toba amarillenta y gredosa. De aquí que, vistas a la distancia, las islas dan un aspecto tético, brumoso, como si fueran islas de betún; paisaje de soledad apretujante que ocongoja al viajero y dice mal de las bellezas y de los paisajes idílicos que encierran muchas de ellas; cuadros tienen las Galápagos de belleza y emoción que ponen al alma de rodillas; cuadros de encanto y embrujamiento, como, entre otros, el "Estanque de las Ninfas", donde se ha dormido el ensueño; la "Cueva de las Brujas", el "Cerro de Paja", la laguna del "Junco", el "Volcán de Sal", las mismas rocas negras y brillantes de la playa, donde se recorta el bronce hierático de las iguanas encrespadas, recordando los saurios antediluvianos, todo, en fin, típico y original de aquellas islas, que las han dado esa extraña y misteriosa personalidad, que justifica plenamente su denominación centenaria de "Encantadas".



Indudablemente ese no se qué de misterioso y embrujado que tienen las Galápagos, es como una llamada irresistible, como un canto de sirena. Quien una vez las viera, jamás podrá olvidarlas. Y es, acaso, ese imán sutil y aga-

rrador que obliga a muchos a desarraigarse del medio vegetativo de su nativo suelo, para ir en busca de ese no sé qué a las Islas Encantadas. Soldados que allí hicieron guarnición, retornan, terminado su enganche, a vincularse a las Islas; marinos que las visitaron en obligado servicio, vuelven a ellas a radicarse; extranjeros llegados un buen día por mera curiosidad, poco después asientan planta y tienda en esas playas.

Pero el encanto en breve se transforma en inexplicable melancolía. —Y aquí una nueva paradoja—. Los compañeros de misión y quien os habla, a pesar de la brevedad de nuestra estada, anotamos la existencia de un estado de ánimo curioso y peculiar en los colonos. Un algo que denominaríamos como "neurosis de la soledad" o "psicosis del silencio". Neurosis y psicosis causadas posiblemente por la nostalgia, la lejanía, el paisaje gris de siglos y la separación de los lares en que se deshojaron los años de la infancia. Es como una tristeza contenida, como un sollozo que en el pecho muere ahogado, como una lágrima que no pudiendo ser vertida, se encona y envenena. Las costas de lava renegrida, donde el mar se rompe en iras, el cinturón de cenizas sepulcral formado por los "lechosos" milenarios y retorcidos matasarnos; el mimetismo antediluviano de iguanas, lagartos y reptiles; la neblina, húmeda y espesa como un hongo envolviendo las alturas en sudario plúmbeo; las ramas retorcidas como en desesperación implorante; y la soledad, la desesperante soledad, la negrura y el silencio, son motivos más que acumulados para provocar esa psicosis peculiar, que impide a los seres humanos gozar a plenitud de ese primitivismo de la vida, de esa paz tan difícil de hallar en otras partes, que conforma el medio social y el ambiente natural de aquellas Islas.

©

"Asilo de la Paz"! llamaron a la Floreana, como un clamor de su aspiración y su esperanza, los primeros colo-

nos que allí fueron conducidos en busca de la vida, ya que ésta vida les había sido otorgada a cambio de la pena de muerte impuesta por delito de sublevación y "voltereta". —Y, de nuevo surge con su ritornello torturante, la ironía de la paradoja— Diez y siete años dura apenas la aventura colonizadora de Villamil y, de los 80 hombres que iniciaron la colonia, en 1832, apenas quedan 25, en el 49. Muchos menos, apenas ocho, fueron los años que durara el segundo intento. Ya hemos dicho como José de Valdizán regaba con su sangre la Floreana, en 1878, liquidándose su obra, iniciada sólo el 70.

Y así al través de los años y la historia. . . . ¡Asilo de la Paz! . . . En busca de ese asilo y esa paz tan anhelada, llegó en 1929, a la Floreana, el exótico filósofo alemán, doctor Frederick Ritter, en unión de su compañera Dora Koerwin. Un año más tarde le seguía, en procura de esos mismos espejismos, Arthur Witmer con su esposa Margaret y su hijo enfermo. Y, para completar los personajes que, a poco, serían los actores del drama y la tragedia, invadía ese asilo y rompía esa paz, en 1932, la histérica y destornillada Baronesa Eloisa Bousquet de Wagner, en trilogía con sus pupilos Phillipson y Lorenz. Asilo y paz que se quebraban definitivamente en el silencio "preñado de extraños ruidos" de aquella noche que no tuvo aurora, del 30 de Junio al 1º de Julio de 1933.

¡Asilo de la paz! . . . Paraíso fermentado de locura que guarda impenetrable el misterio de la desaparición sin rastro de la Baronesa y Phillipson; y la muerte, poco después, también envuelta en el caparazón hermético de lo extraño, de aquel sádico y raro doctor Ritter.

En un cruce de caminos; a una hora larga de trotar a pies desde la playa por un sendero a ratos arenoso, a ratos cubierto de guijarros, bordeado por todo lo que alcanza la vista de chaparros leñosos, polvorientos de la soledad de muchos siglos, al amparo de los cuales, los gatos salvajes agazapados, asesinan cruelmente a los gorriones inocentes;

allí en ese cruce, en la Floreana, se encuentra una primitiva señal de tráfico; consiste en un palo de reumáticos nudos, con una flecha apuntada hacia la izquierda en la que se lee: "Asilo de la Paz, 30 minutos"; y, a la derecha, otra punta de saeta con la inscripción: "El Paraíso, 10 minutos". Siguiendo por este último y al cabo del tiempo allí advertido, se llega a uno como oasis de ensueño y de verdor en el desierto de "lechosos". Es la huerta del doctor Ritter.

Guarda la entrada una enorme calavera astada de buey, que fué sin duda de tamaño corpulento; colocada está la calavera sobre estacas que dan la apariencia de que el animal estuviera dispuesto a la embestida. Ciruelos de grueso ramaje centuplicado y retorcido, ostentan en sus ramas, grabados a cuchillo, los nombres de miles de viajeros que el sitio han visitado. La tumba del filósofo sádico y tortuoso, allí se encuentra. La cubre un cuadrilátero de piedra superpuesta en artístico desarreglo. Una rústica cruz de doble travesaño, de palo envejecido, y, en la cruz, clavada una tabla de cajón de pino, como lápida funeral, con la inscripción "Dr. F. Ritter. Q. E. P. D. 21 de Febrero 1934". Se halla la tumba en un estrecho cercado de "piñones" y alambradas y a la sombra de cimbreantes palmeras y verdes aguacateros; muy cerca de la tumba florecen, como bocas de sangre, las Pitardas de pétalos lujuriantes; allí, a pocos pasos, corre juguetón y murmurante el arroyuelo que el doctor Ritter encausara y defendiera más que al oro, consciente de que esas dulces y cristalinas linfas, no eran solamente lirismo y poesía, sino mucho más, eran la esencia misma de la vida. Ritter sabía por experiencia sufrida, lo que significaba ese arroyuelo, esas gotas de agua fresca y clara, eran en realidad, aquella pequeñísima diferencia que hay entre la muerte y la continuación de la existencia.

Lugar emocionante, paradisiaco y casi místico este de la "Frido" que con tanto esmero cultivara y formara con amor el doctor Ritter, y que, como un nuevo paraíso terre-

nal, se perdió dolorosamente tan pronto como se incrustó en la isla la tragedia, en forma de una mujer megalomaniaca, ahita de placeres y cuadrículada de complicaciones pecaminosas. . . . El hombre, la mujer, la manzana, la tentación y la víbora, no faltaron en este paraíso los factores bíblicos que legaron a la humanidad el dulce pecado original.

¡Asilo de la Paz! . . . Ahora sí que lo disfruta eternamente el Dr. Ritter. La paz congelada de la tumba, cave un sencillo muro de volcánica piedra y bajo una cruz tosca de doble travesaño. ¡Paraíso! . . . Palmeras, flor de la Pitarra, ciruelos retorcidos, arroyo murmurante, clima paradisiaco de ensueño y poesía! . . . Allí, en el silencio, interrumpido solamente por el rebuzno torturante de los burros, reprisado cada dos minutos, parece que flotara todavía un tenaz interrogante florecido de misterios. . . . La brisa, al sacudir las hojas y las palmeras, produce unos ruidos que estremecen y piensa, con nerviosidad, el visitante, si son voces de fantasmas que vagan torturados clamando por justicia y por castigo.

Los Witmer: Arthur, Margaret, Hans, Rollo y Floreanita, los dos últimos nacidos en la Floreana—son ahora los señores y dueños absolutos de este asilo y paraíso. Allí cultivan lindas y productivas chacras y se creen los monarcas de esa isla, de la que la Baronesa de Wagner, soñó con llamarse Emperatriz. Más lejos, al pie del cerro de Paja, ha instalado su vivienda e iniciado sus sembríos la familia del señor Sergio San Miguel Román, dueño que fué de extensas plantaciones y valiosas propiedades en Rocafuerte, en el Oriente ecuatoriano, tierras que hubo de abandonar ante la invasión imperialista de los peruanos.



Nosotros también, como embrujados por el canto de la mitológica sirena, nos hemos dejado llevar, casi embriagados, del nepente enloquecedor del sentimiento y el ensueño. Volvamos a la tierra y al hombre. . . .

Problema vital que confrontan los colonos del Archipiélago de Galápagos, es el de la posesión de las tierras. Virtualmente nadie, en aquel diminuto mundo es, en realidad, dueño de la tierra que labora. En el siglo transcurrido parece que no se tuvo la menor preocupación por solucionar este grave problema. Quienquiera que llegaba, tomaba para sí lo que quería. Este sistema de posesión "a la arranchada" todavía persiste, principalmente en la Floreana.

Revisando la historia, hallamos que Villamil denunció las Islas a nombre de la Sociedad Colonizadora del Archipiélago de Galápagos. La posesión efectiva la otorgó el Juez de Paz, Coronel Ignacio Hernández, en febrero de 1832. José Monroy y Manuel J. Cobos, reciben en 1859 autorización para establecer en Chatham, la Compañía Orchillera, que poco prospera. Cobos se afincó definitivamente en esa Isla en años posteriores y funda el Progreso. A su muerte, los herederos se ven envueltos en dificultades económicas y, habiendo comprado las obligaciones contra ellas, el señor Lorenzo Tous, forma con aquéllos y el venezolano Luis Guevara Traviezo, una Sociedad, que denominan "Nacional de Galápagos", cuyas acciones y absoluto control pasan, después de poco, virtualmente a manos de la Continental. Dicha Sociedad, según revelaciones detalladas hechas por los colonos, parece que en ningún momento pensó en fomentar trabajo y desenvolver actividades productivas en Progreso. Hace ya más de diez años se hizo retirar el trapiche y los calderos, que ahora se hallan instalados en su hacienda "Los Alamos". Los rieles desaparecieron luego. Un empleado de "La Continental" me aseveró que también estaban en Los Alamos. Se afirma en Galápagos, como positivo, el hecho de la negativa dada por los norteamericanos a la petición de los colonos de San Cristóbal, en el sentido de que se arreglara el camino de La Playa a Progreso, manifestando que siendo de la indicada Firma, no podían hacerlo, ya que ésta figuró en la Lista Negra.

La Sociedad mencionada, señora y dueña de las haciendas que fueron de Manuel J. Cobos, viene ejercitando, según quejas continuas y reclamos verbales que hicieron a nuestra Comisión, una actitud feudalista en contra de los colonos. Trabajadores que han prestado sus servicios por más de medio siglo, han sido sucesivamente desalojados del pequeño cuadrilátero de tierra donde tenían su casucha y sus cultivos. Ahora a todos se les prohíbe sembrar o edificar, a título de que nadie tiene derecho a ocupar tierras que reclama como suyas absolutas la Sociedad. Conocimos un señor Vallejo, entre muchos otros, trabajador de Progreso por 59 años y al cual se ha ordenado por el Administrador, que se le desaloje de la casa que por más de diez lustros le sirvió de humilde morada, arrojándosele a la vía, viejo, enfermo e inútil ya para el trabajo. Por toda indemnización se le ha entregado la limosna de dos mil sucres, de la que Vallejo nos aseguró que ha debido abonar la mitad al abogado que intervino en la demanda.

Inquietud y desesperación general existe en las Galápagos por la falta de linderación definitiva de los terrenos y extensión de legítimos títulos de propiedad. Al igual que La Sociedad Nacional en San Cristóbal, el señor Carlos Gil, en la Isabela, reclama para sí y su familia la propiedad de toda la isla. Y ahora los Witmer pretenden ser los tiranuelos de la Floreana.

Problema gravísimo es este de la posesión de las tierras en Galápagos, que debe ser estudiado, atendido y resuelto de inmediata urgencia por el Supremo Gobierno.



En las Islas Galápagos ocurre una de las más curiosas paradojas: hay muertos que viven y vivos que no existen. Digo la verdad. Ocurre que personas nacidas en el Ecuador continental y que se trasladaron al Archipiélago, fallecen allá y allí pudren sus huesos en el polvo y el olvido, pero

siguen existiendo civilmente en los Libros del Registro Civil. En cambio, nacen niños en Galápagos que no son inscritos en los Registros, por desidia, por olvido o simplemente porque no hay libros de Registro Civil; niños que existen con existencia natural, pero no tienen vida civil, ni patria, ni derechos ciudadanos. La Comisión de Mejías conoció el caso concreto de dos escolares galapaguenses, a quienes su padre ha enviado a estudiar en Quito, y no podían ser matriculados, porque no tenían partida de nacimiento.

Los matrimonios y divorcios tampoco se inscriben en Galápagos, a lo que fuimos informados. El sistema, se nos dijo, es más sencillo y socorrido. Allí, por lo general, una niña a los doce años, o a los trece, ya está en "estado de merecer" y cuando se arregla en amores con quien de ellos la requiere, pues llanamente "se sale" y ya es mujer casada. Que a poco hay desavenencias entre los tórtalos, pues vuelve la cuitada al hogar paterno, o a cualquiera otro, y cuando torna a encontrar un nuevo dueño de su corazón, pues "se sale" otra vez. Desde luego, el procedimiento no me consta, pues fué bastante limitada la visita para habernos metido en líos y casorios; pero, así nos han informado seriamente los colonos y antiguos Jefes que en las islas han residido varios años.



Para duplicar sus esfuerzos productores y continuar en su admirable obra de hacer patria ecuatoriana en el Archipiélago, los colonos de Galápagos, no quieren ni granjerías ni prebendas; pero si exigen, y con justísimo derecho, atención y protección; saber que no seguirán abandonados, que hay un gobierno que les ampara y les protege; que no van desoladamente a la deriva; que sus hijos sean inscritos en los Registros Civiles y tengan una patria y los derechos ciudadanos inherentes; que pueden tener una educación, un oficio, conocimientos que les habiliten para la vida; que

pueden concurrir a las escuelas del Ecuador continental, vincularse con la Metrópolis central, con su gobierno y sus connacionales; saber de sus deberes y hacer conciencia de sus derechos.

Quieren los colonos de Galápagos saber que un día preciso, cada dos semanas, cada mes, pero un día de plazo determinado, vendrá desde las playas un navio que les traiga cartas y noticias de los suyos, informaciones frescas de lo que en la propia tierra y en el resto del mundo ocurre; que les traiga los víveres, las prendas de vestir, las herramientas, materiales y medicinas de que tanto carecen y con tanta urgencia necesitan; barcos que lleven sus productos —fruto de su trabajo y sus esfuerzos— a los mercados del Ecuador continental, a que se vendan a precio equitativo que les rinda beneficio y justifique la faena; sin que la ganancia se quede en manos de explotadores, intermediarios, comerciantes y autoridades sin escrúpulos.

Quieren también —y es su voz clamorosa la que anuncio— que la tierra que labran y a la que entregan sus amores, sudores y esperanzas, sea "suya", con legítimos derechos y títulos de propiedad; saber que así, el día de mañana, no vendrá cualquier capataz o gamonal, prevalido de influencias y dineros, para desalojarle de esas tierras, dejándole sin techo y sin el pan; quieren que sus mujeres y sus hijas sean respetadas; quieren y aspiran, en definitiva, vivir como ciudadanos de un pueblo culto y libre, y como hombres: al amparo de una ley y una bandera.

Y quieren, y exigen, los ecuatorianos que luchan por el pan, por la vida y por la soberanía del Ecuador en esas apartadas islas volcánicas; quieren y exigen, digo, que sus problemas merezcan atención de su gobierno y que se haga voluntad por resolverlos.

Como esos anhelos y esas exigencias son de toda justicia, la Sociedad Graduados del Mejía, una vez escuchados los informes rendidos por la Comisión que visitó nuestro Archipiélago, resolvió formar un "Comité Pro Galápagos

Provincia Insular del Ecuador", entidad que, con sede en Quito, y delegaciones en las principales ciudades de la República, ejercite una acción constante, fervorosa y comprensiva en bien de las Galápagos, sirviendo de **agente permanente** para ayudar a los colonos a obtener la resolución de sus problemas, interviniendo, con su influencia y con su acción, para que se atienda y se de resolución a las demandas, reclamos y peticiones que presenten.

Para ello quiere contar el Comité — y lo pide por mi modesta voz— el apoyo valioso de todos aquellos que sientan el Ecuador en el corazón, no solamente como una ambición de cargos remunerativos y sinecuras personales, sino como partes vivientes y conscientes de una Patria; Patria que debe ser para todos; y a la que queremos grande, feliz y progresista en todas y cada una de sus queridas regiones. Apelo, pues, a vosotros en demanda de generosa cooperación a esta obra. Sin ella, la entusiasta iniciativa y la patriótica aspiración de los "Graduados del Mejía", vendrá a ser una vez más, la tristeza de haber "arado en el mar".....



Infortunio y fatalidad sin nombre para el Archipiélago de Galápagos, ha sido el impuesto por inconcebible incomprensión de los gobiernos, o por desprecio del valor y significado de ese complemento vital del patrimonio territorial ecuatoriano, al haber incurrido repetidamente en el gravísimo error de establecer en las Islas las llamadas colonias penales.

Esta desgracia ha constituido poco más o menos un pecado original en la administración del Archipiélago, pues ya en 1833, al año apenas de haber sido incorporadas a la soberanía nacional, el gobierno decretó que aquellas islas fueran "lugar de deportación para maleantes y mujerzuelas", y, efectivamente, envió a Galápagos a centenares de

unos y otras. Así se sembró allá la tragedia y así se cosecharon los sangrientos frutos. Esta pésima costumbre siguieron, después, otros gobiernos, convirtiendo aquel paraíso en un infierno para enemigos políticos y criminales. Y, finalmente, la Asamblea velasquista de 1944, remató los grillos, estableciendo en la Isabela las colonias penales que hoy subsisten.

Más de 300 infelices desviados purgan sus delitos, sin asomo de redención, en cuatro colonias: Central, Barahona, Santo Tomás y Alemania, siendo verdaderas campos de concentración estilo nazi, un execrable cáncer social para el Archipiélago y un desprestigio atroz para el buen nombre del Ecuador. Hasta Francia liquidó el horror vergonzoso de sus presidios de Cayena y de la Isla del Diablo, ahora sólo al Ecuador le queda ese triste privilegio de convertir sus islas primorosas en antros de dolor y perversión. El tratamiento cruel, inhumano, feroz a que han sido sometidos los penados por oficiales y guardias civiles, es abominable y vergonzoso. Las colonias penales deben desaparecer de Galápagos, si se quiere el progreso de esas valiosas regiones; éllas están causando el alejamiento de colonos, pesqueros y turistas, pues penados y guardianes cometen robos, fechorías y depredaciones en las chacras, causando pavor, desaliento y despecho a los colonos. Aún las embarcaciones extranjeras han sido víctimas de actos de piratería por penados, a quienes se envía a la pesca para enriquecimiento personal de sus carceleros. Por prestigio del Ecuador, por humanidad, hasta por un sentido comercial, deben desaparecer de las Galápagos esos antros de rebajamiento del ser humano que, se ha visto dolorosamente, están llevando sólo a una mayor perversión de los instintos malos.



No terminaré esta deshilvanada relación de mis anotaciones galapaguenses, sin mencionar algo de lo que, con

dolor de ecuatorianos, pudimos constatar en Seymour, la isla estratégica por excelencia, ocupada por ejércitos, marina y aviación del Tío Sam, como base principal de operaciones para la defensa continental.

Es bien sabido que las bases en Seymour, Isabela, Hood y Punta Albemarle, fueron establecidas por convenio celebrado entre los gobiernos del Ecuador y Estados Unidos, firmado en Washington por el Embajador Colón Eloy Alfaro, en 2 de febrero de 1942. Millones de dólares gastaron los norteamericanos en la adecuación para el objetivo de la defensa en la Isla de Baltra, —que es el verdadero nombre de la llamada Base de Seymour, siendo la isleta anexa, separada por el Canal del Norte, la que verdaderamente lleva tal nombre.— Magníficas carreteras pavimentadas, anchas hasta doce metros, cruzan materialmente la Isla en todas direcciones; con decir que hasta tendieron los ocupantes una carretera cementada, de más de cuatro kilómetros, hasta la punta que da sobre el Canal de Battico y un disparadero de cemento y hierro, para arrojar las basuras al mar.

El 3 de Julio de 1946 se hizo la ceremonia de entrega de las bases, por los norteamericanos al Gobierno del Ecuador. El entonces Ministro de Defensa, Comandantes Superior y de Distrito de la Marina, diplomáticos, personalidades múltiples, periodistas, altos jefes militares, la mar y sus peces, concurrieron a la ceremonia en Seymour. Esta fué solemne: se arrió la bandera de las barras y las estrellas y se izó al tope el tricolor nacional ecuatoriano. Se hicieron discursos pomposos: se dijeron bellas y floridas palabras; hubo emociones, besos, cariños, lágrimas, champagne, hartazgos y gran farra. . . .

Pero la cosa no pasó de ahí. . . . De la ceremonia. . . . Entrega "no hubo". En absoluto. Nos la han dicho las mismas autoridades que allí estuvieron. Todo fué pura y fermentada farsa. Se dijo por los norteamericanos, y se ratificó por el gobierno de Velasco Ibarra, que en Seymour que-

daban solamente unos pocos técnicos para instruir a los ecuatorianos en el manejo de las instalaciones. Instalaciones que fueron, en verdad, de gran valor e importancia. Pero de ellas nada, positivamente nada, ha quedado. Hemos visto los sitios donde estuvieron emplazadas, todo destruido, arrasado, volado con dinamita hasta las rocas donde estuvieron afirmadas. Ni un mal cañón, ni una ametralladora, hasta el Radar, —una magnífica y costosa instalación,— hemos visto despedazado a piedras. . . . Antes de marcharse, los soldados que se marcharon, arrojaron sistemáticamente al "basurero" de Battico: camiones enteros de artículos valiosos; allí hemos visto, bajo 17 brazas de agua, que en ese sitio es de tanta transparencia que se ve hasta las estrellas de mar, en el fondo oceánico —hemos visto, digo— camiones y "jeeps", cocinas de hierro, refrigeradoras, catres de metal, hasta aparatos de radio, arrojados con evidente intención de que para los ecuatorianos quedara **nada**. Lo mismo hemos visto —y cualquiera puede aun verlo— en la "Chocolatera" de Salinas.

Como ecuatoriano y como hombre de América, amante de la democracia y de la libertad, no deja de alcanzarme que puedan existir razones supremas de la defensa continental, y obligación de pactos internacionales, suscritos por nuestro gobierno, que justifiquen la permanencia de tropas de los Estados Unidos en nuestras Islas de Galápagos. Sé también que la concesión se hizo por un convenio legalmente firmado y en el que se respeta y reconoce la absoluta soberanía del Ecuador sobre el Archipiélago de Colón. Pero, entonces, me pregunto, ¿a qué la farsa? . . . ¿Para qué ceremonias teatrales? . . . Si es que existe de verdad espíritu de buen vecino y se quiere evidenciar ideales de solidaridad panamericanista, por qué no se habla claro? y por qué no se corresponde a la hospitalidad ecuatoriana, haciendo, por lo menos algo que beneficie a las demás islas de aquel valioso grupo; todas —excepción de San Cristóbal— necesitan agua; todas precisan de que sus puertos

tengan muelles para efectuar el desembarco de viajeros sin peligro de su vida; todas necesitan caminos que les facilite el tráfico a las chacras; sanidad, medios de transporte, lanchas para las múltiples atenciones de sus costas, necesitan. Por lo menos los "canchones" de Seymour que en número de 400 y más se hallan destruyéndose —por la acción del tiempo, del abandono y del mismo instinto de destrucción de los soldados—, ¿por qué no se utilizan racionalmente para escuelas, hospitales, oficinas y viviendas de las guarniciones territoriales en las otras islas?

Considero que los ecuatorianos tenemos derecho a exigir por lo menos un trato más condigno con el respeto que merecen los dueños de casa, con la cultura y la consideración de amigos, lejos de toda demostración de despotismo y de intención imperialista. Que se tenga presente que por lo mismo que se trata de una nación pequeña, pobre e indefensa, tiene su personalidad en el concierto de las naciones civilizadas, y sus ciudadanos, si son hombres dignos, amantes de su libertad, de su patria y sus derechos, no pueden dejar pasar sin su viril protesta, actos que están reñidos con los decantados principios de fraternidad, solidaridad continental y amistad internacional, de que tanto se habla y se jacta en almibarados discursos diplomáticos.



Y termino. . . . Nos hallábamos, una tarde, sobre lo más alto de un peñascón de Seymour, el Capitán Homero Cuvi, los doctores Egas y González y el que os habla. Degollado por el crepúsculo agonizaba el sol en el filo del hacha semilunar del horizonte; al noroeste se divisaba la isla Santa Cruz y, más lejos, la Isabela; al fondo, femenina en la sinuosidad de su silueta, la isla San Cristóbal; al este, Santiago, la isla de los burros y Barrington, la de las loberías admirables; más lejos, los puntos negros de las "Cuatro Hermanas", el acento diminuto de la "Tortuga" y en todas partes, salpicados, los islotes múltiples. . . .

Me dejé enajenar el alma por la belleza del sangrante ocaso y, en el límite de la realidad y el espejismo, me pareció que las Islas Encantadas eran como naves fantasmales alejándose, alejándose en la bruma, perdiéndose como derelictos de barcos náufragos a la deriva. En ese como delirio de ensoñación, causado por encontradas emociones, me parecía que la roca simbólica de los "Cinco Dedos", emergía del mar rojizo como la mano suplicante de un ahogado, señalando desesperadamente un gesto de socorro, o dando al cielo y a la vida un último y doloroso adiós eterno. . . .

Las barcos, el crepúsculo, el sol decapitado por el mar, la angustiada soledad y la infinita melancolía, como de algo muy querido que estuviéramos perdiendo para siempre. . . . Y, volviendo a la realidad, pensé que de todo ese microcosmos que se alejaba en el poniente, queda de verdad únicamente las riquezas maravillosas bien ocultas en las cuevas y en las grietas; fabulosos tesoros inasibles y místicos; en las aguas tranquilas la voracidad sanguinaria de los escualos y, por todas partes, como ayer y como hoy, corsarios, tiburones y piratas. . . .

Con honradez, veracidad y patriótica intención, he dicho estas palabras que reflejan fielmente lo que ví, escuché y sentí en Galápagos. . . . Pueden haber errores de concepto o de información: quien así lo juzgue, que lo pruebe. . . . Yo cumplo mi misión como "Mejía" y mi deber de ecuatoriano. . . .

PARADOJA ULTIMA

Estas son mis sinceras y dolidas impresiones de una rápida visita a estas islas de Galápagos, ciertamente bellas y encantadas; pero, para mí, en su historia y en el dolor humano, Islas Infortunadas. . . .

Esto es Galápagos.

Quito, 27 de Octubre de 1947.

G E R A R D O C H I R I B O G A

FRANCISCO JAVIER EUGENIO DE SANTA CRUZ Y ESPEJO

LAS BANDEROLAS DE LA LIBERTAD — 1794

Abolida la Sociedad Patriótica Amigos del País, muerto, casi en su iniciación misma, "Primicias de la Cultura de Quito", habían muerto también para Espejo, algunas de sus más caras ilusiones. Comprobaría, una vez más, cuán difícil era romper las densas tinieblas de la Ignorancia —sobre la cual pensaba escribir un libro— y hacer luz en los horizontes del pueblo.

Entonces, no derrotado ni vencido, se retiró al silencio de la Biblioteca en que servía. Se ocultó allí, no para sepultar con el acervo de su ilustración creciente, aquellas ideas que a pesar suya, las sentía crecer y florecer en su cerebro. Aparentemente el Bibliotecario público sólo se concretaba ya al cumplimiento de sus obligaciones: a proseguir en el ordenamiento y catalogación de los libros, a prestar las atenciones que le solicitaban los pocos lectores.

Las autoridades del Gobierno, por su parte, no podían estar más complacidas con la quietud y calma del luchador irreductible. Principiarían a sentir por Espejo cierta cordializante simpatía. Olvidarían los pasados sobresaltos que les proporcionó. Para las autoridades, Espejo era otro hombre. No hacía nada. Nada que pudiera ocasionarles preo-

cupación. Su quietud era una quietud conciliadora y consoladora.

Mas, la verdad era otra. La calma de Espejo era aparente. Nunca como entonces en su espíritu ardieron las más puras luces del amor a la Patria, a su pueblo y a la humanidad. Nunca sus ideales por la libertad y por la grandeza y prosperidad de los quiteños estuvieron más claros, más definidos en su cerebro.

Espejo, en el rincón de la Biblioteca Pública, en verdad no ha hecho nada que pueda molestar ni a los vecinos ni al Gobierno. Pero, urgido por la fuerza irrefrenable del único ideal al cual ha entregado todos los momentos de su existencia, el de la emancipación de las colonias americanas, ha venido, con el sigilo de siempre, difundiendo sus planes, epistolamente, por todos los Virreinos y Capitanías de América.

El ha visto que su propaganda surte favorablemente sus efectos. Sus ideas han ido cayendo, coetáneas con las de otros apóstoles de la libertad, como en tierra abonada, en la conciencia de los criollos.

Pero, ni aun esto le satisface completamente a Espejo. Ha concebido un proyecto más práctico para la difusión de sus planes emancipadores. Comprende la necesidad de actuar personalmente. De recorrer las principales Capitales de los Virreinos. Ha trazado, pues, el itinerario de su viaje. Y, antes de liar sus maletas, ha otorgado, el 3 de Marzo de 1794, un poder a don Luis Prieto de San Martín, residente en Madrid, "para que —de acuerdo con las instrucciones secretas que le ha enviado— haga todas las pretensiones que le comunica, hasta la de Toga, para cualesquiera de las Audiencias de América, y en especial para la de Guadalajara, Buenos Aires, México y Caracas, y otra cualquiera que tuviera por conveniente. Sobre cuyo particular y en caso de contradecir alguno que sacare la cara contra el otorgante parezca en cualesquiera Tribunales Su-

periores e Inferiores de dicha Villa y Corte de Madrid, y especialmente en el Real y Supremo Consejo de Indias y ante la Católica Real Persona de su Majestad."

Presumía Espejo que hallándose en su recorrido, podrían ser descubiertos sus planes subversivos contra la Corona de España, y, para una posible defensa otorgaba poderes a este don Luis Prieto residente en Madrid. Pero la gira no pudo efectuarse, seguramente por falta de dinero, que él no poseía, que su hermano no podía proporcionarle, ni la generosa Manuela, pues ya se lo había entregado antes y sus arcas estaban exhaustas.

Espejo, entonces, se decidió a prender la llama del incendio revolucionario en su propio suelo.

Una noche, la del 20 de Octubre de 1794, Espejo ha confabulado a su hermano, el Cura Juan Pablo, y a los patriotas quiteños don Vicente Peñaherrera, hombre de estudios y cultura, y a don Marcelino Pérez, maestro de Escuela, ambos amigos suyos, para echar a los vientos la primera campanada de desafío y de lucha, llevando a la práctica la primera acción de un plan de abierta rebelión contra el Rey de España y las autoridades coloniales.

En la media noche quiteña, por la que sólo cruzan aullidos y neblinas trashumantes, cuatro sombras humanas se escurren, sigilosas, al amparo de la ciudad dormida. Cada una se dirige por calles distintas. Subiendo la cuesta del Mesón viene la una y va hacia la Cruz de Piedra del Arco de Santo Domingo. Para el atrio de la Catedral apunta otra. Por las graderías de San Francisco camina la tercera, y con dirección a Santa Bárbara va la última. Las sombras se han trepado a los brazos pétreos de las Cruces y han sujetado en ellas unas sencillas banderolas que el viento nocturno hace flamear y pronunciar extraños sonidos presagiantes.

A la mañana siguiente, los vecinos hacen tumulto ante las Cruces de Piedra vigiladoras de los Templos. Las ban-

derolas tienen inscripciones que ellos no comprenden. Están escritas en latín, y dicen: LIBER ESTO FELICITATEM ET GLORIAM CONSECUO — SALVA CRUCE.

Pero no tardan en saber su significado. Alguien hay quien les explica: "Sed libres y seguid la gloria y la felicidad. Salve Cruz".

Y entoces, de nuevo, el nombre y la figura de Espejo se levantan en sus pensamientos. Y una emoción subterránea pasa por sus espíritus. El rojo tafetán de las banderolas, súbitamente les ha hecho pensar en aquello que hace ya mucho tiempo es obsesión de sus vidas: la libertad.

Cuando esa noche, el Cura Juan Pablo cumple con su cometido, no vuelve a reunirse con su hermano Eugenio, ni con los otros patriotas. Disfrazado como estaba en su fantasmal y embrujada envoltura de duende, se le ocurre rematar su revolucionaria aventura, escurriéndose hacia los ardientes brazos de la hermosa Francisca Navarrete, muchacha abrileña que, como era lícito en aquella época, no ha podido menos que caer en las redes de amor que le tejiera, suplicante y rijoso, el eclesiástico.

A la hora en que la pasión aturde, y el espíritu se abre en flor de intimidad y revelación, imprevisivo y confiado, el Cura asordina la voz en el oído de Francisca; y tiene lugar el siguiente diálogo: (1)

Cura:— Echaremos de la tierra a todos los extranjeros y nos mandarán los nacidos aquí.

Francisca:—Eso es herejía, según nos predicán en los sermones: esa es cosa de los franceses impíos.

Cura:— Los franceses, cuando guillotinaron a su Rey, no cometieron pecado ni siquiera leve contra la Fe: cometieron pecado muy grave en otra materia.

Francisca:—Y cuando se vayan los chapetones habrá religión?

Cura:— Y más que ahora!

Francisca:—Y habrá Obispo?

Cura:— Sí; pero nacido en Quito, y no venido de fuera...

Francisca:—Y habrá Conventos?

Cura:— Sí los habrá; y entonces los meteremos a los frailes en vida común, y les quitaremos los Curatos, para que vivan en sus Conventos.

Francisca:—Jesús!!! si llega a saber el señor Presidente lo que usted está diciendo...

Cura:— Cállate, que el Presidente está cagándose de miedo, y nosotros tenemos ya relaciones con Bogotá.

Francisca:—Y lo que el Padre Ontaneda está predicando en las Misiones?

Cura:— Ese fraile no sabe de estas cosas, y debía dejar de predicar tantas misiones antes de la Cuaresma."

El 21 de Octubre de 1794, el Presidente de la Audiencia, Muñoz de Guzmán, y los demás personajes del Gobierno, sienten, de súbito, volver a levantarse de la calma de la Biblioteca, la figura de Espejo. Sintieron un estremecimiento de pavor. El Rey de España y los Virreyes de las Colonias no podían detener ya, a esas horas, el movimiento de subversión que, a las claras, se venía operando, con más o menos intensidad, a lo largo de las colonias. Pusieron en juego entonces la fuerza de la autoridad y la aplicación de los castigos extremos para los sediciosos.

El Presidente de la Audiencia, recopiló cuánta acusación había recaído anteriormente sobre Espejo. Se refirió a sumarios y causas, a libelos y pasquines, a todo lo que, como actividad política se podía atribuir a Espejo.

(1) Este diálogo consta en el tomo VII, págs. 212 y 213, de la Historia del Ecuador, por Monseñor González Suárez.

Don Marcelino Pérez había sido apresado, el primero. Pero, poco después de su prisión, nuevos carteles, que contenían encendidas incitaciones al pueblo para la rebelión, habían sido colocados, a pesar de la rigurosa vigilancia que desplegara el Gobierno.

Mientras tanto, mujer al fin, Francisca Navarrete, revelaba el diálogo que había tenido con su amante, el Cura Juan Pablo, a su madre. Y, más tarde, ambas lo trasmitían a Fray Manuel Navarrete, de los franciscanos, hijo y hermano de las denunciantes. Con la precipitación del caso, el franciscano trasladó, a su manera, semejante noticia al Gobierno.

Al Presidente Muñoz de Guzmán no le hacía falta otra cosa. Tenía ya la prueba que venía a afirmar sus presunciones. Formuló su denuncia al Virrey de Nueva Granada, que contenía, entre otras, la acusación de que Espejo tenía cohechados a un barrio y un Batallón de Quito, listos para la rebelión. Y ordenó instaurar el proceso de Ley.

Espejo sabía lo que se fraguaba en su alrededor. Alzada, de nuevo, contra él la iracundia del Gobierno, comprendía que estaba cercado por su secreta vigilancia. Le seguirían sus pasos, día y noche, hora tras hora. Pero no por esto desmayaría en su lucha, y desde las sombras de la Biblioteca, su trinchera, su carcel y su vivienda, centuplicaría, con todo su esfuerzo, el combate por la realización de sus ideas.

Así transcurre un año y algunos días desde aquel en que se colocaron las banderolas en las Cruces de la ciudad. Durante este tiempo, el Presidente de la Audiencia, ya pudo acumular cuánta prueba era necesaria para subir a Espejo a la horca. Le acusará de que fué y sigue siendo un libelista contumaz; de desobediencia al Rey cuando no quiso marchar a la Expedición al Marañón; como a autor de "El Retrato de Golilla", aquella "sátira sangrienta, de la cual dijo Villalengua: que cualquiera Tribunal de Europa tendría lo

bastante para encerrar a su autor en un castillo de por vida"; le acusará de haber aplaudido la decapitación del Rey de Francia y el levantamiento indígena de Tupac Amaru, de ser adicto a la Revolución Francesa y a los Derechos del Hombre; le acusará, sobre todo, —y todo, en buenas cuentas es cierto— de propagandista de las ideas emancipadoras en América y de ser él mismo, en persona, uno de los Jefes y Apóstoles de la revolución. De elemento peligroso para la soberanía de España.

PRISION Y MUERTE — 1795

El día viernes, 30 de Enero de 1795, al anochecer, Espejo permanecía en el escritorio de la Biblioteca Pública, en actitud meditativa. De pronto vió entrar en ella al Presidente Muñoz de Guzmán, seguido por un sobrino suyo y el Escribano Juan Ascaray y cinco sicarios armados. Le intimó prisión en nombre del Rey, y le hizo conducir de inmediato a la Carcel de la ciudad.

Allí ordenó que le colocaran grillos y le mantuvieran en absoluta incomunicación. Al cerrarse las puertas de la celda, principió para Espejo la tenebrosa noche de su martirio, de su agonía y de su muerte.

Al mismo tiempo su hermano, el Cura Juan Pablo, recibía sentencia de reclusión, por dos años, en el Convento de Misioneros de Popayán. Su otra hermana, la abnegada María Manuela, impotente y desvalida, sólo tendría lágrimas para llorar tan triste desventura.

Sin libros, sin recado de escribir, prohibido del contacto con las gentes, Espejo principia a vivir una de esas tragedias, escapada, por su monstruosidad, de la historia humana. Solo, en la más siniestra de las soledades. Agobiado y sujeto por esos hórridos grilletes que le inclinan a la tierra, pesada, inexorablemente. Escuchado y vigilado a cada instante, como si temiesen que por una demoníaca tau-

maturgia pudiera filtrarse y escaparse por los finos intersticios que sólo permiten la entrada de una luz amortecida. Abrumado con todas las privaciones.

Los patriotas criollos, amigos y confidentes de Espejo, nada tampoco pueden hacer por él. Saben que su intervención significa a los ojos del Presidente, complicidad en los planes revolucionarios. Su labor de defensa debe ser prudente, oculta.

Espejo se siente sepultado en vida. Sin la más mínima esperanza de salvación. Se sabe condenado irremisiblemente. Y su batalla interna, la batalla de su espíritu, adquiere los relieves de lo intraducible. El tiempo adquiere para él dimensiones infinitas. Las noches se suceden a los días, interminables, atormentadoras. No le quedan sino su memoria y sus recuerdos que son sus compañeros invisibles. Ellos pasan y repasan, en procesiones que le provocan emociones alternas, de dolor y de amargura las más, de satisfacción y alegría las menos. Muchas veces el cóndor interno, el de su alma, se revela en intentos de arrancar sus amarras, para caer de nuevo vencido en su impotencia.

Sin libros y prohibido de verter sus pensamientos! Tiene que llevarse a la eternidad todo lo que él hubiera querido, impaciente y desesperado, transmitir a su pueblo y a la historia. Nunca hubo suplicio humano semejante. Una fiera le gritaba adentro, encadenada. El, cuya vida y cuyo saber los había sacrificado por la libertad. Que comprendía la libertad como el derecho divino e inmanente de los hombres. Que no concebía la vida humana, sino suelta bajo los cielos hondos y amplios de la libertad.

Nunca, sin embargo, pasa por su conciencia una sombra, la más leve, de arrepentimiento, ni en los minutos más acerbos de dolor y sufrimiento. Hubiera en ese trance trágico querido participar algo de lo que tenía en su cerebro a los suyos, a los amigos que comulgaban con sus aspiracio-

nes. Hubiera querido alentarles en la lucha, orientar sus pasos, encender sus luces.

En medio de su noche martirizadora, alumbra para sus ojos la luz íntima de su propia satisfacción. Tiene conciencia de todo lo que ha hecho. De haberse inmolado por la felicidad humana. De haber sembrado simientes de eternidad, que han de fructificar un día.

Hacia Junio de 1795, el Presidente de la Audiencia recibe órdenes terminantes del Monarca español "para que se apague el fuego de las conjuraciones, sin escatimar ningún medio para terminar con el peligro".

Muñoz de Guzmán ordenaría entonces ejercitar una mayor vigilancia a Espejo. Cuando por influencia de alguno de los miembros del Gobierno, y por apremio de algún enfermo notable, se pedía la intervención del doctor Espejo, le sacaban de su celda con las más grandes y estrictas seguridades. Espejo era una sombra de sí mismo. Las gentes le miraban conmovidas. Sin embargo él tenía la suficiente fortaleza de ánimo para cumplir con su misión humanitaria.

Aunque los sicarios que bien interpretaban las órdenes intencionadas del Presidente, de redoblar la vigilancia a Espejo, no hubieran procedido a envenenarle materialmente, su organismo, que fué estructura de fortaleza, en el suplicio de la prisión principió a derrumbarse, carcomido por la disentería. Entonces no le permitieron tampoco que pudiera aplicarse sus propias recetas. Al martirio de su alma, se unió el de su enfermedad corporal. Debió desear Espejo vehementemente la presencia liberadora de la muerte.

El Presidente Muñoz y más áulicos verían en la enfermedad del Precursor, la ruta que les inhibía de llevarlo al cadalso, cuando la sentencia final de su proceso, como ellos lo esperaban, se produjera. No era ese, por cierto, su destino.

Cuando supo el Gobierno que la enfermedad de Espe-

jo había provocado su agonía, dió su autorización para que le llevaran a su casa. Allí le recibió su hermana Manuela, y quizás su discípulo y amigo, José Mejía Lequerica, quien contraerá matrimonio algo más tarde con la sacrificada y heroica hermana del Precursor. Tiene aún fuerzas para arreglar los asuntos de su conciencia y de sus bienes. Procede como cristiano, y otorga, además, su testamento, el 23 de Diciembre de 1795. Cuatro días más tarde, el 27 se ha apagado corporalmente para siempre.

Su cadáver fué trasladado a una de las bóvedas de la Iglesia de la Recolectión de Nuestra Señora de las Mercedes.

La Partida de Defunción, reza: "En veintiocho de Diciembre año de mil setecientos noventa y cinco: el doctor don Joaquín Lagraña, trasladó el cadáver del doctor Eugenio Espejo, a la Recolectión de la Merced, murió socorrido de todos los santos sacramentos y para que conste la firmo. Mariano Parra."

Capítulo de la Biografía del Prócer Ecuatoriano.

CENIZAS DE CALCIO

LA DANZA PERPETUA

El hombre, en su caja de carne, se descoyunta y ordena su esqueleto de marfil.

En la tabla del día, danza, se revuelca, llora, ríe el camino brillante de sus dientes al ritmo de la guitarra del sol.

Agobiado, mordido por la penumbra, tira la caja húmeda de su cuerpo al lienzo de la cama...

La sábana de la noche esconde el garabato de su cuerpo magro.

Boca arriba, el cráneo apunta lejos. Y lanza las uvas de sus pupilas al canasto del cielo.

La beatitud de una estrella enfria su fiebre con la ceniza clara de su lumbre.

AMOR, AMOR

¡Oh, el resplandor eterno de las osamentas!...

La carne, ebullición sonora de rubies; las arterias, carrizos para el canto irisado de los astros, laten, se encrespan, rugen al impulso bravío del instinto...

El oro encendido de los cuerpos embadurna el espejo atónico del silencio.

Y el vértigo de la sangre se derrama en el perfume escarlata de las rosas.

Cuando el pomo repleto de la mujer desborda la lava

blanca del hombre, el espíritu se alza en la antorcha del amor y calcina las manos temblorosas de la muerte.

TRIBUTO

Las horas son cenizas del reloj sonámbulo del hombre en la patena de la tierra.

El dragón del tiempo, enternecido, levanta en el músculo de su mano la patena repleta de polen.

Llega el aquilón y rompe los cortinajes del aire.

Las cenizas, amedrentadas, vuelan como lentejuelas de fuego a madurar la sal de la gleba.

La tierra es, entonces, la alcancía de la sangre del hombre.

Y el hombre, la moneda que paga al lodo su ansia de mantener enhiesto el candil de la vida.

POR TU BOCA

Si no fuera por tu boca, la tierra sería una lágrima destilando hiel de tiniebla.

Tu voz es nardo de llama, claridad de perfume en el pétalo azul de la tarde.

Cuando revienta en tu lengua la estrella de la palabra, me parece que me mojo en una ducha de luz.

Si la pena me diluye en un charco de agua clara, tu frase, brazo de sol, lo recoge en el cuenco de tu mano.

Si el júbilo relampaguea en el terrón de mi forma, es tu sílaba que corre por la pauta de mi espíritu.

Mujer de cristal y llama, flor de sonido preclaro, si no fuera por tu boca, el carbón de mi voz no tendría el eco de tu fogata.

RICARDO JAIMES FREYRE Y EL MODERNISMO EN AMERICA

I.—FICHA BIOGRAFICA

Una figura representativa del movimiento modernista en nuestra América es Ricardo Jaimes Freyre y el poeta más alto de todos los tiempos en Bolivia. Vamos, pues, a dedicar a esta personalidad cumbre de la estética de nuestro Continente un rápido boceto, para situarla en función de su historia cultural y presentarla en su significado humano de artista del verbo.

Ricardo Jaimes Freyre alumbra la primavera de su nacimiento el año 1868 en un hogar formado por el espíritu y la carne de dos seres consagrados a las bellas letras. Su madre doña Carolina Freyre, fué un exquisito temperamento poético, que vivió su existencia al amparo de la luz lírica y sólo la muerte selló con su silencio la palabra de la fecunda y magnífica poetisa, cuya obra maestra será Ricardo Jaimes Freyre. La belleza de sus creaciones dramáticas y líricas han colocado a Carolina Freyre de Jaimes en una hornacina de privilegio en la historia de las letras del Perú. Su padre don Lucas Jaimes Ilena con su nombre cincuenta años de las letras bolivianas, comprendidos entre fines del siglo XIX y principios del XX. Es uno de los talentos literarios más eminentes de la cultura literaria de Bolivia. Julio Lucas Jaimes, gran señor de la pluma, vive

y siente la emoción del romanticismo en sus más plurales y variadas formas, a las que anima con el estremecimiento espiritual de su talento proteico. Es famosa su Historia de la Villa Imperial de Potosí, siendo también muy difundidas sus tradiciones extraídas de la misma cantera potosina. Lucas Jaimes tuvo la seducción de su palabra llena de humor y de lozana ironía, el desenfado atrevido de su imaginación que realizaba el milagro de unir la tesitura aristocrática del estilo académico con el gracejo natural. Las tradiciones de Jaimes ofrecen un sello típico. Mucho hay en ellas la chispa diamantina de pura cepa española, pero lo que influyó silenciosamente y dulcemente en su obra no fué el humorismo cervantino, ni la jacara quevesca, sino la piedad irónica, la indulgencia jocunda. La risa de Jaimes tiene mucho de higiene espiritual por su optimismo y por su bondad. Así su gracia risueña no es cauterio, ni vitriolo quemante, sino humor pensativo. Lucas Jaimes contemporáneo de Ricardo Palma, que vivió por largos años en Lima, cultivaron sincrónicamente ese género literario de la tradición que tuvo tanto predicamento en el siglo pasado, donde sobre el zócalo de la pequeña historia florece el perfume de la gracia y del color. Ricardo Palma maestro indisputado del género con Lucas Jaimes animaron esa moda de la tradición, que tuvo sus raíces en las leyendas de Zorrilla, de Gustavo Adolfo Bécquer y en las narraciones de Walter Scott. Lucas Jaimes consagró los últimos años de su vida al periodismo, teniendo por tribuna a La Nación, de Buenos Aires, en cuyas columnas popularizó su pseudónimo de **Brocha Gorda**.

Ricardo Jaimes Freyre se acuna al arrullo de los poemas paternos y desde sus primeros días escucha el rumor de los papeles y el rasgueo de las plumas. Nada hay en el clima mental del niño y del adolescente que no sea literario. Mientras doña Carolina dicta conferencias y es consagrada en concurso dramático, su padre don Lucas, es Cónsul, periodista, bohemio y siempre en todos los momentos

de su vida hombre de letras. Los amigos y los enemigos de los Jaimes Freyre todos son poetas, escritores, periodistas y literatos. Pesaba, pues, sobre Ricardo el determinismo de la herencia literaria, que esta vez no fué traicionado, a pesar de las mismas leyes de la genética. A poco de leer y escribir Ricardo ya trazaba sus primeros poemas y de la infancia inteligente daría el salto a la madurez juvenil.

Una biografía de Ricardo Jaimes Freyre nos daría preciosos elementos para la descripción de una vida fecunda y que sin ser novelada, sería la novela de una realidad impresionante. Por ahora bástenos decir que nace bajo el signo del nomadismo, su destino será siempre andar por el mundo. Nace en la ciudad peruana de Tacna, ejerciendo su padre las funciones de Cónsul de Bolivia. Vive los años de su infancia y de su adolescencia en aquella Lima que en forma de añoranza el poeta José Gálvez la llama la Lima que se fué. El año 1890 redescubre su patria que ya la conocía por las narraciones de su padre, a la que como todo hijo de diplomático la llevaba entrañablemente unida al espíritu de su progenitor. Al llegar a su patria es deslumbrado por el genio romántico de Mariano Baptista, que con su gran oratoria barroca gobernó el ambiente intelectual de Bolivia a fines del siglo XIX. Baptista conservador y demócrata es el candidato a la Presidencia de la República. La juventud de Jaimes Freyre encuentra en su patria como expresión literaria el crepúsculo de la fiesta del romanticismo. En estos momentos se hace presente en Bolivia una generación cuyos talentos y cuya obra todavía no ha sido superada. Los jóvenes contemporáneos de Ricardo Jaimes Freyre son Daniel S. Bustamante, escritor parnasiano, sociólogo y notable internacionalista; Belisario Díaz Romero, figura sapiente, de escandalosa erudición y de pluma brillante; Alberto Gutiérrez historiador de prosa densa y elegante que escribiría valiosas obras con las que ha enriquecido la cultura boliviana; Baustista Saavedra, mentalidad de severas disciplinas históricas y sociológicas que se

lanzaría a aventuras políticas. Luego figuraban como periodista Alfredo y Moisés Ascarrunz, Abel Iturralde, Pedro Kramer, Luis Salinas Vega, José María Camacho, Julio César Valdez... Todos actúan juntos, pero la política les traza áreas distintas, separándolos en liberales y conservadores. Ricardo Jaimes Freyre que tiene 24 años, gusta de aparecer como conservador al lado de su jefe Mariano Baptista del cual será poco después su Secretario Privado en la Presidencia de la República. Jaimes Freyre tomó posesión espiritual de su patria y no sólo la visita amorosamente, sino que se casa con una dama paceña. El año 1895 sale de Bolivia con rumbo al Brasil. Su padre ha sido nombrado Ministro ante la Corte del Emperador Pedro II y Ricardo lo acompaña como su Secretario. La revolución republicana del Brasil ancla a padre e hijo en Buenos Aires. Desde aquella fecha Ricardo Jaimes Freyre se comunica permanentemente con Bolivia a través del mensaje de sus obras. Vive en la Argentina desde 1895 hasta 1920. Viaja a Europa antes de la primera guerra mundial y vuelve a Bolivia en 1915. En 1920, depuesto el partido liberal por la revolución republicana y vueltos al poder varios de los elementos conservadores de la juventud de Jaimes Freyre, se alista al lado de ellos ingresando al Congreso como Diputado por la provincia de Sud Chichas. Jaimes Freyre ha transformado su personalidad política, convirtiéndose de conservador en hombre de izquierda enamorado del socialismo. Fué Ministro de Educación, Canciller de la República, Embajador en Chile y Representante a la Conferencia Panamericana de Santiago, Embajador en los Estados Unidos y en el Brasil. Muere en Buenos Aires el año 1933. Tal es la síntesis de la biografía de Ricardo Jaimes Freyre en su esquema exterior y de figuración.

II.—LA FIGURA DE JAIMES FREYRE

Era de estatura prócer, de recios músculos de acero, la altivez de su cabeza apolínea que arremolinaba la tem-

pestañeado de sus cabellos románticos se erguía sobre el pedestal de su pecho florecido de quimeras. Su rostro que había estilizado el buril de la idea y de la emoción, estaba patinado de bronceas paladices como anticipando la consagración escultórica de la posteridad. En la explosión de claridades de su mirada ardía la llama de la pasión pensadora y sus labios hechos para el sensualismo del verbo y del amor estaban ornamentados por la gracia de unos bigotes erectos y anacrónicos. La recia varonilidad de su figura, adquiría relieve en la vibración plástica de su voz, cuyo ritmo tenía las sonoridades acariciadoras del violoncello, identificándose a la cadencia del pensamiento. Su gesto nutrido de nobles esencias cyranescas en su urbana expresión, era de hidalga gallardía y de aristocrática prestancia. Era imposible aislar la figura de Jaimes Freyre de la evocación de uno de esos caballeros españoles del siglo XVI y por eso se buscaba con curioso afán en su porte y en su indumentaria presentista la añoranza de la pluma en el sombrero de Flandes, la gorguera de encajes, la capa larga que delataba la vieja nobleza, la tizona templada que se rompía pero que no se doblaba como su alma, las botas de becerra, todo él como escapado del cuadro de Las Lanzas de Velásquez.

III.—LA PSICOLOGIA DE JAIMES FREYRE

Su figura nos da la clave de su espíritu. A su morfología de asténico concretado en displásico, asociaba su recia base sensual de gran emotividad y capacidad para el voltaje nervioso, Jaimes Freyre correspondía a ese tipo humano que los artistas en forma instintiva definen como un "temperamento" y que en realidad corresponden al esquizotímico de Krestchmer, al biblios de Hipócrates y al hipertiroideo de Nicolás Pende. Jaimes Freyre amaba intensamente la vida y por eso vivió bajo el signo de la angustia perenne de la muerte. La vibración de su base sensual

que vivía en el mundo de las ansias y de los deseos, se sublimaba en su fantasía y en su imaginación de varón estético, a través de la emoción de la vida y de la belleza. Era una naturaleza patética que dramatiza su propia vida, que tuvo el sentido heroico de la existencia y eso que los psicólogos han dado en llamar la expresión himnica de la vida, para diferenciarla de la actitud romántica. Jaimes Freyre no fué el romántico que se evade sin luchar a un mundo fantástico, sino el esteta que puso su emotividad al servicio de la voluntad de belleza. Como poeta que quiso modelar su vida con la precisión y pureza de una obra de arte, actuó con energía inteligente y tenaz. Su vitalidad moral impulsó a su obra con un fuerte estímulo de actividad. La voluntad de dominio tuvo para Jaimes Freyre principalmente un contenido de creación y de renovación. Su juventud estuvo orientada a la lucha, a la transformación de los valores y en la madurez se refugia en el aislamiento de su dignidad y de su orgullo. No luchó, pero se mantuvo vertical y enhiesto. La voluntad de Jaimes Freyre es el motor de su emoción activa de su vida, que casi en todos sus actos está exultada de un aliento dionisiaco. Orgulloso como Byron no tuvo la debilidad del cortesano, fué siempre un hombre digno.

Krestchmer nos confirma en la expresión del carácter de Jaimes Freyre, que revela parentescos psicológicos con los grandes poetas. "La complexión de Schiller, Uhland, Holderlin, Novalis, Platen muestra en sus retratos, dice el autor de *Figura y Carácter*, en sus retratos no idealizados el hábito asténico leptosomo inconfundible. Sus figuras altas son muy conocidas, con las extremidades largas, la piel delicada, el rostro oval fino, la cara media muy alta, con la barbilla y la nariz afilada y corva. El formalismo artístico del esquizofrénico, que corresponde a la morfología del asténico, se distingue por su tendencia a la construcción sistemática, rigurosa de la obra artística y en cuanto al modelado del detalle se expresa con preferencia por el verso sonoro,

el ritmo limpio y la expresión selecta. En el promedio de los poetas esquizotímicos la belleza artística particular está más en el elemento acústico, en la música de las palabras y en tal aspecto rinde maravillas."

Al describir el temperamento de Jaimes desde el punto de vista de la clasificación hipocrática, nos encontramos de acuerdo con el estudio de Periot que coincide extrañamente con las formas psicológicas de la estética de nuestro poeta, y quien por sus formas externas pertenecía al tipo bilioso. "Siguiendo su profunda necesidad de realización el bilioso se esfuerza en traducir en símbolos sus sensaciones de arte. Quiere dar cuerpo a su emoción estética y hacerla perdurable al plasmarla en la materia. Pensará en el obligado estilo de su espíritu, es decir, con su imaginación creadora y no por contemplación, sino por metódica reflexión. La obra humana del cerebro del bilioso debe salir pensada y compuesta, lista como Minerva del cráneo de Zeus. El bilioso busca sus inspiraciones y modelos en sí mismo, y será siempre un realizador y un innovador."

Su somatología de hipertiroideo en Jaimes Freyre está caracterizada por su rapidez creadora y por la realización constante, asociada por la inquietud de tendencia taquipsíquica. La cerebración de Jaimes Freyre es la del hipertiroideo superior que vuela en las altas cúspides de la pirámide pendeliana, con las características del hombre de élite.

En la vida de Jaimes Freyre hay un detalle de gran interés psicológico. No quiso ser Presidente de la República. En este hecho se puede apreciar el conocimiento que tenía el poeta de sí mismo. Era un intelectual antes que varón de mando, y sabía que para el hombre de ideas y consagrado a la belleza no había mejor sitio que la Presidencia de la República para el fracaso. Así Jaimes Freyre ha dejado su nombre de intelectual puro sin la penosa sombra que otros que fueron seducidos por el sirenismo tentador que tiene el brillo del mando. No es que Jaimes fuera

modesto. Todo lo contrario, era orgulloso porque amaba la gloria, pero no el poder.

IV.—LA FORMACION MENTAL DE JAIMES FREYRE

Al trazar el perfil de la personalidad de Ricardo Jaimes Freyre, importa que busquemos las líneas centrales de su formación mental. El poeta al morir deja una biblioteca de cinco mil volúmenes. Jaimes Freyre desde su adolescencia fué un apasionado lector y casi puede decirse que no tuvo otra universidad que los libros, de tal forma que su cerebro ávido absorbía los conocimientos más variados y múltiples. Esta fué su primera reacción antiromántica: la erudición y el estudio. Los románticos en términos generales fueron gentes de pocas lecturas que confiaban más en el fuego de su inspiración y en la rapidez de su espontaneidad.

Para apreciar mejor los aspectos de la formación mental de Jaimes Freyre conviene que tracemos la proyección de las influencias estéticas y filosóficas de Europa sobre nuestra América. El estudio de las corrientes de la emoción y del pensamiento europeo desdoblado sobre nuestros medios circundantes, adquiere un valor muy especial, cuando se trata de profundizar el conocimiento y reconocimiento de nuestros estilos nacionales. El siglo XIX con la expresión de su universalismo conquistó el escenario espiritual de nuestros países hispano-americanos. La aspiración unánime de todos ellos fué el acercarse a Europa y buscar allí las fuentes de su inspiración y de su reacción cultural, hecho que producía sin repugnancia, precisamente porque en la mentalidad del mundo se presentaba el paisaje del universalismo, opuesto al contenido nacional, que con el curso de los años habría de surgir en la misma Europa. En el siglo XIX se identificaba nuestra mentalidad americana con las esencias y las formas de las corrientes literarias y filosóficas, mientras que en la actualidad y esto desde los úl-

timos treinta años del presente siglo XX, la emoción es nuestra, aunque la técnica es de extracción foránea. Vemos pues, que el fenómeno de las influencias literarias hasta hoy no ha perdido su valor, aunque ha cambiado de rumbo. Por esto creemos que ayer como hoy nuestra cultura americana, tiene un privilegio sobre las demás, y es que al mismo tiempo que profundiza sus raíces en los estratos de nuestra tierra, puede elevarse hacia el cielo y allí absorber en amplitud oxigenada todas las formas de la cultura universal sin exclusivismo y con dirección selectiva y formativa. La mentalidad de Jaimes Freyre respondió, pues, a la formación de su tiempo y fué esencialmente universalista, porque creyó en la comunidad de la cultura humana bajo el signo del humanismo, de aquí que hubiese buscado como temas de su inspiración expresiones exóticas de los Trianones, de los Versalles, de las Walkirias y de los dioses escandinavos. Entonces se pensaba más en el sentido de los horizontes mundiales que en el arquetipo profundo de los tópicos nacionalistas, trazados por el hecho diferencial. Hubo en Jaimes Freyre una rebeldía frente al pasado indígena. Su emoción lo hacía sentirse alejado de los tihuanacus y de los incas, a los que consideraba distintos a nuestra mentalidad. "Las costumbres indias —decía Jaimes Freyre— son tan exóticas para nosotras como para los europeos y un poema que celebrara las hazañas de Huaina Capac parecerían tan extraño como el que cantara a las de Gengis Khan. Hija de las viejas civilizaciones, nuestra poesía es un brazo del gran río poético de Europa." Nosotras aunque en otros términos coincidimos con el pensamiento de Jaimes Freyre. El Coloniaje es la placenta donde se ha gestado la actual vida de los países americanos, constituye el alma de nuestra tradición inspiradora, el fermento activo de la americanidad, que contiene todos los elementos de dimensiones del nacionalismo y que sin solución de continuidad se prolonga hasta el presente. El conocimiento de las formas sociales y psicológicas del coloniaje importa,

pues dar los primeros pasos que nos dirijan hacia la creación de una filosofía nacionalista, que vitalizada adquiera vigor en el presente y se prolongue al futuro. La tendencia vernácula de proyectar nuestra tradición desde las épocas prehistóricas de Tihuanacu y de los pro-incas, importa dar un paso hacia un pretérito glorioso, pero al que nos une sólo la consistencia de la emoción romántica, basada en la arqueología. En cambio el Coloniaje, tiene la consistencia fluida, caliente, vivida y todavía actuante no como un mensaje, sino como una realidad fervorosa que nos asiste. Una implacable lógica social nos aísla y nos separa del mundo biológico de Tihuanacu y del Incario, y en cambio a la Colonia estamos ligados por el cordón umbilical de fuerzas vitales, telúricas y raciales. Así, aun la tradición de nuestra prehistoria nos llega en alas de la cultura colonial. Nuestro indianismo y nuestro mestizaje proceden de la Colonia y no de Tihuanacu o del Incario. Las grandes estructuras pretóricas como Grecia, Roma, Egipto, Tihuanacu, los Incas o los Mayas no son únicamente patrimonio de determinados pueblos, sino de toda la humanidad. En el momento en que actuó Jaimes Freyre su posición universalista no fué extraña y en cambio no se apreció su simpatía por la Colonia. Hoy el colonialismo de Jaimes Freyre es patrimonio común de la conciencia americana, resultando excluyente y postergada la tendencia universalista. Es que el nacionalismo cultural nace después del periodo modernista, a principios del presente siglo, y casi podríamos decir que el modernismo llevaba enucleado en su intimidad al sentido nacionalista del actual momento estético de nuestra América.

Un exámen rápido nos haría percibir las etapas diversas de la formación mental de Jaimes Freyre, que estarían indicadas por sus viajes. Su primera juventud es la de la cultura y asimilación hogareña, donde enriquece su espíritu principalmente con la lectura de los clásicos antiguos y españoles, iniciándose en la admiración de los grandes ro-

mánticos: Hugo, Goethe, Byron, Lamartine, Vigny... Luego definí una línea mental su presencia en Buenos Aires, donde estudia el momento literario de la Francia finisecular empapándose en las revistas y en los libros nuevos que llegaban de París. Así aprendió a amar a los parnasianos y a los simbolistas: Leconte de Lisle, José María Heredia, Sully Prudhonne, Francois Coppée, Catulle Méndez, Edmund Rostand, Jean Richepin, el Conde de Leautremont, Rimbaud, Verlaine, Mallarmé, Semain. Durante su vida universitaria en Tucumán, Jaimes Freyre se consagra a los estudios históricos y literarios, que tienen otras resonancias en su estructura intelectual. Es en este tiempo que Jaimes siente predilección por la literatura rusa y una gran simpatía por la situación política de este país. Es a principios de 1900 que Jaimes Freyre publica sus poemas dedicados a la muerte de León Tolstoy y a la Santa Rusia. Su viaje a Europa, en el cual visita las grandes ciudades de Francia, España e Italia, ofrece un nuevo florecimiento en el espíritu del poeta. Vive aquella Europa alegre y confiada de antes de 1914 y donde se nutre de las nuevas corrientes literarias, iniciándose en él poetas neosimbolistas como Charles Guerin, Bataille, Charles Peguy, André Gide, Gustavo Khan, Verharen, Paul Claudel, D'Anunzio, Paul Valery. La última etapa de la constante renovación de Jaimes Freyre, ofrece interés por su acercamiento a la revolución rusa y a sus principios. No es un militante, peso eso sí, es un hombre alistado en el pensamiento social que abre un nuevo ciclo en la evolución de la política del mundo, semejante al que trazó la revolución francesa en el siglo XVIII. Es en este momento de su vida cuando Jaimes Freyre tiene cerca de cincuenta años que profundiza en el estudio de la literatura universal. Desde 1920 hasta su muerte, el poeta se consagra a sus labores políticas y diplomáticas, aunque sus ansias de saber sólo se detuvieron juntamente con su corazón. Jaimes Freyre que poseía una cultura enciclopédica, fué un verdadero humanista al poner la sabiduría y el co-

nocimiento como fuentes filosóficas de su moral, de su estética y de sus realizaciones literarias. La conciencia erudita de Jaimes Freyre no fué un instrumento espectacular, sino la maceración de sumos, los cuales destilaron las esencias de sus perfumes poemáticos. Donde se podía percibir la maravillosa cultura de Jaimes Freyre de extensión humanista en el humanismo clásico y en el humanismo moderno era en su conversación y en su oratoria. En sus obras poéticas no revela su erudición sino su sapiencia. Jaimes Freyre no fué, pues, un poeta simple, rui señor que cantaba instintivamente, sino un hombre de su época que amó los libros, porque amó la vida.

V.—LA ORATORIA DE JAIMES FREYRE

Para apreciar al gran poeta que fué Ricardo Jaimes Freyre era necesario haberle escuchado sus discursos. La elevación de su oratoria daba la cabal forma y contenido de su espíritu. En sus discursos hubo tanta poesía como en sus poemas. Jaimes Freyre que era un corazón estremecido de sensualismo, tuvo el goce y la emoción enemorada del verbo. Era a través de su voltaje emotivo que transmitía la belleza de su palabra al auditorio. Jaimes Freyre en su oratoria fundía el encanto de todas las formas de la estética. Construía arquitecturas dominadas por líneas de geometría elegante, pintaba frescos cálidos de historia asistido por el caudal de su memoria pronta y luminosa, hacía danzar la alegría de su pensamiento en delicados como en arrebatados ritmos, y luego lo que animaba esta fiesta de la palabra, era la música del verbo que Jaimes Freyre sentía en el fuego íntimo de su más profunda entraña. Hablar para Jaimes Freyre era una voluptuosidad, con la que el auditorio se identificaba en una conjugación de belleza. Por el parlamento boliviano han desfilado figuras eminentes, para no citar sino a los muertos, como Casimiro Oloñeta de torrencial y fulgurante verbo, Mariano Baptista en cuya

oratoria de estructura barroca resonaban ecos de su genio tribunicio. Domingo L. Ramirez, el orador de reminiscencias termidorianas, de fecunda y brillante intuición de la moda castelariana, Jorge Oblitas el polemista, Daniel Salamanca el fakir de la idea, constructor paciente de estructuras de piedras ásperas y fuertes, preciso y formidable en sus grandes síntesis talladas de lógica. Pero ninguno tuvo la clara elegancia y el fervor de belleza verbal que Jaimes Freyre. El poeta representaba las propias obras que le dictaba su pensamiento, ayudado por la apostura de su gallardía personal, sus gestos que tenían el sello inconfundible del actor y su voz, que tenía todos los matices de la armonía, así la suavidad sedosa de la confesión, la gracia del allegro vivance, la fuerza de la entonación melodiosa y sus silencios cargados de tempestades que concluían en el rugido triunfal. Era, pues, en la oratoria que Jaimes Freyre se revelaba en toda la dimensión del varón estético.

VI.—LA GRAN AVENTURA DE LA REVOLUCION POETICA

Hablemos ahora de la gran aventura poética de Ricardo Jaimes Freyre. El siglo XIX agoniza en Buenos Aires, marcando el año 1896. Es un momento en que la poesía atraviesa una crisis de espíritu. Las grandes figuras de los cantores románticos son dioses en el ocaso, pero aún deslumbran. Los jóvenes de nuestra América señalados por el fuego azul de la poesía, sueñan con ser grandes poetas, pero no quieren repetir la fórmula de la poesía romántica. No se trata de heredar cetros, ni de tener un puesto al sol en los viejos dominios, sino de fundar nuevas dinastías y crear formas estéticas, que como diría Baudelaire les permitiera "hacer algo distinto". El romanticismo de nuestra América que por ser todo había sido una religión que tuvo por horizonte resplandeciente a la poesía. Había en las nuevas generaciones de nuestra América un anhelo fe-

cundo de lo que se llamó "torcer el cuello al cisne de la elocuencia" y concluir con la lluvia de antítesis y de metáforas del romanticismo. Los hombres nuevos de la poesía americana que se llamaban modernistas, traían una primavera inédita sobre el invierno del romanticismo, poniendo "gorro frigio al nuevo diccionario".

Por tratarse de un tema controvertido vamos a citar sobre el tópico del nacimiento del modernismo en Buenos Aires algunas autoridades eminentes. En primer término avanza la opinión de Alberto Ghirardo en su "Epistolario de Rubén Darío" y que dice así: "La amistad entre Jaimes Freyre y Darío la hizo indisoluble el arte. Unidos en una misma inclinación, el remozamiento de modos de expresión —rimas, ritmos y metros— cristalizados en el correr del tiempo, con iguales arrestos combativos, se lanzaron a la palestra armados de sus liras, tal dos caballeros del ensueño y en el campo de la luz se encontraron para no separarse, en espíritu, hasta la hora del triunfo y de la muerte. Llegó Darío a Buenos Aires y allí trabaron conocimiento y allí trazaron planes y allí fundaron juntos "La Revista de América", uno de los más serios ensayos de propaganda del modernismo literario entre nosotros. La vida que los había reunido por azar, los separó un día en el espacio, no en los ideales que siempre mantuvieron con verdadero tesón de iniciadores."

Juan Pablo Echague en su libro "Escritores de la Argentina", anota sobre la presencia de Jaimes Freyre en Buenos Aires el año 1896, lo siguiente: "Plegado al movimiento renovador que inició Rubén Darío, Leopoldo Lugones predominó pronto en el ambiente por su fuerza mental, continuación y complemento de su voluntad huracanada. Por primera vez chocaron en el antiguo Ateneo, para seguir luego la batalla en La Revista de América, las tendencias con el romanticismo —moribundo ya, pero un momento galvanizado— y el pseudo clasicismo en boga todavía. Darío, Lugones y Jaimes Freyre, conductores del levantamiento,

tenían de su parte la audacia y el ímpetu reformador de la juventud, sin contar la condición superior de sus talentos, y pasaron sobre la retórica y la poética de la razón como esos ventarrones vivificadores que refrescan los estíos de la atmósfera caliginosa."

Rafael Alberto Arrieta en su estudio titulado "El Libro de Versos en la Cultura Argentina", al hablar de la importancia de la obra de Jaimes Freyre, se expresa en la siguiente forma: "Recordemos aún otro libro de versos que umpara la ciudad cosmopolita, en 1899 y que cruza también el mar, para decir su nueva en el solar de la lengua, Castalia Bárbara del boliviano Ricardo Freyre."

Arturo Torres Rioseco en su libro "Vida y Poesía de Rubén Darío", al tratar el tópico que anotamos dice así: "En unión de Ricardo Jaimes Freyre fundó Rubén Darío una revista literaria, que tuvo a pesar de su breve vida mucha importancia en la fundación del modernismo, La Revista de América. La revista dejó de existir al poco tiempo de haber sido fundada. También se afilió Darío al grupo de intelectuales del Ateneo, asociación de espíritus dinámicos y muy modernos que promovieron una cordial y vigorizante agitación de ideas en Buenos Aires. Los compañeros, según Rubén Darío le siguieron, pero nosotros sabemos de más de uno que le sobrepasó en entusiasmo innovador: Ricardo Jaimes Freyre y Carlos Alberto Becú, iniciaron el uso de los versos libres a la manera francesa, en español, aunque el mismo Darío había publicado años antes versos de una gran irregularidad"...

Finalmente el único biógrafo de Ricardo Jaimes Freyre es el brillante escritor argentino don Eduardo Joubin Colombres, quien al referirse a la actuación del movimiento modernista de Jaimes Freyre dice lo siguiente: "Ricardo Jaimes Freyre, poeta de 21 años, no se quedaría inactivo a merced de la vorágine de la capital porteña. Años más tarde al iniciar Rubén Darío el movimiento innovador de la lírica castellana, Leopoldo Lugones y él se unieron a la lí-

rica nicaragüense con la firme decisión de paladines. Es en este entonces —1894— funda con Rubén Darío "La Revista de América". La amistad de Jaimes Freyre con Rubén y Lugones fué imperecedera. Se conocieron en las reuniones del Ateneo de Buenos Aires. Los tres se querían mucho y se encontraban en los cafés de la gran capital, felices de poder compartir ideas comunes. En ese tiempo revelador de inquietudes proféticas, apareció *Prosas Profanas*. Rubén Darío tenía 29 años, Lugones 22 y Jaimes Freyre 28. El libro conmovió al mundo de las letras castellanas. Al año siguiente de *Prosas Profanas* aparecieron *Las Montañas de Oro* y dos años más tarde salió a luz *Castalia Bárbara*. Los tres libros publicados casi simultáneamente presentaron caracteres comunes: fervor pagano, variedad de combinaciones métricas, imágenes simbólicas, descripción parnasiana. Estos tres libros iluminaron las sendas de la nueva poesía castellana. Puede decirse que el modernismo fué un movimiento esencialmente americano, pues, el ejemplo de Rubén Darío, Leopoldo Lugones y Ricardo Jaimes Freyre cundió luego en Cuba con Julián del Casal y Martí, en el Perú con González Prada y Chocano, en México con Gutiérrez Nájera, Díaz Mirón, Nervo, Luis G. Urbina y González Martínez, en Colombia con José Asunción Silva y Guillermo Valencia, en Venezuela con Blanco Fombona, en el Ecuador con Medardo Angel Silva, en Chile con Paoza Veliz y en el Uruguay con Herrera y Reissig y Armando Vasseur."

Queda señalada en esta forma el momento y el área histórica en la que actuó Jaimes Freyre como innovador del momento poético y como uno de los creadores del movimiento modernista en España y América.

VII.— LAS LEYES DE LA VERSIFICACION

Vamos a destacar ahora el papel de renovación y de creación de Jaimes Freyre dentro del modernismo. Su en-

sayo sobre Las Leyes de la Versificación Castellana nos da la clave de la obra que emprendió para la transmutación de los valores poéticos de nuestra América.

No obstante de los estudios de la crítica del lenguaje de don Andrés Bello y de otros notables estudiosos de los secretos del castellano en América, el movimiento modernista vino a demostrar el agotamiento de todas las variedades de la estrofa, sometida al corsé vulgar de la retórica de Hermocilla y de Raimundo de Miguel. Había tocado a Jaimes Freyre el papel de ser el inductor profético del nuevo verso castellano y hasta su aparición nadie había arrancado los secretos de la intimidad de nuestra lengua. He aquí que el profundo conocimiento que tuvo Jaimes Freyre de las literaturas clásicas y especialmente de la española le puso en el camino de sus descubrimientos y con la capacidad de formular las leyes de la versificación castellana. La obra del poeta boliviano es un breve ensayo que tiene la consistencia arquitectónica organizada por el conocimiento que tenía Jaimes Freyre de los estilos poéticos. Las Leyes de la versificación Castellana tienen un rígido contenido geométrico, que al mismo tiempo de ser una estructura musical, persiguen las líneas de la construcción lírica. Este bello ensayo está dividido en diez capítulos, el primero destinado al examen y crítica de las doctrinas precedentes. El segundo a la enunciación de la verdadera ley del verso castellano. Los capítulos tercero, cuarto, quinto y sexto están consagrados al desenvolvimiento de esta teoría y a su aplicación a versos conocidos y a la formación de nuevos versos llevándola hasta sus últimas consecuencias y procurando su comprobación experimental. El séptimo está dedicado a la formación de las estrofas y a las series según la ley de la rítmica. El octavo traza una escala de la versificación desde las formas simples hasta las más complejas. El noveno es un resumen de toda la teoría de un arte de métrica fundada exclusivamente en ella y el décimo es un estudio del moderno verso libre o polimorfo.

El año 1898, Jaimes Freyre tomó, pues, para sí la responsabilidad estética de salvar la poesía castellana no sólo como realizador de los excitantes de la vida efectiva y de la sensibilidad intelectual, sino sobre todo afrontando los problemas que están unidos a la raíz y esencia del idioma. Desgraciadamente los límites estrechos de la presente conferencia no nos permiten el analizar en su extensión la teoría métrica de Jaimes Freyre, pero nos bastará decir que realizó en nuestra América análoga obra a la que cumplieron en Francia Gustavo Khan que consideró la versificación como "una esencia de la armonía" y Francis Vielé Graffin que asignaba al verso libre el papel de una "conquista moral".

VIII.—CARACTER DE LA POESIA DE JAIMES FREYRE

Un notable crítico contemporáneo Wladimir Waidée, clasifica a los poetas en un grupo formado por aquello que en todo acto creador parecen abandonar algo de su propia substancia, de suerte que la creación en ellos viene a ser una especie de parto doloroso. El otro grupo está integrado por aquellos cuya producción poética sabe renunciar a la sangre y al dolor, pero cuya obra no accede a la luz suprema y parece condenada a arrastrar indefinidamente un gran peso de palabras muertas. Weindée, entre estos dos grupos sitúa a todos aquellos poetas que tratan de fundar una tradición estética nueva, de defender conscientemente los derechos de la poesía y de construir una plaza fuerte que les sirva de refugio contra la invasión enemiga. A esta última constelación de poetas pertenece Ricardo Jaimes Freyre, que se lanzó en una aventura propia, junto con otros altos espíritus de nuestro Continente, para crear el módulo inédito del modernismo. Esta postura del poeta autor de *Castalia Bárbara* y de *Los Sueños son Vida*, lo presentan al horizonte de las letras de España y América con una actitud original, denunciadora de una personalidad

también original, dentro del mismo ámbito de las influencias literarias.

Dentro de este concepto de las áreas estéticas el milagro de la originalidad de un poeta como Jaimes Freyre reside en las reacciones que las fuerzas espirituales extrañas hicieron germinar con un color propio a la vibración profunda de su temperamento, que lo arrastraba a la expresión simbólica y a la belleza acústica del lenguaje. La fuerza psicológica íntima unida a la propia biología hizo arder la llama original del espíritu de Ricardo Jaimes Freyre en contacto con el momento histórico que le tocó vivir. En el caso de nuestro poeta debemos utilizar las palabras de Paul Valery, al considerarlo como un lírico original no obstante sus influencias culturales, "porque ignoramos las ocultas transformaciones que las obras extrañas han producido en el significado que lo que ese poeta hace es demasiado complejo en relación a lo que fué hecho." Así, pues, tenemos en Jaimes Freyre un poeta original que produce para América un mensaje claro y distinto.

Ricardo Jaimes Freyre forma esa constelación de inteligencias atormentadas por la novedad y por la perfección. El autor de *Castalia Bárbara* y de *Los Sueños son Vida*, es el hermano de aquellos poetas, torturados por el anhelo de esculpir formas virginales que no tuvieran huellas en otros espíritus. La obra de Ricardo Jaimes Freyre por ese afán de quintaescencia es reducida en extensión, aunque fecunda y pródiga en profundidad. Frente a la obra poética de Jaimes Freyre se percibe esa fuerza de transparencias que acrisola en un deslumbramiento claridades, al mismo tiempo que sentimos la presencia del misterio y de hondas alquímias del pensamiento y del sentimiento.

La obra poética de Ricardo Jaimes Freyre se ofrece como una peripecia de audacia y de arrogancia espiritual. Realiza su obra casi en medio de la soledad, creando para sí un medio circundante propio, frente a la confusión y a la crisis literaria del momento. La poesía de Jaimes Freyre

re resuelve su estética en la creación literaria como fruto de la emotividad aplicada a la función intelectual. La poesía romántica se nutría de las esencias desbordantes de la imaginación, era como el reino del tumulto cósmico, la belleza extraída del crisol hirviente que vacía el oro líquido de sus metáforas en formas empenachadas. Los parnasianos y los simbolistas constituyeron una reacción frente a la exaltación romántica. Se realiza la poesía de la medida, de la armonía y del orden. Hay una expresión preciosista de cincelado exquisito, tallista pulcro y sabio. Ricardo Jaimes Freyre para la creación de su poesía se sirve de un instrumento extraño y noble que es la percepción inteligente en una de las más altas formas, avivada por el calor de la emoción y sostenida por la voluntad de crear, nutrida en todos los momentos por una sensibilidad fina, de la más fina exquisitez. Ricardo Jaimes Freyre realiza la poesía de las armonías inteligentes, una poesía alumbrada por una luz de sabiduría, pensadora y amable, llena de gracia. Su poesía es música pensativa y geometría elegante. Por esto es que la poesía de Jaimes Freyre no sólo la sentimos por la visión poemática, sino que también nos esforzamos por comprenderla. Tienen sus poesías el sellado misterio de una belleza que es necesario conquistar con amor y a la que el poeta ha puesto música y ritmo. La aventura poética de Ricardo Jaimes Freyre cuando publicó con Rubén Darío y Leopoldo Lugones La Revista de América, constituye una de las hazañas más heroicas realizadas en el Continente. Ricardo Jaimes Freyre que poseía un vigoroso talento oratorio, que sabía subyugar a los públicos con su palabra candente y persuasiva, cuando escribía sus poemas era el artista de la sintáxis macerada, de las formas ceñidas, de la esquematización verbal y de la riqueza exprimida en palabras llenas de sugerencias y estímulos. Su esfuerzo permanente es la depuración, esa lucha del régimen preferencial de las palabras sujetas a los

más finos y sutiles valores, para atrapar siempre un gesto estético definitivo, que puede llegar a tener la consistencia y la fijación de la eternidad. La música que circula en la obra poética de Ricardo, Jaimes Freyre, está ritmada con una ansiosa, alerta y recóndita sabiduría. Poseedor de los secretos rítmicos del idioma en la lectura de sus poemas escuchamos siempre esa armonía profunda que es hermana del silencio. Así, su poesía nos deslumbra, pero nos invita al goce estético de admirar emociones y pensamientos que toman la belleza de la expresión artística. Ricardo Jaimes Freyre nos ofrece su poesía tensa entre el mundo del ensueño y el mundo de la realidad, que como un sonámbulo corre en la línea sutil de la poesía, sorprendiéndonos con las más extrañas acrobacias que tienen la ilusionada forma de la transparente y milagrosa fuerza de la ilusión. Diríase que su afán poético es conseguir no deslumbrarnos, sino hacernos sentir nuestras propias emociones con mayor profundidad y con el anhelo de fundir las aristas del espacio con las volutas espirales del tiempo. Pero además de eso la poesía de Jaimes Freyre que es siempre música, es suavidad, escama de luz, alegría de sutilizas y de exquisiteces. Tiene un profundo sabor humano y ella se apodera de los grandes y permanentes temas de la existencia: el amor, el olvido, la esperanza, el dolor y la muerte. Canta también al heroísmo y a las expresiones primitivas de la existencia. La filosofía poemática de Jaimes Freyre tiene un hondo contenido de sensualidad pagana como sentido vital, porque se impone la belleza como realización de todos los valores. Su preocupación del no ser es un constante estimulante heroico, para el amor y para el sufrimiento, estando su poesía encendida de inquietudes y de fervores, en tal forma que hay un momento en que Jaimes Freyre quisiera convertirlo todo en música, para decir con más claridad y con más emoción su eterna angustia de vivir. El poeta cumplió su destino al haberse creado un lenguaje propio para

hacernos más sensible y bello el propio paisaje de nuestras comunes ansias y de nuestras permanentes interrogaciones del misterio.

Quito, 12 de Diciembre de 1947.

G U S T A V O A D O L F O O T E R O

BIOGRAFIA DE ESPEJO

I.—EL SIMBOLO DE AMERICA INDIA

Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y Espejo es el símbolo de América India. Aún su genio vertical, austero y severo, cual águila caudal, está cerniéndose en dilatada órbita que escapa a las mensuras caducas de patrones geométricos. Vigilante y siempre inconforme, parecenos que su vigorosa y extraña contextura espiritual supervive a cada momento, sobre todo allí donde es necesario crear, amonestar y corregir con sabia acritud y celo patriótico perseverante.

Si desmedrada y magra es la figura de Espejo, el contraste se ecentúa de modo harto sensible al volcar nuestra codiciosa atención en los lindes de su hermoso y alucinador señorío subjetivo. Y mientras más ordinaria y escurridiza veamos a la figura aquélla, la verdad es que más nos sentimos atraídos a su ser y aprisionados en las galas de sus dotes mentales.

Es que no siempre, por irreverencias irreducibles de la lógica, el talante garboso y mimado por las gracias, anda de brazo y en buenas migas con las bellezas del alma.

Espejo fué uno de aquéllos que no requirió el concurso de la simetría viva para poner por obra el inmenso caudal de su genio variado y múltiple, aunque a veces arisco y furtivo.

Si el dolor escociese con plenitud de fuego y de zarpa, hasta determinar su suerte definitiva y fatal, su cerebro mantúvose en pertinaz estudio y atalaya, y su carácter superose hasta la consagración inmortal.

Es por ello y por el color bronceado de su piel, mayormente definido en su rostro alargado y señero, aunque grave y de líneas modestas, casi humildes, rostro en el que aparece sin embargo, a despecho de todo, un aire inconfundible de un asceta, un iluminado y un sabio, el que Espejo constituya un auténtico símbolo de una raza en perpetua fermentación de ascenso y rebeldía, raza asentada en tierras maravillosas de redescubrimiento y de novísimos engendros de arte, ideales y cultura.

Nacido del gran idilio de un suelo feraz y bravío con dos razas batalladoras y antagónicas, se atropellan en su psicología los contrastes de esos progenitores. Desde luego, prevalece en él, con premura y vehemencia, el acicate perentorio de América India. De allí que no ceda terreno en sus conquistas, duras y fatigosas, llevadas a buen término, en busca de tierras de promisión que rindan el más sabroso y sagrado alimento para el espíritu; no de tregua a su cuerpo ni largas a su mente en la cotidiana y eterna tarea de atesorar, con avaricia enfermiza e insaciable, un acervo de conocimientos medulares y de la más variada índole, acervo que constituyó a la postre, el reducto formidable de su erudición robusta y envidiable.

Y lo que es más, no cejó jamás en sus elevados designios encaminados a obtener que fuera una realidad promisoría y tangible, su ardoroso y noble ideario de libertad e igualdad, que diera al traste con la ominosa y brutal servidumbre del coloniaje. Y estos designios, que fueron su apostolado y su obsesión patriótica, le condujeron, de trecho en trecho, al sacrificio final que, al consumir la estructura corpórea, enalteció al propio tiempo, su obra de redención y de cultura.

Espejo es símbolo elocuente que se eterniza en las entrañas de una raza indómita y febril, raza que ha puesto en juego todas sus energías para alcanzar su cima.

Espejo político y combatiente, revolucionario y zahareño, cuaja mejor con el limo gentil que dióle la vida. Su pensamiento, al convertirse en tea incendiaria, es el verba anunciador que conmueve la arcadas graníticas andinas.

Por ésto y por todo, que Eugenio de Santa Cruz y Espejo sea símbolo e inspiración pralífica.

II.—ESPEJO ERUDITO

El hombre pensador y caviloso tiene ya su pátina indestructible. Ya está barnizado de tiempo decenas de veces. Ya está, de este modo, depurado y eterno, cabal y perfecto, en su nimbo de luz.

Sus obras, sus libros, patrimonio son de la riqueza cultural de su suelo ecuatoriano, de América, y de la propia humanidad. Sus enseñanzas, predicciones e inquietudes anímicas, han penetrado ya en la gran corriente social a la que afluyen sólo las aguas nutricias embebidas de ciencia, de bien y de virtud.

"Espejo es, sin disputa, el autor más erudito y el escritor más fecundo y variado entre todos los del tiempo de la colonia", dice, con llano y diáfano convencimiento, el ilustre polígrafo, monseñor González Suárez, y a no dudar, este juicio crítico, tan breve como acertado, nos ha sido singularmente grato consignarlo, bien así por la autoridad de que proviene; bien así por la expresiva verdad que de él emana.

Debemos recordar que Espejo vivió en una época impropicia para satisfacer los continuos requerimientos de su ingenio, y en un medio solapado y hostil, incapaz de comprender su personalidad vigorosa y excepcional.

Dedúcese de allí, que al pretenderse apreciar la eru-

dición de tan insigne compatriota, tengamos antetodo que hacer clara y desapasionada memoria de lo que fué aquella lejana época histórica.

No está en nuestro ánimo, por cierto, distraer la bondadosa atención del que nos lee, con recuentos de cosas y hechos que a más de sabidos, acaban en definitiva por cansar y hostigar. Nuestra intención, par ello, es más sobria y concisa, aunque no por esto disconforme con la naturaleza de este trabajo, ni tampoco restada en fervor, que contrarie nuestros sentimientos y nuestros abnegados como sinceros afanes.

Si la erudición la hemos de entender en su lato sentido, y no como el resultado de una literatura artificiosa, como en veces suele acontecer, es inconcuso que la colonia no fué el medio más a propósito para el florecimiento de las artes, de las ciencias, y de las letras, y en mayor medida, en colonias que, como la de la Presidencia de la Muy Noble y Muy Leal San Francisco de Quito, distinguióse por su profundo aislamiento místico y por su conturbado sentido de la religión, el cual sumía a las pobres gentes en un excesivo hábito hipocritón, saturado de fanatismo.

Débase a ello que en dicha Colonia, todo tomó el tinte y el olor monacal. La ciudad, con sus calles tortuosas, estrechas y oscuras, pavimentadas de trecho en trecho, abiertas en medio para los usos más opuestos, pues en su lecho corrían aguas que servían lo mismo para beber que para otros menesteres, no fué ni tuvo nada de tal. Las casas, aún las de personas acomodadas, fueron de estilo conventual, con grandes patios y pocas ventanes con enrejados de hierro, habitaciones oscuras y poco acogedoras, hechas adrede y a tono con la época. La población, en general, de porte recogido, cabizbajo y melancólico, con almas sufridas y como en perpetua pena y confinamiento.

Y enmarcando este cuadro desolador, triste y mezquino, levantábanse desafiantes y tentaculares, las iglesias y

conventos de frailes y monjas, en los solares más extensos y estratégicos de la incipiente capital de los quitus.

Agréguese a ésto aquella depresiva y ominosa división de clases y castas; el atraso, la ignorancia y la estolidez de los individuos; reducida la educación a un mínimo porcentaje, mínimo reservado para las minorías privilegiadas y pudientes, y ya se tendrá una visión completa de tan lejano ciclo de la historia ecuatoriana.

Espejo, por tanto, debió realizar un esfuerzo cada vez más apremiante, a medida del avance de su cultura. Ya no sólo para seguir la línea ascendente de sus conocimientos, sino para sortear los frecuentes peligros del ambiente hostil y deforme que le hubo rodeado por doquier, peligros a los que se vió siempre expuesto por su carácter voluntarioso y despectivo, única arma, desde luego, que le sirvió para enfrentarse, ya no sólo contra su propio complejo de sangre y alcurnia, sino para luchar con ventaja y humillar a sus enemigos.

No cabe duda que el Precursor formose un concepto cabal de los hombres y de las cosas de su tiempo, y a sabiendas de su inteligencia superior, de su perspicaz observación, y de sus estudios nada comunes, no desaprovechó oportunidad alguna para poner en juego sus brillantes facultades, con lo cual, si bien hubo de lograr que se pusieran en cobro sus oponentes, habiáanse de aumentar, también, el número de los egoístas y envidiosos.

Para Espejo, las adversidades y fisuras constituyeron un estímulo, y fueron en cierto modo, su inspiración.

Dónde encontrar los textos y libros necesarios que fueran sus fuentes de consulta y sus mentores solícitos y complacientes que, orientando su pensamiento, lo librarán de dudas e incertidumbres?... Si la propia metrópoli anduvo por aquel siglo de capa caída y a tientas en Bellas Artes y en los demás géneros del saber humano, hasta cuando advino la pomposa etapa del Romanticismo?...

Empero, coligese que el Genio se las compuso, con de-

nuedo y diligencia, hasta lograr el objeto de sus desvelos y fatigas y el de su aderezamiento espiritual. Poseedor garboso y ágil, como en propios dominios, de lenguas madres como el latín y el griego, y luego las romances, como la francesa y la vernácula, adentrárase, no hay duda, en el profundo saber de los clásicos, tomando infolios de aquí y de allá, como la suerte le deparara, atisbándolos y recojiéndolos con ojo certero y ávido, e igual ocurriríale con volúmenes de autores franceses y españoles.

Y es lo cierto que después de revisar todos los trabajos, estudios y obras de Espejo, llégase a la conclusión indiscutible de que tan ilustre patriota abarcó y conoció muchas ramas del saber humano, aun cuando su propio frenesí y obsesión de saber mucho y de variada índole, vedale dominar alguna de aquéllas.

Ello no obsta, por supuesto, para que dejemos de reconocer en él, al enciclopédico y al erudito.

Este juicio, por cierto, por modesto y por vacío de novedad, constituye ya una suerte de ley obligatoria, y al consignarlo, no hacemos sino repetir, con respetuoso asentimiento, lo consagrado por la crítica más autorizada.

Se nos permitirá transcribir, en este punto, este bello y acicalado pasaje de González Suárez, de su obra crítica sobre Espejo y sus escritos:

Dice:

"El talento natural de Espejo era muy aventajado, su inteligencia clara, su comprensión fácil y su memoria feliz para recordar y retener lo que leía u oía; pero su ansia de estudiar y de saber a un tiempo muchas cosas no le permitió profundizar a fondo ninguna ciencia. Era muy erudito, había leído mucho; pero no había ahondado en materia ninguna.

Como escritor no raya tan alto como político; no es elocuente, sino erudito: amaba la literatura; pero no fué **literato**. Para expresarnos con el mismo lenguaje de Espejo, diremos que anhelaba ser un **bello espíritu**; mas no lo con-

siguió: su pluma fué pobre en elegancia y, por eso, sus escritos están llenos de erudición, pero carecen propiamente de belleza literaria.

Sentía hambre de saber: dotado de ingenio nada común, entregado al estudio, llegó a poseer, en breve tiempo, conocimientos muy superiores a los que tenían las personas, que en la colonia gozaban de la fama de ilustradas: Espejo cayó en la cuenta de su superioridad y acometió la empresa, ardua y peligrosa, de desarraigar las preocupaciones de sus contemporáneos en punto a las ciencias y a las bellas letras."

III.—ESPEJO MEDICO E HIGIENISTA

Felix qui potuit rerum cognoscere causas.

El 27 de diciembre de 1892 tuvo lugar el grandioso homenaje que tributara a Luis Pasteur la Academia de Ciencias de París. En tan memorable ocasión, después que M. d'Abbadie hubo entregado a Pasteur la gran placa de oro grabada por Roty, M. N. Bertrand y Daubree, el ilustre cirujano inglés, Lister, en nombre de la Sociedad Real de Londres, pronunció estas muy significativas frases:

"Verdaderamente, no existe en el mundo entero individuo alguno al cual deban más que a vos las ciencias médicas. Gracias a vos, la cirugía ha sufrido una completa revolución que la ha despojado de sus errores y ha ensanchado casi ilimitadamente su poder eficaz.

La medicina no debe menos que la cirugía a vuestros estudios profundos y filosóficos. Habéis descornado el velo que durante siglos habia cubierto las enfermedades infecciosas. Habéis descubierto y demostrado su naturaleza microbiana; gracias a vuestra iniciativa y en muchos casos a vuestros propios trabajos especiales, hay ya una multitud de esos desórdenes perniciosos cuyas causas conocemos completamente.

Monsieur Pasteur, las enfermedades contagiosas constituyen, como lo sabéis, la gran mayoría de las enfermedades que afligen al género humano. Bien podéis, pues, comprender que la medicina y la cirugía se apresuren, en esta ocasión solemne, a traeros el homenaje profundo de su admiración y de su reconocimiento."

Hacíase imprescindible la transcripción que antecede, para que resalte a lo vivo el enorme contraste que existe entre aquel homenaje justo, justísimo, tributado por lo más selecto y escogido del mundo científico, a una gloria del saber humano encarnada en Pasteur, y el indiferentismo frío, odioso y despectivo con el que se le escarneció a Espejo, a despecho de su calificada y firme omnisciencia, hasta sepultarlo en una zahurda infame y pestífera que arranque la vida a dentelladas intermitentes, y por lo mismo, más crueles y penosas.

Y si Pasteur asombra por su genio intuitivo, por su profundo raciocinio filosófico que le llevó a descubrir la auténtica verdad, y por su laboriosa y paciente labor investigadora que jamás le rindió ni doblegó, es muy razonable, o si se quiere, digno de excusa, que nos asombre más la tarea intrincada, compleja y maravillosa de Espejo, si hemos de tener en cuenta que todos sus estudios, análisis, meditaciones y deducciones, hubo de realizarlas en un ambiente embrionario y vacío de interés por todo aquello que se llamara ciencia; aún más, en un medio erizado de prejuicios y embebido de fanatismo enervador y claudicante.

Espejo, sin ni siquiera un mal laboratorio, sin protección ni estímulo alguno, solo y más que solo, atalayó los puntos visibles de la ciencia, y hacia ellos enderezó toda su atención y su vida misma.

"Reflexiones sobre la virtud, importancia y conveniencias que propone Don Francisco Gil, acerca de un método seguro para preservar a los pueblos de las viruelas."

Es, a no dudarlo, la obra de Espejo que más obliga nuestra atención y la que más nos lleva a inclinarnos reverentes y poseídos de cierta exaltada admiración, la misma que pronto nos conduce a una suerte de inexpressión beatífica, por obra de recogimiento y de justificada sorpresa.

Parécenos que en esta obra, Espejo puso todo su esmero, fincó todos los propósitos de su particular halago; escanció el vino aromado y selecto de su saber, y puso por obra sus preocupaciones y desvelos.

Es de presumirse, con bastante acierto, que el Precursor había estado a la espera de la primera oportunidad, como la que le brindara el Ilustre Cabildo Quiteño, al comisionarle para que diera su opinión sobre el sistema de curación y profilaxis de la Viruela, —la misma que por aquel tiempo azotó con viva virulencia a la población quiteña—, insinuado aquél por don Francisco Gil, de la Academia Médica de Madrid, Cirujano del Real Monasterio de San Lorenzo, para decir cuanto quiso, con desenfado y amplitud, y que ya le fuera ingobernable en su espíritu, sobre el torpe abandono en que yacía la capital, los males pestilenciales y horrendos que la cercaban y ahogaban, las funestas lacerías de que era víctima la población, especialmente la humilde y paupérrima, y los "Remedios" que eran menester emplear con premura, probidad y diligencia.

De este modo, en "Reflexiones", ocupose de todo y de todos, y con aquella erudición muy suya, y con un estilo claro, sencillo y diáfano, después de consignar sesudas consideraciones sobre las enfermedades infecciosas, las posibles causas de éstas que las resume sabiamente en el contagio generado por "atomillos vivientes", su opinión contraria y razonada a lo expuesto por extranjeras celebridades médicas de aquella época, concluyó por presentar los "Remedios" más eficaces que preserven a la ciudad de semejantes inficciones vergonzosas y repugnantes por todo concepto.

Entre aquellos, merece recordarse con ardimiento, los relativos a la **Higiene**, Desinfección, Asepsia y Dietética; **Sanidad**, Profilaxis en general, Cegamiento de acequias y limpieza de las calles y plazas con abundancia de agua; Aseo de la población y sanciones a los contraventores con intervención de las autoridades o alcaldes de barrio; sacrificio de ganado menor en el matadero público; control estricto de "comidas y bebidas"; "Limpieza Local de Quito"; Aislamiento total de Pthisicos y Hécticos, sarampionentos y virolentos, leprosos y los que padecen mal venéreo; Médicos y Hospitales, y **nutrición racional y eficiente** de las clases desvalidas.

Sobre esto último, estimamos de suma importancia, transcribir estos bellísimos, humanos, y prudentes párrafos de "Reflexiones".

"Sabe aún más, que la miseria y pobreza del común llega a ser extrema y le pone en estado de perecer. Y que su obligación es procurar su alivio y reparación, pues no en balde le proporcionó Dios que tocara en esta epidemia, y antes con sus manos esta triste verdad, y **que se le ofreciera esta ocasión de hablar públicamente en su favor**. Sobre todo sabe que a la escasez de viveres, se sigue indefectiblemente la peste; porque los **pobres corrompen la sangre**, volviéndola viscosa, melancólica y escorbutiza, en sola la consideración de un grave mal que les amenaza, y temen aún más allá de los justos límites que da al temor un juicio despejado y generoso. Sin saber cual es el instinto porque obran los racionales, se observa que, cuando se forman la idea de que un mal ha de ser común, es su aflixión sin consuelo, y propensa siempre a un ahogo mortal y, por decir mejor, a la desesperación. Desde este decaimiento de ánimo los pobres llegan a nutrirse de cuanto llega a sus manos; porque el temor del hambre, obrando en su imaginativa el espectro **de la misma hambre**, ya se la hace sentir, y padecer en realidad. Todos estos afectos son unas previas disposiciones para contraer **una epidemia maligna**

y contagiosa. Pues la observación constante de los buenos físicos y aún de los historiadores asegura que el hambre trae tras sí la calamidad y la peste. **Y esta empieza, ordinariamente,** entre las gentes de la infima plebe; porque su alimento es de los peores siempre."

"Véanse aquí las horribles resultas de una hambre, y éstas son las que debe prevenir la Policía, **procurando que haya abundancia de todo lo necesario. . . .**"

Frasas y advertencias son las transcritas que muy bien pueden encajar para todos los tiempos, ya que en vez de suavizarse o oblandarse la situación de los pueblos y ciudades, el hambre y la miseria arrecian de modo formidable, atroz e incontenible, desde luego, por los mismos motivos que ya los avisó y estigmatizó Espejo con su lenguaje franco y lapidario. Siguen creciendo más y más, en forma diabólica y despiadada, la especulación, la usura y los pésimos Gobiernos y autoridades encargadas de la **res pública;**

siguen adelante la miseria, la desnudez, la mugre, la suciedad, la falta de agua y jabón, y en fin, el atraso notorio del estado sanitario e higiénico de Quito. Siguen, en fin, a paso de vencedores, estos azotes fantasmales que diezman el capital humano y se ríen a carcajadas sobre sus despojos.

Cuánta razón tuvo Espejo, y cuán vanos fueron sus sacrificios !



Pero, ya que hubimos de traer a cuenta el homenaje a Pasteur, obligados nos sentimos a exponer lo concerniente a la erudición de Espejo en puntos similares a los que se ocupara Pasteur, y le llevaran a tan insigne investigador al rotundo éxito.

Debemos hacer formal y sincera confesión, en esta parte, que somos profanos en la materia, y que sólo un acariciador entusiasmo por el presente trabajo, nos ha lle-

vado a seguir los pasos luminosos del Precursor, asistidos y auxiliados, por cierto, por las diestras y hábiles manos de talentosos y prestigiosos médicos y escritores que, como Gualberto Arcos, de grata memoria, y Enrique Garcés, con sus admirables y medulares obras sobre Espejo, han agotado la materia, no dejando sino unas cuantas miajas para regalo de los aficionados.

Por tanto, se nos viene en barruntar, que si nos atrevemos a participar en un trabajo de especialización médica superior a nuestras fuerzas, es a conciencia de que vamos a incurrir en errores, y a hilvanar nuestros pensamientos como mejor podamos y nos sugiere nuestro pobrísimo ingenio.

Desde luego, queremos convencernos que mejor es confesar nuestras flaquezas, que buscar refugio acorriendonos medrosos y escépticos.



Felix qui potuit rerum cognoscere causas

Es de imperiosa necesidad reconocer que en realidad, son **felices los que conocen las causas de las cosas.**

El filósofo, el científicista, el psicólogo, el estadista, el político, el sociólogo, y hasta el simple observador, que llega a descubrir, sea por casualidad, sea por obra de una investigación laboriosa y delicada, las causas de un fenómeno o el porqué de una cosa, se estremece, o no dudarlo, de inusitada y copiosa alegría. Esta es su felicidad que no la cambia ni por todo el oro del mundo, llana y lisamente, porque es un descubridor, un inventor, un ser excepcional que pronto inteligenciará al Universo de aquello de que es poseedor afortunado.

Bien sabemos que la observación y el análisis datan de mucho tiempo atrás, desde cuando Bacon, con suprema visión, ahijó a la humanidad para que estudiara la natura-

leza y la observara con ahinco y devoción, ahinco que poco después condensose en el sistema positivista de Comte.

Conocemos, también, que la observación y el análisis, han surtido al mundo científico de las mejores armas y medios para descubrir las causas de las cosas, y por ende, de los secretos celosamente guardados por la Naturaleza.

Ahora bien, en tanto en cuanto no advenía al terreno científico aquellos nuevos principios y normas que arrancaban de aquesta matriz materialista y positiva, la anti-güedad, basada en meras elucubraciones apriorísticas y frías, admitió la **generación espontánea** como ley ineludible, y de este modo, mantuvo el criterio de que las anguilas nacían del légamo de los ríos, y de que las abejas provenían de los intestinos descompuestos de un toro. Sorprende, desde luego, que aún sin remontarnos muy lejos, el gran naturalista Buffon haya sido partidario de tales desvíos, los mismos que sólo fueron llevados al campo experimental, para probar su certeza, por el irlandés Needham, en el siglo XVII.

Spallanzini, por el mismo tiempo, repitió las experiencias de Needham, con el objeto de explicar la "fuerza vegetativa" de donde provenía **la creación**, pero ni éstas ni las recomenzadas después por Gay Lussac, Schulze y Schwann, dieron ningún resultado.

Los alquimistas de la Edad Media pensaban que la levadura tenía una especie de virtud de transmutación, y que la fermentación, aplicada a los metales, les permitiría transformar un metal vil como el hierro, en un metal precioso como el oro. Paracelso fué el primero que se acercó a la verdad, asimilando las fermentaciones a las enfermedades, pero ésto, por obvias razones, no pasó de ser una mera concepción vaga y sin base experimental.

El estudio formal de las fermentaciones sobre hechos, sólo comienza con el gran hombre de ciencia Lavoisier, propugnador de aquel sabio principio doctrinario que dominó hasta Gustavo Levón, resumido en "Nada se destruye ni se

pierde: sólo se transforma". Pero, ni este famoso químico, ni los que le siguieron, Gay Lussac, Gagniard Latour, Schwann, Halmotz, Liebig, lograron demostrar su verdadero origen.

El "conocimiento de las auténticas causas", le estuvo reservado a Pasteur.

Este ilustre sabio francés cuyo nombre y cuya gloria pertenecen al Universo, con acento vivo de eternidad, empezó inquietando y agitando fuertemente al mundo científico, con sus descubrimientos en cristalografía. Contó para éstos, por cierto, con el cariñoso y fértil aliento de sus maestros Balard y Biot.

Cuando la discusión sobre la "generación espontánea" tomó caracteres urentes, intervino Pasteur frente a Pouchet, su más irreconciliable y porfiado opositor.

Pasteur entonces, sentó esta doctrina: "Todo viene de un germen, y los animáculos que os parecen nacer espontáneamente en las infusiones y desarrollarse en ellas, provienen simplemente de los gérmenes y de las esporas que hay en suspensión en el aire. Hacéis mal vuestras experiencias, yo voy a recomenzarlas, y os probaré que las materias que consideráis como putrescibles no lo son cuando están rigurosamente al abrigo del aire."

Bien pronto, las experiencias que llevara a cabo, con la habilidad, precisión y escrupulo que le fueron peculiares, confirmaron plenamente, y con clamores de triunfo, su doctrina.

En 1862, la Academia de Ciencias discerniale un premio por su "Memoria sobre los corpúsculos orgánicos que existen en la atmósfera", y quedó iniciada desde entonces, la nueva ciencia denominada Bacteriología, de incalculables beneficios para la humanidad.

Ahora bien, mucho tiempo antes del nacimiento de Pasteur, ocurrido el 27 de diciembre de 1822, —Espejo murió el 26 o 27 de Diciembre de 1795— en una colonia española enclavada entre basaltos andinos, señorialmente

bautizada con el nombre de **Leal e Hidalga Ciudad de San Francisco de Quito**, un médico de raza aborigen, de escasos recursos y de modesta apariencia, desprovisto hasta de un mísero gabinete de trabajo, animado tan sólo por un fuego interior que alimentaba su inteligencia extraordinaria, fuego avivado continuamente por un abundante estudio que confluía en severa y galana erudición, discurría, en animado estilo y fuerte convicción, sobre iguales temas relativos **a la fermentación, la generación espontánea, y los corpúsculos o animálculos** (bacterias o microbios), que habían de provocar una violenta reacción en los medios científicos europeos, muchísimo después que dicho médico sentara sus sesudas y sorprendentes conclusiones.

En el citado trabajo "Reflexiones", encontramos en diversos párrafos del texto, todo cuanto se refiere a los puntos que dejamos consignados, párrafos que eslabonados con cierta diligencia y sin esfuerzo, podrían resumirse en un cuerpo de doctrina.

He aquí aquéstos, para que fácilmente se pueda apreciar su contenido fundamental; se hagan las consiguientes comparaciones y diferencias, si las hubiera, y finalmente, se obtenga la debida inferencia.

a) "... el aire es un conductor continuo, perpetuo, trascendental, y un cuerpo que, atrayendo hacia sí todos los efluvios variolosos, los dispara a todos los cuerpos humanos que no habían contraído de antemano su contagio:..."

b) "... es indispensable el contacto físico de la causa al cuerpo humano, para que en él se ponga en acción un **fermento peculiar**, homogéneo y correspondiente a la naturaleza del efluvio varioloso..."

c) De esta manera, toda la masa del aire —cita a Sydenham— no es más que **un vehículo para transmitir en vago**.

Luego, —deduce— el **aire mismo** no es la causa inmediata de las enfermedades; y **esas partículas** —Pasteur las

llama esporas o gérmenes— que hacen el contagio, son otros tantos **cuerpecillos distintos del fluido elemental elástico que llamamos aire**. Luego, —concluye— es necesario resulten esos maravillosos fenómenos, que aparecen de cuando en cuando para el temor y ruina de los mortales."

d) "Véase aquí como **la infección** que adquiere con las **partículas extrañas que fluctúan dentro del aire**, causa todos los estragos que se advierten en todas las epidemias.

e) "En la **cosa infinita variedad de esos atomillos vivientes**, se tiene un admirable recurso para explicar la prodigiosa multitud de epidemias tan diferentes, y de síntomas tan varios que se ofrecen a la observación."

f) "Si se pudieran apurar más las observaciones microscópicas, aún más allá de lo que las adelantaron Malpighio, Reaumur, Buffon y Needham (aún partidarios y defensores convencidos de la **generación espontánea, como ya tenemos explicado**), quizá encontraríamos en la incubación, desarrollamiento, situación, figura, movimiento y duración de estos **cornúsculos movibles**, la regla que podría servir a explicar toda la **naturaleza, grados, propiedades y síntomas de todas las fiebres epidémicas,...**"

Todo lo reproducido, de modo irrefutable, nos lleva a estas conclusiones:

Que Espejo estuvo al día en los conocimientos científicos concernientes a la Medicina;

Que sus sospechas referentes a la acción del aire contaminado, o en cuyo seno flotan "cuerpecillos distintos del fluido elemental elástico" que hacen el contagio, coinciden con la tesis triunfante de Pasteur que explica la existencia de "gérmenes y esporas que hay en suspensión en el aire."

Que si nuestro ilustre compatriota hubiese vivido en otro ambiente de cultura, él habríase adelantado en la solución del gravísimo problema de las enfermedades infecciosas.

Que inclusive, con sus iniciativas originales y de un ardoroso patriotismo, hubiese estado mejor protegida la po-

blación contra la desnutrición y la miseria, y habría adquirido ésta, además, hábitos admirables de higiene y normas sanitarias que le hubiesen puesto a cubierto de tanto mal y de tanta corrosiva supercheria.

Que los enfermos en general, no habrían sido fácil pasto de malos hospitales y de malos médicos, los mismos que son aún más peores que las peores plagas.

(Continuará)

ANTE UNA ILUSTRACION DE GUSTAVE DORE

"Quedóse Don Quijote esperando el día, así como estaba, y no tardó mucho cuando comenzó a descubrirse por los balcones de oriente la faz de la blanca aurora... Tendieron Don Quijote y Sancho la vista por todas partes: vieron el mar hasta entonces de ellos no visto.—El Famoso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.— Miguel de Cervantes Saavedra.— Capítulo LXI, II tomo.

La mar mediterránea cavilosa se extiende,
hacia el confín dulcísimo de la noche sutil;
y como un delirio de soledad, el triste
Don Quijote parece San Francisco de Asís.

En espera del día, pensando en Don Gaiferos
y en la extraña aventura de la Cueva Encantada,
el grave caminante del Toboso y del Ebro
estático y solemne se ha quedado en la playa.

¿Dormirá este altivo filósofo un momento,
si Altisidora jura amarlo todavía?
¿Soñará en Dulcinea y en sus encantamientos
o en los maleficios que sufrió Dolorida?

¿Estará platicando con Amadís de Gaula
o talvez a Candaya volando en Clavileño,
aconsejando a Sancho o en desigual batalla
embistiendo las aspas de un molino de viento?

¡Qué siglos van pasando en la quietud nocturna
con Lizuarte de Grecia, con Roldán y Rugero,
con los Pares de Francia, Cirongilio de Tracia,
con Juvenal y Tibulo, con Horacio y con Percio!

Advertí en los ojos del pálido Andante,
(al matinal eflubio de el sereno albo)
tristezas y esperanzas, (esos ojos errantes
tienen esas piadosas miradas de los santos!)

Tienen esas miradas obsesión por los hondos
firmamentos abscondidos que las noches ocultan
y son como las vagas visiones de los mundos
de la apotelesmática que explicara Gobryas.

Los planetas del Mago Baltazar, en silencio,
por Monjuich se deslizan, (Merodach, Sin y Nebo)
solamente la Estrella de Belén en secreto
parece estar prendida al corazón manchego!

Octubre de 1947.

LIBROS Y CONFERENCIAS DE LOS SOCIOS DEL GRUPO AMERICA - 1947

Palabras leídas en la sesión especial del Grupo América, con motivo de la posesión del Directorio de 1948, en la que se rindió un homenaje a los socios autores de libros publicados durante 1947.

Nuestro distinguido consocio boliviano don Gustavo Adolfo Otero, ha elegido este altiplano fraterno, en donde, como en su estancia de La Paz, hay la memoria empinada de los remos de los cóndores y la prueba para la resistencia del corazón, ciudad de similes próximos y de geografía parecida, para completar uno de sus libros que señala un alto de madurez en su obra de publicista y escritor: *Sociología del Nacionalismo en Hispanoamérica*. Para este nuevo ensayo que ha podido presentarnos materia de prehistoria y de arqueología, de añejísimos avatares y de rutas materialmente extinguidas, le fueron propicios nuestro ambiente de indigenismo ilustre, así como el tiento histórico que parece conformarse aquí con tanta piedra elocuente y poética y aún los incoercibles documentos que respira nuestra evocación de Atahualpas y Ruminahui. De tal modo, su destreza buceadora en la vieja maraña de los orienes y su aguzada visión del destino de nuestros países en el sucederse de las épocas y de los acontecimientos, han florecido en esta nueva exégesis del nacionalismo en Hispanoamérica, concretándose en el ágil ensayo que reduce a unidad lo que parecería hasta como vario y discordante, de no obedecer a esa relación sagaz del conocimiento de lo telúrico y lo anímico, de lo étnico y lo político, o al difícil parentesco de los contrastes y a la intimidad de las antítesis, por lo que se vería como el fuego de nuestros volcanes alimenta el alto hielo o la introversión andina puede esparcir los más sutiles decires.

El acierto del libro de Otero reside tanto en esa erudición cerneada, como de puntales invisibles, del que leyó muchos libros para reducirlos a síntesis preciosas, como en las experiencias del andariego, esas sí de vista propia, de meditación del viaje, aligerada o esencial, según los casos. Debemos a Gustavo Adolfo Otero, valor intelectual de nuestro Continente, un libro que, destinado a perdurar por su fuerte americanidad y su forma persuasiva, se ha incorporado, con mucha satisfacción para nosotros, a las ediciones que auspició el Grupo América, aún cuando sea de modo esporádico, pero con una entera confianza en el destino del espíritu y de la letra.



Pío Jaramillo Alvarado, escritor de notoriedad en nuestro país, publicó en el año de 1947 un ensayo que, asimismo, constituye tributo de la mejor especie a esta ciudad de Quito, afirmando, con rotundidad histórica de la que surge una consecuente afección, una tesis de la nacionalidad ecuatoriana. Con el epígrafe de la frase convincente de Leonardo de Vinci, "Mas se ama cuanto más se conoce", Jaramillo Alvarado traza, a partir de las luengas andanzas de sus estudios, la biografía de una cultura, vale decir la de la nación quiteña. La figura de Atahualpa está, por eso, surgiendo de los rasgos apretados y precisos de tal biografismo, como la rectora de destinos y de jornadas que, por más que se apartaran, en virtud de adversidades o de torcidas señales, del rumbo propio de esperanzados impulsos, no pierden su voluntad de concentrarse, de adquirir su centro propio, como obedeciendo a ese llamado de la nacionalidad y de la gloria primigenia. Ese es el valor, de advertencia y de estímulo, que hallamos en el libro del doctor Jaramillo Alvarado, continuación feliz de una serie de ensayos que se suceden y se complementan, y de la cual esta biografía de la nación quiteña, nos parece un logrado epílogo, aun cuando que para temperamentos como el suyo, constantemente agitados por el anhelo de proseguir, estas páginas signifiquen otro punto de partida para la revisión de las realidades y las posibilidades de la Patria.



Entre las publicaciones aparecidas en el bicentenario natal de Eugenio Espejo, hay que señalar la biografía escrita por nuestro consocio don Antonio Montalvo, cuyo encuentro con el multifásico doctor de la Colonia, ha constituido una seria entrevista. Nuestro poeta y escritor, con sobriedad de estilo, ha completado una biografía en

donde la concisión pudiera traernos hasta la imagen de los propósitos esculturales, si no hubiera sabido despertar en torno de la figura esa brisa romántica, la propia brisa, por otra parte, de aquel que quiso llamarse a sí propio "bello espíritu", que se retuvo y se dió, y que pagado justamente de su orgullo de merecer, debió esperar tanto tiempo para los fríos bronces del merecimiento que la posteridad afirma con esa pátina en verde, como arrancada de laureles que estuvieron distantes. Libro para conocer y reconocer a Espejo, y que gustará tanto a los estudiantes como a los estuiciosos, de pulcritud de tono, de bibliografía escrupulosa, bien merece más que una nota crítica en la que nuestra afectuosidad amical se recata sin que esto signifique que no demos espacio al plauso.



El gusto del ensayo preside en los "Cuadernos Unipersonales" de Eduardo Samaniego y Alvarez. Tendencia que responde a esa varia curiosidad del espíritu que nos da las relaciones y las diferencias, las dimensiones y las perspectivas. Estas páginas de Samaniego no resultan, por tanto, el pensamiento disperso, al que se había referido en su auto prólogo, y si más bien, la varia inquietud sin la cual daríamos en la monotonía del camino. Amables páginas, tocadas así de poeticismo como de practicidad, de intención de crítica, de miga de filosofía, de rasgo pronto de anotación, y abiertas con la secuencia de un poemario que no ha perdido las orientaciones primordiales de su Initium de adolescencia, pero que se alimentan de una savia ya experimentada, mejor si ellas, como su autor ha querido advertir, "no aspiran a tentar la gloria sino a glosar una vida". Glosas de la vida son, en definitiva, los libros mejores, y en cuanto a estos "Cuadernos Unipersonales" cuya continuación sería de desearse, revelan los dones del escritor para quien la ejemplaridad de la historia estará tanto en los héroes de epopeya, como Bolívar, o en los anónimos héroes agrarios, y que si se detiene en sus meditaciones filosóficas, no desdeña de ceder ante el canto erótico que da razón del temperamento del hombre.



El doctor Antonio Santiana ha entregado al público la "comunicación definitiva" de su valioso estudio "Los Grupos Sanguíneos de los Indios del Ecuador". Santiana, como ya lo apuntamos en alguna vez, nos ha probado cuan íntimamente puede vincularse la ciencia con la literatura, ofreciéndonos ensayos acerca de personajes

que, como los de Dostowesky, suelen mostrar, en los profusos laboratorios de la vida, la sanidad de la biología o el sujeto clínico del que brotan la genialidad o el desrumbamiento; y, profesor consagrado, hombre que persigue la génesis de los problemas, ha dado en uno de los más arduos pero definitivos estudios en donde se halla el glóbulo rojo de la etnología aborigen, y partiendo del examen de los grupos sanguíneos de los indios de América, ha podido establecer, después, con una datología de admirable sistema, la de los indios del Ecuador, aclarando sus fórmulas serológicas de manera acabada.



Otro de nuestros compañeros, el profesor universitario doctor Aurelio García afirma su bien ganado prestigio de estudiosidad, con la publicación del segundo volumen de su obra "Ciencia del Estado". El comentarista ha de advertir, casi de primera mirada, como la ordenación de la materia obedece al pulso de quien penetró en el saber de la disciplina didáctica que es el medio propio para la transmisión de los conocimientos, por lo cual la sabiduría profusa no vale para la lección clara y metódica. Pero el doctor García nos afirma, también, en que para llegar a la exposición diáfana de la doctrina, precisa haber intimado con la vastedad de las fuentes, con los fundamentos de una ciencia con sus principios esenciales y sus consecuencias. La ciencia política, esa sempiterna tentación del hombre a quien consideró el talento de análisis de Aristóteles como a un "animal político", ha encontrado en Aurelio García a uno de sus más perspicaces y aplicados tratadistas. La doctrina de la Ciencia del Estado se ordena en este libro que alcanza las proporciones de una obra magistral, en su proceso histórico, en sus transformaciones, en su evolución, en sus modalidades que se conforman de acuerdo con la índole de los pueblos y en los principios que la rijan, como también la desvían. Libro abundoso y documentado que se abre hacia la gran perspectiva del problema sociológico que es el que más preocupa al hombre moderno.



Neptalí Zúñiga ha dado en este año otra contribución a su galería de vidas ecuatorianas, en las cuales el biografista agota el documento, luego de penetrar, como un buceador afortunado en la cantera de los archivos por cuyos vericuetos corre sin fatiga y suele descansar con alegría. Su Vida de don José Mejía está, como sus

otros libros, con la novedad de los papeles de otrora que pasaron irrevelados por mucho tiempo. El doctor de la verba florida y la juventud atizada por la pasión, se queda en este libro examinado por todas sus dimensiones. Zúñiga el trabajador de rara continuidad, consagra en estos días el recuerdo a la Patria lejana, interesándose por encontrar otros amarillados infolios que hagan luz sobre el suceder histórico de los siglos viejos de nuestra nacionalidad.



En el año de 1947 han sido honrados los hombres del libro que forman en las filas de este Grupo. Ambato, la tierra de los prestigios letrados, premió al señor Gustavo Vásconez Hurtado con un pergamino de simbólica leyenda por su vida de don Juan Montalvo, ese libro de buen decir y buen pensar, y ha reconocido, así mismo, en dación de merecidos estímulos, lo que por la vida de la cultura hicieron en varios años, los escritores ambateños Alfredo Martínez y Antonio Montalvo.

Libros también, por la calidad del contenido, pueden ser las conferencias de Isaac J. Barrera, de Wilson Córdova Morcoso, de Jaime Barrera, de Gerardo Chiriboga.

Y si la música tiene una gramática, si es el arte que por su sentido universal y sus expresiones ecuménicas más se acerca al arte de la palabra, en sus más puros altares, los de la Sintonía clásica, ha oficiado Juan Pablo Muñoz Sanz, escritor también, ensayista y crítico, y, como el poeta que todos fuimos o somos, matizador de la frase con el tono elegido del epíteto.

HOMENAJE DEL I. MUNICIPIO DE AMBATO A LOS CONSOCIOS ARIAS, MONTALVO Y MARTINEZ

En sesión memorable, que perdurará en los anales de I. Cabildo ambateño, la misma que tuvo lugar el 12 de Noviembre último, fecha clásica del pueblo ambateño, se rindió un ferviente homenaje a los escritores y compañeros señores don Augusto Arias, don Antonio Montalvo y don Alfredo Martínez, en reconocimiento de su labor literaria y de sus largos años de labor en pro de la cultura nacional.

El escritor don Nicolás Rubio Vásquez, en brillante discurso, en el que analizó con profundo sentido crítico la obra literaria de cada uno de los escritores citados, hizo la exaltación de la personalidad de cada uno de ellos, destacando, en el caso de Augusto Arias, sus valores distintivos como poeta, periodista, ensayista, uno de los más altos prosadores del Continente, biógrafo que ha perennizado en estudios ejemplares, precisamente la vida de ambateños ilustres como Luis Martínez y Pedro Fermín Cevallos; y, en el caso de Montalvo y Martínez, refiriéndose a su personal labor literaria y especialmente como a los fundadores de esta Revista, que pronto alcanzará sus veinticinco años de existencia, como también del Grupo América.

Augusto Arias, invitado a hacer el elogio del doctor Juan Banigno Vela y Luis A. Martínez, cuyos retratos, obra del pintor señor Atahualpa Villacreses, fueron colocados en esa misma sesión en el espléndido Salón Municipal, en magnífica pieza oratoria, trazó las síntesis biográficas de aquellos altos valores ecuatorianos, y consignó por su parte, su reconocimiento por la distinción de que había sido objeto del Cabildo ambateño. Los señores Montalvo y Martínez hi-

cieron oír su voz de agradecimiento por medio de las siguientes palabras:

Sr. Dn. Alfredo Colema,
Alcalde de la ciudad de Ambato,
Señores Miembros del muy I. Cabildo
Distinguido auditorio:

En actitud muy digna de quienes se hallan asistidos por el derecho de hacerlo, los Miembros de este muy ilustre Municipio, fiel y seguro guardador de la tradición de gloria y de lucha con la cual se enorgullece el pueblo ambateño, han querido estimular, en inmerecida forma que obliga todo sentimiento de gratitud, nuestra modesta aunque perseverante labor en el campo de la cultura nacional, a través, justamente, de un cuarto de siglo de tesonero esfuerzo.

El alto galardón, de inapreciable valor para nosotros, con que este ilustre Cabildo honra, en tan solemne oportunidad, a dos hijos de la tierra ambateña, nos obliga a destacar necesariamente los hitos del camino recorrido, que por su significación puedan explicar y justificar la razón de ser de semejante homenaje.

Fue aquí mismo, en los dorados días de nuestras primera juventud, que amasadas en la emoción vernacular, brotaron las primicias de nuestros balbuceos líricos. Fue en esta ciudad preclara en la que principiábamos a incursionar por el campo de las letras, bajo la advocación tutelar del Maestro, quien vería reverdecer la democrática heráldica de su nombre antonmástico, en un periódico en el cual sólo alentaba el desbordado impetu de nuestros ideales juveniles. Nicolás Rubio Vásquez, hombre que como nosotros ha seguido una ruta de perseverancia, en su ético predicamento que mucho le asemeja al apostólico de Vigil, del bien, del amor y de la paz, fue el sincero y decidido compañero de esas primeras horas.

Luego se dividieron nuestras rutas. Pero la trayectoria ha convergido siempre a una meta común.

Mas, en verdad, lo que Alfredo Martínez y yo hemos alcanzado a realizar, en este campo escabroso y lleno de acechanzas y dificultades, apenas si llega a constituir una parte de nuestras propias e íntimas ambiciones. No por cierto ambiciones circunscritas al marco egoísta y estrecho de los humanos anhelos de bienestar y de triunfo; sino ambiciones en armonía con un profundo sentido de responsabilidad cívica, con esa ineludible obligación con que nace cada ser, de trabajar por el mejoramiento social, de ser útil, en la medida de su capacidad y de sus aptitudes vocacionales, a la sociedad y patria en que se nace.



Un aspecto de la Exposición del Libro Cervantino en el Grupo América.

Hemos dado, pues, hasta aquí, lo que nuestras posibilidades, lo que nuestro deber de ciudadanos nos obliga a dar a la sociedad. Y vosotros, y nuestros coterráneos y cuantos en el país han seguido con interés el desarrollo de la cultura nacional, son testigos de nuestros pasos y de nuestra actitud, vitándonos siempre al derrotado claudicante por el cual hemos visto desfilar, traicionándose a sí mismos y en pos de altas prebendas oficiales, a tantos simuladores de la cultura y de los sagrados ideales políticos.

Creo que tenemos la sencilla honradez de reconocer el justo puesto que ocupamos en las letras nacionales por nuestra personal y modesta labor literaria. Pero dentro y fuera de la República se conoce el prestigio de una Institución que ha logrado afirmar para el país su noble y rica tradición cultural. Esa Institución es el Grupo América, que como su vocero, la Revista de su nombre, nosotros la fundamos. Y en esta Organización y en su Revista es en lo que fincamos nuestra mejor y más grande satisfacción. Muy pronto "América" alcanzará sus veinticinco años de existencia. Ella ha ido, sin interrupción, año tras año, en misión de interconocimiento, de difusión de las letras patrias, de confraternidad y solidaridad americanas, llevando al Continente la voz y la presencia del Ecuador a los centros literarios y científicos de América. Ha sido el grito o la clarinada con que el país ha venido llamando la atención de quienes saben que la historia de la cultura ecuatoriana no se ha estancado, sino que, por lo contrario, con cada nueva generación se acrecienta su contenido y se enriquecen sus gloriosas orígenes. Por otro lado, el Grupo América, a través de su intensa y permanente labor ha logrado cimentar su nombre en todo el Continente, y lo que es más, al influjo de los ideales de solidaridad internacional que mantiene y propugna, se han constituido, desde tiempos atrás, filiales cuyas en casi todas las capitales centro y suramericanas.

Justamente valorada ha sido en las naciones americanas el papel que desempeña esta Entidad en el desarrollo de las relaciones intelectuales. En su seno han sonado las voces de ilustres personajes de las letras mundiales. Y el estímulo para la obra de vasto alcance cultural que lleva a cabo, se ha dejado sentir siempre, noble y generoso.

Considerad, sólo para apreciar mejor la importancia de la revista e Institución a que aludo, que ellas hubieran muerto, como acontece generalmente, en su iniciación misma. Entonces se hubiera perdido para el país, un órgano de publicidad y una Institución que han sabido conquistarle, por lo menos, la continuidad de su buen predicamento de centro de civilización.

Y no es que yo y mi compañero de lucha, Alfredo Martínez,

este hombre de recio y esforzado espíritu, que tan braviamente ha troquelado su talento y su carácter, intentemos atribuirnos el triunfo de una obra que tuvo por lo menos complejidad y dificultad en su creación. No. Al lado nuestro, desde los comienzos ha estado también Augusto Arias, atizando la llama de nuestros propósitos con el cordial calor de su embateñidad consubstancial, con el fuego de su patriotismo auténtico, con la clara luz de su pensamiento orientador y fraterno. Y han estado también los distinguidos miembros que componen el Grupo América.

Así, pues, si hemos podido realizar una obra beneficiosa para el país, si en la tarea de su creación han intervenido dos embateños, sin más aspiración que la de cumplir un simple deber de ciudadanos, con el mayor sentido de responsabilidad y dignidad posibles, esta satisfacción o este triunfo, a la tierra natal le corresponde, como corresponde a una madre la gloria o el infortunio de sus hijos.

Habéis, distinguidos miembros de este ilustre Cabildo, con gentileza y generosidad que os honra, encendido una llama de gratitud y de esperanza en nuestra sangre. Debíais ser vosotros, los primeros, que, en el seguimiento de nuestros pasos, nos obligárais a hacer un alto en el camino, para mirar atrás el paisaje y el panorama que forjaron el esfuerzo y la constancia nuestros. Habéis, además, infundido con vuestro sincero reconocimiento y vuestro imponderable estímulo, una nueva energía en nuestros corazones. Pero, sobre todo, habéis obligado nuevamente nuestro filial afecto a la ciudad que forjó con su luz, con su aire y su substancia, nuestras vidas. Bien sabéis que a ella nos debemos. Bien sabéis que extrañados de sus puertas por una inexorable imposición del Destino, alejados del irremplazable encanto de su aire maternal, hemos permanecido siempre vueltos los ojos y el espíritu a ella, y oyendo su lejano palpitar, han discurrido nuestros pasos. Ojalá que un día, sobre el plinto de gloria en que nuestra ciudad yergue la esbelta tradición de su grandeza, podamos depositar el tributo que nos acredite como los más afectuosos de sus hijos.

Aceptad, pues, señor Alcalde de Ambato y distinguidos miembros de su ilustre Cabildo, en nombre de Alfredo Martínez y en el mío, nuestra sincera voz de gratitud. Tened la seguridad de que esta presea honrra que colocáis en nuestras manos, es uno de los más grandes estímulos que servirá para aientar la lucha del futuro.

INFORME ANUAL DEL SECRETARIO GENERAL SOBRE LAS ACTIVIDADES DEL GRUPO AMERICA

Señores conecocios:

Cumpliendo las normas reglamentarias, debo presentaros el informe acerca de las actividades desarrolladas por esta prestigiosa Institución cultural, en el transcurso del período correspondiente al año de 1947.

En sesión de Diciembre 23, tuvisteis a bien confiarme la dirección del Grupo América del Ecuador. Labor ésta tanto más compleja, cuanto que había de mantenerse una ininterrumpida trayectoria de cultura, de ensanches continentales, al servicio del país. Labor que se venía reflejando en el curso de varios años de trabajo que representan una tradición en la historia de las Letras del Ecuador y que, por consecuencia, debía continuar en la vanguardia de las inquietudes artísticas e intelectuales, pues, considero, sin temor a equivocarme, que esta Institución mantiene el decanato, por su obra perseverante y firme a través de veinte años, de ejecutorias permanentes que la ubican, de hecho, sobre Agrupaciones de circunstancias, o fundaciones que carecen de la estructuración sólida que sólo proporcionan la persistencia, la selección de valores y la obra práctica traducida en libro o pincelada de emoción artística, científica o literaria, sin distinguos de ideologías políticas ni prejuicios que traten de opacar el mérito, no importa donde éste se perfila.

Estos antecedentes que señalan la orientación de mis antecedentes en la dirección del Grupo América, habían de servirme como pauta o norma de conducta, y en este sentido hemos encaminado nuestras labores, siempre afanosos de avanzar en el camino recorrido y no retroceder —o al menos detenernos— en el derrotero amplio y pleno de futuro que se abre al destino de nuestra Entidad.

En el año de 1947 los miembros del Grupo, señores: Isaac Barrera, Antonio Montalvo, Gustavo A. Otero, Wilson Córdova, Jaime Barrera, José A. Llerena, Augusto Arias y Gerardo Chiriboga, han dictado conferencias sobre temas de actualidad, como los aniversarios de Olmedo, Espino, Cervantes, y otros asuntos culturales, en general, llenando así una necesidad ilustrativa y cumpliendo una misión de esparcimiento educacional, basado en la investigación esmerada de la materia relacionada con estas conferencias. Los comentarios de la Prensa y la selecta concurrencia que siempre ha demostrado especial interés por los actos del Grupo, comprueban la calidad de sus valores y la lucidez de los temas desarrollados en oportunidades diferentes.

Cercano el cuarto centenario del nacimiento de Miguel de Cervantes, los países de habla española se prepararon para conmemorarlo. El Ecuador no podía quedar a la zaga, y esta nota conmemorativa surgió del Grupo América, realizándose en su local la Exposición del Libro Cervantino, a la que concurrieron con el aporte de sus libros distinguidas personas e instituciones, que han sabido mantener esa tradición de guardar volúmenes viejos y ediciones apergominadas que constituyeran el timbre de orgullo de nuestras Bibliotecas coloniales. El Vicepresidente de la República, don José Rafael Bustamante, en discurso medular acorde con su personalidad, dejó inaugurada la Exposición a la que asistió numeroso público, tanto por admirar las obras expuestas como para escuchar las documentadas palabras de nuestros consocios José Alfredo Llerena y Augusto Arias, quienes disertaron sobre motivos del Quijote.

Debemos a la Legación de España, representada por su Ministro, Excelentísimo señor Avilés Tizcar y su Secretario, Ernesto de la Orden Miracle, el obsequio de un valioso lote de libros, lujosamente editados, que llegaron con destino a nuestra Biblioteca. Refiriéndose a su calidad de prenda artística y bibliográfica ya se ocupó de ellos nuestro compañero "Max Lux" en una de sus interesantes crónicas periodísticas.

En el presupuesto del año próximo pasado, el ex-Ministro de Educación, Ing. Pinto Guzmán, conocedor de la trayectoria del Grupo y comprensivo del empuje que éste habría de requerir, se interesó en erogarle una asignación que podríamos calificar de extraordinaria y que correspondía a la cantidad de VEINTE MIL SUCRES. Con parte de estos dineros, se pensó de inmediato en fundar una Editorial que llevase el nombre de "Editorial América", la que habría de encargarse de recoger y difundir los libros de escritores nacionales y americanos que por su valía se hallasen agotados, u otros, que no podían ser editados por los escasos re-

cursos de sus autores. Me cabe la satisfacción de dejar establecida esta importante actividad al servicio de las letras, pues, el primer libro, Biografía de González Suárez, está terminado y circulará en breve. Su autor, como todos conocía, es el ilustre pensador Nicolás Jiménez, ex-miembro del Grupo América y uno de los intelectuales desaparecidos que más honran a su Patria. En la Editorial "América" se ha publicado también la obra de uno de nuestros socios más distinguidos; me refiero a Gustavo Adolfo Otero, Ministro de Bolivia. Nada podría yo añadir sobre el mérito de su producción "La Sociología del Nacionalismo en Hispanoamérica", escuela de estudiosa penetración en los asuntos americanos, porque otro de nuestros escritores, "Julio Pico", hizo su mención analítica que proporciona un preciado elemento de juicio.

Al considerar que esta Institución rebata su propio medio y que tiene sus umbrales despejados para recibir en su seno a los intelectuales de otras latitudes que llegan en peregrinaje de cultura, nada más explicativo que preocuparse de refeccionar la casa que simbólicamente puede ser conceptuada la Casa de América, aún cuando no lo sea por su condición material. Para satisfacer un afán que precisaba atención inmediata, una comisión del Grupo gestionó, hasta conseguir su objetivo ante el Ministerio de Obras Públicas, representado entonces por el señor Pedro Concha E., quien prestó una ayuda efectiva, con criterio que hace honor a su determinación. Con los fondos de la partida extraordinaria a la que me referí anteriormente se abastecieron otras necesidades de mobiliario y reparaciones necesarias para el mejoramiento de la localidad. El Grupo cuenta, actualmente, con un amplio salón de conferencias, habilitado para llenar las funciones de cultura que realiza periódicamente.

Las vinculaciones americanas se han acentuado dentro del intercambio de libros y publicaciones con otros países. La Biblioteca Nacional de Chile y otras Entidades de Cultura han hecho valiosas remisiones de libros con destino a la nuestra. Para fomentar este canje y vigorizar las relaciones con los demás pueblos del Continente, el Grupo América decidió efectuar, entre otras actividades de acercamiento, la Exposición del Libro de Argentina en el transcurso de este período, agilitando las gestiones conducentes a plasmar en realidad este propósito. No obstante, por inconvenientes de última hora, hemos debido aplazar la fecha señalada en un principio, sin perjuicio de llevarla a feliz término en los meses venideros. Tanto las Casas Editoras de Buenos Aires como el Embajador de la República Argentina en el Ecuador, Excelentísimo señor Albino Pugnain, han prestado su cooperación y hemos recibido hasta la fecha más de setecientos volúmenes, que reflejarán la pujanza ma-

terial e intelectual de ese gran país hermano. Complemento de esta iniciativa, los concursos formulados por el Grupo sobre temas de la Argentina, con premios generosamente donados por la Embajada y el Consejo Provincial de Pichincha.

En los doce meses transcurridos, los Directores de la Revista "América" han publicado dos entregas de la misma y un tercer número está en prensa, todos con material selecto, que llevan al exterior la interpretación de nuestro movimiento.

Los lazos de fraternidad intelectual que estimulan el compañerismo no podían ser postergados. Así, al retorno de Gonzalo Zalumbide y Jorge Carrera Andrade, el Grupo exteriorizó su sentimiento cordial en homenaje que les fuera ofrecido en los salones del Hotel Embajador. En otro sentido, el de reconocimiento, agasajó al ex-Ministro Ingeniero Pinto Guzmán, entregándole un pergamino, tanto por el gesto deferencial, como por la severa labor educativa que venía desplegando.

Nuevos socios de indiscutible relieve espiritual han reafirmado el prestigio de la Institución incorporándose a sus filas: Eduardo Samaniego Alvarez, Julio Troncoco, Humberto Mata y Víctor Mideros, genuinos valores en el plano del pensamiento y la acción: han ingresado, llevando bajo el brazo, el pasaporte de su producción autorizada.

Esta noche, respetando una costumbre preestablecida, rendimos un tributo de aprecio a los autores de nuevos libros, que hilvanan silenciosamente preciadas notas de realce para la literatura de América: Gustavo Adolfo Otero, Pío Jaramillo Alvarado, Antonio Montolvo, Eduardo Samaniego Alvarez, Antonio Santiana, Aurelio García y Neptalí Zúñiga, encarnan la vida del libro y las connotaciones de la idea. Para ellos, nuestra voz de estímulo y el aplauso sencillo y cordial.

Para terminar debo consignar mi reconocimiento por la reelección con que me habéis distinguido. Por un sentido de alternabilidad —como manifesté oportunamente— habría deseado que me libráis de una responsabilidad que supera mi condición de socio con méritos inferiores a los vuestros. Escasa labor habré yo realizado sin la colaboración de la Directiva, de cada uno de vosotros y en particular del secretario de la Entidad, señor Alfredo Martín, ejemplo de entusiasmo y dinamia. Para vosotros se compromete, una vez más, mi agradecimiento y descanso en vuestra orientación para proseguir en un trajín que representa el alcance de aspiraciones comunes.

G U S T A V O V A S C O N E Z H.

C R O N I C A

DIRECTORIO DEL GRUPO AMERICA PARA EL AÑO DE 1948

La Entidad eligió el siguiente directorio para el año de 1948:

SECRETARIO GENERAL: señor don Gustavo Vásquez Hurtado,
(reelecto).

DIRECTOR DEL INSTITUTO DE CULTURA AMERICANA: señor don
Gonzalo Zaldumbide.

DIRECTORES DE LA REVISTA "AMERICA":
señor José Alfredo Uterena,
señor Antonio Montalvo,
señor Augusto Arias.

DIRECTORES DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES AMERICANOS:
señora doña Hipatia Cárdenas de Bus-
tamante y señor Juan Pablo Muñoz.

PROCURADOR: señor doctor Emilio Uzcátegui.

DIRECTOR DE LA EDITORIAL AMERICA: señor doctor
Antonio Santiana.

TESORERO: señor don Gerardo Chiriboga.

SECRETARIO DE ACTAS Y COMUNICACIONES: señor
Alfredo Martínez.

EXPOSICION CERVANTINA

En los salones de nuestra Institución, entre los días 14 y 21
de octubre del año pasado, se llevó a cabo la Exposición del Libro

Cervantino, homenaje que rindió el Grupo en conmemoración del IV Centenario del nacimiento de Miguel de Cervantes Saavedra. La apertura de esta Exposición bibliográfica la hizo el distinguido pensador ecuatoriano y Vicepresidente de la República, don José Rafael Bustamante, con una interesante disertación acerca del Príncipe de los Ingenios Españoles. En el transcurso de la Exposición Cervantina, los condecorados señores don Augusto Arias y Alfredo Llerena pronunciaron las conferencias que publicamos en esta revista.

VALIOSO DONATIVO BIBLIOGRAFICO

Debemos a la gentileza de la Legación de España la muy importante donación de un lote de lujosas ediciones de libros españoles, cuya nómina damos a continuación:

- LUIS DE ARMIÑAN:** *Hoja de Servicios del Soldado Miguel de Cervantes Saavedra.*
- ANGEL DOCTOR:** *Don Quijote y el Cid*
- JUSTO GARRIA SORIANO:** *Los Dos Don Quijotes*
- RAFAEL MARTI OBERA:** *Cervantes . . . Caballero Andante*
- MIGUEL DE CERVANTES:** *Obras completas (piel)*
- MIGUEL DE CERVANTES:** *Don Quijote de la Mancha (piel)*
- MIGUEL DE CERVANTES:** *Don Quijote de la Mancha (piel)*
- MIGUEL DE CERVANTES:** *Don Quijote de la Mancha*
- JOAQUIN ESPIN RAFAEL:** *Investigaciones sobre el Quijote apócrifo.*
- MARTIN FERNANDEZ DE NAVARRETE:** *Vida de Cervantes*
- RAFAEL PERALTA Y MAROTO:** *Cosas del Quijote*
- VICENTE FERRAZ Y CASTAN:** *Ana-Franca. Visión del Quijote*
- PEDRO MARROQUIN:** *El dcler en la vida de Cervantes*
- NICOLAS GONZALEZ RUIZ:** *Teatro Teológico Español (piel de lujo 2 tomos)*
- PEDRO CALDERON DE LA BARCA:** *Obras completas: Dramas (piel)*
- JOSE ORTEGA Y GASSET:** *El Espectador (piel)*
- FRAY LUIS DE LEON:** *La Perfecta Casada (piel)*
- PEDRO A. DE ALARCON:** *Obras completas (piel lujo)*
- JOSE M. DE PEREDA:** *Obras completas 9 (piel de lujo)*
- GUSTAVO ADOLFO BECQUER:** *Rimas (piel de lujo)*
- SELECCION DE VARIOS AUTORES, FOR: J. B. SOLERVICENS:** *Sonetos Españoles*
- FALTASAR GRACIAN:** *Obras completas (piel de lujo)*
- LOPE FELIX DE VEGA C.:** *Obras escogidas: Teatro (piel)*
- MIGUEL DE UNAMUNO:** *Obras selectas (piel lujo)*
- FRANCISCO DE QUEVEDO V.:** *Obras completas: Verso (piel)*



Algunas ediciones del Quijote en la Exposición del Libro Cervantino.

- FRANCISCO DE QUEVEDO V.: Obras completas: Prosa (piel)
 SANTA TERESA DE JESUS: Obras completas (piel)
 PEDRO CALDERON DE LA BARCA: Obras líricas (piel de lujo)
 LUIS DE GONGORA: Poesías escogidas (piel de lujo)
 JORGE MANRIQUE: Obras completas (piel de lujo)
 FERNANDO DE HERRERA: Poesías (piel de lujo)
 ESPRONCEDA: Poesías (piel de lujo)
 JOSE ZORRILLA: Poesías varias (piel de lujo)
 JOSE VEGA: La mejor Lirica del Siglo de Oro (piel)
 LUIS ASTRANA MARIN: Cervantinas. 2 tomos
 ANGEL VALBUENA PRAT: Historia de la Literatura Española, 2 ts.
 J. SALAT FORNELLS: Primer libro de Sendas de Olvido
 MIGUEL DE CERVANTES: La Ilustre Fregona
 MIGUEL DE CERVANTES: El Celso Extremeño
 MIGUEL DE CERVANTES: El coloquio de los perros
 JUAN GINAVEL MAS: Historia a Grática de Cervantes y del Quijote
 RAFAEL CALLEJA: Apología Turística de España
 FRANCISCO VINDEL: La verdad sobre el falso Quijote, 2 tomos
 LUIS ORTIZ MUÑOZ: Semana Santa de Sevilla.

AGRADECIMIENTO

Consignamos nuestro más sincero agradecimiento para las siguientes personas que de manera gentil contribuyeron a la realización de la Exposición Cervantina, facilitándonos los ejemplares de las obras de Cervantes, de su propiedad; así como también a los señores Directores de los Diarios de esta Capital, que consignaron su voz de estímulo por la labor desarrollada por nuestra Institución:

Señores Licenciado don J. Roberto Pérez, doctor don Luis Coloma Silva, don Joaquín Ruales Lasso, don Gustavo Vásquez Hurtado, don Augusto Arias, doctor don Antonio Santiana, don Oscar Eltrén Reyes, don Antonio Montalvo, don Humberto Vacas Gómez, don Isaac J. Barrera, don Carlos Manuel Larrea, señorita Piedad Paredes, señora doña Elvira de Prats, doctor don Rafael Vallejo Larrea, doctor don Max Ontaneda, doctor don Alberto Larrea Ch., doctor don Luis Felipe Boria, señora doña Piedad Prats de Reiss, don Gustavo Vallejo, Convento de San Agustín, Convento de San Francisco, Licdo. don José Larrea, don Darío Guevara, don Miguel Rivera, Capitán don Carlos Barreiro, don Humberto Delgado.

CONGRATULACION A DON JOSE RAFAEL BUSTAMANTE

Con motivo de haber sido designado Vicepresidente de la República el distinguido hombre de letras, pensador y filósofo, don José Rafael Bustamante, el Grupo le dirigió la siguiente nota de felicitación:

Quito, 20 de setiembre de 1947.

Señor don
José Rafael Bustamante
Vicepresidente de la República

Ciudad.

De nuestra mayor consideración:

Atento el Grupo América a los acontecimientos políticos del País, en los que se han puesto en juego los grandes intereses de la Patria y de la nacionalidad ecuatoriana, no ha podido menos que ver, con la mayor complacencia, cómo, en horas amargas y decisivas para la vida institucional y democrática, se ha recurrido al raro acierto y ecuanimidad, de salvar su destino, escogiendo a hombres que, como usted, por el auténtico simbolismo republicano y de libertad que representa, constituyen una garantía y uno de los más sólidos respaldos para la restauración del orden, de la paz y del trabajo, necesarios para la reivindicación práctica y noble de la tradición y el buen hombre con que nuestra Patria ha venido figurando en el concierto de la civilización universal.

Es, pues, muy placentero para el Grupo América dejar constancia de su íntima y sincera satisfacción por saber que el hombre del más puro civismo, que el filósofo de la libertad y patriota, ha sido llamado para dirigir y orientar desde el alto sitial de la Vicepresidencia de la República, los sagrados destinos de la Patria.

Aprovechamos de la oportunidad para reiterar a usted el testimonio de nuestra consideración más distinguida.

Gustavo Vásquez H.,
Secretario General.

Alfredo Martínez,
Secretario de Comunicaciones.

NUEVOS MIEMBROS DEL GRUPO AMERICA

En el mes de agosto de este año, fueron recibidos en el seno de nuestra Institución, en sesión especial que se llevó a efecto, los

escritores señores don Eduardo Samaniego y Alvarez, don Julio C. Troncoso, don G. M. Humberto Mata y don Víctor M. Mideros.

SESION COMIDA

Al finalizar el año, el Grupo, siguiendo una costumbre establecida llevó a cabo en el Hotel Embajador de esta Capital, la sesión comida en honor de los consocios que publicaron sus obras en el curso de 1947 y para dar posesión a los miembros del nuevo directorio de la Institución. Los consocios que recibieron el homenaje fueron:

Señor don Gustavo Adolfo Otero, Ministro de Bolivia, autor de "La Sociología del Nacionalismo en Hispanoamérica".

Señor doctor Pío Jaramillo Alvarado, autor de "La Nación Quiéteña—Biografía de una Cultura".

Señor don Antonio Montalvo, autor de "Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y Espejo".

Señor don Eduardo Samaniego Alvarez, autor de "Cuadernos Unipersonales".

Señor doctor don Antonio Santiana, autor de "Los Grupos Sanguíneos de los Indios del Ecuador".

Señor doctor don Aurelio García, autor de "Ciencias de Estado, II Tomo".

Señor don Neptalí Zúñiga, autor de "Vida de José Mejía Lequerica".

HOMENAJE A LOS CONSOCIOS GONZALO ZALDUMBIDE Y JORGE CARRERA ANDRADE

En el Hotel Embajador de esta Capital, el Grupo ofreció un cordial homenaje de simpatía y compañerismo, a los consocios señores don Gonzalo Zaldumbide y Jorge Carrera Andrade, quienes retornaron al País, después de algunos años de ausencia.

INDICE

AÑO XXIII. Ns. 87, 88 y 89.

	<u>Páginas</u>
AMERICA	
En el día de Bolivia	9
Acto en honor de Bolivia	162
El IV centenario de Cervantes	179
Crónica	164 y 411
ALBA, ARMANDO	
Andanza y señorío de Jaime Mendoza	80
ARIAS, AUGUSTO	
Palabras sobre Bolivia	11
Homenaje a escritores ecuatorianos	154
El Quijote de Montalvo	199
Libros de los socios del Grupo América	293
AVILA, FEDERICO	
El Altiplano, tristeza hecha tierra	27
AVILA JIMENES, ANTONIO	
Y un sauz	87
AYORA ESPINOSA, FRANCISCO	
Ante una ilustración de Gustavo Doré	396
BARREBA, ISAAC J.	
José Joaquín Olmedo	229
BARRERA B., JAIME	
Reflexiones sobre "Romeo y Julieta"	299

BUSTAMANTE, JOSE RAFAEL Homenaje a Cervantes en el IV centenario de su nacimiento	181
BUSTAMANTE, GUILLERMO Por los caminos de la concordia	266
CERRUTO, OSCAR Magico de Kollao	103
CORDOVA, WILSON New York, radiografía de una ciudad tumultuosa	283
CHIRIBOGA, GERARDO Galápagos	318
DIEZ DE MEDINA, FERNANDO El Mago	95
ECHAGUE, JUAN PABLO La heroína Juana Azurduy	72
FRANCOVICH, GUILLERMO El pensamiento de Manuel José Cortés	55
GARCÉS, GUS OMAR Síntesis de la más joven poesía de Bolivia	91
GUACHALLA, LUIS FERNANDO Bolivia una Asociación de hombres libres	18
LLERENA, JOSE ALFREDO Notas críticas sobre cinco escritores	151
Los Evangelios de Don Quijote	187
MARTINEZ, ALFREDO Salutación a la juventud de América	137
Cenizas de calcio	355
MONTALVO ANTONIO Lo novela contemporánea hispanoamericana	159

AMERICA

— 419

	<u>Páginas</u>
Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y Espejo ...	345
Homenaje del I. Municipio de Ambato a los conso- cios, Arias, Montalvo y Martínez	403
MONCAYO, HUGO	
El Arzobispo de Chocras, Fray Gaspar de Villarcel	131
OTERO, GUSTAVO ADOLFO	
Datos para una biografía de la historia geográfica de Bolivia	107
Figuras bolivarianas del Siglo XX	38
Ricardo Jaimes Freyre y el modernismo en América ..	357
OSTRIA GUTIERREZ, ALBERTO	
La perennidad de Bolivia	23
REYNOLDS, GREGORIO	
Bandera	88
ROJAS, CASTO	
El Panamericanismo y Federación de las Naciones Americanas	140
SANZETENEA, MANUEL	
"De Rómulo Roma", de Bolívar Bolivia	69
SCHULZE ARANA, BEATRIZ	
Serenata	89
TABORGA, CARLOS GREGORIO	
Antonio Vaca Díez	61
VALENCIA CABREHA, PASTOR	
Hacia la reconquista de la indianidad	128
VASCONEZ H., GUSTAVO	
Informe anual del Secretario General sobre las ac- tividades del Grupo América	407
YEPEZ DEL POZO, JUAN	
Biografía de Espejo	379

LA EDITORIAL Del GRUPO AMERICA
ACABA DE PUBLICAR LA BIOGRAFIA
DEL
NOTABLE HISTORIADOR ECUATORIANO
FEDERICC GONZALEZ SUAREZ

POR

NICOLAS JIMENEZ

EL ESTUDIO MAS COMPLETO Y DOCUMENTADO
DE SU VIDA Y DE SU OBRA

Solicite su Ejemplar

En papel fino \$ 30,00

En papel periódico „ 20,00

DESCUENTOS A LOS LIBREROS

PEDIDOS A

EDITORIAL DEL GRUPO AMERICA

Casilla 75. Quito

Taller Mecánico

DE REPARACIONES EN GENERAL

AMABLE PAEZ

(Caucara)

TECNICOS EN MOTORES DE GASOLINA Y PETROLEO

Estos Talleres están Dotados con

MAQUINARIAS DE ALTA PRESICION:

TORNO, SUELDA ELECTRICA Y AUTOGENA MODERNA
INSTALACION AUTORIZADA DE PINTURA "DUCO"
CARROCERIA, TAPICERIA, CARGA DE BATERIAS
Y BATERIAS NUEVAS DE LA ACREDITADA MARCA:

"S E I B E R L I N G"

REMACHADORA AUTOMATICA DE FRENOS
REMACHADORA GRATIS

C U E N T A A D E M A S :

Con equipos completos de lubricación y engrase
Con un poderoso levantacarros para el ajuste general
de los vehículos.

El Propietario y sus expertos colaboradores garantizan
con su larga práctica el esmero y cumplimiento en
toda obra.

Dirección: Calle: Santiago y Salinas

TELEFONO: 73 — 02 MARISCAL

*Chocar es malo, pero mucho peor es no
llevar el carro donde su amigo CAUCARA*

Compañía Anónima

Agrícola, Industrial y Comercial Ecuatoriana

C. A. I. C. E

QUITO—ECUADOR.— Casilla 355

Dirección Cablegráfica: CAICE.— Teletónica 12-29

CASA MATRIZ: QUITO

SUCURSAL MAYOR: GUAYAQUIL

Sucursales Menores

MANTA, BAHIA DE CARAQUEZ, RIOBAMBA

CUENCA, ESMERALDAS, TULCAN.

Distribución Exclusiva de las
Fábricas Textiles

"LA INDUSTRIAL".—Quito.— Tejidos de Algodón.

"SAN JUAN".—Los Chillos.— Tejidos de Algodón y Lana.

"LA JOYA".—Otavalo.— Tejidos de Algodón.

IMPORTACION — EXPORTACION EN GENERAL

Febrero 1948.

BANCO DE ABASTO

Sociedad Anónima

CAPITAL Y RESERVAS: \$ 3'700.000,00

Al servicio del Comercio, la Agricultura,
la Industria y el Público en General

PRESTAMOS HIPOTECARIOS
A LARGO PLAZO

Negociación de Cédulas Hipotecarias
del 7% y 9%

Préstamos sobre firmas, con prenda
de mercaderías y otros valores

Depósitos en Cuenta Corriente, y a Plazo

Cartas de Garantía sobre el Exterior e Interior

Aceptaciones, Avaes etc.

Operaciones Bancarias en General

LOCAL: Venezuela N° 872 y Chile (Portal Municipal)

QUITO—ECUADOR

Febrero 1948

D A N D Y

IMPORTADORES

Quito-Ecuador—Venezuela 1004—Apartado 656

**Radios—Vitrolas
y todos los Artículos para
Señoras**

Febrero 1948.

TERESA

**Fábrica de Muebles
y Tapices**

**MEDALLA DE ORO DEL
PRESIDENTE DE LA REPUBLICA
EN LA GRAN FERIA NACIONAL**

DIRECCION DEL DEPOSITO: CALLE 18 de Setiembre 638—644

DIRECCION DE LA FABRICA: AVENIDA ORELLANA 1297

LA COMPETIDORA

VENDE

HIERRO, CEMENTO Y
TOL GALVANIZADO

Teléfono N° 17-97

Calle Chile 959

CESAR HERRERA C.



COMPRAMOS

ESTAMPILLAS DE TODA CLASE

Y COLECCIONES DE IMPORTAN-

CIA. OFREZCANOS LOTE QUE

USTED TENGA.

Vendemos Material Filatélico

DIRECCION: Manabí N° 618

Casilla N° 265.— Quito — Ecuador

LUCINDO ALMEIDA & CÍA, S. A,

B A N Q U E R O S

ASOCIADOS AL BANCO
CENTRAL DEL ECUADOR

Distribución Telegráfica : ALGAS

Dirección Postal Casilla N° 186

Quito Ecuador, S. A.

TODA CLASE DE OPERACIONES

B A N C A R I A S

EL BANCO PRIVADO
MAS ANTIGUO
DE LA REPUBLICA

CADA CLIENTE UN AMIGO

Febrero 1948.